



TWO  
TWISTED  
CROWNS

RACHEL  
GILLIG

## Tabla de contenido

[Descargo de responsabilidad](#)  
[Elogio por una ventana oscura](#)  
[Por Rachel Gillig](#)  
[Pagina del titulo](#)  
[Derechos de autor](#)  
[Dedicación](#)  
[Prólogo](#)  
[PRIMERA PARTE Para sangrar](#)  
    [Capítulo uno](#)  
    [Capítulo dos](#)  
    [Capítulo tres](#)  
    [Capítulo cuatro](#)  
    [Capítulo Cinco](#)  
    [Capítulo Seis](#)  
    [Capítulo Siete](#)  
    [Capítulo Ocho](#)  
    [Capítulo Nueve](#)  
    [Capítulo Diez](#)  
    [Capítulo Once](#)  
    [Capítulo Doce](#)  
    [Capítulo trece](#)  
    [Capítulo Catorce](#)  
    [Capítulo Quince](#)  
    [Capítulo Dieciséis](#)  
[SEGUNDA PARTE Al trueque](#)  
    [Capítulo Diecisiete](#)  
    [Capítulo Dieciocho](#)  
    [Capítulo Diecinueve](#)  
    [Capítulo veinte](#)  
    [Capítulo veintiuno](#)  
    [Capítulo veintidós](#)  
    [Capítulo veintitrés](#)  
    [Capítulo veinticuatro](#)

[Capítulo veinticinco](#)

[Capítulo veintiséis](#)

[Capítulo veintisiete](#)

[Capítulo veintiocho](#)

[Capítulo veintinueve](#)

[Capítulo treinta](#)

[Capítulo treinta y uno](#)

[Capítulo treinta y dos](#)

[Capítulo treinta y tres](#)

[Capítulo treinta y cuatro](#)

[Capítulo treinta y cinco](#)

[Capítulo treinta y seis](#)

[Capítulo treinta y siete](#)

[Capítulo treinta y ocho](#)

[PARTE TRES Para doblar](#)

[Capítulo treinta y nueve](#)

[Capítulo cuarenta](#)

[Capítulo cuarenta y uno](#)

[Capítulo cuarenta y dos](#)

[Capítulo cuarenta y tres](#)

[Capítulo cuarenta y cuatro](#)

[Capítulo cuarenta y cinco](#)

[Capítulo cuarenta y seis](#)

[Capítulo cuarenta y siete](#)

[Capítulo cuarenta y ocho](#)

[Capítulo cuarenta y nueve](#)

[Capítulo cincuenta](#)

[Epílogo](#)

[Expresiones de gratitud](#)

[Extras](#)

[conocer al autor](#)

[Un adelanto de "Media alma"](#)

[Un adelanto de "ESTA NOCHE, ME QUEMO"](#)

Ընտ առ լաճ դարձաճաճ

## **Edición de galería digital**

**Este es contenido avanzado sin corregir recopilado para su comodidad de revisión.  
Consulte con el editor o consulte el producto terminado cada vez que extraiga o cite  
en una reseña.**

Ընտ առ լաճ դարձաճաճ

- t r a d u c c i o n b y - † A n g e l †

- t r a d u c c i o n b y - † A n g e l †

**Ravyn dio un paso adelante, las barras de hierro de la celda como carámbanos bajo sus manos. "Sé que puedes oírme".**

La risa resonó en la oscuridad. La figura en la celda se sentó lentamente y se volvió. Ravyn necesitó todo para no hacer una mueca. Los ojos negros de Elspeth habían desaparecido. En su lugar, iris felinos, vívidos y amarillos, iluminados por un hombre muerto quinientos años antes.

El Rey Pastor no se movió excepto por sus ojos. "Está solo, Capitán", dijo. Seguía siendo la voz de Elspeth. Sólo que ahora sonaba resbaladizo, aceitoso. *Equivocado*. "¿Es eso prudente?"

Ravyn se puso rígido. "¿Me harías daño?"

Su respuesta fue una sonrisa torcida y irregular. "Sería un mentiroso si dijera que no había jugado con la idea".

## Elogios para Una ventana oscura

“ *One Dark Window* es una evocadora historia de romance, misterio y monstruos seductores, contada en una prosa hermosa y exuberante. Rachel Gillig ha creado una historia que me dejó fascinado”.

—Lyndall Clipstone, autor de *Lakesedge*

“Una historia encantadora con garras y dientes afilados: la prosa de Gillig te atrapará y no te dejará dormir. Vibrante, oscuramente caprichosa y resplandeciente con magia traicionera, *One Dark Window* es todo lo que amo en la fantasía y más”.

—Allison Saft, autora de *Una magia mucho más salvaje*

"Un hermoso y oscuro cuento de hadas de sangre, rabia y amarga elección, que me llevó a bosques envueltos en niebla, llenos de romance y amenaza”.

—Davinia Evans, autora de *Notorious Sorcerer*

“ *One Dark Window* es una película que te hace pasar las páginas. El exuberante lenguaje de Gillig recuerda en cierto modo al excelente portal de fantasía de Alix E. Harrow, *Las diez mil puertas de enero* , así como a las fragantes narraciones de cuentos de hadas de Robin McKinley, como *Spindle's End* , *Beauty* y *Deerskin* ... un mundo ricamente detallado y decadente que al Una vez resulta familiar, distintivo y melancólico para el lector”.

- *Revisión de libros de Chicago*

"Los lectores quedarán cautivados con la fascinante aventura de Elspeth y Nightmare”.

- *Lista de libros*

“El tórrido romance que surge entre Elspeth y Ravyn es una delicia. Los fanáticos de Sarah J. Maas, Naomi Novak y Hannah Whitten querrán ver esto”.

- *Editores semanales*

“El lento romance de Elspeth con un misterioso bandolero añade profundidad a la historia... Un sistema mágico finamente detallado enriquece el debut de Gillig; Los lectores de fantasía disfrutarán”.

— *Diario de la biblioteca*

"Espeluznante, exuberante...Gillig ejecuta tropos románticos de fantasía familiares con estilo”.

Ընծաւոր յարմար

— *Pegar revista*

Ընծաւ զաւրիւնսն

**Por Rachel Gillig**

**EL \_ PASTOR \_ REY \_**

*Una ventana oscura*

*Dos coronas retorcidas*

Ընծաւոր յարսնացի

Este libro es un trabajo de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan de forma ficticia. Cualquier parecido con eventos, lugares o personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia.

Copyright © 2023 por Rachel Gillig  
Extracto de *Half a Soul* copyright © 2020 de Olivia Atwater  
Extracto de *Esta noche, quemó* copyright © 2023 por Katharine J. Adams

Diseño de portada por Lisa Marie Pompilio.  
Imágenes de portada de Trevillion y Shutterstock  
Copyright de la portada © 2023 de Hachette Book Group, Inc.  
Fotografía del autor por Rachel Gillig.

Hachette Book Group apoya el derecho a la libre expresión y el valor de los derechos de autor. El propósito del derecho de autor es alentar a los escritores y artistas a producir obras creativas que enriquezcan nuestra cultura.

Escanear, cargar y distribuir este libro sin permiso es un robo de la propiedad intelectual del autor. Si desea obtener permiso para utilizar material del libro (que no sea con fines de revisión), comuníquese con [permisos@hbgusa.com](mailto:permisos@hbgusa.com). Gracias por su apoyo a los derechos del autor.

Orbita  
Grupo de libros Hachette  
1290 Avenida de las Américas  
Nueva York, Nueva York 10104  
[orbitbooks.net](http://orbitbooks.net)

Primera edición: octubre de 2023  
Publicado simultáneamente en Gran Bretaña por Orbit

Orbit es una huella de Hachette Book Group.  
El nombre y el logotipo de Orbit son marcas comerciales de Little, Brown Book Group Limited.

El editor no es responsable de los sitios web (o su contenido) que no sean de su propiedad.

El Hachette Speakers Bureau ofrece una amplia gama de autores para eventos de conferencias. Para obtener más información, visite [hachettespeakersbureau.com](http://hachettespeakersbureau.com) o envíe un correo electrónico a [HachetteSpeakers@hbgusa.com](mailto:HachetteSpeakers@hbgusa.com).

Los libros Orbit se pueden comprar al por mayor para uso comercial, educativo o promocional. Para obtener información, comuníquese con su librero local o con el

Κυβερνήσεις

Departamento de Mercados Especiales de Hachette Book Group en  
special.markets@hbgusa.com.

Datos de catalogación en publicación de la Biblioteca del Congreso TK  
[insertar datos CIP cuando estén disponibles]

ISBN: 9780316312714 (libro de bolsillo comercial), 9780316312882 (libro electrónico)

Impreso en los Estados Unidos de América.

LSC-C

10 9 8 7 6 5 4 3 2 1

E3

## Contenido

[Cubrir](#)

[Descargo de responsabilidad](#)

[Elogio por una ventana oscura](#)

[Por Rachel Gillig](#)

[Página del título](#)

[Derechos de autor](#)

[Dedicación](#)

[Prólogo](#)

### **[PRIMERA PARTE Para sangrar](#)**

[Capítulo uno](#)

[Capítulo dos](#)

[Capítulo tres](#)

[Capítulo cuatro](#)

[Capítulo Cinco](#)

[Capítulo Seis](#)

[Capítulo Siete](#)

[Capítulo Ocho](#)

[Capítulo Nueve](#)

[Capítulo Diez](#)

[Capítulo Once](#)

[Capítulo Doce](#)

[Capítulo trece](#)

[Capítulo Catorce](#)

[Capítulo Quince](#)

[Capítulo Dieciséis](#)

**SEGUNDA PARTE Al trueque**

Capítulo Diecisiete

Capítulo Dieciocho

Capítulo Diecinueve

Capítulo veinte

Capítulo veintiuno

Capítulo veintidós

Capítulo veintitrés

Capítulo veinticuatro

Capítulo veinticinco

Capítulo veintiséis

Capítulo veintisiete

Capítulo veintiocho

Capítulo veintinueve

Capítulo treinta

Capítulo treinta y uno

Capítulo treinta y dos

Capítulo treinta y tres

Capítulo treinta y cuatro

Capítulo treinta y cinco

Capítulo treinta y seis

Capítulo treinta y siete

Capítulo treinta y ocho

**PARTE TRES Para doblar**

Capítulo treinta y nueve

Capítulo cuarenta

Capítulo cuarenta y uno

Capítulo cuarenta y dos

Capítulo cuarenta y tres

Capítulo cuarenta y cuatro

Capítulo cuarenta y cinco

[Capítulo cuarenta y seis](#)

[Capítulo cuarenta y siete](#)

[Capítulo cuarenta y ocho](#)

[Capítulo cuarenta y nueve](#)

[Capítulo cincuenta](#)

[Epílogo](#)

[Expresiones de gratitud](#)

[Extras](#)

[conocer al autor](#)

[Un adelanto de \*MEDIA ALMA\* "](#)

[\*Un adelanto de ESTA NOCHE, ME QUEMO\* "](#)

Club de las mariposas

*Para cualquiera que alguna vez se haya sentido perdido en un bosque. Hay una especie de hallazgo extraño al perder.*

*The Twin Alders está escondido en un lugar sin tiempo. Un lugar de gran dolor, derramamiento de sangre y crimen. Entre árboles centenarios, donde la niebla corta hasta los huesos, permanece la última Carta, esperando, dormida. El bosque no conoce camino, no hay camino a través de la trampa. Sólo yo puedo encontrar los Alisos Gemelos...*

*Porque fui yo quien lo dejó allí.*

## Prólogo

### *Elsbeth*

La oscuridad se desangró en sí misma: sin principio ni fin. Floté, flotando sobre una marea de agua salada. Sobre mí, el cielo nocturno se había ennegrecido: la luna y las estrellas enmascaradas por nubes pesadas y cargadas de agua que nunca retrocedían.

Me empujé sin dolor, mis músculos se relajaron y mi mente se calmó. No sabía dónde terminaba mi cuerpo y empezaba el agua. Simplemente cedí a la oscuridad, perdido en el flujo y reflujo de las olas y el sonido del agua que me bañaba.

El tiempo pasó sin dejar huella. Si hubo sol, no me alcanzó al amanecer. Pasé minutos, horas y días flotando en una marea de nada, con la mente vacía excepto por un pensamiento.

*Déjame salir.*

Pasó más tiempo. Aún así, el pensamiento persistió. *Déjame salir.*

Estaba entera, tragada por el consuelo del agua. Sin dolor, sin memoria, sin miedo, sin esperanza. Yo era la oscuridad y la oscuridad era yo, y juntos rodamos con la marea, arrullados hacia una orilla que no podía ver ni oír. Todo era agua, todo era sal.

Pero el pensamiento persistía. *Déjame salir.*

Probé las palabras en voz alta. Mi voz sonaba como desgarrada papel. "Déjame salir." Lo dije una y otra vez, mientras el agua salada me llenaba la boca. "Déjame salir."

Minutos. Horas. Días. *Dejar. A mí. Afuera.*

Entonces, de la nada, apareció una larga playa negra. Algo se movió sobre él. Parpadeé, mis ojos se nublaron por una película de sal.

Un hombre, vestido con una armadura dorada, estaba de pie en la orilla oscura, justo más allá de la ruptura de la marea, mirándome.

La marea me atrajo, cada vez más cerca. El hombre era anciano. Soportó el peso de su armadura sin vacilar, su fuerza profundamente arraigada, como un árbol antiguo.

Intenté llamarlo, pero sólo sabía las tres palabras.

"¡Déjame salir!" Lloré. Me di cuenta de mi vestido de lana, de su peso. Me derribó y me deslicé bajo la superficie, mis palabras se cortaron. "Déjame-"

Tenía las manos frías cuando me sacó del agua.

Me llevó a la arena negra. Cuando intentó levantarme, mis piernas flaquearon como las de un cervatillo recién nacido.

No conocía su cara. Pero él conocía el mío.

"Elspeth Spindle", dijo en voz baja, sus ojos, tan extraños y amarillos, atrapándome. "Te he estado esperando."

Ընծաւ զաւրիւնսն

PARTE UNO  
sangrar

## Capítulo uno

### *ravin*

Ravyn estaban sangrando.

No se había dado cuenta hasta que vio caer la sangre. Con tres golpecitos en el borde aterciopelado del Espejo, la Tarjeta Providencia violeta, Ravyn se había borrado a sí mismo. Era completamente invisible. Sus dedos, nudillos y palmas excavaron en el suelo endurecido en el fondo de la antigua cámara al borde del prado.

Poco importó. ¿Qué fue otro corte, otra cicatriz? Las manos de Ravyn no eran más que herramientas desafiladas. No los instrumentos de un caballero, sino los de un hombre de armas: el capitán de los Destriers. Salteador de caminos.

Traidor.

La niebla se filtró en la cámara a través de la ventana. Se deslizó a través de las grietas del techo podrido, la sal arañando los ojos de Ravyn. Una advertencia, tal vez, de que lo que estaba buscando en la base de la piedra alta y ancha no deseaba ser encontrado.

Ravyn no le prestó atención a la niebla. Él también era de sal. Sudor, sangre y magia. Aun así, sus manos callosas no eran rival para la tierra del fondo de la cámara. Fue implacable, endurecido por el tiempo, arrancando las uñas de Ravyn y desgarrando Abre las grietas en sus manos. Aún así, cavó, envuelto en el frío de la Carta Espejo, y la cámara en la que tantas veces había jugado cuando era niño se transformaba ante sus ojos en algo grotesco: un lugar de tradición, de muerte.

De monstruos.

Se había despertado hacía horas, con el sueño interrumpido por ataques de agitación y el recuerdo de una mirada penetrante y amarilla, la voz de Elspeth Spindle como un eco disonante en su mente.

*Era su castillo, el que estaba en ruinas*, le había dicho, con sus ojos color carbón húmedos de lágrimas mientras hablaba del Rey Pastor, la voz en su cabeza. *Está enterrado bajo la piedra en la cámara del Castillo Yew.*

Ravyn se había levantado de la cama y se había alejado de Stone como un espectro arrastrado por el viento para llegar a la cámara. Estaba inquieto, frenético, por la verdad. Porque nada de eso parecía real. El Rey Pastor, de ojos amarillos y voz hábil y siniestra, atrapado en la mente de una doncella. El Rey Pastor, quien prometió ayudarlos a encontrar la tarjeta Twin Alders perdida.

El Rey Pastor, quinientos años muerto.

Ravyn conocía la muerte; había sido su exactor. Había visto salir la luz de los ojos de los hombres. Escuché respiraciones finales y jadeantes. No había nada más que fantasmas al otro lado del velo, no había vida después de la muerte. No para ningún hombre, ladrón o bandolero, ni siquiera para el Rey Pastor.

Y todavía.

No toda la tierra en la base de la piedra era dura. Algunos estaban sueltos, al revés. Alguien había estado allí antes que él... recientemente. Elspeth, tal vez, buscando respuestas, tal como él. Allí, en la base de la piedra, escondida una mano debajo de la capa superior del suelo endurecida, había una talla. Una sola palabra que el tiempo hace indescifrable. Una lápida.

Ravyn siguió cavando. Cuando su uña se rasgó y la carne en carne viva La punta de su dedo golpeó algo frío y afilado, maldijo y retrocedió. Su cuerpo era invisible, pero no su sangre. Goteó, de color rojo carmesí, apareció en el momento en que dejó su mano y se esparció por el hoyo que había cavado, el suelo sediento de él.

Algo estaba escondido en la tierra, esperando. Cuando Ravyn lo tocó, era más afilado que una piedra y más frío que el suelo.

Acero.

Con el corazón en la garganta, excavó hasta desenterrar una espada. Yacía torcido, cubierto de tierra. Pero no había lugar a dudas sobre su fabricación: acero forjado, con una empuñadura de diseño intrincado, demasiado ornamentada para ser la espada de un soldado.

Lo alcanzó y la sal del aire le atravesó los pulmones mientras respiraba entrecortadamente y con fiebre. Pero antes de que Ravyn pudiera liberar la espada, vislumbró lo que estaba enterrado debajo de ella.

Descansando perfectamente, sin ser molestado durante siglos. Un objeto pálido y protuberante. Humano. Esquelético.

Una columna vertebral.

Los músculos de Ravyn se tensaron. Se le secó la boca y las náuseas subieron desde el estómago hasta la garganta. La sangre seguía goteando de su mano. Y con cada gota que regalaba, ganaba una claridad fragmentada y mordaz: Blunder estaba lleno de magia. Magia maravillosa y terrible. Este era el cuerpo del Rey Pastor. Estaba realmente muerto.

Pero su alma continuó, enterrada profundamente en Elspeth Spindle, la única mujer que Ravyn había amado alguna vez.

Salió de la cámara llevándose la espada consigo.

Inclinado sobre sí mismo bajo el tejo afuera, Ravyn tosió, luchando contra la necesidad de vomitar. El árbol era viejo, sus ramas estaban descuidadas y su copa era lo suficientemente amplia como para proteger su frente de la lluvia de la mañana. Permaneció así durante algún tiempo, los latidos de su corazón se resistían a estabilizarse.

“¿Qué te incumbe cavar, pájaro cuervo?”

Ravyn se giró, con la empuñadura de marfil de su daga en la mano. Pero estaba solo. La pradera estaba vacía salvo por la hierba moribunda y el estrecho camino de regreso al Castillo Yew no estaba vigilado.

La voz volvió a llamar, más fuerte que antes. “¿Me escuchaste, pájaro?”

Encaramada en el tejo sobre la cabeza de Ravyn, con las piernas colgando sobre el borde de la vieja rama, estaba sentada una niña. Era joven, más joven que su hermano Emory, una niña que no tendría más de doce años, supuso. Su cabello caía en trenzas oscuras sobre sus hombros, algunos rizos sueltos enmarcaban su rostro. Su capa era de lana gris sin teñir y tenía un cuello con un dobladillo intrincado. Ravyn buscó una insignia familiar, pero no había ninguna.

Él no la reconoció. Seguramente recordaría un rostro tan llamativo, una nariz tan distinta. Ojos amarillos tan vivos.

*Amarillo.*

"¿Quién eres?" Dijo Ravyn, con la voz raspando su garganta.

Ella lo miró con esos ojos amarillos, inclinando la cabeza hacia un lado. "Soy Tilly."

"¿Qué estás haciendo aquí, Tilly?"

"Lo que siempre he hecho". Por un breve momento, ella le recordó a Jespyr cuando era niña. "Estoy esperando."

La lluvia caía con fuerza, impulsada por un viento rápido. Las gotas cayeron sobre el costado de la cara de Ravyn y el viento atrapó su capucha, arrancándola de su frente. Levantó una mano, protegiéndose los ojos del escozor.

Pero la niña en el árbol permaneció inmóvil, aunque la rama debajo de ella temblaba y las hojas del tejo silbaban con el viento. Su capa no se movió, ni un solo mechón de su cabello. El agua y el viento parecían atravesarla enteramente, como si estuviera hecha de niebla, de humo.

De la nada.

Sólo entonces Ravyn recordó que todavía estaba usando el Espejo.

Éste había sido su propósito: por qué había abandonado el sueño y venido a la cámara. Excavó con dedos desafilados, encontró hueso con sangre y encontró el cuerpo del Rey Pastor. Pero la Tarjeta Espejo contenía las respuestas que realmente buscaba.

Había usado el Espejo miles de veces antes para ser invisible. Pero Ravyn siempre había tenido cuidado de no usarlo por mucho tiempo. No tenía ningún deseo de incurrir en los efectos negativos de la Carta: ver más allá del velo en un mundo de espíritus. Nunca había querido hablar con un fantasma.

Hasta ahora.

Ravyn se aclaró la garganta. No sabía nada de los espíritus ni de sus temperamentos. ¿Eran como eran en vida? ¿O el más allá... los había rehecho?

Levantó la voz contra el viento. "¿A quién esperas, Tilly?"

Los ojos de la chica se dirigieron a la espada que tenía en la mano y luego regresaron a la cámara.

“¿Conoce al hombre que está enterrado allí?” -Preguntó Ravyn.

Ella se rió con voz aguda. —Conozco tan bien esta cañada, pájaro. Tan bien como conozco este árbol y todos los rostros que se han quedado bajo él. Ella retorció su dedo en la cola de su trenza. Supongo que habrás oído hablar de él. Sus labios se curvaron en una sonrisa. “Es un hombre extraño, mi padre. Cauteloso. Inteligente. Bien.”

La respiración de Ravyn se entrecortó. “¿El Rey Pastor es tu padre?”

Su sonrisa se desvaneció y sus ojos amarillos se volvieron distantes. “No le dieron un entierro de rey. Quizás es por eso que no...” Su mirada volvió a Ravyn. “No lo has visto con tu Tarjeta Espejo, ¿verdad? Prometió que nos encontraría cuando atravesara el velo. Pero no ha venido”.

“¿A nosotros?”

La niña se giró y sus ojos recorrieron el bosque al otro lado del prado. “Madre está por ahí, en alguna parte. Ella no venir tan a menudo como ella. Ilyc y Afton permanecen cerca de las estatuas. Fenly y Lenor se quedan en tu castillo. Su frente se arrugó. “Bennett suele estar en otro lugar. Él no murió aquí. No como el resto de nosotros”.

*Morir.* La garganta de Ravyn se apretó. “Ellos son... ¿tu familia? ¿La familia del Rey Pastor?”

“Estamos esperando”, dijo, cruzando los brazos sobre el pecho. “Para padre”.

“¿Por qué no regresa?”

La niña no respondió. Su mirada revoloteó a través del prado hacia las ruinas. “Me pareció oír su voz”, murmuró. “Había caído la noche. Estaba sola, aquí en mi árbol favorito”. Sus ojos se dirigieron a Ravyn. “Te vi, pájaro cuervo. Viniste como siempre, con tu capa negra, tus ojos grises inteligentes y tu cara practicada. Sólo que esta vez no estabas solo. Una mujer vino contigo. Una mujer extraña, con ojos que destellaban oro amarillo, como los míos. Como el de mi padre.

Las entrañas de Ravyn se retorcieron.

“Los vi a ambos irse, pero la doncella regresó”. Tilly extendió un dedo y señaló la ventana de la cámara. “Ella entró. Fue entonces cuando lo escuché: las canciones que mi padre solía tararear mientras escribía su libro. Pero cuando entré, él no estaba. Era la mujer que tarareaba mientras rastrillaba con las manos la tierra sobre la tumba de mi padre.

“Elspeth”, susurró Ravyn, el nombre le robaba algo. “Su nombre es Elspeth”.

Tilly no pareció oírlo. “Dos veces la doncella visitó y excavó en su lápida. Vagó por el prado, las ruinas”. Sus labios formaron una línea apretada. “Pero cuando llegó el amanecer, sus ojos amarillos cambiaron a un color carbón. Entonces volví aquí, a su tumba. Ver. Esperar.”

Ravyn no dijo nada; su mente buscaba respuestas. no tengo. Recordó esa noche que había llevado a Elspeth a la cámara. Todavía podía oler su pelo, sentir su mejilla contra la

palma de su mano. Él la había besado profundamente y ella le había devuelto el beso. Cada parte de él había deseado cada parte de ella.

Pero ella se había apartado, con los ojos muy abiertos y un temblor en la voz. Había tenido miedo de algo en la cámara. En ese momento, Ravyn había estado seguro de que era él. Pero ahora sabía que era algo más, algo mucho más grande que él, algo que ella llevaba consigo, siempre.

Sus ojos volvieron a la chica del tejo. “¿Qué le pasó a tu padre?”

Tilly no respondió.

Ravyn volvió a intentarlo: “¿Cómo murió?”

Ella apartó la mirada y sus dedos bailaron una melodía silenciosa sobre la rama de tejo. “No sé. Ellos me atraparon primero”. Su voz se calmó. “Pasé a través del velo delante de mi padre y mis hermanos”.

No era el frío del Espejo lo que se estaba filtrando en Ravyn. Era algo más. Una pregunta cuya respuesta, en el rincón oscuro de su mente, ya sabía. “¿Quién te mató?”

Esos ojos amarillos brillaron. Aterrizaron en Ravyn. “Sabes su nombre”. Su voz se volvió baja, un susurro profundo y áspero. “Serbal.”

La insignia del Rey destelló en la mente de Ravyn. La bandera de su tío: el inquebrantable serbal. Tarjeta Guadaña Roja, ojos verdes. Cazadores, brutos.

Familia.

Las manos sangrantes de Ravyn temblaron.

“Hemos esperado mucho tiempo a papá”, dijo Tilly, mirando hacia arriba, como si ahora estuviera hablando sólo con el tejo. Su voz se volvió firme y sus dedos se curvaron como garras en su regazo. “Seguiremos esperando hasta que su tarea esté terminada”.

Un escalofrío recorrió el cuello de Ravyn. Pensó en la criatura en el cuerpo de Elspeth Spindle, de ojos amarillos y palabras retorcidas y sedosas pronunciadas en el calabozo. Una promesa de ayudar a encontrar la tarjeta Twin Alders perdida.

Pero Ravyn lo sabía mejor. Ninguna promesa viene sin pago. Blunder era un lugar de magia: trueques y gangas. Nada era gratis. “¿Qué quiere el Rey Pastor?” le preguntó al espíritu femenino. “¿Qué busca?”

“Equilibrio”, respondió ella, inclinando la cabeza como un ave de presa. “Para corregir errores terribles. Para liberar a Blunder de los Rowan. Sus ojos amarillos se entrecerraron, malvados y absolutos. “Para cobrar lo que le corresponde”.

## Capítulo dos

### *Olmo*

El Príncipe cabalgó más rápido que los otros dos Destriers. Cuando desmontó en la vieja casa de ladrillos, Elm Rowan quedó impresionado por lo quieto que parecía el mundo cuando él no estaba a caballo. Eso lo puso nervioso.

Una paloma huilota arrulló. Elm se quitó los guantes y metió la mano en el bolsillo de la túnica; la sensación del terciopelo en los bordes de su tarjeta Scythe le resultaba un consuelo familiar.

Llegó a la puerta principal, con los guantes estirados hasta los nudillos mientras envolvía los dedos en un puño. La puerta estaba envejecida y había rastros de líquenes escondidos en los riscos. Todo el lado norte de la finca estaba cubierto de musgo y hiedra, como si el bosque estuviera arrastrando a Hawthorn House hacia sus profundidades, enredaderas gruesas como el brazo de un hombre enredándose alrededor de la chimenea, serpenteantes.

No había nadie dentro de la casa. La advertencia había llegado hacía días. Aún así, Elm pegó la oreja a la puerta y escuchó.

Nada. No había gritos ahogados de niños, ni ruidos de cacerolas de hierro en la cocina. Ni siquiera un perro ladrando. La casa estaba en silencio, como si la mantuvieran así los zarcillos de vegetación que surgían de la niebla.

Los Destriers llegaron detrás de él y descendieron de sus caballos. "¿Padre?" dijo mimbre.

Elm abrió los ojos y exhaló. No tenía intención de mandarles. Pero Ravyn había desaparecido, y Jespyr se había quedado en Stone para vigilar a Emory, dejando a Elm, petulante hasta los huesos, para cumplir las órdenes del Rey y buscar a los parientes desaparecidos de Elspeth Spindle.

"Está vacío", murmuró entre dientes. "Opal Hawthorn no es tonto. Ella y sus hijos no habrían regresado a este lugar".

"Su marido parecía pensar que estarían aquí", murmuró el segundo Destrier, Gorse.

Elm giró la manija de latón y abrió la puerta de Hawthorn House, las bisagras oxidadas chirriaron. "Tyrn Hawthorn haría cualquier cosa para liberarse de la mazmorra".

"Él tiene Cards", dijo Wicker intencionadamente. "Al oírlo alardear, uno pensaría que el viejo Tyrn había recogido el Deck él mismo".

“Entonces lo mínimo que podemos hacer es liberarlo de sus mayores tesoros. Registra la casa”. Elm miró por encima del hombro hacia el cielo. “Rápidamente. Me gustaría superar esas nubes”.

Primero fueron a la biblioteca, vaciaron estantes y sacudieron tomos viejos hasta que la casa olió a cuero y polvo. “¡Encontré un Profeta!” Tojo gritó a través de una hilera de estantes de caoba.

Elm pasó el dedo por la irregular repisa de la chimenea. Las piedras estaban agrietadas, pero el mortero se mantuvo firme: no había espacio oculto para esconder una Carta. Salió de la biblioteca y empezó a subir las escaleras. En nichos ovalados había velas gastadas y cada piedra de la pared albergaba una sombra.

La primera habitación al lado de la escalera estaba revuelta, con ropa, mantas y un calcetín extraño esparcidos por todas partes. Dos camas estrechas, dos espadas de madera. La habitación de los primos jóvenes de Elspeth, supuso Elm.

La siguiente habitación era notablemente más femenina. Elm se demoró en el umbral, aspirando aire frío por la nariz: los aromas de lana y lavanda. Sobre la cama había una colcha, la ropa de cama sin arrugas, bien metido. Sobre una mesita con pintura verde desconchada había una vela y, junto a ella, un espejo ovalado. Justo debajo del espejo había un peine de dientes finos.

Atrapados en los dientes de madera había varios mechones de largo cabello negro.

“Aquí no queda nada de ella”, gritó una voz detrás del hombro de Elm. “Todo lo que Elspeth tomó de este lugar, lo lleva consigo”.

Elm saltó y se llevó la mano al cinturón. Un anillo de acero atravesó el pasillo y él giró, cortando su cuchillo hacia la voz.

Detuvo la espada justo antes de que rozara la garganta de Ione Hawthorn.

Ella estaba frente a él, vestida de blanco como una novia. Largo y fluido, su vestido cayó al suelo. Su cabello amarillo atrapó la corriente del pasillo, y cuando miró fijamente a Elm, sus labios rosados se fruncieron, formando una pregunta que no habló.

Su mirada se posó en su cuchillo. “Príncipe Renelm”.

Su mente estaba acelerada, una discordia rítmica contra la agitación de su pecho. “¿Que demonios estas haciendo aquí?”

“Es mi casa. ¿Por qué no debería estar aquí?”

Elm apretó la mandíbula. Apartó el cuchillo y lo volvió a colocar en su cinturón. “Árboles, Hawthorn, podría haberte matado”.

Su voz tenía un tono fino, como la punta de una aguja. “Dudo que.”

Elm buscó en su bolsillo la familiar comodidad de su guadaña. No había usado su tarjeta roja en cuatro días, desde aquella noche en Spindle House.

Después de que llamaron a los Destriers y se llevaron a Hauth, destrozado y ensangrentado, Ravyn encadenó a Erik Spindle y Tyrn Hawthorn. Jespyr había cabalgado hasta Hawthorn House para Advertir a la tía de Elspeth, Opal Hawthorn, que los Destriers

estaban llegando. Y Elm... Elm había golpeado su guadaña tres veces y había obligado a lo que quedaba de la familia de Elspeth a huir. Su madrastra, Nerium, sus medias hermanas, Nya y Dimia...

Y su prima, Ione Hawthorn. Todos habían desaparecido en la noche y no quedaba ni rastro de ellos.

Hasta ahora.

Ione se paró frente a Elm, mirándolo con agudos ojos color avellana. Le recordó a un pergamino fresco. Impecable, lleno de promesas. La Carta de la Doncella hizo eso: hizo que su espectador pareciera insoportablemente *nuevo*. A Elm le pareció extraño que todavía llevara la tarjeta rosa de la belleza allí, sola en Hawthorn House, tan lejos del escrutinio de la corte de Stone.

Se inclinó más cerca y su sombra se la tragó por completo. "No es seguro para ti estar aquí".

Los ojos de Ione se abrieron como platos. Pero antes de que pudiera hablar, se oyeron pasos detrás de ella.

Gorse se detuvo en seco en lo alto de las escaleras, con la mirada fija en Ione.

"Si estás buscando a mi padre, me temo que te decepcionarás", dijo, mirándolo con desinterés. "Estoy solo. Mi familia está en otra parte, sin siquiera una nota".

La frente de Gorse se arqueó. Se volvió hacia Elm. "¿Padre?"

Sonaron más pasos en la escalera. "Mierda." Wicker se detuvo justo detrás de Gorse y sus dedos se deslizaron hasta la empuñadura de su espada.

Los labios de Ione formaron una línea firme. "Parece que me falta algo. ¿Por qué estás aquí?" Su mirada se oscureció. "¿Está Hauth contigo?"

"El Gran Príncipe está en Stone, aferrándose a la vida", espetó Gorse. "Atacado por tu prima. Todo porque tu familia no tuvo el valor de quemarla cuando tuvieron la oportunidad".

Ione miró la mano de Wicker, que descansaba sobre su empuñadura. "Mi prima", susurró, arrastrando las palabras. La aguja en su voz volvió. "¿Qué le hizo Hauth?"

"Nada más de lo que se merecía", respondió Gorse.

Las expresiones de Ione fueron pocas. Pero sus ojos revelaban algo. Elm podría haber estudiado más su rostro si Wicker no hubiera estado empuñando su espada. "Detén la mano, Destrier", dijo.

La mano de Gorse cayó hacia su propia espada. "El Rey la querrá de inmediato".

"Árboles." Elm buscó en su bolsillo una vez más la guadaña. Cuando sus dedos agarraron el terciopelo, lo golpeó. "Ignórenla", ordenó a los Destriers. "Sigue buscando cartas".

Sus manos se aflojaron sobre las empuñaduras. Gorse y Wicker parpadearon y apartaron la mirada, con un brillo vidrioso en los ojos.

Elm dio un salto hacia adelante y su mano se cerró alrededor del brazo de Ione. “Ni una palabra más”, advirtió. La empujó hacia adelante, empujó a los Destriers y bajó corriendo las escaleras.

El sonido de los pies descalzos de Ione golpeando el suelo de piedra resonó en la casa vacía. Cuando llegaron al salón, ella liberó su brazo. “¿Qué está sucediendo?”

A Elm se le hizo un nudo en la garganta y su voz era áspera. “Tu prima Elspeth...” *No, Elspeth ya no.* Apretó la mandíbula. “Ella irrumpió en Hauth en Spindle House. Se rompió la columna. Apenas está vivo. Mi padre está sediento de sangre. Su investigación... Sus ojos recorrieron a Ione y un escalofrío lo recorrió. “Tengo que llevarte a Stone”.

Ione no se inmutó. Ella apenas parpadeó. “Así que hazlo.”

“Tú no...” Respiró hondo para tranquilizarse. “Claramente no lo entiendes”.

“Pero lo hago, Príncipe. Si no hubieras venido y te hubieras ofrecido como escolta, habría encontrado mi propio camino hasta Stone.

“No soy tu maldita escolta”, replicó Elm. “Te voy a *arrestar*”.

Ione se volvió hacia él, pero su expresión permaneció sin cambios: completamente en blanco. Debería haber estado llorando. O gritando. Era lo que hacía la mayoría de la gente cuando se enfrentaba a una investigación. Pero ella estaba simplemente... tranquila. Es inquietantemente así.

Elm la miró de arriba abajo, con un sabor acre en la boca. “Has estado usando esa Tarjeta de Doncella demasiado tiempo, ¿no? ¿Dónde está?”

“¿Por qué? ¿Quieres que te lo preste, Príncipe? Ione estudió el rostro de Elm. “Podría ayudar con esos círculos oscuros debajo de los ojos”.

Ella no esperó a que él encontrara una respuesta. Abrió la puerta principal y el clamor de la lluvia resonó con fuerza sobre el techo de paja de Hawthorn House. La exhalación de Elm se encontró con el aire frío, su paciencia para el clima difícil (y las mujeres difíciles) escasa en los días más simples.

“Entonces olvídate de la Doncella”. Él la empujó, su vestido blanco se agitó a su paso. “¿Al menos tienes tu encanto?”

Ione sacó una cadena de oro del escote de su vestido. En él estaba su amuleto, un diente de caballo, por lo que parece. Una muestra para mantener su mente y su cuerpo a salvo en la niebla. Miró hacia Hawthorn House. “¿Qué ha sido de mi familia?”

“Tu padre está en Stone, junto con Erik Spindle. Tu madre y tus hermanos se han ido, han desaparecido. Nerium y sus hijas también”. Él miró hacia otro lado. “Tu primo está encadenado en el fondo del calabozo”.

Ione salió. Arrancó una hoja mojada de un espino y la pasó entre sus dedos. Las gotas cayeron en cascada por la rama hasta la punta de su nariz y bajaron por el pliegue de sus labios. Cuando dijo el nombre de su prima, salió un susurro, suave como el secreto de un niño. “Elspeth.”

Miró a Elm. “Ella mantuvo tantas cosas ocultas, incluso a mí. Oía sus pasos en el pasillo por la noche, después todos nos habíamos ido a dormir. Escuché las canciones que ella tarareaba. Hablaba como si estuviera manteniendo una conversación, aunque a menudo estaba sola. Y sus ojos”, murmuró. “Negro. Luego, en un instante, amarillo como el oro de un dragón”.

La mentira se le escapó a Elm antes de que pudiera pensar. “No sé nada de eso”.

“¿No?” Ione se recogió el pelo húmedo detrás de la oreja. “Pensé que podrías hacerlo, ya que pasaste tiempo con ella en Castle Yew después del Equinoccio. Tú, Jespyr y, por supuesto, el Capitán de los Destriers”.

Mil preocupaciones apuñalaron a Elm. El Rey sabía que Elspeth Spindle podía ver Providence Cards. No sabía que esa era precisamente *la* razón por la que Ravyn la había reclutado. Que Ravyn, Jespyr y Elm, el guardia elegido por el Rey, habían traído a una mujer infectada a su compañía para robar Tarjetas Providencia. Para unir el Deck. Para levantar la niebla y curar la infección.

Para salvar al hermano de Ravyn, Emory.

Cometer traición.

El cristal atravesó su mente. La guadaña. Había olvidado que todavía estaba cautivando a Gorse y Wicker. Elm metió la mano en su túnica, golpeó el terciopelo tres veces y el dolor cesó.

Ione miró su mano en el bolsillo.

Resonó un trueno. Elm miró al cielo y se estremeció. “Va a haber una tormenta”. Condujo a Ione hasta su caballo. “No será un viaje fácil”.

Ella no dijo nada. Cuando Elm la subió al caballo, ella se puso el vestido hasta las rodillas y montó la pierna a horcajadas. Él subió detrás de ella, su mandíbula se flexionó cuando ella se acomodó en la silla, la curva de su trasero presionó contra él. Su cabello olía dulce.

Espoleó a su caballo. Hawthorn House desapareció en el bosque, su último residente fue sacado de su umbral en una ráfaga de agua de lluvia y barro.

Ione se apoyó en su pecho, con la mirada perdida en la carretera. Elm la miró, preguntándose si entendía el destino que le esperaba en Stone. Si supiera que esta sería probablemente la última vez que dejaría la casa de su familia y viajaría por el camino forestal. Si ella mirara hacia atrás.

Ella no lo hizo.

## Capítulo tres

### *Elspeth*

La vieja armadura dorada brillaba y crujía cuando el hombre que me había sacado del agua se sentó a mi lado en la arena negra. Juntos, vimos cómo el agua subía hasta nuestros tobillos antes de volver a bajar, la marea constante, el flujo inmensurable de las olas sin variación.

"Taxus", dijo finalmente, alzando la voz por encima del sonido de las olas.

El agua salada se secó en mis labios. Los lamí, mi voz se quebró. "¿Qué?"

"Aemmorey Percyval Taxus". Arrastró sus guanteletes por la arena. "Ese es mi nombre."

Parpadeé, arena en mis pestañas. "Tú... tú eres..."

Cuando miró en mi dirección, sus ojos amarillos tiraron de mi memoria perdida. "Lo recordarás muy pronto". Volvió a mirar el horizonte oscuro y sin cielo. "Hay poco más que hacer aquí excepto recordar".

Mi nombre era Elspeth Spindle, y sólo lo sabía porque él, *Taxus*, me llamaba así. Lo probé en voz alta. Salió un silbido resbaladizo. "Elspeth Husillo".

Taxus se había ido, aunque no lo había visto irse. Giré la cabeza a ambos lados, buscándolo, pero no había dejado huellas en la arena.

Miré hacia el agua y pasé las manos por la arena hasta que mi piel quedó en carne viva. Mi largo cabello estaba fibroso por la salmuera. Saqué un mechón de mi cuero cabelludo y lo envolví alrededor de mi dedo con tanta fuerza que la yema se puso morada. No comí... no dormí.

El tiempo no me encontró. Nada lo hizo. Y la nada era cavernosa. Cuando Taxus regresó, mirándome como si me conociera, arqueé el ceño. "Te equivocas. No recuerdo quién eres. No puedo... Miré hacia el agua. "No puedo recordar nada".

"¿Te cuento la historia?"

"¿Que historia?"

"La nuestra, querida."

Me senté más erguido.

"Había una vez una niña", dijo con voz suave, "inteligente y buena, que se quedó en la sombra en las profundidades del bosque. También había un Rey, un pastor con su cayado,

que reinaba sobre la magia y escribía el libro antiguo. Los dos estaban juntos, por lo que los dos eran iguales:

"La niña, el rey y el monstruo en el que se convirtieron".

## Capítulo cuatro

### *ravin*

la Tarjeta Espejo ya no persistía en la piel de Ravyn. Estaba de vuelta en Stone, pero no estaba abrigado. El frío de la mazmorra se abrió paso por las oscuras y heladas escaleras, buscando apoyo en su pecho.

Tenía dos llaves maestras en la mano. Cuando se detuvo en lo alto de las escaleras y miró hacia abajo, apretó las llaves con más fuerza. No escuchó a su hermana acercarse. Pero ¿qué clase de Destrier sería ella, si así fuera?

"Ravyn".

Se giró, ocultando su sorpresa tras un ceño fruncido. "Jesús".

Jespyr se apoyó contra la pared del pasillo, mezclado lo suficientemente bien con las sombras como para casi hacer innecesaria una Tarjeta Espejo. Su mirada bajó a las llaves maestras en el bolso de Ravyn. "Necesitarás otro par de manos para abrir esa puerta".

"Iba a buscar un guardia".

Algo cambió en sus ojos marrones. "Soy lo suficientemente capaz".

Había una acusación en algún lugar de las notas firmes de la voz de Jespyr. Ravyn lo ignoró. "El Rey quiere ver a Els..." Se estremeció. "Quiere saber sobre la tarjeta Twin Alders. En privado."

Jespyr cruzó las manos formando una red. "¿Es eso prudente?"

"Probablemente no."

El sonido del gong resonó por todo el castillo. Su peaje se anunció a primera hora de la tarde. Mediodía, medianoche... la hora significaba poco para Ravyn. Lo único que sabía del tiempo era que siempre parecía que se le acababa.

Jespyr arrastró su bota sobre una arruga de la alfombra del pasillo. "¿Estás lo suficientemente bien para hacer esto? Casi no has hablado de lo que pasó. Sobre Elspeth.

Los músculos a lo largo de la mandíbula de Ravyn se tensaron. "Estoy bien."

Ella sacudió su cabeza. "Siempre puedo saber cuando estás mintiendo. Tus ojos tienen esta mirada vacía".

"Tal vez sea porque *están* vacantes".

"Te gustaría que todos pensaran eso, ¿no?" Jespyr se acercó y le quitó la segunda llave. "Puedes hablar conmigo, ¿sabes? Siempre estoy aquí, Ravyn". La comisura del labio de Jespyr se arqueó. "Siempre estoy detrás de ti".

Llegaron al pie de las escaleras sin resbalar en el hielo. En la antecámara, esperaba la puerta del calabozo. Era dos veces más ancho que la envergadura de las alas de Ravyn. Forjado con madera de serbal y fortificado con hierro, se necesitaron ambas llaves maestras para desbloquearlo.

Frente a sus respectivas cerraduras en lados opuestos de la puerta, Ravyn y Jespyr colocaron sus llaves en su lugar. Ravyn se aseguró de darle la espalda para que Jespyr no viera sus dedos temblorosos.

Los mecanismos incrustados en el muro de piedra soltaron los pestillos. Ravyn presionó sus dedos en las bodegas y empujó la puerta para abrirla lo suficiente como para deslizarse, el peso de la madera antigua era grande.

"Déjala abierta", dijo, tomando ambas llaves. Los corceles llegarán pronto para recoger a Erik Spindle y a Tyrn Hawthorn para su investigación. Entró por la puerta.

"¿Qué quieres que vaya contigo?"

"No. Consigue una tarjeta de cáliz de la armería. Reúnete conmigo en la cámara del Rey".

"¿Estás seguro de que estás bien para hacer esto?" Jespyr preguntó de nuevo.

Ravyn siempre había sido un mentiroso por necesidad, nunca por afición al oficio. Era una de las muchas máscaras que llevaba. Y lo había usado durante tanto tiempo que, incluso cuando debía quitárselo, no siempre sabía cómo.

Se adentró en la oscuridad. "Estoy bien."

El aire se hacía más enrarecido cuanto más al norte avanzaba. El camino de la mazmorra se inclinaba, hundiéndose más profundamente en la tierra. Ravyn envolvió sus brazos en su capa y mantuvo sus ojos hacia adelante, temiendo que si miraba demasiado de cerca las celdas vacías, los fantasmas de todos los niños infectados que habían muerto allí podrían emerger de las sombras y reclamarlo.

El camino estaba lleno de antorchas ennegrecidas; esta parte de la mazmorra rara vez estaba patrullada. Ravyn continuó hasta llegar al final: la última celda.

El monstruo esperó.

Tirado en el suelo, con los ojos en el techo, como si contemplara las estrellas, lo que una vez había sido el cuerpo de Elspeth Spindle yacía inmóvil. El aire salió de su boca (ahora del Rey Pastor) como humo de dragón. Cuando los pasos de Ravyn se detuvieron al pie de la celda, el Rey Pastor no se giró para mirar, el sonido de sus dientes chocando fue el único saludo que ofreció.

A Ravyn se le hizo un nudo en la garganta. Antes de que pudiera detenerse, sus ojos recorrieron todo el cuerpo de Elspeth.

Lo que una vez había sido el cuerpo de Elspeth.

"¿Estás despierto?"

No hubo respuesta.

Ravyn dio un paso adelante, las barras de hierro de la celda como carámbanos bajo sus manos. "Sé que puedes oírme".

La risa resonó en la oscuridad. La figura en la celda se sentó lentamente y se volvió. Ravyn necesitó todo para no hacer una mueca. Los ojos negros de Elspeth habían desaparecido. En su lugar, iris felinos, vívidos y amarillos, iluminados por un hombre muerto quinientos años antes.

El Rey Pastor no se movió excepto por sus ojos. "Está solo, Capitán", dijo. Seguía siendo la voz de Elspeth. Sólo que ahora sonaba resbaladizo, aceitoso. *Equivocado*. "¿Es eso prudente?"

Ravyn se puso rígido. "¿Me harías daño?"

Su respuesta fue una sonrisa torcida y irregular. "Sería un mentiroso si dijera que no había jugado con la idea".

No había nadie allí para escucharlos. Aún así, Ravyn sacó su Nightmare Card de su bolsillo y la golpeó tres veces.

La sal le quemó la garganta hasta la nariz. Cerrando los ojos, Ravyn dejó que la sal lo tragara, luego la empujó hacia afuera, entrando en la mente del Rey Pastor. Recorrió la oscuridad, buscando cualquier indicio de Elspeth.

No la encontró.

Cuando abrió los ojos, el Rey Pastor lo estaba mirando. Una voz masculina, resbaladiza y venenosa habló en la mente de Ravyn. *¿Qué quieres, Ravyn Yew?*

Ravyn se pasó el dorso de la mano por la boca, ocultando su estremecimiento. Seguía mirando el cuerpo de Elspeth. Era su piel, sus labios y sus manos. Su cabello enredado, largo y negro, que le caía sobre el hombro. Su pecho que se elevaba con la hinchazón de sus pulmones.

Pero al igual que su voz, era innegable que algo andaba *mal* en el cuerpo de Elspeth. Tenía los dedos rígidos, curvados como garras, y su postura torcida: los hombros demasiado altos y la espalda demasiado curvada.

"El Rey desea verte", dijo Ravyn. "Pero antes de traerte con él, quiero dos cosas".

El Rey Pastor se desplegó del suelo y se paró en el centro de la celda. Luego, demasiado rápido, se deslizó delante de Ravyn. "Estoy escuchando."

El agarre de Ravyn sobre las barras se hizo más fuerte. "Quiero la verdad. Sin acertijos, sin juegos. ¿Eres realmente el Rey Pastor?"

Los ojos amarillos recorrieron sus manos: sus uñas rotas, la suciedad aún incrustada en las grietas secas de la piel de Ravyn. El cuerpo de Elspeth se inclinó, como un buitre. "Me llamaron así una vez".

"¿Cómo te llamó?"

Por un momento, no hubo nada. Sin movimiento. Ni siquiera el aire se convirtió en vapor por las fosas nasales del Rey Pastor. Luego, cuando parecía haberse helado por completo, sus pálidos dedos empezaron a trinar, como si puntearan las cuerdas de un arpa

invisible. “Ella me vio por lo que realmente soy”. Sacó la palabra y la susurró en la mente de Ravyn. *Pesadilla.*

“¿Y sabes dónde está la tarjeta Twin Alders, Nightmare?”

“Sí.”

“¿Me llevarás allí?”

Su voz era cercana y lejana. “Lo haré.”

“¿Qué tan lejos está el viaje?”

Nightmare bajó la cabeza y sonrió. “No lejos. Sin embargo, es más lejos de lo que nunca antes habías llegado”.

Ravyn golpeó los barrotes con la mano. “Dije que nada de malditos juegos”.

“Pediste la verdad. La verdad se dobla, Ravyn Yew. Todos debemos aceptarlo. Si no lo hacemos, bueno... Sus ojos amarillos llamearon. “Entonces nos romperemos”.

*Habló con su propia voz en la mente de Ravyn una vez más. Antes de tu vida , dijo, antes de la historia de la niña, el Rey y el monstruo, conté una historia más antigua. Uno de cartas de magia, niebla y Providencia. De infección y degeneración. Su sonrisa desapareció. De trueques hechos .*

*“Estoy familiarizado con El antiguo libro de los alisos ”.*

“Bien. Porque estás a punto de entrar en ello”.

Ravyn respiró hondo y el hielo del aire se anidó en sus pulmones.

“The Twin Alders es la única carta de este tipo”, continuó Nightmare. “Le da a su usuario el poder de hablar con nuestra deidad, el Espíritu del Bosque. Y es *ella* quien lo guarda. Tendrá un precio por la última Carta del Mazo. Nada sale gratis”.

“Estoy dispuesto a pagar cualquier precio que ella me pida”. Ravyn se presionó contra los barrotes y bajó la voz. “Y cuando pague, Nightmare, la tarjeta Twin Alders será mía. Ni el del Rey, ni el tuyo. *Mío.* ”

Algo cambió en esos ojos amarillos. “¿Qué es lo segundo que deseas de mí, Ravyn Yew?” murmuró la Pesadilla.

Incluso con la escarcha a su alrededor, Ravyn podía oler la sangre en la ropa de Elspeth. Dio un paso atrás, pero ya era demasiado tarde. Un ligero temblor había comenzado en su mano izquierda. Lo cerró en un puño. “Cuando te lleve a la cámara del Rey, no debes hacerle daño. No debes hacer nada que pueda poner en peligro que te saque de Stone en busca de la tarjeta Twin Alders.

“¿Rowan aceptó mi oferta, entonces? ¿Cambiar mi vida por la del joven Emory?”

“No completamente. Es por eso que debes comportarte lo mejor posible”.

La Pesadilla se rió. El sonido se desplazó por la mazmorra, como si lo llevaran alas oscuras. “Mi mejor comportamiento”. Sus dedos se curvaron a sus costados. “Por todos los medios. Llévame con tu Rey Rowan”.

A lo largo de la pared de la mazmorra había ganchos con diferentes armas y ataduras. Ravyn recuperó un par de esposas de hierro sujetas a una cadena y abrió la puerta de la celda. Nightmare extendió sus muñecas.

La piel pálida y magullada se asomaba por debajo de las mangas andrajosas.

Ravyn mordió. “Bájate las mangas para que la plancha no quede directamente sobre tus muñecas. No quiero causarle más moretones a Elspeth”.

“Ella no puede sentirlos ahora”.

Con los músculos tensos en su mandíbula, Ravyn tuvo cuidado de no tocar la piel de Nightmare cuando cerró las esposas en su lugar. “Vamos.”

Incluso con cadenas, los movimientos de Nightmare eran inquietantemente silenciosos. Ravyn necesitó todo su control para no mirar por encima del hombro. La única razón por la que estaba seguro de que el monstruo estaba detrás de él era porque podía *sentirlo* allí, como un espectro, mientras los dos salían sigilosamente del vientre helado de Stone.

Subieron las escaleras. Ravyn le estrechó la mano y el helado entumecimiento de la mazmorra se transformó en hormigueos a lo largo de las yemas de sus dedos. Todavía empuñaba la Tarjeta Nightmare y la usó para llamar a Elm. Su prima no respondió.

Pero otra voz lo hizo.

*Está muerta, tonto , llegó un tono familiar y burlón desde lo más profundo de su mente. ¿Por qué aferrarse a la esperanza? Incluso si unes la cubierta, levantas la niebla y curas la infección, ella no volverá. Murió en su habitación de Spindle House hace cuatro noches. Una risa baja y retumbante. Todo porque llegaste diez minutos tarde de tu patrulla.*

Ravyn sacó la Tarjeta color burdeos de su bolsillo y la golpeó tres veces, sofocando la magia. Su pulso rugió en sus oídos. No había sido la voz de Nightmare, sino otra, una que se burlaba de él, expresando sus peores temores cada vez que usaba la Nightmare Card por mucho tiempo.

Su propia.

El chasquido de los dientes rebotó en las paredes de piedra. “No era necesaria tu Tarjeta Nightmare, Ravyn Yew. Soy el único en cien celdas”. El pauso. “A menos que esperabas escuchar otra voz cuando entraste en mi mente”.

Ravyn se detuvo en seco. “¿Estuviste allí”, dijo, manteniendo la mirada hacia adelante, forzando el hielo en su voz cada vez más débil, “cuando Elspeth y yo estábamos solos?”

“¿Qué te pasa, bandolero? ¿Todos tus recuerdos color de rosa empiezan a pudrirse?”

Ravyn se giró y empujó a Nightmare contra la pared, y su mano se cerró alrededor de la pálida garganta del monstruo.

Pero se parecía demasiado a su garganta. Era su *garganta* .

Apartó la mano. “Todo era mentira”. No se había permitido pensar en eso hasta ahora. Y ahora que lo estaba pensando...

Había recibido heridas de cuchillo que le dolían menos. “Cada mirada. Cada palabra. Viviste once años en la mente de Elspeth. No se sabe dónde terminó ella y dónde empezé tú.

Una sonrisa apareció en la boca de Nightmare. “Sin saber nada en absoluto”.

Ravyn iba a enfermarse.

“Si te sirve de consuelo, su admiración por ti era totalmente unilateral. Encuentro tu fachada pétrea terriblemente tediosa”.

Con los ojos cerrados, Ravyn se dio la vuelta. “Y sin embargo, estabas allí. Cuando estábamos juntos”.

Hubo una larga pausa. Entonces, más silenciosamente que antes, Nightmare habló. “Hay un lugar en la oscuridad que ella y yo compartimos. Piense en ello como una costa aislada a lo largo de aguas oscuras. Un lugar que forjé para esconder cosas que preferiría olvidar. Fui allí de vez en cuando durante nuestros once años juntos. Para darle un respiro a Elspeth. Y, más recientemente —añadió, golpeando la pared con las uñas—, ahorrarme los detalles de su incomprensible apego a usted.

Ravyn abrió los ojos. “¿Este lugar existe en tu mente?”

Silencio. Luego: “Durante quinientos años, me quedé fracturado en la oscuridad. Un hombre que poco a poco se está convirtiendo en algo terrible. No vi sol ni luna. Todo lo que pude hacer fue recordar las cosas terribles eso había sucedido. Así que forjé un lugar para guardar al Rey que una vez vivió, todo su dolor, todos sus recuerdos. Un lugar de descanso”.

Ravyn se volvió. Cuando sus ojos se encontraron con la mirada amarilla de Nightmare, lo supo. “Ahí es donde ella está. Por eso no puedo oírla con la Nightmare Card. Tienes a Elspeth escondida”. Le ardía la garganta. “Solo en la oscuridad.”

La Pesadilla ladeó la cabeza. “No soy un dragón que atesora oro. En el momento en que Elspeth tocó esa Carta de Pesadilla y yo me deslicé en su mente, sus días quedaron marcados. Yo era su degeneración”.

No. Ravyn no lo aceptaría. “Dime cómo llegar a ella”.

“¿Por qué debería hacerlo cuando es un placer ver cómo te desmoronas?”

La mano de Ravyn cayó sobre su cinturón y sobre la empuñadura de marfil. “Vas a. Cuando abandonemos este miserable castillo, me dirás cómo llegar a Elspeth.”

La sonrisa de Nightmare era una amenaza apenas velada. “Sé lo que sé. Mis secretos son profundos. Pero hace mucho que los conservo. Y se mantendrán por mucho tiempo”.

El rey Rowan no estaba en su cámara.

Ravyn maldijo en voz baja. “Espera aquí”, le dijo a Nightmare. Dejó al monstruo, encadenado y manchado de sangre, de pie en el centro de las alfombras arrojadas por el rey, y se dirigió por el pasillo real hasta la habitación de Hauth. Cuando entró, hizo falta toda su moderación (y pura suerte por lo magro de su almuerzo) para no vomitar por el olor.

La habitación del Gran Príncipe estaba demasiado caldeada, amplificando los olores pútridos de la sangre y el enfermizo olor corporal. Filick Willow estaba en una fila de otros tres médicos junto a la cama de Hauth. El Rey también estaba allí, de pie junto a Jespyr, cerca del hogar. Él era ebrio. Había *estado* borracho junto a la cama de Hauth durante tres días, tocando y enderezando su propia Tarjeta de Pesadilla, tratando de llegar a la mente de su hijo.

Pero dondequiera que se demorara Hauth, si es que se demoraba, el Rey no podía alcanzarlo. Un Scythe tampoco podía mandar vida a sus ciegos ojos verdes. La piel que asomaba entre las vendas y las mantas estaba cortada y con costras. Y debajo de las vendas

Hauth había sido destruida. De una manera que Ravyn no había visto en veintiséis años de vida. Ni siquiera los lobos desgarraban así su carne. Rara vez se matan animales por deporte. Y esto (lo que le habían hecho a Hauth, desgarrándolo, rompiéndolo y desprendiéndolo) iba más allá del deporte.

De repente le pareció una idea terrible, hacer que el Rey se enfrentara al monstruo que había destrozado a su hijo.

Jespyr captó la mirada de Ravyn. Su mandíbula se tensó y habló al oído de su tío. Al Rey le tomó un momento concentrarse. Cuando sus ojos finalmente se centraron en Ravyn, estaban oscuros bajo un ceño fruncido.

"¿Bien?" ladró cuando estaban en el pasillo. "¿Ella esta aquí?"

Ravyn respiró una bocanada de aire fresco. "En su cámara, señor."

El tosco puño del rey se cerró alrededor del cuello de cristal de una licorera. "¿Un cáliz?"

"Tengo una aquí", dijo Jespyr, con una tarjeta Providence de color verde mar en la mano.

"Veamos a esa perra intentar mentir sobre los Twin Alders ahora".

Cuando el Rey abrió la puerta de su habitación, Nightmare estaba encaramada como una gárgola en una ornamentada silla de respaldo alto. Se miraron el uno al otro, dos Reyes con el asesinato detrás de sus ojos. Verde serbal, amarillo Pesadilla... y quinientos años de desequilibrio entre ellos.

Nightmare abrió su mano con forma de garra a modo de saludo. En el otro sostenía una copa de plata ya llena de vino. "Bueno, entonces", dijo. "Que comience la investigación".

Jespyr miró con escepticismo los grilletes que le rodeaban la muñeca. Exhaló y luego golpeó la Tarjeta del Cáliz tres veces.

El rey Rowan mantuvo la distancia entre él y la silla de Nightmare lo suficientemente amplia como para que un carruaje pudiera pasar. Puede que estuviera borracho, pero no era estúpido. Había visto con horrible detalle exactamente lo que este monstruo era capaz de hacer cuando lo provocaban. "Dime, Elspeth Spindle, ¿cómo es que sabes dónde está escondida la tarjeta Twin Alders?"

La Pesadilla retorció un dedo en las puntas del cabello negro de Elspeth. Ravyn observó, abrasado por el recuerdo. Él había tenido sus propias manos en ese cabello. Pasó los dedos por él y suspiró.

Dirigió sus ojos hacia la pared.

"Simple", murmuró la Pesadilla. "Yo estaba allí cuando la Tarjeta desapareció".

La mirada del Rey se desvió hacia el Cáliz en las manos de Jespyr, luego de nuevo a la Pesadilla, como si no pudiera decidir en quién (sus ojos o sus oídos) desconfiar más. "Eso es imposible."

La Pesadilla simplemente sonrió. "¿Lo es? La magia es algo extraño y voluble".

"Así que es magia lo que te da esto—esto—" La lengua del Rey tropezó con sus palabras. "¿Antiguos conocimientos sobre los Alisos Gemelos?"

Las comisuras de la boca de Nightmare se inclinaron. "Podrías decirlo."

"¿Dónde está escondida exactamente la Tarjeta?" Jespyr intervino, con los hombros tensos.

La Pesadilla le dirigió una mirada indiferente. "En lo profundo de un bosque. Un bosque sin camino. Pero para aquellos que huelen la sal... Un destello de dientes. "Me llama".

El rey se recuperó con un profundo e inestable suspiro. Su mirada se dirigió a Ravyn. "¿Mi sobrino estaba al tanto de su infección?"

Ravyn se quedó helado y mil campanas de alarma sonaron en sus oídos.

El timbre aceitoso de Nightmare los atravesó. "Tu Capitán no es el pájaro que todo lo ve como imaginas que es. No supo nada de mi magia hasta que fue demasiado tarde".

Era la verdad, sólo ligeramente retorcida.

Un surco rompió la máscara de piedra de la expresión de Ravyn. Nightmare lo notó y sonrió, como si supiera de lo que Ravyn acababa de darse cuenta.

Las Cartas de la Providencia no afectaron al Rey Pastor. Fue escrito en *El Antiguo Libro de los Alisos*.

*Por nuestro precio era definitivo, nuestro trueque estaba hecho. Creé doce Tarjetas... pero no puedo usar una.*

Pero sí afectaron a Elspeth. Hauth había usado un Cáliz contra ella. Ravyn le había hablado a la mente con la Tarjeta Nightmare.

Y el monstruo frente a él era tanto Elspeth como el Rey Pastor. La Pesadilla podría sucumbir a las Cartas y también anular su magia.

No era tan diferente de la propia magia de Ravyn. Él, que sólo podía usar el Espejo, la Pesadilla y, presumiblemente, las Cartas Providencia de Twin Alders. Las otras nueve Cartas no las podía usar, pero tampoco podían usarse en su contra. Podría negar la compulsión de Scythe, mentir contra Chalice.

Justo como lo estaba haciendo Nightmare ahora.

"¿Quién sabía de tu infección?" espetó el Rey cuando el silencio se prolongó demasiado.

"Mi magia siempre fue un secreto".

“¿Incluso de tu padre?”

La Pesadilla hizo girar la mandíbula. “Esa es una pregunta para él. No soy dueño de nada de lo que Erik Spindle, con su cruel indiferencia, haya hecho jamás”.

“¿Realmente puedes ver Providence Cards con tu magia?”

"Puedo."

“¿Y la usarás para encontrar la Tarjeta final para mí?”

La expresión de Nightmare permaneció ilegible. "Lo haré. Siempre y cuando cumplas tu parte del trato, Rowan. ¿Has entregado a Emory Yew a sus padres?"

Las manos del rey se entrelazaron a los costados. "Dime dónde está Twin Alders y lo liberaré esta noche".

La Pesadilla arqueó una ceja. "Muy bien." Aspiró aire por la nariz. “Escuche atentamente. El viaje hasta la duodécima Carta se realizará mediante tres trueques. El primero llega al agua: un lago oscuro y reflejado. El segundo comienza en el cuello de un bosque, donde no puedes volver atrás, aunque en verdad deberías hacerlo.

La mirada de Nightmare se dirigió a Ravyn. Sus palabras salieron bruscas, como si quisieran hacer sangre. “El último trueque espera en un lugar sin tiempo. Un lugar de gran dolor, derramamiento de sangre y crimen. Ninguna espada allí podrá salvarte, ninguna máscara ocultará tu rostro. Volverás con los Alisos Gemelos...

"Pero nunca abandonarás ese lugar".

## Capítulo Cinco

### *Olmo*

El camino forestal estaba oscuro y el bosque hinchado por el agua. Cuando un relámpago atravesó el cielo, Elm se puso la capucha de su capa y entrecerró los ojos para protegerse del ardor de la lluvia.

Ione no se había puesto capa. O zapatos. Sus pies y tobillos asomaban por debajo de su vestido blanco, la fina tela manchada de barro. Debía haber tenido frío, pero no se quejó.

Su voz vibró a través de su espalda, un delicado zumbido contra el pecho de Elm. No pudo entender sus palabras por el ruido de su caballo. "¿Qué?"

"¿Ella esta bien?" -Preguntó Ione, esta vez más fuerte. "Elsbeth."

Incluso decir que Elspeth Spindle estaba viva parecía poco cierto. "No sé." Elm apretó los dientes. "¿Te molesta que ella haya destrozado miembro por miembro a tu prometido?"

Ione mantuvo la vista al frente. "Por mucho que te moleste, me imagino".

Alto. Sangre en el suelo, sangre en la ropa, sangre por toda la cara. Sí, a Elm le molestaba. Por todas las malas razones. "Considérate afortunado de no haber tenido que ver lo que quedó de él cuando ella terminó".

Llegaron al cruce y el camino forestal se bifurcaba. Elm hizo girar el caballo hacia el este, hacia el lugar que más odiaba en el mundo. Piedra.

"¿Cuándo comienza la investigación?" -Preguntó Ione.

"Ansiosos por el Cáliz, ¿verdad?"

"No tengo miedo de la verdad".

Elm se inclinó y acercó la boca a su oreja. "Usted debería ser."

"Sí. Supongo que debería hacerlo".

Miró hacia abajo. No había hablado mucho con Ione Hawthorn. La mayor parte de lo que sabía sobre ella, Elm lo había reunido en miradas, muchas de las cuales habían sido robadas.

Su rostro siempre había sido fácil de leer, incluso desde el otro lado del gran salón de Stone. Sus expresiones eran genuinas, sus sonrisas tan desenfundadas que Elm casi sintió lástima por ella. Ese tipo de autenticidad desnuda no tenía cabida en la corte del Rey.

Él siempre había pensado que ella era hermosa. Pero la Doncella, esa inútil Tarjeta rosa, había curado su belleza hasta alcanzar una perfección sobrenatural. Su cabello y su piel estaban sin imperfecciones. El espacio entre sus dientes frontales había desaparecido. Su nariz era más pequeña. La Doncella no la había hecho más alta ni, gracias a los malditos

árboles, no había disminuido ninguna de sus notables curvas. Pero ella era diferente a la doncella de cabello amarillo que había visto sonreírle a Stone. Más controlado.

Más frío.

Sus ojos la recorrieron. Si Elm no hubiera notado el nudo en su garganta, la hinchazón de sus pechos al respirar, la forma de sus muslos debajo del vestido, podría haber mantenido los ojos en la carretera. Si hubiera mantenido sus ojos en el camino...

Podría haber visto a los bandoleros.

Llevaban capas y máscaras y formaban una fila, bloqueando la carretera. Elm tiró de las riendas y detuvo su caballo. El animal relinchó y luego se encabritó. Ione se estrelló contra el pecho de Elm. Y él le rodeó la cintura con un brazo, sujetándola firmemente contra él.

El primer bandolero llevaba un estoque y varios cuchillos en su cinturón de cuero envejecido. El siguiente sostenía un arco corto y la flecha apuntaba a la cabeza de Ione. El tercero, más alto y ancho que los otros dos, portaba una espada.

"Manos en el aire, Príncipe Renelm", gritó el hombre del arco corto. "Coge tu guadaña y les dispararé a ambos".

Las fosas nasales de Elm se dilataron. Lentamente, deslizó sus manos de Ione y las levantó en el aire. "Audaz de tu parte", dijo, evaluándolos. "Tres es un número pequeño para enfrentarse a un Príncipe y un grupo de Destriers".

"No veo ninguna fiesta". El bandolero de la espada mantuvo una mano en la empuñadura y se acercó al caballo de Elm, agarrando firmemente al animal por las riendas. "Me pareces solo, Príncipe".

Elm pronunció una maldición silenciosa por dejar a Gorse y Wicker en Hawthorn House.

Ione guardó silencio, con la columna firmemente presionada contra su pecho. Elm intentó recostarse, temiendo sentir los latidos de su corazón, pero no había ningún lugar adonde ir. Suave como una serpiente, la mano de Ione se deslizó detrás de ella, haciendo palanca a lo largo del dobladillo de su túnica cerca de su cinturón.

Elm se quedó helado.

Ione tiró de la tela, buscando, con dedos helados rozando la parte inferior de su abdomen, cerca del bolsillo a lo largo de su cadera.

El bolsillo donde guardaba su guadaña.

"No te *atrevas*, Hawthorn", hirvió en su cabello.

La amenaza en su voz no hizo nada. En una suave maniobra, los dedos de Ione estaban en su bolsillo, agarrando su Tarjeta.

Elm mantuvo sus ojos en los bandoleros y sus manos en el aire, sus pensamientos confusos, una vulnerabilidad no deseada retorciéndose en su estómago. No quería que Ione Hawthorn tocara su Scythe. No quería que *nadie* tocara su Scythe.

Los bandoleros avanzaron.

“No está del todo solo”, corrigió el bandolero de los cuchillos, acercándose. Soltó la empuñadura de su estoque y alcanzó la pierna de Ione, sus manos ásperas mientras levantaba el dobladillo de su vestido. “No con esta criatura excepcional”. Pasó un dedo por la pantorrilla desnuda de Ione y su guante embarrado dejó una marca en su piel. “Árboles, tu piel está fría”.

Todo el cuerpo de Ione se quedó inmóvil y su pierna se tensó bajo el agarre del bandolero. La voz de Elm llegó desde el fondo de su garganta. “Quita tu maldita mano de ella”.

“Entonces danos lo que queremos, Príncipe”.

“¿Cual es?”

“Tus cartas”, dijo el hombre de la espada. Estaba mirando la pierna de Ione. “Danos tu guadaña y tu caballo negro. Si añades la Tarjeta de Doncella y la mujer que lleva adjunta, te dejaremos quedarte con el caballo.”

La rabia ardía en la boca de Elm como bilis, y sus dedos se convirtieron en puños en el aire.

“Mantén esas manos en alto, Príncipe”, dijo el bandolero del arco corto. “Muévete y enviaré esta flecha al corazón de la mujer”.

La voz de Ione salió de su boca. “Así que mátame. Si puedes.” Sus ojos color avellana se alzaron hacia el bandolero del arco. Respiró hondo y luego golpeó la guadaña tres veces detrás de su espalda. “Suelta tu flecha”.

El bandolero parecía como si se hubiera tragado la lengua. Su arco se sacudió y la punta de la flecha cambió de dirección. Con una tos ahogada, cerró los ojos y soltó su flecha.

Elm empujó a Ione hacia adelante, aplastándola contra el caballo. Pero ninguna flecha pasó silbando por encima. Oyó un sonido repugnante y miró hacia arriba, cara a cara con el bandolero que tocaba la pierna de Ione.

La punta de la flecha, de color rojo carmesí, sobresalía de la garganta del hombre. El bandolero se atragantó y la sangre le brotó de la boca y el cuello. Sus dedos intentaron agarrarse mientras caía al suelo. Agarró el vestido de Ione y la arrancó (y a Elm) del caballo.

Elm salió al camino embarrado, abrazando a Ione. Ella tosió, su guadaña encerrada en su puño, todo su cuerpo se agarrotó mientras intentaba liberarse del bandolero con la flecha en su garganta.

Elm se puso de pie y pateó al bastardo, y luego echó a correr, acortando la distancia entre él y el segundo bandolero, el que tenía la espada. Elm no llevaba ninguna espada a la altura. Como era un Destrier reacio, lo había dejado en Stone. Sus únicas espadas eran dos cuchillos arrojados que guardaba en su cinturón, principalmente para lucirse.

El primer cuchillo falló. El segundo hirió al bandolero en la parte interna del muslo. Elm metió la mano en el bolsillo. La Guadaña ya no estaba, pero llevaba otra Carta. Uno brutal que casi nunca usaba, heredado cuando tomó la capa de Destrier.

El Caballo Negro.

Elm lo golpeó tres veces, aprovechando un arma vieja que siempre llevaba consigo. Puede que hubiera sido menos poderoso sin Ravyn y Jespyr, pero tenía suficiente rabia por los tres.

Esquivó una flecha que silbaba en el aire, luego el golpe de la espada. Acortó la distancia entre él y el bandolero, negándole a la espada su influencia, y le atravesó el rostro con el puño.

Golpeó una y otra vez, sus nudillos chocaron con las mejillas, la nariz y la mandíbula del bandolero. El mundo alrededor de Elm se desmoronó y, de repente, ya no estaba golpeando a un extraño enmascarado, sino a su propio hermano, a su padre e incluso a Ravyn.

El bandolero cayó de espaldas sobre la carretera y no se movió. Elm estaba de pie encima de él, con las manos gritando de dolor. Se volvió para buscar a Ione..

Y se encontró cara a cara con el arco corto.

"Consiente", dijo el bandolero, con su flecha apuntando al pecho de Elm. "No quiero matarte. Sólo dame la guadaña". Él tembló. "Y te dejaré ir".

Elm levantó las manos una vez más. Sólo que esta vez estaban cubiertos de sangre. "Ojalá pudiera. Pero no lo tengo".

Cualquiera que fuera la audacia que poseía el bandolero, pendía de un hilo. Sus ojos estaban enloquecidos y su respiración, tan llena de pánico como la de un animal atrapado. "Si tu puedes. Me hiciste dispararle. ¡Me obligaste!

Elm tenía poco talento para calmar. Aún así, bajó la voz, obligando a que la furia regresara a su garganta. "Baja el arco", dijo. "No hay escapatoria si me lastimas. Mi familia te cazará. Y cuando te encuentren... Miró al bandolero a los ojos. "Aléjate mientras puedas".

Pero el bandolero no respondió. Dejó caer el arco corto al suelo, sosteniendo sólo su flecha. Sin pestañear, presionó la punta de la flecha en la suave piel debajo de su paladar.

Sus ojos estaban tan vacíos que bien podría haber estado muerto.

Ione salió de detrás del caballo de Elm, sus pies descalzos silenciosos mientras cruzaban el camino embarrado. Ya no parecía una novia. Su vestido blanco estaba manchado de sangre y tierra. Labios rosados presionados en una delgada línea, la guadaña de Elm moviéndose entre sus dedos. Sus ojos color avellana se entrecerraron hacia el bandolero.

"Continúa, entonces", dijo sin sentir nada.

Un escalofrío recorrió la espalda de Elm. Se volvió hacia el bandolero. "Espera", dijo. "No-"

El bandolero le clavó la punta de la flecha en la carne debajo de la mandíbula. Hizo un terrible sonido estrangulado y se desplomó, su máscara negra absorbió y luego dejó que la sangre de su vida cayera al camino forestal.

La sal era fuerte en la niebla, como si el Espíritu del Bosque, oliendo la sangre, hubiera venido a presenciar el caos en el camino forestal. Elm comprobó que su amuleto de crin

estaba ajustado alrededor de su muñeca y arrastró los cuerpos hacia los arbustos. Dos de los bandoleros estaban muertos. El tercero, al que había golpeado con los puños desnudos, estaba inconsciente.

Elm buscó en sus bolsillos y se quitó las máscaras. No los reconoció. Pero los odiaba: su arrogancia. Habían desperdiciado sus vidas por Providence Cards.

Regresó al camino y se liberó del Caballo Negro, devolviéndolo al pliegue de su bolsillo. "¿Estás herido?"

Ione estaba de pie junto a su caballo, con la cabeza gacha mientras volteaba algo en su mano.

Su carta de guadaña.

"Espino", llamó Elm por encima de la lluvia. Se acercó, con cuidado de no pisar sangre.

"Nunca antes había sostenido una guadaña", dijo, girando la tarjeta entre sus ágiles dedos. "Hauth nunca me dejó tocar el suyo".

"No es una tarjeta con la que jugar. El dolor es insoportable si lo usas por mucho tiempo. Devuélvemelo antes de que te lastimes".

Ione retrocedió un paso. "Sin embargo, me llevas ante el Rey, quien seguramente me vería herido, aunque no sabía nada de la magia de Elspeth". Un tic levantó la comisura de su boca. "O tuvo algo que ver con las *desafortunadas* circunstancias de Hauth".

"Tu destino no es obra mía". Elm respiró profundamente y se secó los dedos ensangrentados en la túnica; la tela oscura absorbió rápidamente la mancha. "Dame la guadaña".

Ione le mostró la tarjeta roja. Pero tan pronto como Elm lo alcanzó, se lo puso detrás de la espalda. "¿Qué me darás por ello?"

Elm frunció el ceño. No sabía nada de primera mano de los efectos negativos de la Doncella. Lo que sí sabía lo tomó del *Antiguo Libro de los Alisos*, que afirmaba que cualquiera que usara la Tarjeta Rosa durante demasiado tiempo sufriría insensibilidad. Imaginó insensibilidad, desinterés e incluso desdén. Pero mientras trazaba el rostro de Ione Hawthorn, no vio nada de eso en su expresión.

No vio nada en absoluto. Sus rasgos estaban demasiado bien guardados. Le preocupaba no poder leerla: una mujer que había enviado una flecha al cuello de un hombre sin mirarla dos veces.

El olmo escupió en una retama, flema y sangre. "Es *mi* tarjeta. No te debo nada".

"Te salvé la vida".

"Lo habría logrado sin tu ayuda". Señaló los charcos de sangre en el camino. "Todo lo que hiciste fue causar un desastre".

"Podría haber dejado que te disparara. Podría haber huido con la guadaña. Pero no lo hice".

"Por la bondad de tu corazón". Elm dio otro paso adelante. "Si tan solo tuvieras alguno".

"Te salvé la vida", dijo Ione de nuevo, esta vez más aguda. "Todo tiene un costo".

Elm estaba tan cerca de ella que su cuerpo tapaba la lluvia. Podía sentir su aliento en su rostro. "Dame la guadaña. Ahora."

"No te acerques más. De hecho, no te muevas en absoluto".

El olor a sal picó los ojos de Elm. Antes de que pudiera extender la mano, torcer el brazo de Ione y arrancarle la Tarjeta de las manos, sintió sus músculos se tensan. El sudor le humedeció las palmas y luego la nuca. Intentó acercarse, pero no podía moverse. Estaba congelado, clavado en el suelo.

"Espino", advirtió, tensando la mandíbula. "Detener."

"El pago primero".

El calor subió por el cuello de Elm. Sus músculos (sus articulaciones y huesos) no hicieron caso a su orden, por mucho que les dijera con ardor que se movieran. Tal era el poder de la Guadaña. Ione podía hacerle saltar sobre una pierna hasta que se le rompiera el tobillo. Podría obligarlo a arrojar su amuleto al suelo y correr, sin que nadie se lo pidiera, a través de la niebla. Incluso podría obligarlo a quitarse el cuchillo del cinturón y hundirlo en su propio corazón.

Un viejo pánico enterrado en lo más profundo de Elm se agitó. Había pasado mucho tiempo desde que alguien usó una guadaña contra él. "¿Qué deseas?"

Los ojos de Ione recorrieron su cuerpo. "Tu palabra", dijo. "Su Señoría."

"¿A que final?"

"Debes convencer al Rey para que me dé rienda suelta en el castillo".

"Eso podría no ser posible".

Ione se pasó el borde de la guadaña por el labio inferior. "Dicen que eres el Príncipe inteligente. Estoy seguro de que pensarás en algo".

Elm todavía no podía moverse. El pánico crecía en su pecho y se envolvía en sus pulmones. Si no se liberaba pronto de la tarjeta roja, iba a gritar hasta que se le abría la garganta. "Árboles, ¡bien! Lo que quieras. Sólo dame la maldita Scythe.

Ione golpeó su Tarjeta tres veces, soltándolo. Deslizó su mano detrás de su espalda y la extendió. Una sola gota de sangre cayó de su nariz.

Elm le arrancó la guadaña de la mano. "Nunca", se enfureció, inclinándose hasta que sus rostros quedaron igualados, "hagas eso de nuevo".

La sangre debajo de la nariz de Ione se diluyó, diluida por el agua de lluvia. "Ni usted ni su tarjeta roja significan nada para mí, Príncipe. Sólo quiero equilibrio. Te salvé la vida". Sus ojos color avellana ardieron en los de él. "Ahora es tu turno de salvar el mío".

## Capítulo Seis

### *Elsbeth*

Recordé los lirios en un salón. Un árbol con hojas rojas que crece en un patio bajo la sombra de una casa estrecha e imponente. Una madera. Pelo amarillo salvaje. Risas en un jardín. Manos con arrugas de crepé trabajando en un mortero.

Una biblioteca. Un toque de terciopelo.

Túnicas blancas. Sangre en la losa. Marcas de garras en la tierra. Una voz, tejida de seda, en las paredes de mi cabeza. *Levántate, Elsbeth.*

Me agarré la garganta, hurgando en mi propia mente en busca de la voz. No estaba allí. Sentí su ausencia, la oscuridad de mis pensamientos ahuecada, como una tumba vacía. *¿Pesadilla?*

Taxus estaba encima de mí. No sabía cuánto tiempo había estado allí, mirándome. "Estás recordando", dijo lentamente. "Te dejaré ahora. Estarás a salvo aquí".

Dirijo mi mirada al agua oscura, a la orilla interminable y apática. "Donde es *aquí*?"

"Un lugar para descansar. Para recuperar."

"No quiero descansar", susurré. "Quiero que me dejes salir".

Sus ojos amarillos se suavizaron. "Pronto, querida".

Se alejó sin dejar huellas. lo vi irse hasta que el oro de su armadura desapareció en la oscuridad, luego se puso de pie con las piernas temblorosas y trató de seguirlo. "Taxus... espera".

Pero ya no estaba.

En su ausencia, traté de reconstruir el espejo destrozado de mis recuerdos. Recordé impresiones: colores, olores y sonidos. Los nombres eran más difíciles de recordar, como trabajar un músculo atrofiado.

Tensados, vinieron. Ópalo. Nya. Dimia. Erick. Tyrn.

Tía. Medias hermanas. Padre. Tío.

*Entonces, en un día o una noche sin señal, recordé un paseo por el bosque. Un onomástico. Una vieja rima. Chica amarilla, suave y limpia. Chica amarilla, sencilla, invisible. Chica amarilla, pasada por alto. Chica amarilla, no será Reina.*

Iona. Me reuní con mi prima Ione en la ciudad. La seguí hasta la casa de mi padre. Salió temprano...

Y en el camino forestal se encontraron con dos bandoleros.

Ընծաւոր յարսնացի

## Capítulo Siete

### *Olmo*

La piedra se mantuvo firme contra la tormenta. Sobresalía de la niebla, sus torres de color naranja a la luz de las antorchas. Cuando llegaron al puente levadizo, Elm estaba empapado hasta el jubón.

Los truenos retumbaban sobre las nubes de carbón y el anochecer les pisaba los talones. Cuando el guardia levantó las puertas, Elm dirigió su caballo hacia el lado oeste del patio.

Dos mozos de cuadra se apresuraron hacia adelante, con la mirada muy abierta cuando vieron a Ione.

Elm desmontó y entró en el patio. Caminó diez pasos antes de darse cuenta de que Ione todavía estaba en la silla. Su cabello amarillo estaba oscuro por el agua y se pegaba a ella en mechones largos y pesados. Los temblores subieron por sus piernas hasta su columna, sacudiendo todo su cuerpo. Sus labios se habían puesto azules y su vestido, manchado de sangre y tierra, se pegaba a su piel. Parecía una sirena de cuento de hadas, arrastrada a la orilla después de una tormenta.

"Árboles", murmuró Elm. Estiró la mano para bajar a Ione del caballo, pero su cuerpo estaba rígido y se vio obligado a rodearle la cintura con un brazo y levantarla del animal.

Cuando se apoyó en su hombro, su aliento sopló como viento invernal sobre su cuello.

"La próxima vez que montemos", rechinó, poniéndola descalza, "usa una maldita capa".

Ella lo miró a través de las pestañas mojadas. "Dudo que haya una n-próxima vez, Príncipe".

Cuando llegaron a las puertas fortificadas de Stone, los guardias las abrieron sin dudar. Elm entró pisando fuerte en el castillo, goteando agua de lluvia sobre alfombras de lana y suelos de piedra. Detrás de él, podía oír el castañeteo de los dientes de Ione, molestando su último nervio en carne viva.

Señaló con la cabeza hacia la gran escalera. "Cinco minutos para calentarte, Hawthorn". Él miró sus pies descalzos. "A menos que quieras perder los dedos de los pies en el calabozo".

Sólo lograron subir diez escalones por las escaleras antes de que una voz los llamara desde el rellano de arriba. "Renelm".

Elm maldijo en voz baja y miró hacia arriba. Intentó sonreírle al Destrier. "Tilo. Estás mejorando cada día, ¿no?"

Si Hauth era capaz de establecer una conexión genuina, Royce Linden era lo más parecido a un amigo que podía presumir. Se comportaban con el mismo entusiasmo amenazador, dos toros al borde de la embestida. Con los ojos marrones sombreados bajo una ceja tosca, Linden llevaba la capa de Destrier como una amenaza.

Pero la capa no hizo nada para ocultar sus cicatrices apenas curadas. Cicatrices que Elspeth Spindle le había grabado sin querer semanas atrás, el día de mercado.

Los ojos de Elm recorrieron las lesiones irregulares que se extendían desde detrás de la oreja de Linden hasta el hueco de su garganta. "Nunca serás un espectador", dijo. "Pero eso no estaba exactamente en las Cartas, ¿verdad?"

La boca de Linden se mantuvo firme. Se detuvo en la escalera justo encima de Elm, nivelando sus alturas. "No has venido a ver a tu hermano".

Elm dejó de sonreír. Fue agotador jugar bien. "He estado ocupado."

Linden miró por encima del hombro a Ione. "Así que finalmente hemos atrapado a uno de los parientes de la perra". Sus ojos se entrecerraron. "¿No debería estar de camino al calabozo?"

Elm se movió, bloqueando a Ione y su vestido ensangrentado de la vista de Linden. Él se estiró hacia atrás y la agarró del brazo. "Pronto." Subió las escaleras de dos en dos, arrastrando a Ione detrás de él. "Dale a Hauth lo mejor de nosotros, si se mueve".

El ardor de la mirada de Linden los siguió escaleras arriba. "Eso fue estúpido", dijo Ione. "T-t-deberías t-simplemente llevarme al d-mazmorra. E-él pensará..."

"Royce Linden es la menor de tus preocupaciones".

En el quinto rellano, Elm los condujo a través de la cocina hasta el ala cubierta de terciopelo donde vivía la familia real. Cada pocos momentos se detenía y escuchaba, esperando que el profundo timbre de la voz de Ravyn entrara en su mente.

Pero los únicos sonidos que llegaron a Elm fueron el agudo frenesí de sus propios pensamientos y el ruido del castañeteo de los dientes de Ione. Si Ravyn estaba en el castillo, si estaba usando su Tarjeta Pesadilla, Elm quedaba fuera de la conversación.

"Date prisa", dijo, arrojándose hacia la puerta con el zorro tallado en el marco de caoba. Sus dedos hinchados no manejaban bien el pestillo. Cuando la puerta se abrió, hizo entrar a Ione con un empujón.

"Qué-"

"Tranquilo." Cerró la puerta abruptamente. "Este salón está lleno de médicos".

Ione corrió hacia el hogar, el fuego bien atendido. Un pequeño gemido escapó de su garganta mientras se encorbaba junto a las llamas, la luz del fuego danzaba sobre su piel. Acercó sus manos al calor tanto como se atrevió. "¿Va a vivir?" ella dijo. "¿Tu hermano?"

Elm no pudo cerrar la puerta. Ravyn mantuvo las llaves del castillo puestas. su cinturón, y Elm había perdido su llave personal hacía años. Sacó la silla de nogal que había estado en su habitación desde la infancia y la apoyó contra la puerta, sus patas crujió en una débil

queja. "No he consultado a ningún Profeta sobre este asunto", dijo, jugueteando con su ropa.

Su cinturón cayó con un ruido metálico. Lo siguiente fue su capa empapada. Su jubón y su túnica fueron más difíciles de quitar, pero no tanto como su camiseta, la seda húmeda se pegaba a las delgadas líneas de su estómago y espalda. Cuando estaba libre, vestía sólo sus pantalones de lana.

Dejó caer su ropa mojada en un montón en el suelo y se quitó las botas, agarrando una jarra de vino de la mesa.

"Aquí", dijo, agachándose junto a Ione junto al fuego. "Ayudará con el resfriado. Beber."

La mirada de Ione recorrió la piel de Elm, pasó por sus hombros y bajó por su pecho, para finalmente aterrizar en la jarra. Sus labios azules formaron una línea.

"¿Ves algún veneno bajo la manga?" —preguntó Elm, señalando su desnudez. "Es sólo vino".

Cuando Ione todavía no bebía, Elm se llevó la jarra a los labios y tragó profundamente.

El vino se deslizó por su garganta, provocando pequeños fuegos en su camino hacia su estómago. "¿Ver? Todavía respirando." Le tendió la jarra una vez más. "Ahora bebe".

Ione lo tomó y se lo llevó a los labios. Elm notó la curva de su cuello, la forma en que su labio inferior abrazaba la boca de la jarra.

Se dio la vuelta y arrojó otro leño al fuego.

Ione asomó los dedos de los pies desde debajo del vestido hacia las llamas y dijo: — "Algo me dice que no sería demasiado difícil envenenarme, si quisieras. Pareces del tipo que recurriría a los venenos".

Elm recuperó la jarra y tomó otro trago. "No sabes nada sobre mí, Hawthorn".

Ione se desdobló y se puso de pie. Su mirada bajó a su vestido, la tela que alguna vez fue blanca, oscura y manchada. Se llevó la mano a la espalda, jugueteando con los cordones. "Necesito tu ayuda, Príncipe. Los nudos se han endurecido con el agua de lluvia".

"¿Y me confundiste con tu doncella?"

"No me digas que te sientes incómodo desvistiendo a una mujer".

Las entrañas de Elm se sacudieron. Él no se movió, mirando fijamente a los ilegibles ojos de Ione Hawthorn, sin estar seguro de si la enojaría más si él la ayudaba o la rechazaba. Tenía muchas ganas de hacerla enojar. Quería ver qué le dejaría sentir la Doncella.

Cuando estuvo en toda su altura, la enterró en la sombra.

Los ojos de Ione recorrieron su pecho desnudo. Se giró, presentando la parte de atrás del vestido, sus hombros subían y bajaban mientras esperaba.

El cordón era complicado. Y los dedos de Elm estaban hinchados y magullados. Una espada tendría que ser suficiente. Recuperó uno de sus cuchillos ceremoniales del montón que había en el suelo y luego se acercó a Ione. Cuando deslizó su mano izquierda debajo de su cabello mojado, sus nudillos se arrastraron por su nuca.

Su cabello era sorprendentemente pesado. Denso. El tiempo suficiente para envolver su puño y tirar.

Elm alejó ese pensamiento y movió la masa de cabello amarillo dorado sobre el hombro de Ione. Con la mano derecha agarró el cuchillo. "No te muevas."

Desgarró la punta de la hoja a través del cordón del vestido. Cuando la falda y luego el corpiño cayeron al suelo, Elm se mordió el interior de la mejilla y dio un paso atrás. "Espero que no sea uno de los favoritos".

Ione se alejó. "Tu padre me lo dio en Equinox, después de que se anunciara mi compromiso con Hauth". Miró el vestido con marcado desinterés. "Ahora es por el fuego".

La chimenea era la única luz de la habitación. Aún así, no fue difícil distinguir el contorno del cuerpo de Ione, todo sus curvas, sus arranques y paradas, debajo de su ropa interior de seda húmeda.

Elm se obligó a volver a mirar el fuego. "¿Y la Tarjeta de Doncella que te dio mi padre? Supuse que lo tenías escondido allí ", dijo, volviendo la nariz hacia el montón de tela arruinada.

Ione se retorció el pelo y escurrió los últimos restos de agua de lluvia. "Es posible que me lo hayas buscado. Hauth lo habría hecho".

La boca de Elm se presionó en una línea dura al oír el nombre de su hermano. "Nuestras metodologías son *diferentes*, la suya y la mía". Echó una mirada furtiva a Ione, pero sus ojos volvieron a fijarse en el hogar. "Hay un cofre al pie de mi cama. Toma lo que quieras".

Las bisagras de hierro se abrieron con un chirrido. Ione revolvió su ropa, deteniéndose de vez en cuando para pasar las manos por la tela. "Usas mucho de negro", murmuró. "Para un príncipe".

Olmo no dijo nada. Cuando se volvió, Ione se había puesto una túnica de lana oscura sobre la cabeza. Cayó más allá de sus rodillas, su cuerpo se perdió bajo el exceso de tela.

Era una de las prendas que usaba cuando iluminaba la luna como bandolero. "Toma", dijo Ione, arrojándole una camisa limpia y un jubón de terciopelo del mismo color negro sin fondo a Elm. "Te conviene."

Con el pelo revuelto, Elm se deslizó la camisa por la cabeza y dejó caer la guadaña en un bolsillo lateral. Se encogió de hombros sobre el jubón. Pero cuando intentó apretar el cordón, el cordón de seda se deslizó entre sus dedos hinchados.

Maldijo en voz baja.

"Mi turno." Ione dio un paso adelante, cogió los cordones y luego retiró las manos. "Es decir, si quieres mi ayuda".

Elm lo miró fijamente. "Y pensar que ni siquiera tuve que matar a nadie para que me debieras un favor".

Las comisuras de los labios de Ione se torcieron. Entrelazó los dedos a través de los cordones, enhebrando el jubón con precisión. Una vez Entretejido en su lugar, tomó los

extremos de las cuerdas y tiró, empujando a Elm hacia adelante mientras cerraba la costura del jubón.

"Lo hace suavemente", gruñó. "Soy delicado".

Las pestañas de Ione rozaron sus mejillas mientras bajaba los ojos, enrollando el hilo restante en un nudo apretado justo encima del ombligo de Elm. Olía a exterior, a lluvia y a campos. Un olor embriagador y melancólico. Eso hizo que Elm se sintiera confuso.

Él se alejó. Mientras lo hacía, la sal le mordió la nariz, como si alguien le hubiera arrojado agua de mar helada a la cara. Llenó sus oídos, sus ojos, sus fosas nasales. Tosió, el sonido de la voz de su prima llenó los rincones oscuros de su mente.

*Olmo, llamó Ravyn. ¿Dónde estás?*

*Respiró entrecortadamente y le dio la espalda a Ione. ¿A MÍ? ¿Qué hay de ti? Hace mucho que te fuiste. Tenía el maldito deber de Destrier sin ti.*

*Te lo explicaré todo. ¿Estás en tu cuarto?*

*Sí, pero... espera, Ravyn, yo...*

Él ya se había ido. La sal se retiró de los sentidos de Elm como una ola menguante. Cuando se volvió hacia Ione, ella lo estaba mirando.

Se abalanzó sobre el baúl de ropa y hurgó en él. "Toma estos", dijo, arrojándole un par de calcetines de lana a la cabeza. "Hace frío a donde vas".

Ione los atrapó justo antes de que le golpearan la cara. Los levantó hacia la luz, con el ceño fruncido. "Estos son del tamaño de un hombre".

"Lo cual resulta que soy". Elm encontró un par de botas secas debajo de su cama y se metió el pie en una, cuyo cuero estaba rígido por el desuso. "Cuando dije que no sabías nada sobre mí, Hawthorn, supuse que había algún nivel de comprensión..."

"Estoy sorprendido, eso es todo. No hay ropa de mujer en tu habitación".

"¿Por qué diablos habría?"

"Vi varios pares de medias tirados por la habitación de Hawthorn cuando la visité". Ione cerró la tapa del cofre y se sentó sobre él, apuntando con los dedos de los pies mientras se ponía los calcetines uno a la vez. "Supuse que todos los príncipes tenían mujeres".

Elm se miró las botas con el ceño fruncido; sus dedos hinchados eran demasiado torpes para atarlas. "Si tuviera tiempo." Se puso de pie, buscando en el desordenado suelo. "Necesitarás una capa".

"Estoy bien tal como estoy".

"Perderás los dedos de los pies y luego los dedos de las manos. Quizás la punta de tu nariz. O esa boca malvada".

"¿Cuál es mi boca para ti?"

"Nada." La exhalación de Elm salió disparada, alborotando el cabello sobre su frente. "Pero podría ser difícil cumplir mi parte del trato si estás hecho pedazos".

Ione no pareció oírlo. Volvió la cabeza, enderezó la espalda y miró hacia la puerta. Elm también lo escuchó: el sonido de unas pisadas pesadas. Pero antes de que pudiera hablar, antes de que pudiera moverse, el pestillo se levantó.

La silla de nogal cayó con estrépito y la puerta de la habitación de Elm se abrió.

Cuando Ravyn entró en la habitación, con los hombros tensos, su mirada se congeló en Ione. Él la observó con ojos penetrantes que saltaron de su cabello mojado a la túnica negra que llevaba y luego al montón de su vestido manchado de sangre en el suelo.

"Ione Hawthorn", dijo, y su mirada finalmente se dirigió a Elm. "Me sorprende encontrarte aquí".

## Capítulo Ocho

### *ravin*

Ravyn sabía a ceniza en su boca. Miró a Ione Hawthorn y ella le devolvió la mirada, con sus ojos color avellana enmascarados por la indiferencia. El nudo en el pecho de Ravyn se apretó. Prima de Elspeth. Su prima *favorita*. Ione debía estar lejos de Stone. Y ahora que ella estaba aquí...

Seguramente moriría.

No sabía dónde mirar. Ione Hawthorn: cabello empapado, ojos fríos y vestida con una de las túnicas de Elm. O su prima, que parecía medio ahogada.

"Ella estaba en Hawthorn House", dijo Elm, ya a la defensiva. "Gorse y Wicker la vieron. Estarán aquí pronto. No tuve más remedio que traerla".

La atención de Ravyn volvió al vestido en el suelo. Incluso en la habitación con poca luz, las manchas de sangre eran inconfundibles. Sus ojos volvieron a Elm, luego a su mano derecha, con los nudillos hinchados y oscuros por los moretones. "¿Qué pasó?"

"Los bandoleros nos atacaron en el camino forestal. Tres de ellos."

Cuando Ione habló, su tono era hueco, casi aburrido. "Descanse tranquilo, Capitán. Las manchas de sangre no son nuestras".

Ravyn mantuvo su mirada en Elm. "¿Estás bien entonces?"

El rostro de su primo estaba demacrado. "Mejor que nunca. ¿Dónde demonios has estado?"

"En el castillo de Yew".

"¿Por qué?"

"Excavar debajo de una piedra en particular".

Elm se puso rígido. "¿Y?"

"Es cierto. Todo ello."

Ione estaba perfectamente quieta, escuchando. Por una razón que no entendía del todo, Ravyn quería gritarle. "El Rey ha comenzado su investigación. Acaba de ver... Su garganta se cerró al oír el nombre. "El prisionero. Ahora tendrá a los demás".

Las mejillas de Elm se quedaron pálidas.

"Capitán", llamó una voz desde la puerta abierta.

Royce Linden era una sombra en el vestíbulo; la luz de la chimenea de Elm llegaba sólo al borde de su frente y su nariz. "El Rey me ha pedido que empuñe el Cáliz en su investigación".

Elm cruzó los brazos sobre el pecho. "Ese es el trabajo de Jespyr".

"Ella ha ido al calabozo para devolver a la perra a su celda".

Ravyn mordió. Duro.

Linden se movió bajo su mirada y sus ojos se posaron en sus botas. "Vi llegar al Príncipe y a la Señorita Hawthorn hace unos momentos y me ofrecí como voluntario para convocarlos. No sabía que ya había venido a hacerlo, Capitán".

La voz de Elm bajó. "¿El Rey convocó específicamente a la señorita Hawthorn? ¿O simplemente te sentías terriblemente ansioso?"

Linden abrió la boca, pero Ravyn lo interrumpió. "Ella es pariente de un infectado". Puso hielo en su voz. "La señorita Hawthorn se someterá al Cáliz, al igual que su padre y su tío".

Podía sentir la mirada de Elm ardiendo en su espalda. Ravyn lo ignoró. Elm no fue el único que se enojó. Se suponía que Hawthorn ya no estaba, desapareció en la noche junto a su madre, sus hermanos y sus primos.

Pero Ravyn se quedó sin opciones. Si quería convencer al rey de que siguiera confiando en él, a pesar de su flagrante apego a Elspeth Spindle, tenía que ser irreprochable. Tendría que usar la máscara del Capitán de los Destriers, el frío e insensible líder de los despiadados soldados de Blunder, solo un poco más.

"Dirige el camino", le dijo Ravyn a Linden.

Nadie habló, los altos y oscuros pasillos de Stone resonaban con sus pisadas. Se encendieron antorchas, iluminando los antiguos tapices que cubrían los muros del castillo.

Linden tomó la iniciativa. Ione lo siguió, sus pasos silenciosos bajo sus calcetines de lana. Ravyn se preguntó dónde habrían ido a parar sus zapatos.

Elm caminaba a su lado. Cuando Ravyn tocó la Tarjeta Pesadilla una vez más y llamó a su primo, Elm saltó.

*¿Qué? él chasqueó.*

*¿Por qué Ione Hawthorn no desapareció con los demás?*

*No sé. Elm mantuvo la mirada hacia adelante. Ella no debía estar en Spindle House cuando obligué a los demás a huir.*

*Entonces, ¿por qué no usar tu guadaña con ella hoy?*

*No podría con Gorse y Wicker allí, ¿verdad?*

La rodilla izquierda de Ravyn explotó cuando subieron las escaleras. *¿Qué pasó en el camino?*

*Te dije. Salteadores de caminos.*

Ravyn era cuatro años mayor que su primo, pero la diferencia siempre había parecido leve. Principalmente porque Elm había sido más alto que Ravyn desde que cumplió diecisiete años. Como el zorro tallado encima de la puerta de su habitación, Elm era astuto y lento para confiar. Con sólo unas pocas miradas, podía mapear el lenguaje corporal

(escuchar el cambio en la respiración justo antes de mentir), sentir la energía de una persona sin tener que hablar con ella.

Pero Ravyn había ignorado los talentos de su primo, sus advertencias. Elm casi le había rogado que mantuviera la guardia alta contra Elspeth Spindle. Ravyn no había escuchado. Si lo hubiera hecho, podría haber sentido lo que Elm tuvo todo el tiempo, escondido detrás de dos ojos color carbón que brillaban en amarillo.

Peligro.

Quizás, si Ravyn hubiera prestado atención a las advertencias de Elm, no estarían en camino a una investigación. Es posible que Hauth nunca hubiera tenido la oportunidad de estar sola con Elspeth.

Y Shepherd King podría haberse mantenido a raya.

Ione miró hacia atrás. Elm se movió, sus hombros se tensaron, algo tenso y silencioso pasó entre ellos.

Llegaron al segundo rellano. Pero antes de que pudieran descender a la sala del trono, Ravyn agarró el brazo de su primo y lo retuvo.

*¿Qué está pasando, Elm?*

*Ella me salvó la maldita vida, ¿de acuerdo? Elm arrancó su brazo del alcance de Ravyn. No tuve tiempo de alcanzar mi Scythe. Ella lo sacó de mi bolsillo. Miró hacia las escaleras y se pasó una mano por el enredado cabello castaño rojizo. El resto sucedió...rápidamente.*

Ravyn miró fijamente a su prima. *¿ELLA los mató?*

“El Rey nos está esperando, Capitán”, llamó Linden desde abajo, con los dedos ahora alrededor del brazo de Ione.

Ravyn levantó un dedo amenazador hacia Linden y mantuvo su mirada en Elm. “No hay nada que puedas hacer por ella ahora”, dijo en voz baja. “Ella hizo su cama cuando le dijo que sí a Hauth”.

La expresión de Elm se volvió fría. “¿De verdad crees que ella sabía a qué estaba diciendo que sí?”

“Ella sabía que Elspeth estaba infectada. Y yo... Ravyn se pasó una mano por la mandíbula. “Si voy a irme por Twin Alders Card, no puedo permitirme más desconfianza de tu padre. No puedo mentir por Ione Hawthorn”.

Algo brilló en esos brillantes ojos verdes. “Lo haré entonces.”

Ravyn negó con la cabeza. “No, olmo”.

“Se lo debo”.

“Ella no se ha ganado tu amabilidad”.

“No es amabilidad”, replicó. “Es equilibrio”.

*Ravyn respiró hondo y tranquilizador. Ella nunca dejará este lugar, Elm. Ya sea por la escarcha de la mazmorra o por orden del Rey, ella morirá. Puso la mano en el hombro de su prima. No te dejes engañar por su belleza. Ya tenemos suficiente en nuestro plato.*

La sonrisa de Elm no llegó a sus ojos. Giró el hombro y la mano de Ravyn cayó. *Porque nunca lo ha convertido una mujer hermosa, ¿verdad, Capitán?*

## Capítulo Nueve

### *Olmo*

El gran salón estaba lleno de luz, empapado del aroma de las hierbas y de los alimentos glaseados con mantequilla: perfumes y vino. La risa rebotaba contra sus antiguas paredes y la música se enredaba en los tapices, hacía piruetas alrededor de los pilares y se anudaba en faldas. Pero a sólo una pared de distancia, más allá de grandes puertas de hierro, aguardaba otro pasillo. Uno desprovisto de color, olor y sonido, cuyo único adorno es una imponente silla hecha de la resistente madera de los árboles de serbal. Además de la mazmorra, era la parte del castillo que menos le gustaba a Elm.

La sala del trono.

“Abran”, dijo Ravyn a los centinelas que custodiaban la puerta.

Las bisagras crujieron como bestias al despertar. Elm mantuvo la vista al frente, apretando los dientes, sus pasos resonaban en la cavernosa habitación.

Había dos hogares gemelos, uno a cada lado de la sala del trono. Ambos estaban encendidos, rugiendo con leños humeantes, sus llamas proyectaban sombras largas y saltarinas sobre el suelo de piedra. Entre los hogares había un estrado. Sobre él, el rey Rowan estaba sentado en su trono, con el rostro ensombrecido por una ceja poblada. Llevaba su corona (de oro, forjada para que pareciera ramas de serbal retorcidas) y una corona a juego. Manto dorado con piel de zorro en el cuello. No había asientos junto al trono en el estrado, nadie igual al Rey. Los únicos compañeros del rey Rowan eran tres enormes perros de caza, cuyos ojos oscuros y sin parpadear recorrieron la habitación.

El Rey los vio acercarse. En su mano derecha había una copa de plata. A su izquierda, una guadaña.

Los corceles se alineaban en las paredes, perdidos en las sombras. Wicker y Gorse estaban entre ellos.

A diez pasos del estrado, Linden soltó el brazo de Ione. Estaba de pie en el corazón de la sala del trono, con los hombros nivelados y su cabello reflejado en los dedos de la luz del fuego.

Ravyn y Elm estaban detrás de ella.

El Rey se reclinó en su trono. “Ven”, gruñó, guiando a Ravyn hacia su lugar habitual en el lado izquierdo del trono. Ravyn subió al estrado, con las manos fuertemente cruzadas detrás de la espalda. El Rey miró con los ojos entrecerrados y luego volvió su mirada hacia Elm. “Y tú.”

Elm parpadeó y no se movió. Él no era el Gran Príncipe. Su lugar siempre había estado en el perímetro, perdido a la sombra del hogar con el resto de los Destriers. "¿Qué?"

"Hay una vacante a mi lado", dijo el Rey. "Llenarlo. A menos que a ti también quieras someterte al Cáliz.

Elm tropezó hacia adelante. Se colocó en el lado derecho del trono y trató de no pensar en los cientos de veces que las botas de Hauth habían marcado las piedras bajo sus pies. Miró por encima de la cabeza de su padre a Ravyn, que permanecía completamente quieto.

Elm enderezó los hombros y apretó los labios formando una línea firme. Pero su tolerancia a la quietud estaba menos evolucionada que la de Ravyn. Incluso cuando se imaginaba perfectamente quieto, su bota tamborileó. Cuando quiso que se detuviera, sus dedos se retorcieron en la manga. Cuando los cerró en puños, su cabeza se llenó con el sonido de sus molares rechinando.

El rey miró a Ione. "Veo que Renelm no te encadenó".

Los ojos de Ione se posaron en Elm. "Su metodología es *diferente* a la de su otro hijo, Majestad".

"En efecto." El Rey miró a los Destriers. "Encadenarla".

Un corcel que estaba al lado de Tojo dio un paso adelante, con una cadena tintineando en sus manos. Tomó las muñecas de Ione, primero una, luego la otra, y cerró bruscamente las esposas en su lugar. Cuando él la soltó, el peso de sus ataduras de hierro rodeó los hombros de Ione.

El estómago de Elm se contrajo.

Un guardia trajo una bandeja con una copa de cristal llena de vino sobre ella.

Linden tomó la copa con una mano. Con la otra, metió la mano en el bolsillo y sacó una Tarjeta del Cáliz.

"Tráelos", ladró el Rey, haciendo que Elm saltara.

La puerta de la sala del trono se abrió una vez más, abundando los ecos del ruido de las cadenas. Jespyr y otros tres Destriers dieron un paso adelante, trayendo consigo a dos hombres. Uno era alto, con cabello oscuro y canoso y penetrantes ojos azules que se negaba a bajar. El infatigable Erik Spindle.

El otro prisionero era más bajo. Su cabello estaba ralo y su ropa andrajosa. Tenía moretones en la cara y cojeaba al caminar. Tyrn Hawthorn no miró a su hija ni al rey. Su mirada permaneció baja. Elm hizo una mueca al verlo, la derrota de Tyrn (su dolor y vergüenza) flotando, fétida, a través de la sala del trono.

Los Destriers colocaron a Erik y Tyrn a ambos lados de Ione y formaron una fila detrás de ellos. Jespyr miró a Elm detrás de la espalda de Erik. Tenía el rostro demacrado y la mandíbula tensa. Aún así, ella le guiñó un ojo, un breve consuelo.

La voz del rey Rowan atravesó la habitación. "Elsbeth huso está acusado de alta traición por portar la infección". El trono gimió, los dedos del rey estaban blancos mientras se aferraba a los apoyabrazos. "Además, está acusada del asesinato de la médica Orithe

Willow y del intento de asesinato de mi hijo, el Gran Príncipe Hauth Rowan. De estos crímenes la he declarado irrevocablemente culpable y la condeno a muerte”. Dejó escapar un suspiro lento y venenoso. “Mi intención, a través de esta investigación, es saber en qué medida debo atribuirles estos crímenes a ustedes, sus parientes”.

Tyrn dejó escapar un gemido bajo, lo que se ganó las miradas de disgusto de los Destriers a lo largo de la pared.

El Rey continuó, su malicia apenas velada. “Tyrn Hawthorn, Erik Spindle, Ione Hawthorne. Te han convocado a Stone, acusado de traición por ayudar a Elspeth Spindle. Cometiste esta traición a sabiendas y con pleno conocimiento de la ley, que establece que todos los niños infectados, por la seguridad de nuestro reino, deben ser reportados a mis médicos”. El rey se movió en el trono y bajó la voz. “Te someterás a una investigación, la profundidad de tus crímenes medida por mí, mi Capitán, tu Príncipe y los Destriers. Cuando sus esposas e hijos sean descubiertos, ellos harán lo mismo”. Golpeó su guadaña tres veces. “Beber.”

Linden acercó la copa de cristal. Tyrn Hawthorn resistió la magia de la Guadaña, sus manos temblaban mientras intentaba no alcanzar la copa. Cuando finalmente sucumbió y bebió, dos Destriers tuvieron que cerrarle la boca para evitar que el vino se derramara.

Linden giró la Tarjeta del Cáliz azul marino entre sus dedos y la golpeó tres veces.

La copa pasó a Ione, quien tomó el tallo con ambas manos. Cerró los ojos y se lo llevó a los labios, mechones de cabello amarillo cayendo desde detrás de sus orejas, cubriendo su rostro como un velo. Ella Bajó la copa y una gota de vino permaneció en su labio inferior. Cuando abrió los ojos, su mirada color avellana estaba aguda y enfocada.

Y apuntó directamente a Elm.

No había necesidad de una Tarjeta de Pesadilla: Elm sabía lo que estaba pensando. *Te salvé la vida. Ahora te toca a ti salvar el mío.*

Erik miró al frente y bebió de la copa, con expresión pétrea.

El Rey golpeó su guadaña tres veces más y la guardó en su bolsillo. “Empecemos.” Sus ojos verdes se dirigieron a Tyrn. “¿Siempre has sabido de la infección de tu sobrina?”

Un sollozo bajo y feo escapó de los labios de Tyrn. “Nnn...” Se atragantó con la palabra, su lengua destrozada por la mentira. “Nnnnnn...”

El Rey asintió hacia un Destrier, que se adelantó y le dio un revés a Tyrn en la cara.

Tyrn gimió y la sangre le salió por las comisuras de la boca. Aun así, intentó superar el Cáliz y mentir. “Nnnnn...”

El Destrier volvió a abofetearlo. Cuando la verdad pareció estrangularlo por completo, Tyrn respiró profundamente, derrotado. “Sí, Su Excelencia”.

La mirada del Rey se volvió llena de odio cuando se posó en Erik. De todas las traiciones que había soportado hasta el momento, estaba claro que sentía ésta como la más grave. Su antiguo Capitán de los Destriers, escondiendo a una hija infectada. “¿Sabías de su magia, Erik? ¿Esta *habilidad* que tiene con respecto a Providence Cards?”

Erik estaba de pie como un soldado, con los hombros cuadrados y las piernas firmes. No intentó mentir. "No, señor".

Los ojos del Rey recorrieron la línea. "¿Y usted, señorita Hawthorn? ¿Sabías de su magia?"

Ione miró fijamente el trono. "No."

"No, *Su Majestad*", repitió Linden, sonando demasiado parecido a Hauth.

"Pendejo", murmuró Elm, lo suficientemente alto como para ganarle una fuerte mirada de Ravyn y una familiar mirada asesina de su padre.

El rey volvió a centrar su atención en Erik Spindle. "Hauth llevaba una guadaña y un caballo negro a casi todos los lugares a los que iba. Y Orithe Willow no era ninguna tonta y débil. ¿Entrenaste a tu hija en combate?"

"No, señor".

"Entonces cómo..." Una línea de saliva blanca se formó a lo largo del labio inferior del Rey. "¿Cómo pudo una chica de su estatura superarlos?"

"Cualesquiera que fueran las habilidades que poseía Elspeth", dijo Erik, "nunca fui testigo de ellas. La vi poco". Se giró hacia un lado y sus ojos azules se clavaron en Tyrn. "Ella vivía con su tío".

La ira del rey volvió a Tyrn. "Tengo entendido que su esposa y sus hijos estaban convenientemente ausentes de Spindle y Hawthorn House cuando mis Destriers vinieron a recogerlos. ¿Dónde están?"

Los hombros de Tyrn empezaron a temblar. "No lo sé, Su Excelencia".

El Rey se reclinó en su trono. "No lo sabes", repitió. "Quizás no los necesito. Después de todo, tu hija está aquí, en mis garras. Miró a Ione. "Es usted terriblemente descarada, señorita Hawthorn, al continuar usando la Tarjeta de Doncella que le regalé".

Ione no dijo nada.

El Rey cruzó las manos sobre el regazo. "¿Dónde están tu madre y tus hermanos, tu tía y tus primos?"

Ione mantuvo la mirada al frente, impávida. "No lo sé, señor".

"Pero sabías que Elspeth Spindle contrajo fiebre. Lo supiste cuando mi hijo prometió casarse contigo.

"Sí." Linden abrió la boca, pero Ione lo interrumpió. "Sí, *Majestad*".

Los ojos del rey ardieron. "¿Aceptaste casarte con Hauth, sabiendo que lo vincularías a una familia que padecía enfermedades? Me das asco."

"El disgusto", dijo Ione, en tono indolente, "es mutuo".

El silencio atravesó la habitación. Incluso los perros se quedaron quietos. Linden extendió la mano, con la palma abierta, y abofeteó a Ione en la cara.

Elm se puso rígido, con las manos apretadas en puños tan apretados que las costras recientes a lo largo de sus nudillos se partieron. Saltó por su nariz y entró en su mente. *No te muevas*, advirtió Ravyn. *Quédate ahí*.

El rey apuró su copa. "Inténtelo de nuevo, señorita Hawthorn".

La mejilla de Ione estaba roja sólo en el momento en que Linden la había golpeado. Luego, lentamente, el rojo desapareció y su piel volvió a ser perfecta. "Nunca le mentí a Hauth sobre Elspeth. No me preguntó por mi familia. No me pidió mucho de nada".

El trono gimió bajo el peso cambiante del rey. "¿Estabas allí cuando ella lo atacó?"

"No."

"¿Cómo llegó ella a estar sola en una habitación con él?"

Alguien se estremeció a lo largo de la fila, atrayendo la mirada del Rey. Tyrn.

"¿Bien?" —ladró el rey.

Tyrn se tapó los ojos y se secó las lágrimas. O tal vez simplemente estaba tratando de ocultar su rostro a Erik Spindle. "Yo... el Príncipe Hauth, él quería hablar..." Respiró débilmente. "Llevé a Elspeth ante el Príncipe, Alteza".

Hasta ese momento, Erik Spindle había sido tan bueno como el cristal: tranquilo, quieto. Ahora todo su cuerpo estaba dirigido a su cuñado, sus ojos azules se llenaban de fuego.

El pulso de Elm latía con fuerza en sus oídos. El vello de sus brazos se erizó, la tensión en la habitación era tan tensa que podría romperlo. Metió la mano en el bolsillo y sus dedos rodearon la guadaña y su familiar confort aterciopelado.

*Pero su deuda lo carcomía. Te salvé la vida. Ahora te toca a ti salvar el mío.*

Tenía que ser ahora, ahora que estaba bajo el Cáliz, cuando el Rey le creería. Pero Ione Hawthorn no le había dado instrucciones exactas, sólo que quería suficiente libertad para vagar por el castillo sin inhibiciones.

En la vasta experiencia de Elm, había muy pocas cosas que Scythe no pudiera obligar a alguien a hacer. A pesar del Cáliz, podría hacer que Ione dijera una mentira para salvarse.

Pero habría un costo. Una mentira seguía siendo una mentira, y el Cáliz recompensaba la mentira diez veces más. No hacía mucho que había visto a Elspeth Spindle vomitar sangre espesa como barro, tratando de yacer bajo un Cáliz.

No, no podía obligar a Ione a mentir, era demasiado arriesgado. Tendría que absolverla por poder. La falsedad tendría que venir de otra persona. Alguien a quien pudiera soportar sacrificar al veneno del Cáliz.

*Tú*, se dijo, su mirada se posó en Tyrn Hawthorn, con el rostro todavía escondido entre las manos. Golpeó la guadaña en su bolsillo tres veces. *Lo harás muy bien.*

Cuando Elm sintió que la sal le picaba la nariz, la empujó hacia afuera, entrecerró sus ojos verdes y se centró por completo en Tyrn Hawthorn. Sobre lo que *quería Tyrn*.

Y Tyrn, tan ansioso por ocultar su rostro miserable, mantuvo la vidriosa muerte de la Guadaña escondida detrás de sus manos. Tyrn *quería* mantener a su hija a salvo. *Quería* absolverla.

La voz de Tyrn era fuerte, incluso detrás de la protección de sus manos. "Mi lealtad es para usted y su familia, mi Rey", dijo. "Príncipe Hauth... nunca planearía su herida".

Se atragantó con sus palabras por un momento. Elm mantuvo su concentración. *Cuéntales lo que pasó*, murmuró en la sal.

“Le entregué a Elspeth porque el Príncipe Hauth prometió que manejaría su infección rápidamente, sin deshonorar a la familia. Dijo que era la única manera de salvar la reputación de Ione.

Ahora viene la parte complicada. No es una mentira descarada, sino una mezcla de verdades. Algo para mantener a Ione alejada del verdugo. Algo que se le escaparía al Rey y le haría reflexionar.

Por suerte para Ione, Elm tenía años de práctica aprendiendo los trucos del Rey.

Tyrn tosió. Cuando pronunció las palabras que Elm le obligó a decir, su voz era tensa. “Por favor, señor. Si le haces daño a mi hija, todos lo sabrán. Ella es hermosa, es amada. Mi familia se ha ido; la gente chismorreará. Pero si dejáis que mi Ione se quede aquí, ella aplacará a vuestra corte. Evita que las lenguas se muevan. Evita que la gente sepa la verdad de lo que le pasó al Príncipe Hauth”.

La voz del Rey era helada. “¿Y por qué debería querer ocultar lo que le pasó a mi hijo?”

Tyrn dejó caer las manos, revelando unos ojos borrosos. “Porque fue tu culpa. Fuiste tú quien forjó el contrato matrimonial con una familia que portaba la infección. Tú que valoraste una Carta Pesadilla por encima de todo”. Su voz se volvió inquietantemente tranquila. “Usted tiene tanta culpa de lo que le pasó a Hauth como mi hija”.

El aire en la cavernosa habitación se calmó. La boca del Rey estaba abierta, pequeñas líneas rojas cruzando el blanco de sus ojos. Del otro lado, Ravyn estaba mirando el rostro de Tyrn Hawthorn, buscándolo. Los Destriers se movieron mientras lanzaban miradas de reojo, sus sombras bailando en el suelo.

Ione miró a su padre con la boca abierta.

Comenzó la reveladora agonía, que Elm conocía demasiado bien, por usar la guadaña durante demasiado tiempo. Un dolor punzante, fino como una aguja, se deslizó por la cabeza de Elm, comenzando cerca de su sien y profundizándose con cada segundo que pasaba. Parpadeó para disipar el dolor, pero no podría ocultarlo si su nariz comenzaba a sangrar.

Rezó para que esto fuera suficiente para mantener a Ione con vida, que el Rey tuviera suficiente miedo de los rumores y la disensión como para detener su mano, al menos hasta que Elm pudiera idear un plan mejor. Golpeó la guadaña tres veces y dejó escapar una larga y entrecortada exhalación.

Todos seguían centrados en Tyrn. Nadie notó que Erik Spindle se movía hasta que el ex Capitán de los Destriers empujó a Linden e Ione a un lado y envolvió sus cadenas alrededor del cuello de su cuñado.

El rostro del infatigable árbol del huso se hizo añicos en mil astillas. “¿Tu hiciste esto?” Dijo Erik, con la voz quebrada. “¿Renunciaste a Elspeth?”

La cara de Tyrn se estaba poniendo roja. “No más que tú”.

Linden sacó una daga. "Vuelve, Husillo". Cuando se acercó, Erik giró, mucho más rápido de lo que debería ser un hombre de su edad. Agarró la muñeca de Linden (la retorció) y le arrancó la daga de la mano.

"¿Donde esta ella?" exigió, con la punta de la espada apuntando a la garganta de Linden. "¿Dónde está mi hija?"

Hubo una carrera loca hacia el corazón de la habitación. Elm se lanzó desde el estrado en el mismo segundo que Ravyn. Los corceles pululaban, apagando la luz de los hogares mientras pasaban a toda prisa, sumergiendo la sala del trono en las sombras.

Jespyr llegó primero a Erik. Ella hundió los puños en su túnica y tiró de él hacia atrás. Erik soltó un grito sin palabras y blandió la daga salvajemente por el aire. Su espada no encontró apoyo en un Destrier.

En cambio, atrapó a Ione.

La daga, tan afilada que no emitió ningún sonido, atravesó las manos de Ione y partió la carne de sus palmas.

El Rey ladró órdenes, pero Elm no las escuchó. Estaba empujando a los Destriers, golpeando contra el mar de capas negras, abriéndose paso entre el tumulto.

El suelo de la sala del trono estaba marcado en rojo. Ione resbaló, atrapada entre Tyrn y los dos Destriers que luchaban por mantenerlo quieto. La estaban aplastando. Elm gritó su nombre, y luego otra vez, más fuerte, presa del pánico. "¡Espino!"

Cuando levantó la vista, sus ojos se toparon con los de Elm. Logró alejarse de su padre. Cuando extendió la mano, sus dedos se soltaron del agarre de Elm, resbaladizos por la sangre.

"Vamos", se enfureció. Sus músculos se tensaron, los hombros dolieron, cada fibra de su fuerza se gastó en alcanzar, alcanzar...

Atrapó la cadena que ataba las muñecas de Ione. Hacía frío y pesaba. Elm envolvió sus dedos hinchados alrededor de él y tiró, apretando a Ione entre los Destriers, liberándola del caos.

Ella chocó contra su pecho y presionó su cabeza contra su esternón. Subía y bajaba con la tórrida respiración de Elm. Cuando alcanzó sus manos, un silbido se escapó entre sus dientes. Erik Spindle había cortado a su sobrina palma con palma, un largo y feo valle rojo, de carne y músculo.

Elm presionó sus manos contra su pecho y detuvo la hemorragia, luego metió la mano en su bolsillo. En el momento en que el terciopelo tocó sus dedos y la sal le pellizcó la nariz, el mundo que lo rodeaba se desvaneció.

Se imaginó una fresca brisa invernal, una estatua helada. Todo estaba en silencio, todo estaba en silencio. Las estatuas eran una representación perfecta de la sala del trono. Sólo que, en su imaginación, él y todos los que estaban en él estaban envueltos en hielo, congelados.

El olor a sal se hizo más fuerte, mordiendo su mente. Él lo ignoró, haciendo girar la guadaña entre sus dedos. Hielo. Piedra. Quietud. Silencio. “Quédate quieto”, se dijo a sí mismo. “Estate quieto.” Siguió diciendo las palabras, deseando que el mundo a su alrededor cediera ante su Scythe. *Quédate quieto, quédate quieto.*

*ESTATE QUIETO.*

Cuando abrió los ojos, la sala del trono estaba congelada en su lugar. Erik, Tyrn, Ione, los Destriers, el Rey, todos congelados, con los ojos muy abiertos y vidriosos. Todos menos Ravyn, que se volvió para mirar a Elm. Había sangre en su rostro.

El caos había cesado. Todo estaba en silencio, todo estaba en silencio.

Todo menos la sangre que se deslizó por la nariz de Elm.

## Capítulo Diez

### *Elspeth*

El agua me bañó las piernas, la marea implacable, nunca alta ni baja. No tenía hambre ni sed ni estaba cansado. Había un nuevo nombre que me estaba dando que pensar. Como todos los demás, empezó como una imagen en mi mente. Pero mientras que la de Ione había sido una flor de color amarillo brillante y la de mi padre una hoja de color rojo carmesí, esta imagen era oscura, difícil de discernir. Casi como si no quisiera ser visto.

Un pájaro, de alas negras. Oscuro, vigilante, inteligente.

Algo en mi pecho se rompió y mis pulmones se vaciaron de aire.

Nuevos recuerdos se derramaron en mí. No eran como los demás, ablandados por la infancia o atados por la familia. Eran nuevos, forjados cuando yo era mujer. Un hombre, vestido con una capa oscura y una máscara que oscurece todo menos sus ojos. Luces moradas y burdeos. Corriendo en la niebla. Una mano en mi pierna, áspera y llena de callos, mientras estaba sentado en una silla de montar. Esa misma mano en mi pelo. Un latido en mi oído: una falsa promesa de siempre.

Su nombre se escapó de mis labios. "Ravyn".

Una risita sonó en mi oído.

Mis ojos se abrieron de golpe. Cuando miré a mi lado, una chica estaba sentada a mi lado en la arena. Un niño. Su cabello estaba tejido en dos perfectos trenzas, como si una mujer que la amaba se hubiera tomado el tiempo de trenzarlas con cuidado.

Pero más que su cabello, más que la inclinación de su cabeza, fueron sus ojos lo que noté. Sus brillantes ojos amarillos.

"¿Quién eres?"

Una sonrisa apareció en su boquita. "Tu sabes quien soy. Soy tu Tilly".

Mi nombre se desenredó de mi boca como un largo trozo de cuerda. "Soy Elspeth Spindle".

Ella se rió y el sonido se extendió por la playa. "¿Podemos columpiarnos en el tejo como prometiste?"

Miré hacia el vasto vacío. "No veo ningún árbol, Tilly".

Su sonrisa se desvaneció. "Está bien." Se levantó la falda y lanzó un suspiro. "Esperaré en el prado. En caso de que cambies de opinión".

Se alejó de puntillas, pero ninguna de sus huellas apareció en la arena. La vi irse, con un hormigueo subiendo por mi nuca.

Más voces sonaron en la oscuridad, suaves como olas en la orilla.

Miré hacia arriba. Del otro lado de la playa surgieron niños. Niños, todos con ojos amarillos, excepto los más altos. Sus ojos eran grises.

Ninguno de ellos dejó huellas en la arena.

El chico de ojos grises se arrodilló. Me miró a la cara. Suspiró. "Estás con nosotros, pero en realidad nunca estás aquí, ¿verdad, padre?"

## Capítulo Once

### *ravin*

Deja de inquietarte! Filick Willow espetó, con las yemas de los dedos frías mientras presionaba la piel sobre la frente de Ravyn. "No puedo coser correctamente cuando te mueves así".

Ravyn dejó de golpear con el pie y se quedó quieto en un taburete en los aposentos del rey. El enorme hogar ardía, alimentado por leña de pino. Filick se inclinó sobre él con agujas y puntos, reparando meticulosamente la división sobre la ceja izquierda de Ravyn.

Era tarde. Los Destriers se habían ido, enviados a dormir. Sombras oscuras persistieron bajo los ojos del Rey mientras caminaba frente al hogar, bebiendo profundamente de una copa de plata. De vez en cuando su voz se entrecortaba, atrapada por la rabia.

"Algún capitán de los Destriers", enfureció. "Inmune a la magia con cartas. Inigualable en combate". Miró a Ravyn por encima del hombro. "Erik Spindle, un hombre que pasó tres días congelado en el calabozo, lo dejó sin sentido".

Ravyn sacudió la cabeza, ya se estaba formando un nudo donde las cadenas de Erik habían chocado con su sien. "No es nada."

"¿Qué acabo de decir acerca de quedarme quieto?" Dijo Filick, tirando de la aguja y juntando las costuras de carne. "Parecerás un vulgar ratero si esto no se cura bien".

Elm resopló desde el hogar.

"Y tú", dijo el Rey, volviéndose hacia su hijo. "Un hombre muerto podría haber empuñado la guadaña antes que tú".

Elm se sacó sangre seca de debajo de las uñas. "Tienes una tarjeta roja en tu bolsillo, ¿no?"

El rostro del rey se ensombreció. "Tú estabas a la diestra del trono. La Guadaña y todo el dolor que trae es tu responsabilidad". Bajó la voz. "Hauth entendió eso".

Los ojos de Elm se entrecerraron ante el nombre de su hermano. Pero antes de que pudiera responder, las puertas del Rey se abrieron. Jespyr estaba en la puerta, con el rostro demacrado, el cabello ondulado disparado en todas direcciones y manchas de sangre seca salpicadas entre la nariz y el labio superior.

"¿Bien?" -preguntó el rey.

"Spindle y Hawthorn han sido devueltos al calabozo, señor".

"Espero que en celdas separadas", murmuró Filick.

El Rey exhaló. Un momento después, toda la bandeja de copas de plata resonó en el suelo y el vino se derramó sobre la piedra a sus pies. "Hauth no se mueve. Orite está muerta. Erik, Tyrn, hombres de mi círculo más cercano, han pasado más de una década engañando, ocultando la infección de Elspeth Spindle. Y, sin embargo, hasta que Twin Alders esté a salvo en mis manos, parece que soy yo quien debe ceder". Su mirada volvió a Ravyn, sus amplias fosas nasales se dilataron. "Esto es tu culpa."

Ravyn sabía lo suficiente de la ira de su tío como para mantener la mandíbula severa y no decir nada.

Elm no tenía tal control. "¿Cómo te imaginas eso?"

El Rey empezó a gritar. "¿No se estaba quedando en Castle Yew? ¿Anidado como un cuco bajo las sangrientas narices de mi capitán?"

"En su defensa", dijo Elm, "es una nariz bastante grande".

El blanco de los ojos del Rey se puso rojo. Por un momento, pareció como si fuera a envolver sus brutales dedos alrededor de su la garganta del hijo menor. "Debería sacarlos a los tres de mi guardia por tan abominable ineptitud".

Después de una pausa sofocante, Jespyr habló. Su voz era tranquila. "Se cometieron descuidos, tío. Hemos sido incansables en nuestras patrullas, deseosos de gestionar bien vuestro reino. No vimos lo que había delante de nosotros. Elspeth era una presencia tan tranquila y gentil bajo el techo de nuestro padre".

"La artimaña de un mentiroso".

El golpe en la cabeza de Ravyn había hecho que su mente divagara. Se sentó en la cálida cámara del Rey, pero una parte enferma de él habría preferido estar en el calabozo.

*Diez minutos*, se dijo por enésima vez en cuatro días. *Todo podría haber sido diferente si hubiera llegado a Spindle House diez minutos antes.* Sus ojos se elevaron hacia el Rey. "No fuimos nosotros quienes convertimos a Elspeth Spindle en una mentirosa. En el momento en que la infección tocó su sangre, seguramente sería una mentirosa. Así son las cosas en Blunder.

El paso del rey se detuvo. Se giró, con los ojos fijos en Ravyn. El silencio se robó el aire en la habitación. Incluso las manos de Filick se detuvieron. Todos estaban mirando. Espera.

"Fuera", dijo el Rey. "Todos. Me gustaría hablar con mi sobrino a solas".

Ravyn sintió los ojos de Jespyr taladrándolo. No los enfrentó. Estaba atrapado en la mirada del Rey. Filick se ató el último punto en la frente y se alejó, siguiendo a Jespyr sin decir palabra hasta la puerta.

Elm se quedó junto al hogar.

"Ve, Renelm", ordenó el rey.

Elm le lanzó a Ravyn una mirada penetrante y se dio la vuelta, cerrando la puerta detrás de él.

El Rey esperó a que se estableciera el silencio. "¿Valoras tu lugar aquí, sobrino?"

Ravyn sostuvo la mirada del Rey. "No sé lo que valoro, tío".

“¿No deseas ser mi Capitán?”

"No importa lo que quiero".

El último recipiente que no había sido destrozado o tirado al suelo era una jarra de plata. "Finalmente, algo en lo que estamos de acuerdo". El Rey tomó un largo trago. Cuando la jarra cayó de sus labios, sus ojos estaban desenfocados. "Dejaré que Ione Hawthorn permanezca en el castillo. Aunque sólo sea para disuadir los rumores sobre la traición de Erik y Tyrn en la corte. Aún así, la gente se preguntará por la ausencia de Hauth. Habrá chismes e inquietud. Los errores garrafales necesitan control, no violencia y traición ambigua".

Se quedó mirando el fuego un momento más y luego cruzó la habitación hasta su cama cubierta de terciopelo. El marco crujió bajo su peso. —Entonces, que Elspeth Spindle cumpla su palabra —murmuró. "Síguela fuera del castillo hacia la niebla; déjala que encuentre la tarjeta Twin Alders por mí. Luego arrástrala hacia atrás. Si alguno de ustedes intenta hacer algo inteligente, sacaré a Emory del Castillo Yew. Esta vez no tendrá una buena habitación ni un fuego para sentirse cómodo. El Rey bostezó. "Tendrá una celda".

La furia de Ravyn fue una ola rápida. Lo sintió en cada músculo tenso, palabras ardientes de malicia atrapadas en su boca. Pero su rostro permaneció inexpresivo.

"Cuando regreses, haré lo que dice el *Libro Antiguo*". El Rey cerró los ojos. "Derramaré la sangre infectada de Elspeth Spindle cuando llegue el solsticio. Une la baraja. Después de quinientos años, seré el Rowan que finalmente levante la niebla". Su voz comenzó a debilitarse. "Eso es lo que dirá la gente cuando hablen de mi reinado".

"Como tú dices, tío. Nos iremos inmediatamente". Ravyn se giró para irse.

"Elm se queda aquí".

Se quedó helado en la puerta. "Él es mi mano derecha".

"Y *mi* segundo heredero". El rey se hundió en su cama. "No puedo arriesgarlo al mismo peligro que quebró a Hauth".

"La Ni... Elspeth... ella no le haría daño".

El Rey soltó una carcajada. "Ni siquiera tú lo crees".

Ravyn apretó la mandíbula, buscando en su mente un engaño que doblegara la voluntad del Rey. Pero las palabras no vinieron. Su mente estaba llena de niebla, perdida por el agotamiento, tan cansada que dolía.

Presionó las palmas de sus manos en las cuencas de sus ojos. "A Elm no le gustará quedarse atrás".

"Es un Príncipe del Error. Lo que le gusta no tiene importancia".

Ravyn no estaba dispuesto a adentrarse de cabeza en la niebla, en lo desconocido, solo con un monstruo de quinientos años empeñado en corregir los errores del pasado. Necesitaba que alguien le cuidara las espaldas.

Alguien que *siempre había* cuidado su espalda.

"Jespyr", dijo, inflexible. "Necesitaré a mi hermana". Le costó, pero Ravyn bajó la cabeza. "Por favor."

El rey guardó silencio un momento. Cuando finalmente accedió, lo escuchó como un gruñido bajo. "Bien. Toma otro Destrier también. Tojo."

Ravyn no admitió discusión alguna. Él asintió brevemente y abrió la puerta.

"Conseguirás tu deseo", le gritó el Rey. "Cuando todo esto termine, te despojaré del mando". Sus palabras fueron empañadas a pesar de ello. "Has demostrado ser una terrible decepción, Ravyn".

Ravyn se agachó en la puerta, haciendo una reverencia final. "De tu parte, tío, eso es un verdadero elogio".

## Capítulo Doce

### *Olmo*

Elm atrapó a Filick antes de que el médico llegara a la escalera principal. Tenía que sujetarse a la barandilla de la cocina para mantenerse erguido, tan cansado que sus rodillas habían empezado a doblarse.

Filick respiró hondo. "El Rey está de mal humor".

"He visto peores." Elm se pasó una mano por la cara. "¿Viste dónde pusieron a Hawthorn? No me digas que esos idiotas la llevaron al calabozo".

El Médico bostezó. "Ella está en el piso de servicio, creo".

"¿Le enviaste un médico?"

"¿Para qué?"

"Sus manos. Erik los abrió".

Filick parpadeó y sacudió la cabeza. "Estás equivocado." Cuando Elm se quedó con la boca abierta, el Médico soltó una carcajada. "Te aseguro que sus manos estaban perfectamente intactas cuando la vi".

"Te aseguro *que* había una herida. Una mala".

"Probablemente la sangre de otra persona". Filick puso una mano en el hombro de Elm. "Duerme un poco, Príncipe. Lo prometo, la señorita Hawthorn está sana y salva.

Elm vio a Filick desaparecer escaleras abajo en la oscuridad, mientras sus pensamientos luchaban contra la fatiga. El no pudo haber Lo imaginé, no el frío aguijón de las cadenas de hierro de Ione, ni el terror que había sentido al ver sus palmas mutiladas.

La sensación de sus manos presionando su pecho.

Los ojos de Elm se dirigieron a su jubón. Casi esperaba no ver nada. Pero cuando miró hacia abajo, estaban allí. Incluso en la tela negra quedó una mancha.

Dos huellas de manos ensangrentadas.

Los guardias del castillo apostados a ambos lados de la quinta puerta del ala de sirvientes hicieron fácil discernir dónde los Destriers habían escondido a Ione. Cuando Elm se acercó, los guardias se ocultaron en las sombras y bajaron la mirada.

Golpeó la puerta y luego maldijo por los moretones en sus nudillos. "Abre, Hawthorn". Cuando nadie respondió, golpeó el pino anudado. "¡Espino!"

"Está encerrada, señor", dijo el guardia a su izquierda, ofreciéndole a Elm una pequeña llave de latón.

Elm lo sopesó en la palma de su mano. Siempre le había dicho a Ravyn que parecía un carcelero con su manojó de llaves. Cuando en realidad era el deber de Elm, el segundo Príncipe, llevar las llaves del castillo. Y Ravyn, como en tantas otras cosas que hizo, llevó el anillo de hierro para que Elm no tuviera que hacerlo.

“Que se vayan”, dijo a los guardias. Esperó a que se marcharan rápidamente y deslizó la llave en la cerradura.

La puerta se abrió con un chirrido y la habitación quedó iluminada por una única lámpara de cristal. El olor a lana y leña fresca llenó la nariz de Elm. Cerró la puerta y algo se movió en su periferia.

“Árboles”, dijo, girándose, “¿qué estás...”

Ione Hawthorn salió de las sombras y se acercó tanto a Elm que su columna se estrelló contra la puerta. Ella extendió un dedo y lo empujó con una fuerza impresionante en su pecho, enfatizando cada palabra. “Qué. Era. ¿Eso?”

La intensidad de sus ojos sobresaltó a Elm. No era más alta que su hombro (su clavícula, en realidad), pero eso no la hacía menos aterradora. Había una silenciosa furia en Ione Hawthorn. La Doncella hizo un buen trabajo al enmascararlo o templar, pero todavía estaba allí.

Quizás había algunas cosas que ni siquiera la magia podía borrar.

“Cuidado con ese dedo, Hawthorn. Te lo dije, soy delicado”.

“Lo que eres es un maldito idiota”. Ella dio un paso atrás. “Mi padre... lo que dijo durante la investigación. Ese eras tú, ¿no? Tú y tu guadaña”.

El cabello cayó sobre la cara de Elm. Lo sopló con un aliento cálido. “No es mi mejor trabajo, lo admito”, dijo, un poco a la defensiva. “Por otra parte, normalmente no tengo que luchar contra un Cáliz para conseguir que la gente haga lo que quiero”.

“¿Y esa fue tu mejor idea? ¿Hacer que mi padre *amenace* al rey?”

Elm se apoyó contra la puerta. “Todo lo que hice fue obligarlo a utilizar las palabras correctas”. Él le frunció el ceño. “De nada, por cierto. El Rey no te matará ahora. Al menos no de inmediato, cuando teme que la gente hable. Siempre ha tenido miedo de eso. *Hablar*. Se arrepentirá de cada aliento por lo que Elspeth le hizo a su hijo favorito. Hizo un gesto hacia su habitación. “Pero te he ahorrado la mazmorra. Serás vigilado, pero aún así bienvenido en la corte. Puedo organizar una escolta vigilada cuando necesites tener acceso al castillo. Y si el Rey cambia de opinión... Se mordió el interior de la mejilla. “Encontraré una manera de que puedas salir de Stone sin ser visto”.

Ione no dijo nada y torció la nariz como si algo miserable hubiera muerto debajo de ella. Los hombros de Elm se pusieron rígidos. “Eso es lo que querías, ¿no? ¿Una vida para una vida?” Él la miró fijamente. “Estamos empatados, Hawthorn”.

“No quería que me hicieran exhibir por la corte, escuchando los chismes sobre lo que le pasó a tu desdichado hermano. quería conseguir \_ lo que necesitaba para salir del castillo y

desaparecer. Árboles, pensé que eras lo suficientemente inteligente como para entender eso”.

Sus palabras pincharon la piel de Elm. Me metí debajo. “Tuviste tu oportunidad de desaparecer en el camino forestal”, dijo, igualando su ira. “Sin embargo, no lo hiciste”. Él se alejó de la puerta, su sombra se cernía sobre ella. “¿Qué es lo que necesitas en Stone y no puedes dejarlo atrás?”

Ione no dijo nada. Pero le ardían los ojos. Demasiado vibrantes para llamarlos avellana, tenían el color de un campo verde, salpicado de hojas de otoño. Savia ámbar, deslizándose sobre el musgo. Calor, vida y ira: tanta ira estallaron, incluso en la oscuridad de su sombra.

Aun así, ella no dijo nada.

Elm se movió tan rápido que la llama de la lámpara parpadeó detrás del cristal. Cogió la mano de Ione y la levantó, disfrutando de la sorpresa que cruzó su rostro: la inclinación de sus cejas, el pequeño grito ahogado que escapó de sus labios. “Muéstrame tu mano, Hawthorn”, dijo en voz peligrosamente baja.

Sus dedos se curvaron, no como un puño, pero lo suficiente como para ocultar su palma. Todo lo que Elm tenía que hacer era apretar, aplicar la presión adecuada, y sus dedos se abrirían para él.

No lo hizo. Si estuviera herida, le dolería muchísimo. E incluso si ella no lo fuera...

"Por favor", dijo, más suave que antes. "¿Me mostrarás?"

Ione no se movió. Toda su postura se había vuelto rígida, esos ojos color avellana se abrieron a su *gusto*. Casi como si hubiera esperado que él le obligara a abrir la mano.

A Elm no le gustó eso. Le hizo sentirse sucio por todas partes. Él dejó caer su mano.

La mirada de Ione recorrió sus mejillas enrojecidas. Lentamente, fue desenroscando los dedos uno a la vez. Cuando le ofreció la palma hacia arriba, Elm se quedó sin aliento.

La sangre había desaparecido, se la había lavado. Lo que quedó fue piel inmaculada y finamente surcada. Ni un solo rastro de herida.

Le pasó el pulgar por la palma, presionando la carne, buscando lo que no podía encontrar.

"No estás loco", murmuró Ione. "El corte fue profundo".

La necesidad de rasparle la palma con los dientes, de presionar su piel como si fuera arcilla y poner a prueba su fortaleza, era abrumadora. "¿Cómo?"

"¿No puedes adivinarlo?"

Elm recordó la sensación de la vieja puerta de madera de Hawthorn House debajo de su oreja. Lluvia en su mejilla. Viento helado. El cabello amarillo de Ione, húmedo y salvaje mientras cabalgaban. La mano del bandolero en su pierna. El hielo en su voz, implacable y segura.

*Mátame. Si puedes.*

Su visión se rompió, todo se volvió doloroso y el laberinto comenzó a desmoronarse. Sus ojos recorrieron su rostro, su rostro inmaculado. Su piel era demasiado perfecta, su

rostro demasiado simétrico y su voz demasiado tranquila. Había sabido desde el principio que ésta no era la verdadera Ione Hawthorn. Así era como la Carta de la Doncella la había rehecho, enmascarándola con una belleza sobrenatural. Enjaulándola. Protegiéndola.

Curándola.

"La doncella." Las palabras salieron de él.

Tan pequeño Elm casi no lo alcanza, que la punta de la ceja de Ione se alzó. "Parece que eres inteligente. En ocasiones."

Elm entró en la habitación, mareado, eufórico y un poco enfermo del estómago. "Árboles, necesito sentarme". Encontró el borde de la cama, se dejó caer, haciendo una mueca ante el fino colchón. "Quinientos años", murmuró para sí mismo. "Durante quinientos años, las Maiden Cards no se han utilizado más que para obsequiar a las hijas de hombres ricos".

"Se han desperdiciado quinientos años con las mujeres, ¿no es así, Príncipe?"

"Eso no es..." Se mordió el labio. "No tergiverses mis palabras. Si la Doncella puede curarse, es evidente que se han cometido graves descuidos".

Ione se sentó a su lado en la cama. No parecía cansada, pero tenía los hombros caídos y su voz era apagada. "Los hombres no necesitan a la Doncella. ¿Qué es la belleza frente al poder real? Mi padre nunca me dejó tocar sus Tarjetas de la Providencia. Pero la Doncella... la Doncella me la regalaron gratuitamente, como a un caballo un terrón de azúcar. Algo dulce para distraerme del bocado que me metieron en la boca". Bajó la barbilla y el pelo le cayó sobre el hombro. "¿Es de extrañar que si las mujeres descubrieron el verdadero potencial de la Doncella, su poder curativo, lo mantuvieran en secreto?"

Olmo guardó silencio. Pero en su mente estaba gritando. ¿Su legado de Rowan era tanto de idiotas como de brutos? Alguien debería haber descubierto esto.

Se pellizó el puente de la nariz. "¿Dónde está? ¿Tu tarjeta de doncella?"

"¿Por qué debería decírtelo?"

"¿Aún no confías en mí, Hawthorn?"

"Eres un serbal".

Ella lo dijo suavemente. Pero en la melodía de su voz se escondía una acusación: un silencioso aborrecimiento. Se hundió en Elm a través de todas sus partes doloridas y magulladas. "Está aquí, ¿no?" él dijo. "Tu doncella. Por eso querías volver con Stone: para recuperarlo. Buscó su rostro. "¿Dónde, Ione?"

Pero ese rostro, ese hermoso e insensible rostro, no contenía nada. Elm supo antes de hablar que no respondería a su pregunta. "Ahora que sabes lo que puede hacer la Carta de Doncella", dijo Ione, colocándose el cabello detrás de la oreja, "¿vas a usar una para curar a tu hermano?"

Elm no había pensado en eso. Él gimió y arrastró su manos sobre sus ojos. "No hay suficientes malas palabras en todos los idiomas", murmuró, "para que pueda responder esa pregunta".

"Porque, si lo haces, él va a..."

"La lista de cosas terribles que hará mi hermano si despierta es más larga de lo que imaginas". Elm cerró los ojos y exhaló un largo y doloroso suspiro. Días atrás, cuando estuvo en el calabozo helado con Ravyn y su padre frente a la celda de Elspeth Spindle, no podía imaginar una situación más terrible.

Pero había llegado a ser así, todo gracias a Ione Maldito Hawthorn y su Tarjeta de Doncella. Si alguna vez tuviera la edad suficiente para hacerlo, les contaría esta historia a sus hijos, con la firme lección de que nunca hagas *tratos* con mujeres hermosas.

"Parece que la mejor opción es mantener en secreto la magia de la Doncella", dijo. "Por ahora."

Cuando abrió los ojos, Ione lo estaba mirando. Buscando en su rostro algo que ella parecía no poder encontrar. Su mirada era como pasar lana sin lavar sobre su piel desnuda. Elm sintió picazón, demasiado calor.

Pero con la incomodidad vino otra sensación: algo en el estómago. Una euforia vertiginosa, como salvar una valla a caballo. Y aunque estaba cansado hasta el punto de sentir dolor, tal vez permanecería despierto un poco más para que esa sensación permaneciera.

Se puso de pie, apoyándose un momento en el armazón de la cama cuando sus piernas se doblaron. "Ven conmigo."

"¿Dónde?"

"La mazmorra."

Ione se puso rígida. "¿Para qué?"

"Elspeth", dijo Elm, metiendo las manos en los bolsillos. "Te llevaré a ver a Elspeth. O lo que queda de ella".

## Capítulo trece

### *Elspeth*

Cuando regresaron, el peso de mis recuerdos me arrastró tan abajo que no pude encontrar una salida. Magia. Mi infección. Tarjetas de Providencia. Lo que Hauth Rowan me había hecho aquella última noche en Spindle House.

El monstruo que me había salvado.

Grité, llamando a Nightmare que había tomado mi lugar. Sólo me encontré con el silencio. Corrí a lo largo de la playa, buscando una salida, sólo para regresar al punto de partida. Nadé en el agua, sólo para quedarme a diez pasos de la orilla. Grité en carne viva y lloré hasta que no hubo más lágrimas. "Lo recuerdo, Nightmare", le grité a la oscuridad. "Déjame salir. ¡DÉJAME SALIR!"

El silencio fue mi única respuesta.

Los niños iban y venían a su antojo, sin dejar nunca marcas en la arena ni ondas en el agua. Poco a poco aprendí sus nombres. Tilly y sus hermanos Ilyc, Afton, Fenly, Lenor. El mayor, el de ojos grises, era Bennett.

No parecían darse cuenta el uno del otro, pasando por el mismo tramo de playa sin levantar la mirada ni intercambiar palabras. Incluso había sido testigo de cómo dos de los jóvenes se *cruzaban* .

Pero sí me hablaron.

"¿Vendrás a ver lo que he construido?" Dijo Lenor, alcanzando mi manga y su mano pasando por mi brazo.

"Yo—yo—"

Su rostro cayó, al igual que sus ojos amarillos. "En otro momento entonces."

"He entrenado todos los días durante quince días", declaró Fenly; al momento siguiente u horas después, no lo sabía. "La tía Ayris dijo que podrías venir a verme competir en el torneo el día de mercado". Pero incluso cuando lo dijo, me di cuenta de que no lo creía. Al igual que Lenor, bajó los ojos. "Pero por supuesto, estás ocupado".

"No lo soy", le grité, pero desapareció sobre el agua.

Me di cuenta de que Ilyc y Afton eran gemelos. Mi estómago se revolvió ante eso. Me recordaron a mis medias hermanas. Sólo que, a diferencia de Nya y Dimia, no hablaban ese lenguaje secreto y conocedor de los gemelos. No se hablaron en absoluto. A veces, sus rostros se mezclaban por completo, dos niños se convertían en uno. "Quiero una tarjeta del

Huevo de Oro”, dijo Ilyc (¿o fue Afton?). “Le diste a Bennett Providence Cards. Yo también quiero uno”.

Extendí mis manos vacías. “No tengo Tarjetas de Providencia para darte”.

Sus cejas se estrecharon. Cuando volvieron a hablar fue para gritarme. “Te los quedas todos para ti”.

“No.”

“Te odio.”

Me tapé los oídos con las manos y cerré los ojos. Cuando los abrí de nuevo, los gemelos ya no estaban.

La atemporalidad se transformó en desesperación. No había nada que hacer en la larga y vacía costa excepto pensar... recordar. Y hasta mis recuerdos más preciados se volvieron amargos en aquel lugar hasta que, hambrientos, mis pensamientos empezaron a consumirme. Mi familia seguramente moriría por ocultar mi infección. Ni siquiera mis primos pequeños, Aldrich y Lyn, se salvarían de la ira del Rey. Muertos, todos ellos.

Por mí.

Y los tejos... Yo había destruido su esperanza de curar a Emory. Habían necesitado la sangre de Orithe Willow para unir a los muertos. Y yo lo había *matado* .

Mis pensamientos se pudrieron hasta que mi mente se volvió séptica.

Pero incluso entonces, un destello de calidez permaneció en el frío mortal de mi desesperación. La luz de una vela, de esperanza. La suavidad de las manos de mi tía mientras me peinaba. El brazo de Ione en el mío, nuestros tacones resonando en las calles adoquinadas el día de mercado.

Ravyn Yew, abrazándome lo suficientemente fuerte como para borrar todo Blunder.

Mi vestido de lana negro se empapó de agua mientras caminaba hacia las olas rompientes. Bennett apareció en el aire y se paró a mi lado. “Los niños te extrañan”, dijo, jugueteando con las dos Tarjetas de Providencia: Espejo y Pesadilla. “Especialmente Tilly. Ven a cenar. Solo esta vez.”

Para entonces supe que no me estaba hablando. Ninguno de los niños había estado hablando conmigo. Esta playa, este olvido de arena oscura, pertenecía al Rey Pastor.

*Sé lo que sé...*

*Mis secretos son profundos...*

*Pero por mucho tiempo los he guardado y por mucho tiempo se guardarán.*

Aquí. En la oscuridad, en la orilla. Donde no había sol, no LUNA. Donde la paloma huilota no cantó al amanecer y ningún búho anunció el crepúsculo. Un lugar de desolación: vacío y desesperación. Aquí es donde se guardaban sus secretos.

Y yo estaba entre ellos.

Miré a los ojos grises de Bennett. “No puedo quedarme aquí contigo y que me olviden”, dije. “Voy a salir”.

Caminé hacia las olas rompientes. Nadé con todas mis fuerzas. Gritó y tragó salmuera.  
Pateé y arañé el agua hasta que mis músculos cedieron.

Caí bajo las olas

Y hundido más profundamente en la oscuridad.

## Capítulo Catorce

*ravin*

Los guardias que vigilaban la puerta de Emory se ocultaron en las sombras. Ravyn abrió la habitación de su hermano y se demoró en el umbral. Deslizó una mano en su bolsillo. Antes de darse cuenta de sus propios dedos, había tocado su Tarjeta Nightmare tres veces.

Salt golpeó sus sentidos. Empujó y empujó, buscando la presencia familiar y reconfortante. Como cuero y fuego y las páginas de un libro bien leído.

*Jespyr.*

Su voz era aguda por el sobresalto. *¿Ravyn?*

*Los Alisos Gemelos, Jes. Nos vamos al amanecer.*

Hubo una pausa. Entonces, *¿qué necesitas de mí?*

La mano de Ravyn tembló en el pestillo de la puerta de su hermano. *Emory*, susurró.

*Estoy en camino.*

Salt abandonó sus sentidos y Jespyr desapareció de su mente al tercer toque. Ravyn respiró hondo y luego abrió la puerta.

Emory yacía en su banco en un rincón de la pequeña cámara. Con la manta apretada bajo su barbilla, los ojos cerrados, casi parecía dormido. Pero sus hombros estaban demasiado tensos, su rostro enjuto demasiado cargado de surcos para estar en reposo. Se estremeció y sus labios adquirieron un color gris espantoso.

Ravyn se dirigió al armario de su hermano y lo abrió, buscando la capa más cálida que pudo encontrar.

La voz de Emory era desigual, deshilachada en los bordes. "¿Qué estás haciendo?"

"Es hora, Em." Ravyn colocó una capa de lana en el regazo de su hermano. "Nos vamos. Ahora."

Emory intentó sentarse. "¿Por qué?"

"Se han hecho arreglos".

"¿Qué arreglos?"

"¿Dónde están tus botas?"

Emory señaló con la mano el extremo del banco.

Ravyn se sentó al pie del banco, con manos hábiles mientras calzaba las botas de cuero de Emory sobre los calcetines gruesos. Mientras tanto, podía sentir los ojos de su hermano sobre él.

"¿Qué arreglos?" dijo el chico de nuevo.

Ravyn ató bien los cordones, aunque estaba bastante seguro de que su hermano ya no era lo suficientemente fuerte como para caminar sin ayuda. "Te llevaré a casa".

Un suspiro agitado recorrió el frágil cuerpo de Emory. "¿El tío..."

"El Rey lo sabe", dijo Ravyn, con más dureza de lo que pretendía. Exhaló un suspiro y finalmente levantó la vista.

Le dolía mirar a su hermano. Más de lo que Ravyn imaginaba.

Emory, que una vez había florecido como un jardín en primavera, estaba marchito, congelado en lo más profundo por el frío y la degeneración agresiva. Un niño, que no hacía mucho se había mantenido erguido, ahora estaba encorvado, como si su columna vertebral, que sobresalía de su espalda en ásperos bultos, pesara más que el resto de su cuerpo combinado. Su piel cobriza estaba pálida, sus mejillas demacradas y las yemas de sus dedos azules. Y sus ojos, sus brillantes ojos grises, estaban ensombrecidos, apagados, iluminados sólo por el presagio mortal de lo que estaba por venir.

Estaba degenerando. Más rápido de lo que Ravyn había temido. Y mientras que la degeneración de Ravyn hacía que ciertas Cartas fueran imposibles de usar y la de Elspeth había fortalecido al monstruo en su mente, la de Emory simplemente estaba... matándolo.

Ravyn alcanzó el hombro de su hermano. "Todo va a mejorar para ti, Em", dijo. "Prometo."

La camisa de Emory se deslizó y la palma de Ravyn rozó la piel de su hermano. En el momento en que lo hizo, los ojos de Emory se llenaron de vidrios. Se estremeció desde lo más profundo de su ser y sus labios se dibujaron en un hilo pálido. Levantó la mano y agarró la mano de Ravyn, con los ojos en blanco.

Ravyn retrocedió al darse cuenta de lo que había hecho. Su mano... había tocado a Emory. Intentó zafarse del agarre de su hermano, pero Emory lo sujetó con un torno y las uñas se clavaron en la piel de Ravyn.

"El pájaro oscuro tiene tres cabezas", dijo Emory, con la voz estrangulada y una cuerda invisible alrededor de su cuello. "Salteador de caminos, Destrier y otro. Uno de edad, de derecho de nacimiento. Dime, Ravyn Yew, después de tu largo paseo por mi bosque, ¿sabes finalmente tu nombre?"

Ravyn soltó su mano del alcance de su hermano. En el momento en que sus manos se separaron, la magia de Emory abandonó sus sentidos. Sus ojos volvieron. Vidrioso. Lleno de lágrimas. "¿Qué pasó?" preguntó, temblando.

A Ravyn le tomó todos los años de práctica mantener su rostro tranquilo. "Nada, Emory."

"¿Dije... dije algo?"

La magia de Emory nunca había sido un regalo. Para la familia, fue desconcertante. Para los extraños, aterrador. Un solo toque y el niño podía leer los pensamientos más profundos de una persona: sus miedos y deseos, sus secretos cargados de sombras, su futuro. No

importaba cuán profundamente estuviera enterrado, no había nada que Emory no pudiera ver.

Le quitó la vida, usando su magia. Cualquiera que fuera la vida que todavía quedaba.

Ravyn pasó un brazo por debajo de las costillas de su hermano y lo levantó del banco, con cuidado de no rozar su piel nuevamente. Apenas hizo falta fuerza para levantarlo.

La cabeza de Emory cayó hacia adelante. Sus párpados cayeron, sus palabras fueron un susurro ronco. "Lo he olvidado... ¿A dónde vamos?"

Ravyn apretó la mandíbula y abrió de una patada la puerta de la prisión de su hermano. Si la lámpara que había sobre la mesa hubiera estado encendida, la habría estrellado contra el suelo y habría incendiado la habitación. "A casa, Emory. Te llevaré a casa".

El niño no pesaba más que una gran silla de montar. Pero las escaleras eran largas. Cuando se encontraron con Jespyr en el corredor este, Ravyn estaba sin aliento y con una capa de sudor en la frente.

Emory estaba dormida. Jespyr jadeó cuando lo tomó en sus brazos. "Es poco más que una caña".

Ravyn se dio la vuelta. Si miraba demasiado tiempo las lágrimas en los ojos de su hermana, las suyas podrían caer. "Llévalo al Castillo Yew. Ve ahora. Estaré allí en breve".

Jespyr no se demoró. Giró hacia el oeste y atravesó la puerta de un servicio. Ravyn escuchó sus pesados pasos hasta que desaparecieron, luego respiró hondo y se arregló la capa. No miró hacia las escaleras que conducían a la habitación de Emory. Ni ella ni ninguna otra parte del castillo del rey le habían merecido ni una sola despedida.

Ravyn pronunció una de todos modos. "Que te jodan".

## Capítulo Quince

### *Olmo*

Sombras en el pasillo surgieron, sólo para escabullirse. Parecían más altos en la hora mágica, a pocas horas de que amaneciera. Elm se frotó los ojos y parpadeó. Necesitaba dormir... con urgencia. Abrió la boca para preguntarle a Ione si la Doncella evitaba que se sintiera cansada cuando se oyeron pasos por el pasillo.

Ione lo empujó hacia una puerta. Las costillas de Elm chocaron con el pomo de una puerta de hierro y dejó escapar un suspiro abrupto. "Eso", dijo furiosamente, "duele".

Los ecos de los pasos se hicieron más suaves. Quienquiera que fuera, médico, guardia o sirviente, no venía hacia ellos. Ione permaneció rígida, esperando. La luz de las antorchas iluminó el puente de su nariz, la curva en forma de corazón de sus labios, la suave línea de su garganta y la sombra donde se ahuecaba.

Olmo desvió la mirada.

Sólo cuando el pasillo volvió a estar en silencio Ione lo reconoció. "Lo siento. Me olvidé. Eres *delicada*".

"Sí, lo soy. Debería estar en cama, descansando sobre mi delicado cuerpo". Agitó sus nudillos magullados delante de su cara. "No todos tenemos una Carta de Doncella para curar nuestros cadáveres mortales a la perfección". Él miró sus manos. "Ese corte. ¿Sentiste dolor?"

Cada parte del rostro de Ione estaba cerrada para él. "Sí. La Doncella tarda un momento en curarme. Cuando lo hace, me siento bien, incluso eufórico, al no sentir dolor".

"Suena bien."

"Podrías tener una doncella si quisieras". Salió por la puerta, sus pasos fueron silenciosos mientras continuaba por el pasillo. "Eres un Rowan. ¿No tomas lo que te apetece?"

"Claramente no, cuando lo único que me apetece es dormir bien por la noche".

"Fue idea tuya ir al calabozo".

"Y brillante, considerando que Elspeth tiene la feliz habilidad de ver las Tarjetas de Providence por color, incluso a distancia".

Ione se detuvo bruscamente. "¿Ella hace?"

"En efecto." Elm se mordió la uña. "Bastante útil. Especialmente para usted."

"¿Cómo es eso?"

Elm le lanzó una mirada mordaz. “Pediste rienda suelta al castillo, pero en numerosas ocasiones no especificaste en qué parte de Stone reside tu Tarjeta de Doncella. Lo que me ha llevado a una conclusión bastante interesante”. Ladeó la cabeza hacia un lado. “No sabes dónde está tu doncella, ¿verdad, Hawthorn?”

Ione respiró hondo y luego continuó por el pasillo. “Qué agotador debe ser querer que todos sepan lo inteligente que eres, Príncipe”.

Elm la alcanzó en dos zancadas. “Pero todavía estás usando la magia de la Doncella. Si alguien más lo hubiera tocado, su conexión se cortaría”. Él se inclinó sobre ella, su voz llena de satisfacción. “Lo que significa que *eres tú* quien lo extravió”.

Un ceño fruncido se dibujó sobre la frente de Ione. Ella no lo miró. No de la forma en que ella normalmente no lo miraba: demasiado indiferente para molestarse. Esta vez, ella parecía decidida a no mirarlo a los ojos.

“¿Qué pasó? ¿Celebrar demasiado el equinoccio? ¿Poner tu Tarjeta de Doncella en una maceta y salir a bailar el vals?”

“Algo como eso.”

Elm se rió para sí mismo. “No es ninguna vergüenza. El espíritu sabe que no he pasado un equinoccio sobrio desde hace... —contó con los dedos— “algunos años”.

Ione mantuvo la vista al frente. “Solo llévanos al calabozo. Después de eso, podrás volver a ser el Príncipe cascarrabias y descarriado para el que naciste. Los árboles saben que estaré encantado de deshacerme de ti.

Elm la siguió por el pasillo hasta las escaleras. No tuvo que decirle qué giros tomar. Todo lo que tenían que hacer era bajar. “¿Es así como me llama la gente? ¿Rebelde?”

“He oído la palabra *idiota*”.

“Naturalmente.”

Los hombros de Ione se alzaron, con la mitad del esfuerzo de un encogimiento de hombros. “Se dice que te gusta demasiado tu libertad, que eres un Príncipe rebelde y podrido. Inigualable con la Scythe, pero un pobre Destrier. Al menos eso es lo que dicen los hombres”.

*Podrido*. Elm dejó de pronunciar la palabra y transformó sus rasgos en una sonrisa perezosa. “¿Qué dicen las mujeres de mí?”

Ione mantuvo su mirada decididamente fija en las escaleras. “Nada destacable”.

“Pero creo que con mucha menos decepción en sus voces”.

Un leve sonrojo subió por su cuello hasta sus mejillas. “Tal vez.”

La sonrisa de Elm se convirtió en una sonrisa. Siguió el rastro del sonrojo de Ione con una curiosidad que decidió que era puramente científica. Se sentía como un juego de descubrimiento, observar su rostro, ver qué astilla de emoción la Doncella le permitiría mostrar, notar qué la había provocado. A Elm le encantaban los juegos. El juego, el engaño, la victoria. Sobre todo, le encantaba medir a su oponente, descubrir sus limitaciones.

Sólo que ahora no estaba seguro de quién era su oponente. Ione Hawthorn—o la Carta de la Doncella.

Aceleró el paso, igualando el paso de Ione mientras subían las escaleras del este. “¿Y qué piensas de eso, Hawthorn? ¿Mi reputación entre las mujeres?

"No pienso en eso".

Él se rió, con un timbre bajo y retumbante, e Ione se volvió al oír el sonido. Sus ojos se entrecerraron. "Dijiste que no tenías tiempo para las mujeres".

"¿Cuándo?"

"En tu habitación. Cuando me estaba vistiendo".

Había estado prestando atención a otras cosas en ese momento. "Solía tener tiempo". Elm se aclaró la garganta. "He estado ocupado últimamente".

La voz de Ione tarareó en su pecho. “Para un Príncipe al que no le importa el Rey, y además un pobre Destrier, uno pensaría que tienes todo el tiempo del mundo. Sólo que cada vez que te veo parece como si no te hubieras detenido a recuperar el aliento. Lo que plantea la pregunta... Sus ojos estaban oscuros en la penumbra. “¿Qué has estado haciendo, Príncipe Renelm, todo tu tiempo?”

*Pluriempleo como bandolero. Robar Cartas de Providencia para unir el Deck sin que el Rey lo sepa. Usar la guadaña hasta que me haga sangrar. Preocuparse por Emory. Discutiendo con Ravyn. Discutir con la prometida de mi hermano en nuestro camino al calabozo para ver un monstruo...*

"Usted debe saber. Has ocupado cada momento de mi tiempo hoy". Elm se inclinó y acercó la boca a la oreja de Ione, probando si ésta volvía a sonrojarse. "Y no puedo decir que no haya sido... interesante".

Ella se apartó, su expresión era un muro de piedra. "No."

Allí estaba otra vez. Incluso en la penumbra de la escalera, tenía las mejillas rosadas. "¿No qué?"

"Finge halagarme".

"¿Quién finge?"

Ione negó con la cabeza. Un despido rápido y desapasionado.

"Vaya, Ione Hawthorn". Elm se rascó el labio inferior con los dientes. "No me digas que te hace *sentir* algo cuando te halago".

"No es así." Su rostro era ilegible. Inalcanzable. "Ya no puedo sentir nada".

Las escaleras de las mazmorras siempre habían sido mortales. Ahora que era otoño y la escarcha ya se había instalado en los campos de Blunder, los escalones eran casi innavegables, resbaladizos por el hielo. Dos veces Elm tuvo que apoyarse contra la pared. Cuando Ione resbaló y chocó contra él, sus dedos se flexionaron como garras de gato, clavándose en los músculos a lo largo de su abdomen. Elm le pasó un brazo por los hombros para estabilizarla.

“¿Hasta dónde llega esto?” dijo ella en su pecho.

Él la agarró con más fuerza. "Lejos."

Cuando llegaron abajo, Elm estaba completamente rígido. Dada la tensión de sus hombros y la fina línea de su boca, Ione no estaba mejor. Ella lo soltó con un suspiro y entró en la antecámara. Sólo entonces Elm se dio cuenta, con una amarga maldición, de que había olvidado las llaves de la mazmorra.

No importó. La puerta ya estaba abierta.

Una gigantesca boca de oscuridad los recibió, un viento amargo desde lo más profundo de la mazmorra les azotó la cara. “¿Dónde están mi padre y mi tío?”

“En el lado sur. Tu prima está en el norte”.

La espalda de Ione se enderezó, como si estuviera tratando de forzar la sumisión a los escalofríos que recorrían su columna. Entró en la mazmorra con paso silencioso, la oscuridad se la tragó por completo. Elm gimió y corrió tras ella, atrapándola por el hombro y haciéndola girar hacia el primero de muchos pasajes hacia el norte.

Caminaron en silencio por hileras de celdas vacías.

Un escalofrío recorrió a Elm. Este miserable castillo. Lo odió hasta el último resto de argamasa, de piedra, de madera y de hierro. Mantuvo los ojos hacia adelante como siempre lo hacía Ravyn, decidido a no mirar dentro de las celdas, sabiendo que estaban vacías... y no siempre lo habían estado.

No se dio cuenta de que Ione había hablado hasta que su mano le rozó el brazo.

Él saltó. "Árboles... ¿qué?"

"Ansiosos, ¿verdad?"

"Simplemente frío".

“Podría haber pensado que no te importaba el frío. ¿Qué pasa con nosotros congelándonos a todos en estatuas con tu guadaña, allá en la sala del trono?”

“¿Qué te pasa, Hawthorn? ¿Descorazonado, interrumpí la violencia?”

Ella ignoró la broma. "Poner fin a la violencia no es exactamente algo que Rowan deba hacer, ¿verdad?"

Elm no se molestó en ocultar su molestia por ser comparado con su padre y su hermano. "Trato de no usar la guadaña con fines violentos".

"¿Por qué no?"

"Para decepcionarlos muchísimo".

Ione, que a menudo parecía prestarle atención sólo a medias, lo observaba. Buscó su rostro como lo había hecho en su habitación, todavía buscando algo que parecía no poder encontrar.

Un ruido, como el de un chasquido de dientes, resonó por el pasillo. Elm se detuvo bruscamente, agarrando el brazo de Ione y deteniéndola. Estaban cerca del final del pasillo. Delante estaba la última celda. La celda de Elspeth Spindle.

O lo que solía ser Elspeth Spindle.

"Escucha", dijo. "Debería decirte-"

El ruido volvió a resonar, esta vez con las notas bajas y aceitosas de una risa. Elm tragó. "Tu primo. Ella no es la misma".

Ione no dijo nada. Ella bajó las cejas. Se alejó de Elm y caminó hacia la celda. "¿Por Hauth?"

"No Hauth. No esta vez."

Cuando Ione llegó a las barras de hierro, Elm se puso detrás de ella, lo suficientemente cerca como para poder tirar de ella hacia atrás. Había suficiente luz para ver una sombra cambiar, y entonces el Rey Pastor estaba allí, con los dedos curvados alrededor de las barras de hierro, sus ojos amarillos muy abiertos y su mandíbula chasqueando a un ritmo escalofriante.

*Hacer clic. Hacer clic. Hacer clic.*

Elspeth. Rey Pastor. *Pesadilla.*

No tembló, aparentemente ajeno al frío opresivo de su celda. Su columna se encorvó y el cabello negro cayó como cortinas sobre su rostro. Movié la barbilla hacia un lado y miró hacia arriba, su mirada se encontró con Ione.

Por un momento, todo quedó en silencio. Ione miró fijamente a quien una vez había sido su prima. Parecían espejos el uno del otro... si uno de los dos hubiera sido sumergido en tinta.

La voz de Ione se alejó de ella. "¿Elspeth?"

"Dulce Ione".

Ione pasó una mano por entre los barrotes. Elm se puso tenso. "No lo hagas", advirtió.

Ella no escuchó. Sus dedos rozaron la piel a lo largo de lo que una vez había sido la mejilla de Elspeth, y ella dejó escapar un grito ahogado.

Una sonrisa se dibujó en el rostro del Rey Pastor. "¿Finalmente me ves, chica amarilla?"

Por primera vez desde que la había encontrado en Hawthorn House, Elm distinguió una emoción inconfundible en el rostro de Ione. Su palidez se volvió gris. Sus ojos se abrieron y sus labios se dibujaron. en una línea muy fina. Sus dedos temblaron mientras trazaban la mejilla del Rey Pastor. Cuando habló, su voz era tan débil que amenazaba con quebrarse. "Tú no eres Elspeth".

La sonrisa del Rey Pastor se hizo más amplia. "Tampoco soy un extraño. Yo era la sombra que se movía más allá del rabillo del ojo. Hablé en murmullos, tarareé canciones que no conocías. Los perros rebuznaron, advirtiéndote del intruso entre ti. Los caballos se alejaron y los pájaros se callaron. Pero tus padres no les hicieron caso. Y tú, chica amarilla, tenías miedo de mirar demasiado de cerca. Sus ojos recorrieron su rostro. "Pero ya no tienes miedo, ¿verdad?"

Ione se apretó contra los barrotes. "Tú, Elspeth, ella me ocultó tantos secretos".

El Rey Pastor extendió la mano y le tomó la barbilla con una mano sucia y manchada de sangre. "Ella estaba cautelosa. Inteligente. Bien." Pasó el pulgar por la mejilla de Ione. "Tú y yo somos todo lo que queda de ella".

"¿Quién eres?"

"Un error de cálculo". La sonrisa del Rey Pastor fue peor que cualquier gruñido. "Yo soy la raíz y el árbol. Soy equilibrio".

Ione extendió la mano en un instante y sus dedos rodearon su muñeca. "Quiero hablar con Elspeth".

"No puedes tenerla. Ella está conmigo. Y la dejaré descansar".

"No me importa. Devuélvemela".

Los dientes del Rey Pastor se rasparon el labio. Por un momento, Elm pensó que podría desgarrar la mejilla suave e inmaculada de Ione. Pero su agarre en la cara se aflojó y su frente se aflojó. "Ella será libre. Pero no hasta que termine mi trabajo". Sus ojos se dirigieron a Elm. "Y saldamos viejas deudas".

Era la primera vez que miraba a Elm directamente, esos extraños ojos tan penetrantes, tan monstruosos, tan *conocedores*.

"Olmo", murmuró el Rey Pastor. "Un placer volver a verte".

*Olmo*. No Renelm o Prince, como lo llamaba cualquier otro extraño. *Olmo*. Como si este hombre, esta cosa, ya lo conociera.

Y por supuesto él lo hizo. Por cada conversación que Elm había tenido con Elspeth Spindle, cada traición que había cometido junto a él, cada secreto que había escuchado, también lo había hecho el monstruo en su mente. Esperando, justo detrás de sus ojos. Escuchando. Aprendiendo.

Elm se sintió enfermo.

"Te ves pálido, Príncipe."

"No ha sido fácil limpiar lo que ensucias".

"Sí. Tu prima así lo insinuó.

Ravyn no había dicho nada sobre ir al calabozo. No había dicho nada sobre el Rey Pastor, excepto cavar su tumba. Elm se quitó el escozor y su mirada se dirigió a Ione. "A ella le falta algo. Una tarjeta de doncella. Está aquí, en algún lugar del castillo. ¿Puedes verlo?"

Los ojos de Ione saltaban entre los dos y el Rey Pastor se acercó, su voz deslizándose entre los barrotes. "¿Realmente necesitas que te lo devuelva, querida?" él susurró. "¿No es mejor así, tu cuerpo a salvo de cualquier daño? ¿Tu corazón tierno y sentimental, finalmente guardado?"

Los ojos de Ione se entrecerraron. Pero el Rey Pastor siguió adelante. "Elspeth lo envidiaba... tu corazón. La facilidad de tu risa, la sinceridad descuidada en todo lo que hacías. Pero yo lo sabía mejor. Fuiste bueno, pero nunca cauteloso. Por eso apenas pestañeaste cuando tu padre te enjauló como a un canario en Equinox y te dejó en esta jaula fría y cavernosa. Le acarició el pelo con un dedo apático. "La única razón por la que no

te has perdido en la desesperación de estar encadenado a *Rowans* es porque la Carta de la Doncella te ha impedido sentirlo".

Ione guardó silencio durante un largo momento. "Puede que no me sienta desesperada", dijo finalmente. "Pero todavía estoy perdido. He desaparecido en la Doncella, tal como Elspeth desapareció en ti. Y quiero ser liberado".

Sus palabras atravesaron las costillas de Elm, presionando su pecho.

La sonrisa del Rey Pastor vaciló. "No puedo liberarte".

"Pero puedes ver las Tarjetas Providence por color", interrumpió Elm.

Ladeó la cabeza, depredador. "Uno de mis muchos regalos".

"Mi padre guarda una Maiden Card en la bóveda con el resto de su colección. ¿Hay otros en el castillo?"

El Rey Pastor cerró los ojos, permaneció en silencio un largo momento y luego se echó a reír. Una discordia horrible y mordaz que resonó por el pasillo. "Sí, querido muchacho. Hay tres Cartas de Doncella en Piedra".

"¿Dónde están?"

Retrocedió hacia las sombras. "Eso no lo puedo decir. El castillo es enorme, las cartas rosas están esparcidas. Tú y mi chica amarilla debéis encontrar a las Doncellas vosotros mismos.

Las manos de Ione se cerraron en puños. "Dime dónde buscar. *Ayúdame*."

Pero el monstruo había desaparecido, retrocedido hacia las sombras.

Ione gritó con los labios cerrados y luego se alejó de la celda por el pasillo. Elm iba un paso atrás.

"Espero con ansias que nos volvamos a ver, Príncipe", lo llamó el Rey Pastor. "Todavía tengo planes para ti".

Elm se giró, pero ya se había ido; su despedida fue el mismo toque espeluznante que su saludo. *Haga clic, haga clic, haga clic*.

El viaje de regreso a la antecámara se sintió aún más frío. Cuando llegaron, Elm agarró a Ione por el brazo. La ira que había mostrado en la celda del Rey Pastor ya había desaparecido. No había nada en su rostro.

"¿Es importante para ti?" -murmuró Elm. "¿Recuperar su tarjeta?"

Ella apenas pareció oírlo. "Si crees que se trata de belleza, que me opongo a lo que ha hecho la Doncella, estás equivocado. Si todavía pudiera sentir lo que es que me guste algo, te diría que me gusta ser bella. Me gusta ser curada por magia y no tener dolor. Me gusta quién era y también cómo me veía antes de Maiden Card. Lo que pretendo recuperar, Príncipe, es mi *elección*".

Cuando todo lo que Elm pudo hacer fue mirarla fijamente, suspiró. "Vete a la cama y vuelve a lo que sea que hagas con tu tiempo. No quiero tu ayuda".

"Pero lo necesitarás, dado que el castillo está lleno de cerraduras y yo soy el que tiene el manajo de llaves". Se pasó una mano por la nuca. "En realidad, Ravyn tiene las llaves, pero técnicamente son mías..."

"Si se trata de lo que pasó en el camino forestal, nuestra deuda está saldada".

"Que no es."

"¿Entonces que?"

Elm se mordió el interior de la mejilla. "Yo era un *idiota* para Elspeth. Ravyn se estaba enamorando de ella, y yo... Sus ojos cayeron y su boca se torció con burla. "Digamos que nunca he tenido algo así. Estaba demasiado preocupado por perderlo como para darme cuenta de que Elspeth se estaba perdiendo a sí misma hasta que fue demasiado tarde".

Finalmente volvió a mirar a Ione. "Mi objetivo es ser mejor. Si estás desapareciendo como lo hizo Elspeth y no tienes otra *opción*, me gustaría ayudarte.

Las líneas y los músculos de su rostro no revelaban nada. Pero sobresaltó a Elm y se puso de puntillas para mirarlo a los ojos. Le enganchó la barbilla con el pulgar y, aunque Ione Hawthorn era tan fría en todas sus expresiones, su toque lo calentó. "¿Por qué?" ella preguntó. "¿Por qué aspiras a ser mejor?"

"Porque tengo que serlo", dijo Elm en un suspiro. "No me importa lo que digan de mí en la corte, incluso si es que soy un príncipe podrido y un pobre corcel". Se acercó más. "Pero sí quiero que se diga, lo suficientemente alto para que todos escuchen, que no me parezco *en nada* a Hauth".

## Capítulo Dieciséis

*ravin*

Presionado contra la pared de la mazmorra, frío en el agarre de su Tarjeta Espejo, Ravyn vio a Elm e Ione desaparecer por el pasillo de la mazmorra. No pasó por alto la tensión en los hombros de su prima, ni la forma en que Elm seguía a Ione. Alerta. Atento.

No fue sólo equilibrio. Elm estaba... enredado con ella. Desprotegido en la oscuridad del calabozo, su rostro había sido un libro abierto. Lo que Ravyn había sospechado antes de la investigación lo golpeó ahora como un golpe. Olmo. Iona.

*Espíritu y árboles.*

La risa de Nightmare flotó como humo por las paredes de piedra. *¿No lo aprueba, Capitán?*

*Lo arruinará si el Rey decide matarla.*

*Imagino que él piensa lo mismo de ti y de este cuerpo que ocupo actualmente.*

Ravyn sacó el Espejo de su bolsillo y se soltó. Quería que Nightmare viera el odio en sus ojos. *Tiene un nombre, parásito. Dilo. O no hables de ella en absoluto.*

La mirada amarilla de Nightmare se encontró con su ira, midiéndolo. Ravyn dio un paso atrás. *En cuanto a Elm, no le pondrás las manos encima. No vendrá con nosotros.*

*¿Qué te hace pensar que le haría daño?*

*Ravyn se burló. Es un serbal. Descendiente del hombre que robó tu trono y mató a tus parientes. Has tenido quinientos años para imaginar tu venganza. Su estómago se revolvió mientras miraba la sangre vieja debajo de las uñas de Nightmare. Seguramente lo quieres muerto.*

*Tuve mucho tiempo para lastimarlo. Sólo que yo no lo hice. El Príncipe me sintió, vio mis ojos extraños y retrocedió. Él entiende, mucho mejor que usted, Capitán, que hay monstruos en este mundo. Dejó escapar un largo suspiro. Mis garras no encontrarían asidero en un Rowan que ya está roto.*

*Cuando la rígida mandíbula de Ravyn no se aflojó, Nightmare sonrió. Por encima del serbal y el tejo, se alza el olmo. Espera a lo largo de las fronteras, un centinela al llamado. Silenciosa, vigilada, arrastrada por el viento y estropeada, su corteza susurra historias de un niño Príncipe que alguna vez sufrió cicatrices.*

*Su voz en la mente de Ravyn se volvió inquietantemente suave. Y por eso, Ravyn Yew, tu olmo no lo tocaré. Su vida se desvía más allá de mis garras voraces. Porque a un cachorro*

*pateado le salen dientes y los dientes se hunden hasta el hueso. Lo necesitaré algún día, cuando coseche el trono.*

Ravyn había enviado tres notas después de su conversación con el Rey. El primero fue con Gorse, el corcel particularmente duro que el rey había elegido para acompañarlos en el viaje hacia los Alisos Gemelos. Dada la rapidez de la elección de su tío, Ravyn no se hacía ilusiones de que habían elegido a Gorse porque sería particularmente útil. El Destrier probablemente era un espía, al que se le había ordenado observar atentamente a Ravyn e informar sobre sus acciones en el momento en que regresaran a Stone.

Mucha suerte con eso.

En la segunda nota, dirigida a Filick Willow, Ravyn había escrito:

*Las llaves del castillo están en el sótano. Asegúrate de que Erik Spindle y Tyrn Hawthorn no mueran congelados.*

Y en el tercero, dirigido a Elm, Ravyn había escrito una única y vacilante línea.

*Te veré pronto.*

El amanecer se acercaba a ellos, recordándole a la presión detrás de los ojos de Ravyn que había estado despierto durante demasiado tiempo. Parecía una broma cruel que sólo hubiera pasado un día desde que desenterró la espada del Rey Pastor. Se sintió como hace una semana.

Llevó la Pesadilla al sótano desde las escaleras con el ciervo tallado sobre su puerta y esperó afuera a que el monstruo se cambiara del vestido andrajoso de Elspeth. En algún lugar arriba sonó la campana del castillo: cinco toques.

Cuando Nightmare salió del sótano, estaba vestido de negro de pies a cabeza: el traje de repuesto que Jespyr había dejado atrás. Tenía el mismo aspecto que tenía Elspeth cuando la disfrazaron de bandolero cuando iban de camino a robar la tarjeta Iron Gate de Wayland Pine.

A Ravyn se le hizo un nudo en la garganta.

“¿Quién se unirá a nosotros en nuestra justa búsqueda?” dijo la Pesadilla arrastrando las palabras.

“Jespyr y otro corcel: aulaga. Pero primero vamos al Castillo Yew. Necesito saber que Emory está a salvo”. Giró el cuello y las articulaciones le chasquearon. “Mi objetivo es pedirles a los hermanos Ivy que también nos acompañen”.

La sonrisa cómplice y burlona que tan a menudo serpenteaba en las comisuras de la boca de Nightmare desapareció. “Bien. Necesitaremos al menos uno de repuesto”.

“¿Qué quieres decir?”

Él no respondió. “Este corcel: aulaga. ¿Se puede confiar en él?”

“No. El rey me ordenó que lo trajera. Por lo que a mí respecta, el Espíritu puede comérselo”.

La palabra *Rey* tenía una nota ácida. No pasó desapercibido Pesadilla. Pasó junto a Ravyn. “Cuidado, Capitán. Tu barniz de piedra se está desgastando.

Ravyn lo agarró del brazo. La Pesadilla había recogido su cabello (el de Elspeth) en una trenza corta. Ravyn parpadeó, siguiendo la trenza una, dos y luego una tercera vez. “¿Le cortaste el pelo?”

La Pesadilla se soltó de su alcance. “Estaba cubierto de sangre”.

Ravyn miró hacia atrás a través de la puerta abierta del sótano. Sobre la vieja mesa de madera había un par de tijeras. Había mechones de pelo oscuro en el suelo.

Lo que sea que cruzó por su rostro detuvo a Nightmare en seco. El monstruo miró con los ojos entrecerrados y posó su mirada en las manos nudosas de Ravyn. “Volverá a crecer”, dijo lentamente.

Ravyn siguió adelante sin decir una palabra más. Cuando pasó junto a un tapiz del Caballo Negro, lo arrancó de la pared con un violento tirón y se espolvoreó los hombros con mortero. Lo arrojó al suelo y la barra de hierro golpeó la piedra con un fuerte ruido metálico. Si hubiera sabido una manera de arrancarle al Rey Pastor a Elspeth y arrojarlo al suelo, también lo habría hecho.

Los Destriers lo esperaban cerca de las puertas del castillo, moviéndose como caballos nerviosos al ver la Pesadilla.

Gorse se mantuvo apartado, con los brazos cruzados sobre el pecho, y no parecía muy emocionado de ser seleccionado para el viaje.

“Me voy por orden del Rey”, dijo Ravyn, su voz resonando contra las paredes. Entrelazó sus manos detrás de su espalda, asegurándose de mirar a cada Destrier a los ojos. “Continúa con tus patrullas, tu entrenamiento. Haz lo que harías si me quedara”.

Un Destrier en la parte trasera dio un paso adelante. Roble. “¿A quién debemos ceder en su ausencia, Capitán?”

“Quien Rowan, Elm o el Rey, considere oportuno responderte”.

Los Destriers intercambiaron miradas. Linden habló, las cicatrices en su cuello eran marcadas a la luz del amanecer. “¿No traerás al príncipe Renelm contigo?”

“No.” Ravyn exhaló un suspiro. “Regresaré tan pronto como pueda. Tengan cuidado, corceles. Sea inteligente”.

“Sé bueno”, se burló Nightmare a sus espaldas.

Salieron a caballo. La Pesadilla eligió un palafrén negro del establo. Cuando montó, las fosas nasales del caballo se abrieron y su piel se onduló con notable angustia. Se encabritó, pero Nightmare mantuvo su asiento.

Atravesaron el patio y cruzaron el puente levadizo, primero Gorse, luego Nightmare. Ravyn montó el último. Se permitió una última mirada a Stone.

Había poca gente en el patio; nadie los vio alejarse. Nadie, salvo dos hombres altos. Uno llevaba una capa dorada que atrapaba el viento y el otro una sencilla túnica negra. El Rey, y...

El estómago de Ravyn se hundió en sus botas. *Olmo*.

La Pesadilla desaceleró su paso. Cuando volvió a mirar a Elm, su voz flotó en el aire, aceite, miel y veneno. “Ni Rowan ni Yew, sino algo intermedio. Un árbol pálido en invierno, ni rojo, ni dorado, ni verde. Black esconde la mancha de sangre, su marca para siempre. Solo en el castillo, Príncipe de las Tinieblas.

## LA SEGUNDA PARTE

### Trueque

## Capítulo Diecisiete

### *Elspeth*

En el agua, ni despierto ni dormido, flotaba entre recuerdos que no eran los míos.

Yo era un niño con ropas ricamente tejidas, de pie en un bosque. Había otros conmigo. Atravesamos los árboles sin camino, nuestras voces se elevaron a las copas de los árboles, cada persona lanzando su propia súplica.

“Concédeme salud, Espíritu”.

“Bendíceme con una buena cosecha”.

“Tomaré a Beech como mi tocayo como bendición, gran Espíritu del Bosque”.

La sal llenó mi nariz, haciéndome cosquillas. Encontré un árbol nudoso lejos de la multitud y puse mi mano sobre él. El dolor tocó mis brazos. Cuando miré hacia abajo, mis venas estaban negras como la tinta.

Cerré los ojos, la magia me rodeaba... en mí. Cien voces llenaron mis oídos. No voces humanas, sino otro coro. Uno de discordia, pero al mismo tiempo de armonía, que hablaba casi siempre con palabras que rimaban. Fue mi magia, mi regalo, escucharlos. Había nacido con fiebre.

Siempre podría hablar con los árboles.

*Tu árbol de nombres es astuto , decían, sin conocer su sombra. Él Se dobla sin romperse, aunque sólo está a medio crecer. El Príncipe se convierte en Rey y el Rey ocupa el trono. ¿Vendrás al bosque cuando el error sea tuyo?*

"Lo haré", susurré.

*¿Qué bendición pides, joven Taxo?*

“Para que el Espíritu del Bosque me ayude a hacer de Blunder un reino de abundancia, de magia. Que ella pueda darme las herramientas que necesito para pastorear la tierra y su gente”.

El árbol gimió bajo mi mano, las ramas se movieron por sí solas hasta que todas apuntaron hacia el oeste. El siguiente árbol hizo lo mismo y el siguiente. Una y otra vez me indicaron mi casa.

Cuando llegué a la cúspide del prado fuera del castillo de mi padre, esperé. Entonces, cerca del árbol que había plantado en mi séptimo onomástico, algo se materializó frente a mí.

Una piedra, tan alta y ancha como una mesa. Sobre él había una espada. Reflejó la luz del mediodía, brillando como un faro. Tallada intrincadamente en la empuñadura había una imagen.

El bastón de un pastor.

## Capítulo Dieciocho

### *Olmo*

Elm observó cómo el grupo se alejaba, con la nota de Ravyn arrugada en su mano. *Te veré pronto.*

Se apartó el pelo de los ojos y se giró, manteniendo amplia la distancia entre él y su padre. “¿Esto fue obra tuya?”

La mirada del rey estaba fija en el camino, su capa ondeando en el frío aire otoñal. “Eres mi hijo. Tu perteneces aquí.”

“Nunca te importó dónde estaba o qué hice antes”.

“Hasta ahora tenía pocas razones para hacerlo”. El Rey le lanzó una mirada de reojo. “Me dijeron que anoche alejaste a los guardias de la puerta de Ione Hawthorn. Y que hablaste con ella”.

Elm apretó la mandíbula.

El timbre del Rey se parecía al ladrido de uno de sus perros. “Su familia son buitres viles y traidores”.

“Lo que Tyrn dijo en la investigación era bastante cierto”, dijo Elm, sopesando sus palabras. “Mátala y la gente hablará. Descubrirán lo de Hauth. Y sobre con quién lo acostaste para una Nightmare Card. Quizás su tribunal le examine más detenidamente, padre. Verán, para ser un hombre que condena tan totalmente la infección, que seguro que tienes una compañía interesante. Oríthe Sauce. Ravyn. Infectado.”

El disgusto profundizó las arrugas del rostro del rey. “¿Qué”, dijo, con vino en su aliento amargo, “¿quieres que haga?”

Empezó a llover. Elm hizo una mueca, ocultando su voz con desinterés. “Mantén a Ione Hawthorn cerca. Ella puede darte tus excusas por la ausencia de Hauth. Un símbolo de que todo es como siempre. Por ahora.”

A lo lejos resonó un trueno. La mano del rey estaba sin guantes, hinchada y callosa, brutalizada por la edad y los años de esgrima. Con ella se quitó la corona de la cabeza. Lo examinó. “Me sacude hasta los huesos ver a tu hermano”, dijo en voz baja. “Incluso con su Caballo Negro y su Guadaña, se rompió tan fácilmente...” Hizo una mueca contra el viento. “La vida es frágil. El linaje de los reyes, frágil”.

Elm nunca había hablado así con su padre, solo ellos dos, intercambiando palabras en voz baja, nunca. Se le puso la piel de gallina. “¿Es por eso que Ravyn se va y yo debo quedarme? ¿Una simulación de fuerza?”

“Usa tu cerebro”, espetó el Rey. “Podemos fingir que lo hacemos, pero nada es como era. Incluso si Hauth despertara y enfrentara el reino una vez más, su columna estaría hecha jirones. Nunca engendrará un heredero; los médicos están seguros. Tomó a Elm por el hombro y sus dedos pincharon el músculo cansado y dolorido. “Tengo que pensar en un error. Hay que pensar en quinientos años de gobierno.

Elm miró fijamente a los ojos de su padre, las palabras ardían en su garganta. “Y así, profundizas en tu montón de mierda y sacas al segundo Príncipe de vuelta a la luz”.

El agarre del Rey se hizo más fuerte. “El trono de Blunder es Rowan. Es bajo nuestro árbol homónimo donde se unirá el Deck. La niebla se disipará y la infección se curará. Cuando muera, seré enterrado con mi padre, mi abuelo y sus abuelos en el bosque de serbales”. Su mirada se posó en la corona que tenía en la otra mano. “Y tú, Renelm, serás quien ocupe mi lugar”.

Elm se soltó del alcance de su padre. Su cuerpo gritaba, negando. La bilis se agitó y escapó por su garganta hasta su boca. “No quiero tu trono. Hauth aún puede... puede...”

“No. Él no.” El Rey volvió a colocar la corona en su cabeza. Parecía desgastado, el viento y la lluvia le quitaban toda pretensión. No era más que un viejo borracho y afligido.

Y de alguna manera, eso lo hizo mucho peor. Ira, Elm había llegado a esperar. Su padre siempre había sido un hombre iracundo y de temperamento brusco y exigente. Pero Elm no lo sabía. No pude soportarlo.

Se alejó del Rey.

“¿Adónde vas?”

“Para ver a Jespyr”.

“Ella se fue con Emory esta mañana hacia Castle Yew”.

Ravyn, Jespyr, ahora Emory, desaparecieron. Elm se mordió el interior de la mejilla y siguió adelante, mientras el granizo lo lanzaba mientras cruzaba de regreso al patio.

“Te espero en la corte esta noche”, gritó su padre al viento.

“No estaré allí”.

“Lo harás, Renelm. Renunciarás como Destrier. Y tú e Ione Hawthorn pretenderéis que todo sigue como siempre hasta que esté listo para anunciar vuestra sucesión. Y su ejecución”.

Elm durmió todo el día. Podría haberse dado vuelta boca abajo y haber dormido toda la noche también, pero el eco del clamor de la cena en el gran salón subió las escaleras. Se despertó sobresaltado, con el corazón acelerado, sudor en la frente y el pecho, seguro de que había algo que debía hacer, algo que había olvidado.

*Espino.* Arrancó las mantas. Ravyn, Jespyr y Emory podrían haberse ido, pero Elm estaba lejos de estar sin rumbo. No tenía ningún deseo de esperar a que su padre lo bautizara heredero: tenía una promesa que cumplir. Una tarjeta de doncella para encontrar.

Se desnudó y se lavó con agua fría, preguntándose con un escalofrío qué pasaría si el Rey intentara matar a Ione Hawthorn antes de que encontraran su Tarjeta de Doncella. ¿Moriría ella? ¿O la magia de la Doncella la sanaría, incluso de un golpe fatal?

Su estómago se hizo un nudo ante la idea.

Salió de su habitación con una túnica negra limpia y se apresuró por el pasillo, rechinando los dientes ante el estridente sonido de la corte flotando por el castillo. Sabía lo que encontraría en el gran salón. Hombres, deslizándose Cartas de la Providencia entre sus dedos, hablando demasiado alto de magia, dinero y comercio de Cartas. Madres, dispuestas a poner a sus hijas en sus brazos. Su propio padre, gruñendo en su copa, contemplando su corte, como si todo lo que albergaba en sus despiadados ojos verdes se lo debía a él.

"Parece que estás a punto de tirarte por esas escaleras, Príncipe", llamó una voz desde atrás.

La mano de Elm chocó contra su bolsillo. Golpeó el terciopelo sólo dos veces antes de que su cerebro alcanzara a sus dedos. "Espíritu y árboles, Hawthorn, tienes que dejar de hacer eso".

Ione estaba mitad en la sombra, mitad en la luz. "Lo siento", dijo, sin parecer arrepentida en absoluto. "Pensé que me habías oído".

Llevaba el pelo recogido en un apretado moño en la nuca y alguien le había regalado un vestido nuevo. Era oscuro, azul grisáceo, el color del agua helada y profunda. La abrazó mal, estropeando la forma de su cuerpo curvo. La tela se amontonaba en su cuello, asegurada por una cinta gris justo debajo de su mandíbula, como si fuera un collar.

Dos figuras surgieron de las sombras detrás de Ione. Ellos No eran los mismos centinelas desde la puerta de su habitación anoche. Eran demasiado altos, demasiado anchos, para ser guardias del castillo. Y, a diferencia de los guardias del castillo, cuando vieron a Elm, no se acobardaron.

Cortines. Allyn Moss y, para disgusto sin fondo de Elm, Royce Linden.

"Caballeros", dijo Elm, ofreciéndoles una reverencia burlona.

Ellos bajaron la cabeza en respuesta. Los ojos de Moss cayeron. Linden no lo hizo.

"Veo que te han trasladado al ala real", le dijo Elm a Ione. Su mirada volvió a los Destriers. "Y usted es-"

"Los guardias de la señorita Hawthorn", respondió Linden.

"Ya no. Yo me ocuparé de eso".

Los Destriers intercambiaron una mirada y la voz de Linden se endureció. "El Rey quiere que la vigilen atentamente, para que no intente escapar".

"Tengo dos ojos y son lo suficientemente agudos". Elm sacó su guadaña de su bolsillo, una amenaza silenciosa. "Están despedidos, Destriers. Disfruta tu velada".

Moss corrió por el pasillo. El ritmo de Linden era más lento. Murmuró algo que sonó como *un maldito idiota* cuando pasó, entrecerró los ojos mientras se lanzaba entre Elm e Ione.

Ione lo vio alejarse. Su rostro transmitía poco, pero Elm lo buscó de todos modos. Cuando ella lo sorprendió mirando, él sonrió perezosamente y le ofreció el brazo. "Debo advertirte que soy un horrible compañero de cena".

La mano de Ione presionó su manga. El olor de su cabello, floral, dulce, llenó su nariz. "Eso nos convierte en una pareja".

Caminaron en silencio hasta la gran escalera. El mayordomo abrió la boca para anunciarlos, pero lo calmó un movimiento de muñeca de Elm. Aún así, las cabezas se volvieron a su paso. Las conversaciones se calmaron mientras Elm e Ione, a quienes todos asumían que eran la futura Reina—bajó las escaleras. Hubo sonrisas, reverencias. Elm no devolvió ninguno de ellos.

Ione tampoco.

Elm miró su vestido oscuro y informe. "Insultamos al sastre, ¿verdad?"

"¿El sastre?"

"Tu atuendo". Su mirada recorrió su cuerpo. "Es... es un poco..."

La voz de Ione se volvió apagada. "Por favor continua. Vivo y respiro para escuchar tu opinión sobre mi vestido, príncipe Renelm.

"Si se pudiera llamar así." Elm tiró de la cinta a lo largo de su cuello, su dedo rozó la parte inferior de su mandíbula. "Es lo peor que he visto en mi vida".

"Todos mis vestidos están en Hawthorn House. Tu padre envió este a mi habitación".

"Con sus dos Destriers más débiles auestas, por lo que veo".

Más adelante, la música crecía en el gran salón, el clímax de una danza. "Entonces su estratagema durante la investigación fue un éxito".

"A un punto." Elm se inclinó y le habló al oído. "Mi padre desea tenerlo todo bajo control. Incluyéndote." Él hizo una mueca. "Y, más efectivamente, yo. Debemos fingir que no pasó nada, no hablar de tu primo, de tu tío o de tu padre, y mucho menos de Hauth.

Ione arqueó las cejas. "¿Qué excusa voy a dar por la ausencia de mi *prometido*?"

"Hauth está enfermo, pero se está recuperando".

El gran salón estaba ruidoso y la corte del Rey estaba bebiendo sus copas. Algunos permanecieron sentados mientras otros se reunían en grupos, balanceándose al ritmo de la música. Las voces clamaban contra los muros de piedra. Las mejillas se sonrojaron y la ropa se movió por el baile, la sala estaba plagada de pérdida de sobriedad.

La mesa del Rey estaba elevada sobre un estrado similar al del salón del trono. Desde allí, unos ojos verdes miraban. cuando olmo Al enfrentarlos, notó la exigencia, la expectativa y la molestia estampadas en el rostro de su padre. Sabía lo que quería el Rey. A su derecha, en el asiento que alguna vez había pertenecido únicamente a Hauth, había un vacío. Una silla vacía.

La silla del Gran Príncipe.

Elm sujetó la mano de Ione contra su brazo. De ninguna manera iba a subir allí solo.

Ella frunció el ceño hacia su mano. "Qué vas a-"

"Una última estipulación, Hawthorn", dijo con los labios apretados. Le lanzó a su padre una sonrisa vacía, arrastrando a Ione con él hasta el estrado. "Si quieres tener rienda suelta en el castillo, seré tu acompañante".

Su exhalación fue un silbido. Cuando estuvieron ante el Rey, con la barbilla inclinada en rígida reverencia, los ojos de Ione eran tan fríos que Elm sintió una pizca de culpa por arrastrarla hasta allí.

El descontento del rey no estaba bien disimulado. Aún así, asintió brevemente y miró a su corte, consciente de los ojos que lo miraban. Su mirada volvió a Ione, adormilada pero estrecha, deteniéndose demasiado tiempo en su cuerpo: su vestido que no le quedaba bien. La comisura de su labio se torció.

En ese momento, se parecía en todo el mundo a Hauth.

Elm se metió la mano en el bolsillo. Sólo que esta vez, el borde aterciopelado de la guadaña no hizo nada para calmarlo. Pero tres toques... tres toques y podría hacer que su padre pusiera los ojos en blanco hasta tal punto que dejaría de ver con claridad. Su dedo se movió contra el borde aterciopelado de la tarjeta roja, la idea era más embriagadora que cualquier vino.

Ione se limitó a sostener la mirada del rey y la escarcha de sus ojos se transformó en desinterés. Ella bostezó.

"Siéntate", les ladró el Rey.

La única silla vacía era la de Hauth. A su derecha estaba Aldys Beech, el tesorero del rey, junto con su esposa y su hijo.

Elm no se molestó en mirarlos. "Empuja".

Los ojos de Beech, ya demasiado grandes para su cabeza, se desorbitaron. "Pero, señor, el Rey nos ha regalado estos asientos..."

"Me importa un comino"

"Lo que el Príncipe Renelm quiere decir", dijo Ione, con voz tranquila, "es que, mientras él simplemente calienta el asiento del Príncipe Hauth, *ese* asiento", dijo, señalando la silla debajo del estrecho trasero de Beech, "me pertenece a mí, tu futura Reina". . " Miró por encima del hombro a Elm. "A menos que quieras verme tomar asiento en el regazo del Príncipe".

Los ojos de Beech se abrieron aún más, al igual que los de su esposa y su hijo. No toleraron más argumentos. Huyendo de su belleza o de su ira, la familia Beech no sólo abandonó el asiento de Ione, sino también el estrado por completo.

No había forma de ponerse cómodo. Elm casi esperaba que unas púas salieran disparadas de la silla de Hauth y lo empalaran, la madera sintiendo la ausencia de su amo, consciente de que el *repuesto* había ocupado su lugar.

Lo que Ione había dicho sobre sentarse en su regazo no le había ayudado a tranquilizarse.

Elm comió rápidamente, esperando a que su padre se distrajera para que él e Ione pudieran escabullirse del estrado y continuar la búsqueda de su Tarjeta de Doncella.

Pero la concentración de su padre nunca se perdió por mucho tiempo. El rey Rowan hablaba a los cortesanos con gruñidos y asentimientos, con la mirada hacia adelante, pero Elm estaba seguro de que lo estaba observando. Era como un maestro de escuela, esperando que su alumno menos favorito se pasara de la raya.

Cuando el gong sonó diez veces, Elm dejó escapar un gemido. "Que pérdida de tiempo."

"Estás de humor", dijo Ione en su copa, su boca en forma de corazón manchada de rojo en el interior de sus labios.

"Siempre estoy de buen humor".

"Un rasgo familiar, tal vez."

Eso le hizo rechinar los dientes. "No eres ni la mitad de divertido de lo que crees, Hawthorn".

Ella tomó otro trago. "No sabría por dónde empezar, hacer reír a Rowan".

Elm se presionó los ojos con las palmas de las manos. "Lo lamento. Estoy siendo un idiota". Lanzó una mano hacia el gran salón. "Es fácil en este lugar".

"¿Entonces tu terrible humor no tiene nada que ver con el grupo que salió del castillo esta mañana? ¿El de Elspeth y Ravyn Yew?"

Elm levantó la cabeza de las manos y sus ojos tardaron en enfocarse. Pasó el pulgar por el borde de su copa. "¿Quién te dijo eso?"

"El corcel con marcas en la cara: Linden". Tocó el cuello alto de su vestido. "Creo que pensó que podría lastimarme, sabiendo que mi prima estaba libre del castillo y yo no".

"¿Lo hizo?"

"Es posible que lo haya hecho alguna vez. Podría haber llorado por la soledad de todo esto". Su voz se heló. "Pero ya no lloro".

La punzada de culpa que Elm había sentido por arrastrarla hasta el estrado se desgarró. Miró hacia el gran salón. Aún era demasiado temprano para bailar, la mayor parte de la corte todavía estaba sentada en la larga mesa, con sus copas siempre llenas, atendidas por sirvientes que recorrían el salón con destreza. Los que estaban de pie se acercaron lentamente al estrado, ofreciendo palabras de elogio a su padre y a su consejo o preguntando por Hauth.

Deberían haber estado buscando la Tarjeta de Doncella de Ione, no desperdiciando la velada en pompa.

Una vez lo había considerado necesario. Le había dicho a Elspeth Spindle tanto el día de mercado. *Es pompa lo que nos mantiene pareciendo como todos los demás.*

Elm apuró su copa, luego tomó la de Ione y aprovechó la oportunidad para hablarle al oído. "Tengo otra idea de cómo podríamos encontrar su tarjeta". Su aliento agitó un mechón de cabello suelto que enmarcaba su rostro. "Pero puede que no te importe".

"Ya no me importa nada, Príncipe. Ese es todo el problema".

Había mucho ruido en el gran salón. A nadie le resultaría extraño que Elm pudiera hablar tan cerca de su oído. Lo *extraño* fue la rápida inhalación de Ione cuando se acercó. El pincel rosado en sus mejillas. La piel de gallina a lo largo de su nuca.

Elm los notó todos. Parecía que, a pesar de sus muchas protestas, Ione Hawthorn podía sentir *algunas* cosas.

No había oído el arrastrar de pies. Las sombras danzaron en la periferia de Elm. Todavía estaba mirando el cuello de Ione cuando una voz femenina desde debajo del estrado dijo: "Buenas noches, Príncipe Renelm".

Elm se echó hacia atrás y arrastró la mirada hacia adelante. Wayland Pine, con su esposa y sus tres hijas, estaban ante el Rey, el mayor ligeramente por delante del resto. Era ella quien había hablado.

Elm no podía recordar su nombre ni por su vida.

Al igual que los Pinos, el Rey estaba esperando que Elm respondiera, con una mirada ceñuda que transmitía el poco esfuerzo que tomaría alcanzar y estrangular a su hijo frente a ellos.

*Pompa.*

Elm le guiñó un ojo a su padre y le arregló el rostro con su habitual encanto petulante y cortés. "La familia Pino. Que encantador." Se volvió hacia Wayland. "Lamenté oír hablar de tu tarjeta Iron Gate". Su mano magullada se flexionó debajo de la mesa. "Cosas desagradables, bandoleros".

Wayland Pine, el pobre bastardo, miró al borde de las lágrimas. mención de la Tarjeta Providencia de la que Ravyn se había librado hacía varias semanas. "Gracias, mi Príncipe". Hizo una reverencia, su mano en la espalda de su hija mayor, empujándola ligeramente hacia adelante. "Te acuerdas de Farrah, mi hija mayor".

Elm apenas lo hizo. "Por supuesto. ¿Está usted mucho tiempo en Stone, señorita Pine?"

Los ojos de Farrah se dirigieron al Rey. "Durante una semana, Su Excelencia. Para las fiestas".

"Por lo cual estamos muy agradecidos de haber sido invitados", intervino Wayland, haciendo otra reverencia.

El Rey levantó una mano, aceptación y despido en un solo gesto.

Los Pines retrocedieron arrastrando los pies y Farrah le dirigió a Elm una mirada hacia atrás. "¿Qué fiestas?" le dijo a su padre, viendo a los Pinos desaparecer entre la multitud.

El rey se reclinó en su silla. "A partir de mañana por la noche habrá seis fiestas. El día seis elegirás esposa".

La ira de Elm llegó rápidamente. Como llamas lamiendo una rejilla, sintió calor por todas partes. Intentó tragarlo, pero el dolor ya estaba allí. Le duelen las palmas. Sus ojos ardieron. Sus molares se presionaron con tanta fuerza que se sentían fusionados. Por un instante, consideró darle la vuelta a la mesa.

Si el rey sintió su ira, no lo notó. "Tu tiempo bajo el ala de Ravyn ha terminado. Debería haberte casado hace años.

Con eso, el Rey cortó la discusión. Se levantó de su asiento, todos los que estaban en el estrado, excepto Elm e Ione, permanecieron de pie en reverencia mientras observaban al Rey y a los dos Destriers que lo seguían salir del gran salón.

Elm se sintió imprudente. Abrió la boca para llamar a su padre, para desatar parte del veneno que se acumulaba en su lengua, pero una mano en su brazo lo detuvo.

"Tienes el aspecto de alguien que está a punto de romper algo", dijo Ione con voz tranquila.

Él quería. Elm no sabía qué, pero juró que algo se haría añicos.

El agarre de Ione sobre su brazo se hizo más fuerte. Tan apretado que cuando se puso de pie, arrastró a Elm con ella. "Ven, Príncipe. Emborrachémonos."

## Capítulo Diecinueve

### *ravin*

El viaje desde Stone hasta Castle Yew fue un viaje de dos horas. Lo lograron en casi la mitad del tiempo. Es mejor cabalgar rápido y dejar que el viento llene los oídos de Ravyn que sufrir otra palabra de la boca de Nightmare.

Los Yew siempre habían dicho que su casa estaba embrujada. Que las figuras de piedra de las estatuas vagaban de noche y que las imágenes insertadas en los tapices de Castle Yew cambiaban de un día para otro. Que las antorchas parpadeaban sin corriente de aire que las sacudiera y los pisos de madera gemían el nombre de quien los pisaba.

El castillo era inquietante, aunque nunca aterrador. En todo caso, la propiedad espectral hizo reír a la familia de Ravyn. Bromeaban diciendo que los fantasmas se habían aburrido tanto de los actuales ocupantes de la casa que se habían sentido inquietos.

Pero si había fantasmas en Castle Yew, ahora no estaban hambrientos de deporte. La casa pareció congelarse, en un silencio sobrenatural, cuando la criatura de ojos amarillos atravesó la puerta.

Nightmare entró al castillo delante de Ravyn y Gorse. Entrelazó los dedos, presionándolos hasta que las uniones explotaron. Sus ojos amarillos se dirigieron hacia el gran salón, arriba paredes de paneles de madera, hasta los techos abovedados. Luego, con un suspiro poco impresionado, se deslizó por un pasillo y desapareció.

Tojo gruñó y se retiró al ala este, donde se alojaban los Destriers cuando venían a entrenar.

Los padres de Ravyn y su mayordomo, Jon Thistle, salieron apresuradamente del gran salón. La mirada de su madre Morette estaba muy abierta. "Era que-

"Sí." Ravyn se quitó los guantes y los arrojó al suelo. "El único Rey Pastor. Ahórrese la agonía de hablar con él. Es notablemente vil".

"Yo también podría serlo, después de vivir quinientos años", murmuró Thistle.

Ravyn miró hacia la oscura escalera. "¿Jes y Emory? ¿Llegaron sanos y salvos?"

"Están descansando arriba".

"Entonces está sucediendo". Su padre, Fenir, tenía ojos como los de Jespyr: cálidos y de color marrón oscuro. Buscaron el rostro de Ravyn. "El Rey ha liberado a Emory... ¿para siempre? ¿Estará a salvo en el Solsticio?"

Ravyn asintió brevemente.

"Lo que significa que el Rey Rowan ha decidido que la sangre de Elspeth unirá el Deck".

La voz de Morette era suave. Pero el peso de sus palabras golpeó a Ravyn con tanta fuerza que se encontró mordiéndolo. Se alejó de sus padres y salió por las puertas de Castle Yew. "Emory y Elspeth estarán a salvo en Solstice", dijo, a ellos y a sí mismo. "Yo me encargaré de ello."

La corta caminata hasta la armería se sintió más larga y tranquila sin Elm al lado de Ravyn.

Encontró a Petyr y Wik Ivy, sus bandoleros de confianza, discutiendo por una piedra de afilar. Sus ojos se iluminaron cuando les dijo que él, Jespyr, Gorse y el Rey Pastor partirían a la mañana siguiente hacia Twin Alders. Wik no esperó a que se lo pidieran y se ofreció inmediatamente a unirse. "Me aficioné a pellizcar las viejas Tarjetas de Providence", dijo, con algunos huecos en su sonrisa por dientes perdidos en peleas.

"No será como acechar el camino forestal y tender emboscadas a las caravanas", advirtió Ravyn. "El bosque al que viajamos... nadie ha estado allí durante siglos. No sé lo que nos espera".

"No se preocupe, Capitán". Petyr le dio unas palmaditas en la espalda a Ravyn con tanta fuerza que le hizo toser. "Te tomaremos de la mano cuando tengas miedo".

Ravyn pasó el resto del día en la habitación de Emory, leyéndole, manteniendo el fuego más caliente de lo necesario sólo para ver el sonrojo en el rostro de su hermano. Sólo después de que cayó el anochecer y Jespyr tomó su lugar junto a la cama de su hermano, Ravyn fue a buscar la Pesadilla.

Estaba en el prado, cerca de las ruinas escondidas detrás de los descuidados jardines del Castillo Yew, envuelto en la niebla y el gris habitual del atardecer. Estaba sentado en la hierba bajo la sombra de un tejo, con la mirada distante.

Él acunó algo en su regazo. "Has estado cavando", murmuró.

Ravyn miró hacia la cámara al borde del prado. "Encontré tu espada". *Y tus huesos.*

"Entonces el ladrón se convierte en ladrón de tumbas". La mirada de Nightmare cayó a su regazo. "Tú también podrías haber aprovechado esto. Me imagino que todavía tiene algún valor".

Ravyn dio un paso adelante y arqueó la frente. Se dio cuenta de que la cosa acunada con delicado cuidado en el regazo de Nightmare...

Fue una corona.

Una corona dorada que hacía tiempo que había perdido su brillo. Cubiertas de tierra, sus marcas eran difíciles de discernir, aunque parecían tener el mismo diseño intrincado y tejido que la empuñadura de la espada que Ravyn había arrancado del suelo de tierra de la cámara.

Como si leyera sus pensamientos, Nightmare miró hacia arriba. "¿Dónde está... mi espada?"

"En mi cuarto."

"Me gustaría recuperarlo".

Ravyn regresó al castillo. Cuando regresó al prado, arrojó la espada del Rey Pastor sobre la hierba. "No soy un maldito ladrón de tumbas".

Nightmare desplegó un dedo y trazó la empuñadura de la espada. El viento susurró entre los tejos y Ravyn miró hacia arriba. Si tocaba su Tarjeta Espejo y esperaba, estaba seguro de que vería a Tilly mirándolos. Espera.

"Conocí a tu hija. La que tiene trenzas en el pelo y ojos como los tuyos. Tilly".

Los hombros de Nightmare se tensaron. Mantuvo sus ojos en la espada. "Sería prudente no utilizar la Tarjeta Espejo de manera tan imprudente, Ravyn Yew. Ver más allá del velo es algo peligroso".

"Ella me dijo que buscas venganza por lo que te hizo el primer Rey Rowan".

Una sonrisa se dibujó en sus labios.

Ravyn odió verlo. "El espíritu de tu hija te ha esperado quinientos años en ese árbol. Todos tus hijos esperan".

Cuando Nightmare se giró, su sonrisa había desaparecido. "Yo también he esperado".

"¿Matar a los Rowan?"

"Mi objetivo es vasto. Hay muchas verdades por develar en el bosque. Los círculos que comenzaron hace siglos finalmente se cerrarán". Dejó escapar un suspiro. "Aunque temo, con tantos idiotas a mi alrededor, tener que hacerlo todo yo mismo".

La lengua de Ravyn tropezó con una avalancha de maldiciones. Respiró profundamente. "¿Cuál es tu plan para cuando regresemos con la tarjeta Twin Alders?"

Nightmare envolvió sus dedos alrededor de la empuñadura de su espada. Ladeó la cabeza, observando a Ravyn como un lobo lo haría con un cervatillo enfermo y maullante. "Le dije a tu tío que tendría mi sangre para unir la Cubierta en Solstice, ¿no?"

"Lo hiciste. Pero ciertamente eres un mentiroso. Incluso bajo un Cáliz mientes".

"Tenemos eso en común."

"No me parezco en nada a ti, parásito".

"Pero tu eres." La risa de Nightmare resonó por el prado. "Más de lo que sabes." Su mirada recorrió el rostro de Ravyn. "Aunque sin duda estoy mejor descansado. ¿Cuándo fue la última vez que dormiste toda la noche?"

Ravyn se apoyó en sus brazos, cubriendo sus palabras con despecho. "Cuando estaba con Elspeth". Se volvió. "Nos reunimos aquí al amanecer".

La voz de Nightmare lo detuvo. "Trae la Tarjeta de Doncella de tu colección. Lo necesitaremos para el viaje".

"¿La doncella?"

"La Providence Card rosa con una rosa encima. Ya sabes cuál. O tal vez no lo hagas. Tus habilidades de observación han demostrado ser abismales..."

"Sé qué tarjeta..." Ravyn respiró hondo y contó hasta tres. "¿Por qué diablos necesitaríamos una Doncella?"

Nightmare golpeó con las uñas la coronilla de su regazo. “Oren para que no lo hagamos”.

Los ojos de Ravyn se elevaron hacia la cámara. Y como cada conversación con el Rey Pastor parecía arrastrar al pasado, dijo: “Sobre el tema de las Cartas de la Providencia...” Asintió hacia la ventana oscura. “Encontré dos allí cuando era niño. I Sangró sobre la piedra y se abrió para mí”. Metió la mano en su bolsillo y sacó su Espejo y las Cartas de Pesadilla. “Estos estaban adentro”.

Esos ojos amarillos se volvieron distantes. “¿Y?”

“¿Los pusiste ahí?”

“No.”

“¿Quién lo hizo?” El pauso. “¿Fue uno de tus hijos?”

La Pesadilla no habló. Se había quedado quieto. Inmóvil, sin parpadear, mirando a la nada.

“¿Hola?”

Sin respuesta.

Ravyn pasó un dedo sobre su Tarjeta Nightmare. Cuando el monstruo permaneció desenfocado, tocó la Carta tres veces. Hubo un poco de sal, luego Ravyn empujó la magia hacia afuera. No para hablar con Nightmare, sino para buscar en la cámara oscura de su mente.

*Elspeth. ¿Dónde estás?*

La quietud de Nightmare se rompió y su mirada se centró de golpe. Se puso de pie y, con una fuerza impresionante, empujó a Ravyn al suelo.

Salt abandonó los sentidos de Ravyn cuando su cabeza se estrelló contra la hierba. La punta fría y roma de la espada de Nightmare le raspó la garganta.

“Ya te lo dije una vez, pájaro estúpido. Debes venir invitado a su mente”.

“Y *te dije* que la encontraría cuando saliéramos de Stone”. Las manos de Ravyn eran puños en la hierba. “Ya es bastante injusticia que los espíritus de tus hijos sigan esperando mientras tú, monstruoso, permaneces. Pero Elspeth no es un espíritu que puedas ignorar. Ella no está muerta. Dejar. Su. Afuera.”

Incluso en el prado cada vez más oscuro, esos ojos amarillos brillaron. Eran la única parte de la Pesadilla que no era consumida por la sombra del tejo, como si él fuera el árbol mismo... y el sombra. “¿Nunca piensas más allá de tus propios deseos egoístas, Ravyn Yew?” gruñó. “Si la llamara de la oscuridad a mi terrible mente, le *dolería* . No puedes imaginar la ira que surge al no tener control sobre tus propios pensamientos, tu propio cuerpo. Tú, cosa traidora, que nunca has cedido verdaderamente la autoridad. Mentiroso, ladrón, inmune al Cáliz y la Guadaña, no sabes nada sobre perder el control. Sus labios se torcieron y el gruñido dio paso a una sonrisa. “Pero lo harás. Aprenderás, tal como yo lo hice, lo que se siente al perderse en el bosque”.

## Capítulo veinte

### *Olmo*

Lo primero que hizo Ione cuando llegaron al patio fue entregarle a Elm la jarra llena de vino que había sacado de contrabando del gran salón. El segundo fue rasgarle el vestido.

Usó ambas manos, rasgando el escote hasta el esternón, destruyendo el cuello sofocante. La tela hizo un sonido agudo, los botones volaron, impotentes ante su impresionante tirón.

Elm dejó de beber. "Podría haber ayudado con eso".

Ione esbozó su versión de una sonrisa, que apenas era un tic de músculo en las comisuras de su boca. Quizás era todo lo que ella era capaz de hacer. O tal vez simplemente no quería darle la satisfacción de hacerla sonreír. Ella tomó el vino. "Has desarrollado el gusto por quitarme la ropa, ¿verdad, Príncipe?"

Eso lo hizo callar. Olmo desvió la mirada. Quería romper cosas. Y ella, rasgándose así el vestido, sólo enloqueció el deseo.

"¿Es esto lo que sueles hacer", preguntó, observando cómo él tomaba una jabalina desechada del suelo y la rompía contra un poste de entrenamiento cercano, "cuando estás borracho y enojado?"

Elm le arrebató la jarra de la mano. "Entre otras cosas."

"¿Como?"

Él encontró su mirada por encima del borde. "¿No puedes adivinarlo?"

Si la Doncella permitió que Ione se sonrojara, el patio estaba demasiado oscuro para darse cuenta. Ella se chupó los dientes. "Espero que no planees hablar con Farrah Pine de la misma manera que me hablas a mí. Ella es dulce".

Elm le devolvió el vino. "No te importa cómo le hablo a Farrah Pine".

Ella suspiró. "No, no lo hago".

Otra jabalina, destrozada. "Igual de bien. No hablaré con ninguna de las mujeres de la lista de mi padre, incluida ella".

"Lo pasaste bastante bien en el gran salón", dijo Ione. "Por un momento, casi sonaste encantador. Si no un poco..."

"¿Picaresco? ¿Absolutamente irresistible?"

Ella bebió y una gota de líquido rojo permaneció en su labio inferior. "Enojado. En el fondo parecías enojada."

Elm se acercó, reprimiendo el impulso de pasarle el dedo por debajo del labio y limpiar el vino. "Estoy enojado. Creo que, si soy honesto, he estado enojado toda mi vida".

Los ojos de Ione estaban afilados, buscando sus páginas. Cuando el silencio entre ellos se hizo más agudo, ella respiró hondo. "Entonces enojate, Príncipe". Ella le devolvió el vino. "Te queda bien".

"Cuidadoso." Elm pasó el pulgar por el borde húmedo de la jarra, donde había estado su boca. "Eso sonó muchísimo como un cumplido".

"Prefiero pensar en ello como un consejo".

"Estoy seguro que sí." Tomó un trago. "Pero me perdonarás si me resulta difícil seguir los consejos sobre cómo sentirme *de* una mujer que ni siquiera puede esbozar una sonrisa".

Ella se encogió de hombros. "Dame algo por lo que sonreír".

"Se me ocurren algunos".

Lo vio en sus ojos: el destello de sorpresa. La ampliación de sus pupilas. Y aunque la Doncella ocultó su expresión, no la enmascaró por completo. Todavía había destellos de algo. Ione Hawthorn podía sentir *algo*, de eso Elm estaba seguro.

Ella ignoró su comentario con un gesto desdeñoso con la barbilla. "Yo solía sonreír. Tenía pequeñas líneas aquí". Pasó un dedo, una suave pincelada, desde el pliegue de su nariz hasta la comisura de su boca. "De reír". Se tocó el exterior del ojo. "Aquí también. Ya no están, por supuesto. Pero yo solía sonreír. Solía reírme".

Los ojos de Elm permanecieron fijos en su rostro, en el terreno alisado de su piel. "Lo recuerdo", dijo en voz baja.

Ella le frunció el ceño y tomó el vino, el líquido oscuro chapoteando en la jarra. "No, no lo haces. Apostaría todo mi dinero a que nunca me miraste antes de Equinox. Ella hizo una mueca al tragar. "Si tuviera dinero para apostar".

Apuestas, trueques, juegos. A eso se reducía todo lo relacionado con Ione Hawthorn. Cada mirada fue un desafío, cada pregunta una prueba, una medición. Elm no estaba seguro de con qué fin. Pero eso hizo que se tensara, desde el pecho hasta la ingle, sabiendo que quería seguir sus juegos. Y tal vez fue el vino, o la forma en que esos ojos color avellana lo fijaron en su lugar, pero no se avergonzaba de admitir que haría cosas terribles, terribles para ganar.

Se arregló la boca con una sonrisa perezosa. "Es mejor que no tengas dinero. Tomaría hasta la última moneda".

Ione lo miró por encima del borde de la jarra. "Estás lleno de mierda, Príncipe".

Elm se acercó para recuperar la jarra. Sólo que esta vez, sus dedos se cruzaron sobre los de ella a lo largo del mango plateado. Se inclinó y su voz era un chirrido en la garganta. "¿No crees que no me fijé en ti, Ione?"

Un suspiro se apresuró a través de la delgada parte entre sus labios. "No ante la Doncella. Los hombres como usted no disfrutaban de las flores amarillas cuando hay rosas en su jardín.

"No disfruto de ninguna de las dos cosas; la horticultura no es exactamente un punto fuerte". Cuando ella puso los ojos en blanco, Elm apretó su mano sobre la de ella. "Apuesta algo que tengas, si estás tan seguro".

Sus rostros estaban ahora cerca. Tan cerca Elm podía ver los hilos deshilachados a lo largo del cuello donde Ione se había rasgado el vestido. Bailaron a lo largo de su garganta, su esternón, la hinchazón de sus pechos, moviéndose con los rápidos altibajos de su respiración.

Sus ojos se elevaron hacia su rostro. Ella lo estaba mirando. Y aunque su boca no mostraba ninguna sonrisa, había un rayo de satisfacción (de triunfo) en su mirada color avellana. "Un beso", murmuró. "Si puedes demostrar que me recuerdas antes del Equinoccio, te besaré. Si no puedes, tengo cinco minutos con tu Scythe.

Cuando lo encontró, la voz de Elm era áspera. "Ningún beso vale cinco minutos con una guadaña. Ni siquiera de ti".

"Un minuto, entonces."

El impulso de extender la mano y agarrar su rostro, de presionar las puntas de sus dedos en sus mejillas y observar sus labios abrirse para él, requirió un esfuerzo considerable para desterrar. En cambio, Elm tomó la mano de Ione y la golpeó con la palma en un apretón de manos. "Trato."

No había nadie allí para verlos salir del patio hacia un pasillo de servicio. Los largos y tortuosos pasillos sólo albergaban sombras. Durante el tiempo que les llevó llegar al sótano, Elm e Ione estuvieron completamente solos, como si el castillo les perteneciera sólo a ellos.

"Por favor, no estés cerrado", murmuró Elm cuando llegaron a la puerta.

La manija del sótano giró.

El hogar no estaba encendido y los perros estaban en otra parte. Elm se acercó al estante, un espacio tan familiar que, incluso medio borracho, no tuvo problemas para encontrar una linterna y el encendedor.

La llama floreció, demasiado brillante y luego más tenue. Ione estaba en la puerta. "¿Qué es este lugar?"

"En algún lugar donde no nos escuchen". Elm regresó a la puerta. Cuando pasó junto a Ione, se aseguró de que ninguna parte de su cuerpo tocara el de ella. "Enciende un fuego, ¿quieres? Prefiero estar cómodo cuando juego y gano apuestas". Se volvió hacia las escaleras.

"¿A dónde diablos vas?" ella lo llamó.

La indignación en su voz hizo que la comisura de la boca de Elm se curvara. "Un cáliz, señorita Hawthorn. Voy a buscarnos una Tarjeta del Cáliz".

El fuego estaba vivo y respirando cuando Elm regresó. Ione estaba sentada de rodillas, fogonero en mano, atendiendo las llamas. Tenía hollín en las yemas de los dedos. "Te tomaste tu tiempo."

Los brazos de Elm estaban llenos. Una Carta de Cáliz, una jarra de vino nueva, una copa de plata, una barra de pan de aceitunas robada de las cocinas. El último artículo era de la biblioteca: un reloj de arena que él y Ravyn usaban cuando jugaban al ajedrez. "Vine preparado".

Corrió hacia la chimenea y el frío del castillo se apoderó de él como un barniz. Se sentó con las piernas cruzadas frente al fuego, frente a Ione, y abrió los brazos, el reloj de arena rodó por el suelo.

Ione lo recogió. "¿Para qué es esto?"

"Parámetros". Colocó la jarra de vino y luego la copa entre ellos. "Es peligroso usar un Cáliz por mucho tiempo. Incluso si no mientes".

"¿Disfrutaste tanto de mi investigación que te gustaría repetirla?"

Él entrecerró los ojos hacia ella. "Estamos buscando a tu Doncella, ¿no es así? Pensé que podríamos repasar la noche del equinoccio. Analiza los recuerdos que tienes de tu Tarjeta. Estabas borracho, ¿no?"

Su voz fue cortada. "Sí."

"Y por eso es posible que tus recuerdos no sean ciertos. Espero que el Cáliz te detenga si te aventuras en un recuerdo que podría ser falso. Si no tiene éxito, hay otras Cartas en la bóveda de mi padre que pueden ayudarnos a limitar nuestra búsqueda".

"Si lo que quieres son mis recuerdos, ¿por qué no usar la maldita Tarjeta de Pesadilla que mi padre le regaló al Rey?"

Elm sacó la Tarjeta del Cáliz de su bolsillo. "Esto", dijo, agitándolo ante su cara, "estaba en la armería, lo que quedó de ayer. Los médicos están utilizando actualmente la tarjeta Nightmare en la cámara de Hauth para intentar reanimarlo. ¿Te gustaría ir allí y pedirselo?"

Su boca se dibujó en una fina línea.

"Yo tampoco. Y entonces, comenzamos con el maldito Cáliz".

Ione pasó un dedo por la forma curva del reloj de arena, inclinándolo para que algunos granos se derramaran en la segunda mitad. "Se siente bastante injusto, dado que ya he soportado una investigación, ser el único bajo el Cáliz".

"No lo serás. Me uniré a ti". Cuando las comisuras de la boca de Ione se torcieron, una sonrisa se deslizó por la boca de Elm. "¿De qué otra manera puedo demostrar que te recuerdo y ganar nuestra pequeña apuesta?"

"Entonces seamos iguales. Por cada pregunta que respondo sobre Equinox, debes responder una propia".

Elm era consciente, en algún lugar de su cabeza, de que se trataba de una idea terrible. Tenía demasiados secretos y ninguno de ellos agradable. Pero el sótano estaba cálido y el

vino que había consumido en el patio se había asentado en él. Ya no quería romper nada. Esta terrible idea me pareció irrazonablemente buena.

"Está bien."

"¿Algún tema que desees que evite, Príncipe?"

*Ravyn. Emory. El Rey Pastor.* Su infancia. Su hermano. Su padre. La inminente perdición de su vida, si se viera obligado a casarse con un extraño, si se viera obligado a convertirse en rey...

Elm tragó. "Nada está prohibido".

Ione tamborileó con los dedos en el suelo de piedra. "¿Y nuestra apuesta? ¿Cuándo tendré mi minuto con tu Scythe?"

"Eso", dijo Elm, con una risa baja zumbando en su garganta, "podemos dejarlo para el final". Mojó la jarra y llenó la copa con vino. "Piense en ello como una recompensa".

Eso pareció complacerla, aunque no es que su rostro lo demostrara. Pero levantó la barbilla y estiró los brazos por encima de la cabeza, soltándose. Luego le dio la vuelta al reloj de arena y lo colocó en el suelo de piedra entre ellos.

La arena empezó a caer. Elm tomó la Tarjeta turquesa en la palma de su mano y mantuvo sus ojos en Ione. "¿Listo?"

Ella asintió. Golpeó el Cáliz y observó la garganta de Ione mientras ella inclinaba la cabeza hacia atrás y bebía de la copa. Cuando ella hizo una mueca al beber el vino, se lo pasó.

Elm dudó sólo un momento, en parte porque el Cáliz siempre agriaba el vino, en parte por la punzada baja y caliente en su estómago que le decía que, después de esto, no había vuelta atrás. Una vez expuesto ante Ione Hawthorn, quedaría expuesto para siempre, tal como Ravyn se había expuesto ante Elspeth.

Y mira adónde lo había llevado eso.

Elm hizo una mueca al pensarlo. Luego, antes de que Ione pudiera notar su vacilación, echó la cabeza hacia atrás y apuró la taza. El vino le cubrió la lengua, tan amargo que tosió. Se secó la boca con el dorso de la mano. "Odio esa parte".

"¿Bajo el Cáliz a menudo, Príncipe?"

"Afortunadamente, no. Y *esa*", dijo, señalándole la cara con el dedo, "fue tu primera pregunta. Ahora es mi turno." Se inclinó hacia delante, con los codos sobre las rodillas. "¿Dónde está tu tarjeta de doncella?"

Su suspiro se convirtió en un silbido bajo e irritado. "Tendrás que hacerlo mejor que eso, Príncipe. Simplemente no lo sé".

Elm se cruzó de brazos, sintiéndose como un niño hosco bajo su mirada fulminante. "¿Cómo es eso posible?"

"Es mi turno." Sin apartar los ojos de los suyos, Ione se presionó un dedo en el labio inferior. Peso. Medición. "¿Por qué no fuiste con tu primo Ravyn y los demás esta mañana?"

—Entonces, directo a la garganta. Elm se pasó una mano por la cara. “No me invitaron a unirme a ellos. En realidad, está prohibido.

“Por qué-”

“Mi turno, Hawthorn”. Esta vez eligió bien sus palabras. “¿Qué *recuerdas* de Equinox?”

La expresión de Ione permaneció suave, aunque sus hombros se tensaron. “Recuerdo estar sentado en el estrado, tal como lo hice esta noche. Todo el mundo se acercaba para felicitarnos a Hauth y a mí por el compromiso. Se habló de la Nightmare Card de mi padre. Estaba tratando de hablar con Hauth, tratando de conocerlo. Pero por cada pregunta que le hice, por cada muestra de exuberancia o entusiasmo que mostré, gané un poco de su desprecio”.

Su voz se calmó. “Vi claramente en su rostro que no sabía cómo hablarme, simplemente mirarme, y solo después de que estaba usando la Tarjeta de Doncella. Dijo, como si lo hubiera sorprendido de una manera desagradable: ‘Está muy animada, señorita Hawthorn’”.

“Es un maldito idiota”.

Ione no pareció oírlo. “Estaba nervioso y Hauth seguía indicando a los sirvientes que llenaran mi copa. Bebí y el resto de la noche es confuso, medido sólo en destellos. Recuerdo que tenía frío y que había una piedra agrietada debajo de mi mano”. Su voz se suavizó. “Sobre todo lo que recuerdo es la fuerte sensación de sal en la nariz”.

La mirada de Elm se posó en su rostro. “¿De la niebla? ¿O algo más?”

Ione se llevó un dedo inactivo al cuello desgarrado y recorrió el borde deshilachado. Al igual que en el pasillo anoche, cuando se abordó el tema de perder su Tarjeta de Doncella en Equinox, ella no miró a Elm a los ojos.

Había asumido que ella lo había perdido en un estado de locura de celebración. Pero la sal, y esto—esta renuencia a mirarlo—

Algo se sintió mal. Muy mal. Como si Elm hubiera abierto una puerta que no debería haber abierto. Una puerta que mantenía ocultas las cosas oscuras y no expresadas.

Tenía su propia puerta igual.

“Hauth”, dijo en voz peligrosamente baja. “Hauth usó su guadaña contigo, ¿no?”

Ione asintió lentamente. “Primero se aseguró de que yo estuviera borracho”. Volvió a llenar la taza y tomó un largo trago. “Me desperté a la mañana siguiente en su habitación, todavía usando mi vestido Equinox. Y la doncella que me dio tu padre todavía estaba bajo su influencia. Pero la Tarjeta en sí”, abrió la palma vacía, “ya no estaba”.

A Elm le dolía la mandíbula por la tensión. “Él hizo-”

“Él no me tocó. Se aseguró de decirme que no. No para mostrar moderación o respeto, simplemente para hacerme saber que podría haberlo hecho si hubiera querido. Y lo haría cuando quisiera. Ione respiró larga y cansada. “No me dijo dónde me había hecho esconder mi Tarjeta de Doncella. Le supliqué, pero él no cedió. Dijo que, siendo su prometida, sería más fácil si yo no *sintiera* las cosas con tanta intensidad.

Sus ojos volvieron a Elm. “Tu hermano pareció entender, mejor de lo que yo creía, que era un bruto y que yo, su futura esposa, llevaba mi corazón en la mano. Decidí, sin dudarlo, que yo debería ser quien cambiara y no él. Esa vida sería infinitamente mejor para los dos si simplemente no sintiera nada en absoluto”.

De cada palabra salió una maldición. “Es un bruto”, dijo Elm. “Él hace lo que sea necesario para convertir en bruto a todos los que se encuentra. Eso es lo que le *gusta*”. Pensó en tocarla pero se contuvo. No creía que ella quisiera ser consolada por un Rowan.

En cambio, le sostuvo la mirada y buscó el hielo detrás de sus ojos. “Lamento que te haya hecho eso. Lamento que nadie lo detuviera. Lamento que no te hayas sentido lo suficientemente seguro para decir nada”. Su voz se suavizó. “Árboles, Hawthorn, lo siento”.

Los ojos de Ione se abrieron como platos. Se quedó completamente quieta excepto por su pulgar, que recorría lentos círculos a lo largo del borde de la taza. “¿Es eso lo que te pasó?” dijo, su voz apenas era un susurro. “¿Nadie lo detuvo, nadie estaba lo suficientemente seguro para decirlo?”

Y ahí estaba. El carbón en lo profundo de Elm. El comienzo de su infierno, su rabia. Ira, toda una vida en ciernes. “Entonces has oído los rumores.”

Ella asintió.

Se pasó una mano por la cara y exhaló un largo y entrecortado suspiro. “Ravyn”, logró decir. “Finalmente, le conté a Ravyn lo que Hauth me estaba haciendo”.

“¿Y él te llevó?”

Elm asintió, metiendo la mano en el bolsillo y arrastrando los dedos por el terciopelo. Le ardían los ojos y la ira le subía por la garganta. “Cuando mi madre murió, heredé su Scythe. De repente, ya no era sólo un chico al que Hauth podía golpear, romper y usar su propia guadaña. Podría protegerme. Así que lo hice. Con la tarjeta roja me volví mejor que él jamás”. Su sonrisa era burlona. “Y me odiaba aún más por eso”.

El pulgar de Ione había dejado de moverse sobre el borde de la taza. Elm se obligó a mirarla, desafiándola a sentir lástima por él.

Pero no había compasión en sus ojos color avellana. Le entregó el vino a Elm. “Mis fantasías infantiles de casarme con un príncipe se hicieron realidad rápidamente. morir. El encanto de tu hermano era superficial. El verdadero Hauth se abrió camino a través de la vida. Cada palabra era el pinchazo de un alfiler. “Tarde o temprano, alguien iba a recuperarlo. Y mi prima más querida, o lo que queda de ella, fue implacable en la tarea”.

“No lamento que esté roto, solo que no fui yo quien lo rompió”. Elm tomó un largo trago. “¿Eso me hace malvado?”

“Si es así, tú y yo somos el mismo tipo de malvados”.

La maraña en el pecho de Elm se alivió. Le sorprendió notar que el reloj de arena estaba medio vacío, que había acercado una vela a la parte más oscura de sí mismo y ni una sola vez había intentado mentir al respecto.

El ceño de Ione se frunció. “¿Por qué te tomó tanto tiempo heredar una guadaña?”

"¿Qué quieres decir?"

"Dijiste que heredaste la guadaña de tu madre. Pero hay cuatro cartas de guadaña. Y los Rowan son dueños de todos ellos".

"Una vieja mentira".

Sus cejas se arquearon. "¿No eres dueño de las cuatro Scythes?"

Elm negó con la cabeza. "Solo llevamos tres. Uno para el Rey, otro para mi hermano y otro para mí. Dondequiera que descanse la cuarta guadaña, no está con nosotros. Hacemos como si estuviera en la bóveda, pero no lo está". Tomó un trago de vino. "Tenía mucho que hacer para ponerme al día cuando finalmente heredé la tarjeta roja".

"Pero lo alcanzaste", dijo Ione, mirándolo fijamente. "Rápidamente."

El cabello cayó sobre los ojos de Elm. Lo empujó hacia atrás. Se aclaró la garganta. "He olvidado a quién le toca hacer una pregunta".

Ione le quitó el vino de la mano. "Tuyo."

"Si Hauth estuviera empeñado en mantenerte bajo la magia de la Doncella, probablemente te haría esconder tu Tarjeta en algún lugar. nadie más podría tocarlo. ¿Recuerdas haber ido a algún lugar apartado? ¿En algún lugar de los jardines, en las bóvedas, lejos de la multitud?"

"Es inútil, Príncipe. Lo único claro que recuerdo es la sal y la piedra agrietada bajo mi mano". Hizo una pausa y su lengua pasó de un lado a otro sobre su labio inferior interno. "Tengo un recuerdo borroso de la luz de las antorchas girando. Estaba bailando en el jardín con Hauth. Había otras voces masculinas cerca. Cuando Hauth me soltó la mano y me caí, se rieron. Me agarró".

El veneno se acumuló en la boca de Elm. Lo que sea que Ione vio en su rostro, fue suficiente para hacerla detenerse. "Estoy ileso, Príncipe. Todo en una sola pieza. Una pieza helada y desalmada".

"Eso no es gracioso".

"No aprietes los dientes con tanta fuerza. No esperaba que descubriéramos mi tarjeta en una hora". Sus ojos se posaron en el reloj de arena. "Quedan unos momentos. Hablemos de algo diferente. Algo además de mi Doncella".

Elm se frotó las rodillas con las palmas de las manos. "Pregúntame lo que sea."

"¿Cuántos años tiene?"

"Veintidós años desconcertantes. ¿Y tú?"

"Lo mismo. Aunque imagino que mis años fueron más fáciles de ganar que los tuyos. Su mirada recorrió su túnica negra y luego volvió a su rostro.

Elm estudió esos ojos color avellana. "La forma en que me miras de vez en cuando es como si me estuvieras buscando. ¿Que es exactamente lo que está buscando?"

"Tal vez te encuentre guapo".

Sus labios se arquearon. "Pero esa no es la única razón por la que me miras".

La expresión de Ione era suave, tallada en mármol, sin revelar nada. “¿Y yo, Príncipe? ¿Me encuentras hermosa?”

La risa de Elm le irritó la garganta. "No hay una sola persona en este castillo que no lo haga".

"Esa es media respuesta".

"También lo fue el tuyo."

Sus ojos se entrecerraron. Lentamente, Ione dijo: "He estado buscando a Hauth en tu cara. Por temperamento, crueldad o indiferencia". Ella se inclinó hacia adelante. "Pero no puedo encontrar ninguno. Veo astucia, cansancio, miedo. Ira, sin rastro de violencia". Ella respiró hondo. "Ambos sois Rowans y menos parecidos de lo que jamás imaginé".

Elm sintió que algo muy profundo dentro de él se agitaba. Se reclinó, apoyando su peso en sus brazos, listo para desviar la conversación lo más lejos posible de su hermano. "Dijiste que ya no puedes sentir nada. Sin embargo, he visto tus mejillas ponerse rosadas. Sientes calor, frío. Dolor. ¿Qué más puedes sentir?"

La luz del sótano era tenue, pero no lo suficiente como para enmascarar el leve rubor de las mejillas de Ione. "No p-puedo..." Cerró la boca de golpe, lo intentó de nuevo. "Nn-nada —"

El Cáliz no la dejó mentir. Lo que intrigó a Elm fue que lo había intentado. "No luches contra eso".

Se chupó el labio inferior y frunció el ceño. Por un momento, pareció que iba a perder el aliento otra vez mintiendo. Pero luego tomó otro trago de vino y dijo: "Deseo. Todavía puedo sentir deseo".

Elm se sentó y exhaló. "¿Y cómo descubrió eso, señorita Hawthorn?"

"Es *mi* turno de preguntar".

Abrió las manos y se ofreció.

"¿Sabes dónde están mi madre y mis hermanos?"

La pregunta correcta. Pero la elección equivocada de palabras. "No." La energía se acumuló en las palmas de Elm. Golpeó el suelo con las yemas de los dedos. Vino. Necesitaba más vino. "¿Qué tipo de deseo?" Él Arrancó la taza de las manos de Ione y la volvió a llenar, mirándola por encima del borde mientras bebía. "No escatimes en detalles".

No se perdió la forma en que sus ojos volaron hacia el reloj de arena. La arena casi había desaparecido. Podría esperar, castigarlo con silencio y no responder la pregunta. Se lo merecía, por supuesto, el tema del deseo decididamente *nada* principesco...

"Siento la piel demasiado caliente. Especialmente aquí", dijo Ione, pasándose el pulgar por el centro de la boca. "Y aquí." Sus dedos se arrastraron sobre la tela rasgada debajo de su clavícula. "Aquí." Bajó la mano y la presionó contra su vestido, justo debajo de su ombligo. Sus ojos se alzaron y se estrellaron contra los de Elm. "Entre mis piernas. Un dolor punzante e inquietante. Creo que es un truco cruel de la Doncella. Mi cuerpo es el mismo de

siempre. Puedo sentir todas las sensaciones físicas de la atracción. Pero mi corazón sigue... cerrado”.

La boca de Elm se secó y los bordes borrosos de su visión se enfocaron con nitidez. Había visto su mano bajar por su cuerpo y sintió su propio cuerpo responder. Dondequiera que estuviera ese dolor inquietante, quería encontrarlo. Tócalo. Ponle la boca encima.

Tragó, sus palabras fueron tan ásperas que se le escaparon. “¿Lo sientes ahora?”

Cuando sus ojos se quedaron fijos en los de él, supo la respuesta.

Elm bajó la mirada hacia el reloj de arena. Vacío. Se pasó la punta de la lengua por el labio inferior. “Es el momento, Hawthorn. Nuestra apuesta”.

Ione se cruzó de brazos delante de ella. “¿Dónde está tu guadaña?”

Elm lo sacó de su bolsillo y lo hizo girar entre sus dedos índice y medio.

“Está bien, Príncipe”, dijo, y la aguja volvió a su voz. “Exponga su caso. Demuestra que me recuerdas antes del Equinoccio”.

Él sonrió. “Veamos, ¿de qué recuerdo de Ione Hawthorn sacaré...” Tomó un largo sorbo de vino, saboreando el momento como lo hizo antes de aplastar a Ravyn en el ajedrez. “¿Qué tal cuando eras niña y montabas el caballo de tu padre por el camino forestal sin zapatos, con el pelo amarillo al viento y el barro hasta los tobillos? O quizás en un momento más reciente. Equinoccio, hace dos años. Nadie te pidió que bailaras, así que simplemente bailaste sola... bastante bien, debo añadir.

Elm dejó el vino y se inclinó hacia adelante. Incluso sentado, él se elevaba sobre ella. “Me gustaban las líneas de la sonrisa”. Su mirada recorrió las comisuras de su boca, sus ojos. “Tus pestañas eran más rubias. Tenías pecas y manchas rojas en la piel. Un espacio entre los dientes frontales. Tus ojos son lo único que la Doncella no ha alterado demasiado. Sólo que antes del Equinoccio eran felices”.

Bajó la barbilla. Un fuerte aroma floral llenó su nariz. “Eras la chica más extraña que jamás había visto. Porque nadie en Stone está contento. Lo fingen o beben, pero la actuación tiene sus revelaciones. Pero no tú. Eras... dolorosamente real.

Ione estaba congelada. Elm se echó hacia atrás y deslizó la Tarjeta del Cáliz del suelo, sosteniéndola entre ellos. Él no se regodearía. Pero sería muy, muy fácil. “Se acabó el juego, Hawthorn. ¿Algunas últimas palabras?”

Pareció golpearla de inmediato. Lo que había dicho. Que ella había perdido su apuesta. “Vete al infierno, Príncipe”.

Elm se rió, lo suficientemente profunda y fuerte como para sacudirle las púas. “Tienes una boca maravillosa”. Golpeó el Cáliz tres veces, rompiendo su sujeción. “Y ahora, es todo mío”.

Enganchó la barbilla de Ione entre el pulgar y el índice, de la misma manera que ella había sostenido la suya en el calabozo, y se inclinó, deteniéndose justo antes de que sus labios rozaran. Cuando Elm le susurró en la boca, se aseguró de tocarle el labio inferior con el pulgar, donde sabía que estaría cálida. “¿De verdad pensaste que no te recordaría?”

Ella tenía. Lo notó por el brillo en sus ojos.

"Toda esa charla sobre placer y calidez y ese terrible e inquietante dolor entre las piernas", murmuró. "Me pintaste un cuadro tan bonito. ¿Y no sería divertido negarme un beso si hubiera perdido nuestra apuesta? ¿Tomar mi guadaña y dejarme indefenso? Su labio superior rozó el de ella. "Dime, Hawthorn, ¿te hace *sentir* algo jugar conmigo de esta manera?"

Su respiración se produjo en inhalaciones rápidas y agudas. Sus labios se separaron y el pulgar de Elm se deslizó sobre su húmedo labio interior. Cuando ella lo miró, había suficiente honestidad en sus ojos como para inutilizar un Cáliz. "Sí."

"Entonces hazlo", susurró, deslizando una mano por su columna. "Úsame. Juega conmigo. Siente algo, Ione.

Ella perdió el aliento y Elm lo succionó con la boca. Esa mirada color avellana se endureció por un momento, fría y desconfiada, pero lo que sea que Ione vio en su rostro fue suficiente para derretirlos. Cerró los ojos y se inclinó hacia adelante, presionando sus labios contra los de Elm en un beso duro y castigador.

La copa resonó contra la piedra. Elm se echó hacia adelante y arrojó a Ione al suelo, mientras su cabello empapaba el vino derramado. Su boca encontró su mandíbula. Arrastró besos a través de él, luego por la columna de su cuello, respirando con jadeos inestables.

Un hambriento aleteo de ruido subió por la garganta de Ione, con las manos frenéticas. Agarraron la cara de Elm, su cabello, los músculos de sus brazos. Ella agarró su muñeca al inhalar, hizo una pausa y luego empujó su mano contra su pecho.

Elm gimió, con la palma llena de ella. Amasó con los dedos libres, estimulado por las respiraciones aceleradas que surgían de los labios entreabiertos de Ione. Claramente quería que él fuera duro con ella. Y él podría. Era con lo que estaba más familiarizado.

Pero si fuera duro, no duraría. Y por alguna razón no tenía tiempo para resolverlo, Elm quería que durara con Ione Hawthorn. Suavizó su agarre y desaceleró sus manos, arrastrándolas hasta la parte inferior de sus senos, sintiendo su peso.

Luego, tan rápido que todo lo que Ione pudo hacer fue jadear, los empujó hacia arriba, encontrando la piel suave como una perla con un beso.

Sus uñas arañaron su cabello y arqueó la espalda, impaciente. Su olor llenó la nariz de Elm, siendo más intenso en la línea entre sus pechos. Pasó su boca lentamente sobre ellos, entre ellos. Olía a magnolios y campos durante las primeras lluvias del verano. Embriagadora, dulce, melancólica.

Lo deshizo. Por un momento, perdió la concentración, cada pensamiento se inclinó hacia Ione y su olor y su dolor punzante que, en algún momento entre recogerla en Hawthorn House y allí, en el suelo del sótano, se había convertido también en el dolor de Elm.

Intentó besarla más, pero su vestido, ese estúpido y maldito vestido, estaba en el camino. Alcanzó su cuello desgarrado y agarró la tela con ambas manos.

Sus ojos se encontraron, turbios y salvajes.

Ione pareció entender. "Quítalo", dijo. "Ahora."

Elm se llevó el labio inferior a la boca. Lo presionó con la punta de los dientes. "Ruégame que lo haga".

Ella inhaló, para besarlo o maldecirlo...

Un ruido en la habitación llamó la atención de Ione y sus ojos se dirigieron a la puerta del sótano. Que ahora estaba abierto.

Filick Willow, con sus perros y sus libros, permanecía detenido en el umbral, con los ojos muy abiertos.

Elm apartó las manos de Ione y le lanzó al médico una mirada asesina. "¿Ya no llamamos a la puerta, Filick?"

"Yo—yo llamé". La mirada de Filick se posó en Ione. "Disculpas, señorita Hawthorn, simplemente..." Se apresuró a salir de la habitación, dejando atrás a sus perros. Uno de ellos se acomodó en su lecho de heno en el esquina. El otro se acercó, meneando la cola y lamió a Elm en la cara.

Alcanzó a Ione, pero ella ya estaba levantada del suelo y de pie, con vino en el pelo. "Él no va a decir nada", dijo Elm, ajustándose los pantalones.

Corrió hacia la puerta. "Espera, Hawthorn", la llamó Elm. "Iona. Esperar."

Ella no lo hizo.



Ընծաւ զաւրիւնսն

No pude salir.

## Capítulo veintidós

### *ravin*

La búsqueda para recuperar la última Tarjeta de la Providencia no tuvo una despedida clamorosa. No hubo aplausos, ni música, ni pétalos de rosas ni pañuelos arrojados cuando Ravyn abandonó Castle Yew.

La mañana estaba inquietantemente tranquila. Una ola de frío había pasado sobre Blunder, dejando escarcha a su paso. No había nadie allí para despedirse de él al amanecer, salvo sus padres, que ahora lo observaban desde la ventana de Emory.

Lo abrazaron, aceptando gentilmente su falta de palabras como siempre lo hacían. Había logrado la misma despedida miserable que había atendido a Elm.

"Te veré pronto."

Cuando entró en el prado, los demás ya estaban esperando junto a la cámara.

Jespyr y Gorse parecían haber dormido tan poco como Ravyn. Los hermanos Ivy también. Todos tenían los ojos llorosos a la tenue luz de la mañana, inclinados bajo sus bolsas de viaje. Jespyr se echó al hombro un arco y una aljaba llena de flechas con plumas de ganso y contuvo un bostezo.

Petyr arrojó una moneda de cobre entre sus manos. Le dio un codazo a Jespyr en las costillas. "Levántate y brilla, princesa".

"Veo que la moneda de la suerte está contigo para el viaje". Metió un dedo en el pelo oscuro y rizado de Petyr. "Sabes que la suerte está en tu cabeza, ¿no?"

"No hay nada en su cabeza", dijo Wik, mordiendo un trozo de carne de venado seca.

La mirada de Gorse se posó sobre los hermanos Ivy. "¿Quiénes diablos son ustedes dos?"

"Cortesanas, estamos aquí para hacer que vuestro viaje sea un poco más dulce", dijo Petyr, frunciendo los labios. "¿Qué tal un beso matutino, Destrier?"

Ravyn se frotó los ojos. "Les pedí que se unieran. La mejor práctica es ignorarlos". Sus ojos recorrieron el prado. "¿Alguien ha visto a nuestro *amigo*?"

"¿Te refieres al huso?" Gorse giró la cabeza hacia el oeste. "Ella estaba en la armería".

Ravyn mantuvo su rostro oculto tras una desmoronada fachada de indiferencia. "Esa no es Elspeth."

Con paso silencioso, Nightmare emergió de la niebla. Con los ojos muy abiertos con intención, él era el único miembro de su grupo que parecía completamente despierto. Sólo que, en lugar de su habitual sonrisa maliciosa, su boca mostraba una mueca.

“¿Por qué esa cara amarga?” Jespyr llamó.

La Pesadilla no dijo nada. Su espada era notablemente más afilada y había sido limpiada meticulosamente, al igual que su corona. Brillaba, un oro vibrante contra la luz gris de la mañana. Ravyn trazó su diseño y notó que la corona estaba tallada para representar ramas retorcidas.

No era tan diferente de la corona de su tío. Sólo que las ramas talladas en oro no eran de serbal, sino de otro. Más nudoso, más torcido y torcido.

Nightmare apretó su mano como una garra alrededor de la corona, sin decir nada mientras avanzaba entre el grupo hacia la cámara de piedra. Se deslizó como una sombra a través de su ventana oscurecida. Cuando regresó, la corona ya no estaba.

La voz de Ravyn fue entrecortada. “¿No quieres usarlo en la madera?”

Los ojos amarillos se entrecerraron sobre él. “Ya no me corresponde usarlo”.

Ravyn se volvió hacia el grupo y se frotó la nariz con sal. “¿Todos tienen sus encantos?”

Jespyr llevaba un pequeño fémur atado a una cuerda alrededor de su cuello. Los hermanos Ivy llevaban plumas de halcón idénticas atadas al cinturón. Tojo, como la mayoría de los Destriers, llevaba un amuleto de crin alrededor de su muñeca.

“Cúdalos bien”. Ravyn dio unas palmaditas al amuleto extra que guardaba en su bolsillo: la cabeza de una víbora. “Estaremos en la niebla por un tiempo”.

Gorse cambió su peso. “¿Cuánto tiempo?”

“El tiempo que sea necesario para encontrar la tarjeta Twin Alders. Si eso no te conviene”—Ravyn señaló hacia el prado—“regresa con Stone. ¿O espera el Rey un informe completo sobre mis acciones?”

Gorse cerró la boca de golpe y fulminó con la mirada.

Ravyn estaba acostumbrado a que un Destrier lo mirara fijamente. No tenía nada del encanto de Hauth o incluso del de Elm Rowan; nunca supo cómo motivar a los hombres con palabras. Su frialdad y su infección siempre lo habían convertido en un capitán de los Destriers exigente, aunque impopular.

Que así sea. A Ravyn le importaba un carajo la estima que Gorse le tenía, siempre y cuando estuviera cubierta de miedo. Mantuvo la mirada del Destrier el tiempo suficiente para que Gorse bajara los ojos y luego se volvió hacia Nightmare. “Lidera el camino”.

Un silbido bajo se deslizó desde los labios del monstruo. Empujó el tejo y giró hacia el este. Cuando entraron en la boca del bosque, la niebla se los tragó enteros.

No había camino. Incluso si hubiera habido uno, Ravyn podría decir por los pasos erráticos de Nightmare que no lo habría tomado. Con la espada sujeta en un torno, zigzagueó entre

los árboles, ágil y silencioso, deteniéndose sólo de vez en cuando para mirar el dosel enredado de ramas. Pasaron una hora persiguiéndolo en líneas torcidas por el bosque.

Mientras tanto, la ira grabada en el rostro de Nightmare se hizo más profunda.

"¿Sabes siquiera adónde vas?" —gritó Gorse, cerrando la marcha. "Hemos cambiado de dirección cinco veces".

La Pesadilla se detuvo abruptamente, se arrodilló bajo un retorcido tejo y presionó sus dedos desnudos contra el tronco. Cerró los ojos y su boca formó palabras que Ravyn no pudo oír.

Los sonidos del susurro de las hojas cesaron. Los cantos de los pájaros y el sonido del viento entre las ramas murieron en la nada. La piel de Ravyn se erizó, el silencio lo invadió. Era como si la Pesadilla hubiera gritado en el lenguaje del bosque.

Y el bosque se había detenido a escuchar.

Jespyr se acercó por detrás. " *El Viejo Libro de los Alisos* ", murmuró, mirando a Nightmare pasar los dedos por el tronco de tejo, "trata de los trueques que el Rey Pastor hizo por las Cartas de la Providencia. Pero nació con magia". Sus ojos marrones se abrieron y su boca se convirtió en una fina línea. "¿Qué era?"

Nightmare cerró los ojos y golpeó con su espada el tejo tres veces. *Haga clic, haga clic, haga clic*. De su boca, Ravyn distinguió una sola palabra. "Taxus".

La respuesta a la pregunta de Jespyr arrasó la tierra. Todo el bosque tembló, temblando desde lo más profundo de su suelo. El suelo rodó, golpeando a Ravyn y Jespyr el uno contra el otro. Cayeron amontonados junto a Petyr, Wik y Gorse, que miraban desde el suelo con los ojos muy abiertos.

El bosque se *movía* y los tejos se reorganizaban. Raíces arrancadas de la tierra, nublando el aire con tierra. Las ramas se rompieron y las hojas giraron a su alrededor, atrapadas en el vendaval de los árboles que se movían.

La Pesadilla se centró en el tumulto, agachado sobre sus ancas, sin ser tocado por raíz o rama. Golpeó su espada una vez más, esta vez en el suelo, el sonido se distinguió en el estruendo desgarrador. *Haga clic, haga clic, haga clic*.

Los tejos dejaron de moverse. A los pies de Nightmare, debajo de la basura de tierra revuelta, hojas y ramas rotas, había un camino a través del bosque.

El sudor frío se acumuló en las palmas de Ravyn. Había leído *El viejo libro de los alisos* toda su vida.

Pero esta fue la primera vez que vislumbró al hombre que lo había escrito.

La Pesadilla estaba en toda su altura. Miró por encima del hombro a la fiesta donde yacían en el suelo.

"Taxus?" preguntó Jespyr, incrédulo.

"Un nombre antiguo, para un árbol viejo y retorcido". Cuando captó la mirada de Ravyn deteniéndose en su espada, pasó un dedo pálido por la empuñadura. "Seguramente no pensaste que eran ovejas las que pastoreaba".

Los surcos en la frente de Nightmare se hicieron más profundos mientras caminaban por el bosque.

Ravyn no preguntó qué le molestaba y el monstruo no ofreció ninguna explicación. No había dicho una palabra desde que los árboles se habían reorganizado, abriendo un camino a través del bosque previamente impenetrable. Eso había sido hace horas.

Que así sea. El surco entre las cejas oscuras, el gruñido frío y permanente, era un rostro que Ravyn nunca había visto usar a Elspeth. Era más fácil mantener a Nightmare en su periferia y no, mil veces, pensar que era Elspeth a su lado. Lo mantuvo castigado. Miserable, pero castigado.

Y lo suficientemente consciente como para ver a los lobos.

El primero observaba desde la línea de árboles, una bestia con pelaje negro y ojos plateados que no parpadeaban.

"Date prisa", llamó Jespyr a Gorse, su arco equipado con una flecha.

Tojo apuntó con la punta de su espada hacia la línea de árboles. "Hay dos de ellos."

"Tres", corrigió Wik. "El pobre pony no sabe contar".

"No enseñan mucha aritmética en la escuela Destrier, ¿verdad?" —intervino Petyr.

Ravyn mantiene la mirada hacia adelante. En realidad, había *cuatro* lobos, acechándolos por el camino cada vez más oscuro. Aceleró el paso hasta que su boca estuvo en el oído de Nightmare. "Necesitamos encontrar un terreno más elevado".

La Pesadilla no dijo nada.

"Pesadilla."

El monstruo mantuvo la vista al frente.

Ravyn se metió la mano en el bolsillo y tocó su tarjeta color burdeos. La sal se metió por la nariz en la boca. Lo empujó hacia afuera con un aliento ardiente. *Te estoy hablando a ti, parásito.*

Antes de desaparecer, entrar en la mente de Elspeth había sido como deslizarse en una tormenta. Caótico, arrastrado por el viento. Pero la mente de Nightmare estaba tranquila, controlada y silenciosa excepto por esa voz extraña y aceitosa.

Sólo que ahora esa voz gritaba.

*¿Dónde estás, Elspeth? ¿POR QUÉ NO ME RESPONDES?*

Ravyn perdió un paso y chocó contra el hombro de Nightmare. El monstruo se tambaleó y sus ojos amarillos centellearon. Su mano llegó a la garganta de Ravyn, flexionando los dedos.

Nunca había tenido sentido cómo Hauth y Linden habían sido mutilados y sus cuerpos hendidos. Elspeth nunca empuñó un arma. Los dedos no deberían hacer las laceraciones que los suyos habían hecho, como garras, como si hubieran desgarrado la carne.

Pero ahora, con las yemas de los dedos de Nightmare presionando su garganta, Ravyn estaba empezando a comprender. Podrían parecer dedos. Pero bajo la superficie había algo claramente irregular.

Nightmare parpadeó y su mirada se enfocó. Su agarre en la garganta de Ravyn se alivió, pero no soltó la mano. *Pensé que habías aprendido la lección de hurgar en las mentes sin ser invitado.* Su boca se curvó en una mueca. *Pero eres un pájaro testarudo y estúpido, ¿no?*

La sangre desapareció del rostro de Ravyn. "Elsbeth. ¿No... no puedes encontrar a Elspeth?"

La Pesadilla no dijo nada. Pero por un momento, su ira se transformó en una expresión que Ravyn aún no había visto en el rostro del monstruo.

Desesperación.

*El pánico alcanzó sus dedos en el pecho de Ravyn. No juegues conmigo, Rey Pastor. Déjala salir de la oscuridad. Déjame hablar con ella. AHORA.*

Jespyr los separó. "Si ustedes dos, idiotas, no pueden concentrarse, estaré feliz de liderar este grupo. Hay lobos a nuestras espaldas".

Los ojos de Nightmares se posaron sobre su hombro. Cuando aterrizaron sobre el lobo de ojos plateados, la ira en su rostro se desvaneció detrás de una sonrisa. "Bien", dijo. "Estamos cerca".

*El viaje a Twin Alders se realizará en tres trueques. El primero llega al agua: un lago oscuro y reflejado.*

De hecho, el lago parecía un espejo plateado. Reflejaba el cielo, los árboles, sus rostros, sobre su superficie lisa e indiferente. Tojo tocó el agua y retrocedió con un escalofrío. Jespyr se aseguró el arco sobre el hombro. Los hermanos Ivy se pasaron pan entre ellos.

Ravyn observó a los lobos, ahora siete, alinearse cincuenta metros detrás de ellos. "Nos acecharon aquí. ¿Por qué?"

Nightmare se agachó junto a él y hundió la punta de su espada en el lago. "¿Por qué arriesgar sus vidas cuando el agua felizmente nos mataría por ellos?"

La mirada de Ravyn volvió al lago. No parecía mortal. "¿Veneno?"

La risa de Nightmare zumbó en su garganta. "Magia."

El lago se extendía por kilómetros. Les llevaría horas dar la vuelta. "¿Debemos nadar hasta el otro lado?" -Preguntó Ravyn.

Un movimiento de cabeza.

"¿Qué tipo de magia?"

"Del tipo que tanto le gusta al Espíritu. Un trueque". La mano de Nightmare se apretó alrededor de la empuñadura de su espada. "Una gota de sangre. Entonces el agua hará de nosotros lo que quiera. Si sobrevivimos al cruce, ella nos garantizará un salvoconducto para el próximo trueque".

Ravyn mantuvo su mirada fija en el agua. Al igual que Castle Yew, como el bosque, el lago parecía quedarse inquietantemente quieto en presencia de Nightmare. Como si lo hubiera estado esperando.

Le sacaron sangre. Ravyn pasó el borde de su daga por su pulgar y luego apretó la punta callosa sobre la superficie del lago. Observó caer una, dos, tres gotas, tiñendo la superficie del agua de un fugaz color carmesí.

Jespyr, Gorse y los hermanos Ivy hicieron lo mismo, cortando finas líneas a lo largo del interior de sus manos y sangrando en el agua. Cuando Nightmare acercó el filo de su espada a su palma abierta, Ravyn lo detuvo.

"Mantenga su corte superficial", dijo. "No le des una cicatriz".

Allí estaba otra vez: esa expresión de dolor que cruzó el rostro del monstruo. El que parecía desesperación. Más que los lobos o el lago, esa mirada aterrorizó a Ravyn. Se acercó y bajó la voz para que sólo Nightmare pudiera oírlo. "Dime qué está pasando". Un nudo se le subió a la garganta. "¿No puedes comunicarte con Elspeth?"

La Pesadilla miró hacia el agua. Tan rápido que Ravyn apenas vio lo que sucedía, pasó el pulgar por el filo de su espada y la empujó al agua. "Nada rápido, Ravyn Yew".

Se lanzó de cabeza al lago, rompiendo el suave rostro del espejo.

Ravyn y Jespyr intercambiaron una mirada intensa. Gorse volvió a mirar a los lobos, que se habían acercado veinte metros. Maldijo en voz baja y se zambulló en el lago, dejando olas cortas y agitadas. Wik lo siguió. Petyr besó su moneda de la suerte y se unió a ellos.

Ravyn miró su reflejo en el agua. Y tal vez estaba asustado, tal vez estaba imaginando cosas. Porque el hombre que lo miró no era él. No completamente. No llevaba la misma ropa: tenía la cabeza cubierta por una capucha y una máscara de tela le ocultaba el rostro. Él no era el Capitán de los Destriers, sino el otro Ravyn. El que acechaba el camino forestal.

El bandolero.

"¿Estás conmigo, Jess?"

La voz de su hermana era cercana, como siempre. "Estoy justo detrás tuyo."

Ravyn dobló sus rodillas. Al son de los aullidos de los lobos, se lanzó desde el terraplén.

En las historias, las sirenas eran mujeres hermosas cuyos cantos arrastraban a los hombres a las profundidades. No iban vestidos con capas negras y con máscaras atadas a la cara. No eran bandoleros.

Pero la criatura que salió de las profundidades del lago y tomó a Ravyn por el tobillo sí lo estaba.

Sus dedos estaban helados, atravesando la bota de Ravyn hasta su piel. Habló con la voz de Ravyn; tenía el rostro de Ravyn, sus ojos grises brillantes. "No nades más", dijo. "La libertad que buscas siempre ha estado aquí, detrás de la máscara. Sé quien quieras. Amo a la mujer infectada. Robar, traicionar. Desacata la ley del Rey. Permanecer."

Fue una prueba, perfeccionada por su sangre: un truco del Espíritu del Bosque. Para fortalecerlo

O ahogarlo.

Ravyn se agitó en el agua. Con los pulmones ardiendo, le dio una patada en la cara al bandolero y se alejó.

El peso de su ropa, de sus espadas, era enorme. Pero él era fuerte. Nunca había tenido más remedio que ser fuerte. Ravyn salió a la superficie del lago y respiró hondo, buscando frenéticamente a los demás. Vio a Wik diez golpes por delante y luego a Petyr, luchando por mantener el ritmo. "Hay malditos demonios en el agua", gritó.

"¡Quítate de encima!" Tojo gritó en algún lugar cercano, su voz atascada por el agua.

Jespyr apareció a la vista. Nadaba rápido, aspirando frenéticamente bocanadas de aire. Delante de todos ellos estaba Nightmare. Casi había llegado al terraplén al otro lado del lago. Cualquiera que fuera el monstruo que lo persiguió bajo el agua, el bastardo lo superó nadando.

La voz de Ravyn resonó sobre el lago. "¡Caballo Negro, Jes!" El agua helada se deslizó por su boca. " *Nadar.* "

No necesitaba que se lo dijeran dos veces. Jespyr desapareció un segundo. bajo el agua. Cuando resurgió, su paso se aceleró diez veces. Más adelante, Gorse hizo lo mismo. Tocó su Tarjeta del Caballo Negro y luego los dos eran corrientes idénticas (corrientes que empujaban a través del agua plateada) pateando con una velocidad sobrenatural hacia la orilla.

Ravyn y los hermanos Ivy todavía estaban en el centro del lago. Y los monstruos bajo la superficie estaban alcanzándolos.

Con las piernas palpitando, Ravyn frenó el paso para sacar un cuchillo de su cinturón. Esta vez, cuando una mano encontró su tobillo, estaba listo.

El bandolero que estaba bajo el agua lo arrastró hacia atrás. "Quédate, Ravyn Yew", dijo una vez más. "El hombre debajo de la máscara, eso es lo que debes ser".

Ravyn respiró hondo y se dejó arrastrar bajo el agua hasta que estuvo cara a cara con el bandolero, luego hundió su cuchillo en el hombro del monstruo. Un grito desgarrador sacudió el agua. El monstruo se agitó y desapareció en las profundidades.

Ravyn regresó a la superficie justo a tiempo para ver a Petyr ser arrastrado hacia abajo.

Se zambulló, siguiendo el chorro de burbujas que huía de la boca abierta de Petyr. El monstruo del lago debajo de ellos tenía el cuerpo y la cara de Petyr, pero estaba disfrazado de Destrier y sus dedos eran largos, rematados en garras que se clavaban en la pierna de Petyr. Incluso cuando Ravyn le dio una patada al monstruo, esas garras aguantaron.

Ravyn pasó un brazo alrededor de la cintura de Petyr y tiró con todas sus fuerzas contra el poder del monstruo. Cuando salieron a la superficie, el agua lo cegó y lo ahogó. Lo único que se le ocurrió fue respirar de vez en cuando, lo suficiente para mantenerse consciente mientras arrastraba a Petyr hacia la orilla. No podía ver, no podía respirar...

Sus piernas se enredaron en el barro. El agua bajó y entonces Ravyn se arrojó hacia la orilla, arrastrándose sobre el terraplén fuera del lago, arrastrando a Petyr (y al monstruo atado a su pierna) con él.

Se oyeron gritos, pies chapoteando en el barro. Jespyr, y luego Wik, agarraron a Ravyn y Petyr por los hombros.

Petyr gimió y pateó. El monstruo en su pierna abrió la boca y dejó escapar un chillido que resonó en el lago. Sus garras se flexionaron, desgarrando carne y músculos.

Un anillo de acero: un destello de luz. La espada del Rey Pastor partió el aire.

Hubo otro grito desgarrador. Ravyn observó cómo el monstruo con la cara de Petyr retrocedía tambaleándose. Sus ojos se pusieron en blanco y su cabeza cayó de sus hombros al borde fangoso del lago.

Ravyn intentó levantarse...

Y vio la sangre.

La pernera izquierda del pantalón de Petyr estaba hecha jirones. También lo era la piel debajo. Su pantorrilla estaba abierta en largas costuras rojas donde las garras del monstruo habían encontrado agarre. Incluso a través de una mueca de dolor, Ravyn pudo ver que algo andaba mal con la herida. No sangraba abundantemente como debería haber sido. La sangre se estaba coagulando demasiado rápido, tan lentamente como el lodo que se deslizaba de Petyr.

Lo siguiente fue el olor: pútrido, como el cadáver de un animal dejado a punto de pudrirse.

“¿Qué diablos es ese olor?” Dijo Gorse, su palidez se volvió de un verde enfermizo.

“Es su pierna”, susurró Jespyr, cubriéndose la nariz con la mano mientras se inclinaba sobre Petyr.

Dos botas chapotearon en el barro al lado de Ravyn. Nightmare se agachó y miró la herida: la sangre fétida y viscosa. “Qué desafortunado”, dijo con un suspiro. “Hay *veneno* en el agua”.

## Capítulo veintitrés

### *Elspeth*

Al final, él me alcanzó de la misma manera que me había llegado cuando era niño, tal como los árboles alguna vez lo habían alcanzado a él.

En una rima.

*En la madera, el huso es ligero. Un árbol delicado contra el granizo, el viento y el poder. Pero cómo se porta el árbol y cómo excavan las raíces. Ella resiste todas las tormentas, sin importar su intensidad.*

Logré moverme. Una pequeña pero incontestable onda en aquellas aguas oscuras. Abrí la boca y grité su verdadero nombre. "Taxus".

Una mano fría encontró mi brazo y me arrastró a la superficie. Miré a los ojos amarillos.

"Ahí tienes." Me envolvió en sus brazos, sosteniéndome contra su pecho blindado como lo haría un padre con un niño. "Un día no serás más que un recuerdo, Elspeth Spindle. Pero no todavía." Sus ojos amarillos se elevaron hacia el cielo ennegrecido. "No me dejes solo con estos tontos".

Las voces retumbaron en el aire como truenos. Al principio lejos, luego más cerca. La voz de un hombre. "No *no* ! No muevas a Petyr".

Toses, gritos.

Átalo por debajo de la rodilla. Jes... enciende un fuego. Wik... ayúdame a moverlo.

Conocía esa voz. Profundo. Turbulento, como las líneas de una mano callosa. Rico, humo, lana y clavo. "Haz algo", llamó la voz. "¡Pesadilla!"

*Ravyn.*

"Si te saco de este lugar, Elspeth", dijo Taxus, "verás lo que yo veo. Pero no tendrás control de lo que solía ser tu cuerpo. Vivirás en mi mente como yo viví en la tuya". Me miró con las líneas de su rostro dibujadas. "Sólo mi mente es monstruosa".

"¿Estás tratando de asustarme?"

"No, querida. Sólo advertirte".

La voz de Ravyn sonó desde arriba una vez más, más fuerte. "Maldita sea, *ayúdanos*".

Taxus mantuvo esos extraños ojos amarillos sobre mí, esperando mi respuesta.

Extendí la mano para tomar su mano. Cuando respiré, mis primeras palabras en esa orilla oscura se convirtieron en las últimas. "Dejar. A mí. Afuera."

## Capítulo veinticuatro

### *ravin*

Petyr estaba por todas partes. Y ese olor, el olor pútrido que emanaba de la herida, era imposible de digerir.

Tojo se alejó tambaleándose y cayó enfermo en el lago. Jespyr se llevó una mano a la nariz y apiló la maleza seca que había encontrado en el borde del bosque. Su mano temblaba sobre el pedernal. Cuando una chispa se encendió y el cepillo estuvo encendido, sacó un cuchillo de su cinturón y lo acercó al fuego. "¿Cómo se ve?"

El estómago de Ravyn se revolvió mientras miraba la pierna de Petyr. Su sangre estaba espumando, la carne a su alrededor se volvió de un gris sin sangre. "Date prisa, Jesús".

El cinturón de Wik estaba sujeto alrededor de la pierna de Petyr formando un torniquete encima de la herida. "Esa no es una herida común y corriente", le dijo a Ravyn.

Petyr se revolvió en el barro. "¡Simplemente corta esa maldita cosa y termina de una vez!"

"No vamos a cortarte la pierna", espetó Ravyn. Dirigió su mirada hacia Nightmare. "¿Qué sabes sobre este veneno?"

La Pesadilla no dijo nada, no hizo nada. Se quedó inquietantemente quieto, con los ojos vidriosos y la mirada perdida en algún lugar sobre el lago.

Ravyn olió a acero caliente y entonces Jespyr estaba agachado junto a Petyr. Su cuchillo estaba rojo, humeante. Cuando miró la herida, palideció. "¿Estás seguro de que esto funcionará?"

"Veneno o no", dijo Wik, poniendo un brazo sobre el pecho de su hermano, "tenemos que detener la hemorragia".

Jespyr miró a Petyr. Intentó sonreír. "No me des rodillazos. Me gustan mis dientes".

La podredumbre en el aire se volvió acre cuando presionó la hoja fundida sobre la herida de Petyr. Gritó, se agitó. La carne se ennegreció y la herida se cerró. Jespyr apartó la espada—

Y la herida se abrió, la sangre salió de la pierna de Petyr más rápido que antes.

Ravyn golpeó sus manos contra él. "¡Aprieta ese cinturón!" le ladró a Wik.

Pero no importa cuán fuerte presionara la herida, no importa cuán fuerte tirara Wik, no pudieron detener el sangrado.

Petyr gritaba y temblaba. Sus ojos se pusieron en blanco y los músculos de su cuello y mandíbula se hincharon. Wik se aferró a él, murmurando algo que sonó como una amarga súplica, y los dos se sacudieron.

Ravyn miró a Nightmare. "Haz algo", dijo, con la voz quebrada. "Por favor."

Pero esos ojos amarillos estaban desenfocados. La Pesadilla parecía estar a cien kilómetros de distancia.

Un grito salió de Ravyn, cruel y desesperado. "Maldita sea, *ayúdanos*".

Esas palabras parecieron hacer retroceder a Nightmare. Miró hacia abajo y su mirada se centró en Petyr. "La Carta de la Doncella", murmuró. "Dale la Doncella".

Ravyn buscó en sus bolsillos, arrojó sus Cartas Espejo y Pesadilla al barro, cavando hasta que sus dedos agarraron la tercera Carta. Liberó a la Doncella. "¿Ahora que?"

La Pesadilla estaba murmurando para sí mismo. "No fue culpa mía, querida, que sean nadadores patéticos".

La piel de Petyr se había vuelto incolora, pálida como la superficie del lago.

*"¡Pesadilla!"*

Sus fosas nasales se dilataron. Miró la Carta de la Doncella en la mano de Ravyn. "Haz que lo use".

Ravyn no lo cuestionó. Empujó la Carta de la Doncella en la mano de Petyr, curvando los dedos para golpearla una, dos, tres veces.

Los ojos de Petyr se agrandaron y su boca se abrió. Soltó un jadeo entrecortado y luego otro.

La sangre pútrida se detuvo.

Debajo de las manos temblorosas de Jespyr, Ravyn pudo ver la herida de Petyr... cerrándose. Petyr respiró otra vez y el color de su rostro volvió. Otro, y la tensión en su cuerpo disminuyó.

En el quinto aliento, abrió los ojos y miró a Wik y luego a Ravyn. "Yo... ya no puedo sentir el dolor".

Ravyn miró fijamente el rostro de Petyr. Nunca había sido el tipo de rostro al que acudiría un artista. Había una cicatriz de una pelea con cuchillo que se extendía desde la ceja izquierda de Petyr hasta la esquina de su fosa nasal. Cartílago arrugado en las orejas, dientes torcidos. Sólo que ahora se habían ido. Las cicatrices de Petyr, sus imperfecciones... desaparecieron. Estaba cubierto de su propia sangre y barro del lago, pero nunca había tenido tan buen aspecto.

Wik miró boquiabierto a su hermano. "Malditos árboles".

Petyr se levantó, parpadeó y giró su pierna herida hacia la izquierda y luego hacia la derecha. Se rasgó más la pernera del pantalón para verlo mejor. Las marcas de las garras habían desaparecido... estaban curadas. No quedó ni una cicatriz.

La voz de Ravyn salió estrangulada. "¿Cómo te sientes?"

Petyr pasó una mano por donde había estado la herida, probando la piel. Sus ojos marrones se abrieron como platos. “Como si nada hubiera pasado”. Miró la Carta de la Doncella que tenía en la otra mano. “¿ *Esto* me curó?”

Sólo entonces la Pesadilla volvió a enfocarse. Seguía hablando solo, sus frases rotas entre ronroneos y silbidos. “ Los *estoy* ayudando, querida”, dijo en voz baja. “Más de lo que saben”.

Ravyn ladeó la cabeza.

“¿Con quién diablos estás hablando?” Jespyr espetó.

La Pesadilla la ignoró. Su mirada se desvió hacia el suelo, hacia las Tarjetas Providencia de Ravyn en el barro. Espejo y Pesadilla.

Gorse, que había sido inútil al intentar salvar a Petyr, se adelantó. “¿Estoy viendo cosas, o es una Nightmare Ca—”

Paloma Ravyn. Sacó su tarjeta color burdeos del barro y sus ojos amarillos brillaron sobre él. Lo toqué una, dos, tres veces.

¡*Ravyn!* -llamó una voz de mujer.

El viento salió de sus pulmones. Cayó al barro. Esta voz. Su voz.

¿*Puedes oírme, Ravyn?*

Cerró los ojos. *Elsbeth.*

Ella hizo un sonido de dolor que le arrancó el corazón, y luego una voz diferente llamó. Masculino y monstruoso. *Dale tiempo para adaptarse, Ravyn Yew. Guarda tu tarjeta Nightmare.*

*Si quiere que me vaya, ella misma me lo dirá. Es su mente. TÚ eres el intruso.*

Un muro invisible de sal se estrelló contra Ravyn. Llamó a Elspeth una vez más, pero ella ya no estaba. La Pesadilla lo había dejado fuera.

Ravyn se liberó de su Nightmare Card y se sobresaltó...

Y se abalanzó.

Envolvió sus puños en la capa de Nightmare, miró esos terribles ojos amarillos y lo arrojó contra el barro.

Más aterradora que un gruñido o un silbido, Nightmare se rió. “Tu revestimiento de piedra se está desmoronando, Ravyn Yew. ¿Quién estará esperando al otro lado cuando se le quite la máscara? ¿Capitán? ¿Salteador de caminos? ¿O una bestia aún desconocida?

Ravyn respiró hondo y su voz era mortalmente tranquila. “Si no le hiciera daño, te desollaría vivo”.

Una sonrisa torcida y malévola fue su única respuesta.

Comieron a un kilómetro del agua. Ravyn encontró un arroyo y se limpió la sangre pútrida de sus manos y su ropa, notando cuán doloridos estaban sus músculos y cuánto esfuerzo le había costado cruzar el lago.

Nightmare les puso corteza de álamo en las manos para remediar el agua del lago que habían ingerido. Cuando Jespyr preguntó cómo sabía que la corteza les ayudaría, murmuró algo sobre la idiotez de los tejos antes de desaparecer detrás de la línea de árboles.

Ravyn lo vio irse, la voz de Elspeth resonando en su mente.

Vivo.

Ella estaba viva.

El alivio fue como entrar en casa después de una noche de guardia de invierno: hacía tanto calor que dolía.

Wik encendió una fogata, sacó raciones de su cartera y las pasó a todos los presentes. Cuando Ravyn se sentó junto a Tojo, el Destrier se levantó y tomó asiento al otro lado del fuego. Sus ojos se deslizaron sobre las manos de Ravyn—sus bolsillos. Ravyn sabía lo que esperaba vislumbrar.

La carta de la pesadilla.

Sólo se habían falsificado dos Cartas de Pesadilla de color burdeos. Ambos había estado desaparecido durante décadas. Tyrn Hawthorn había presentado uno: se lo había cambiado al rey Rowan en Equinox a cambio de un contrato matrimonial entre Ione y Hauth. Sin duda, los médicos que intentaban revivir a Hauth todavía lo utilizaban en Stone.

Gorse no era el Destrier más inteligente. Pero la desconfianza que coloreaba su rostro significaba que había llegado a una de dos conclusiones. O Ravyn había cogido la Carta de la Pesadilla del Rey...

O él, el Capitán de los Destriers, poseía el segundo. Junto con una Tarjeta Espejo que convenientemente no había mencionado.

La boca de Jespyr estaba llena de comida. "Si hay algo que quieras decir", logró decir, mirando a Gorse mientras calentaba carne de venado seca sobre las llamas, "ahora es el momento perfecto".

Los labios de Gorse se soldaron formando una fina línea. Sus ojos volvieron al bolsillo de Ravyn. "Es un raro puñado de cartas las que tiene ahí, Capitán".

Ravyn se apoyó en el tronco que tenía a la espalda. "¿Y?"

"¿El Rey sabe acerca de ellos?"

"¿Por qué no lo haría?"

Un encogimiento de hombros. "A Hauth le gustaba decir que los tejos tienen los dedos pegajosos".

Nada inteligente. Ravyn tocó su Carta Pesadilla tres veces, expulsando su magia como una nube de humo negro hambriento. *¿Es eso lo que piensas, Destrier? ¿Que soy un ladrón?*

Gorse palideció y abrió mucho los ojos a la luz del fuego. "Detener."

*¿Detener Qué?*

"Lo siento—yo—no creo que lo hayas robado. Sólo... sal de mi cabeza.

Los ojos de Jespyr saltaron de Ravyn a Gorse, con una sonrisa curvando las comisuras de su boca. Wik se rió entre dientes ante su comida y Petyr levantó la Tarjeta de la Doncella. "Hablando de cartas", dijo, "esta fue una sorpresa muy interesante".

"¿Estás seguro de que no fue tu moneda de la suerte la que te salvó?" Jespyr dijo con un guiño.

Ravyn liberó a Gorse de la magia de Nightmare y su mirada se posó en la pierna de Petyr, cuya herida claramente faltaba. Petyr había dejado de utilizar la Maiden Card hacía veinte minutos. Y aunque su rostro había vuelto a su familiar expresión pícara, la cicatriz no. Fue sanado. Completamente.

" Parecía saber que la Doncella te sanaría", dijo Wik, señalando con la cabeza el bosque donde se había retirado la Pesadilla.

Ravyn miró por encima del hombro hacia los árboles. "Me imagino que sabe muchas cosas sobre Providence Cards".

Jespyr se rió entre dientes. "Es una lástima que no esté dispuesto a compartirlos".

Fueron en direcciones diferentes, haciendo sus necesidades y poniéndose ropa limpia entre la maleza. Diez minutos más tarde, Ravyn y Jespyr se reagruparon junto al fuego. Los hermanos Ivy se unieron a ellos. La Pesadilla, de lento paso, llegó el último.

Jespyr pateó tierra sobre el fuego moribundo. "¿Dónde está Tojo?"

"Huyó hace cinco minutos", dijo Nightmare con una calma inquietante. "Sin duda, voy a informar al Rey sobre la Tarjeta de Pesadilla del Capitán Yew". Sus labios se abrieron hacia atrás, ofreciéndole a Ravyn una mueca de desprecio. "Supongo que se sintió bastante aburrido, siguiendo a un mentiroso hasta el bosque".

Jespyr murmuró algo dentro de su guante y luego lo disimuló como una tos. "Él no es el único".

Ravyn se volvió y buscó entre los árboles. El Caballo Negro sólo pudo ayudar a Gorse durante un tiempo. No dudaba que podría atrapar al Destrier y silenciarlo con amenazas. O peor. Pero la sensación de que se le estaba acabando el tiempo era un reloj en constante marcha en la mente de Ravyn... y se hacía más fuerte. Se ocuparía de Gorse y del rey cuando regresara a Stone. Por ahora-

"Seguimos adelante".

Adelante. Siempre hacia adelante.

## Capítulo veinticinco

### *Olmo*

Tendrás que perdonar a un anciano”.

La luz del mediodía titilaba en la biblioteca. Elm estaba sentado de lado en una silla de satén, con las piernas apoyadas sobre el brazo acolchado y un cuaderno de bocetos extendido sobre el regazo. Junto a él había una pila de tomos sin leer. Bebió caldo de una taza y pasó la punta de su lápiz por páginas en blanco, apático e irritado.

Estaba dibujando un caballo a mitad de carrera y estaba profundamente insatisfecho con él. “No tengo que perdonarte nada”, le dijo a Filick Willow, arrancando el papel de la encuadernación y apretándolo en su puño. “Vivo de mis rencores”.

El papel golpeó al médico en la mandíbula. Los bigotes grises de Filick se movieron, ocultando su sonrisa. “La próxima vez tocaré más fuerte”. Él lanzó una mirada penetrante. “Y eso, de ninguna manera, debe tomarse como un estímulo”.

Elm comenzó un nuevo dibujo. “¿Lo desapruebas, viejo?”

“Hoy en día hay muchas mujeres hermosas en el castillo. Tu padre se ha encargado de ello.

“¿Y?”

Filick volvió a mirar su libro de plantas, como si estuviera sermoneando a uno de ellos, y no al Príncipe del Error. “¿Por qué no elegir una mujer menos... menos...”

Elm mantuvo la muñeca ligera mientras pasaba el lápiz sobre el papel. “¿Menos como Ione Hawthorn?”

“Está comprometida con tu hermano”.

La suave línea del abdomen del caballo se tambaleó. “Soy consciente.”

Filick abandonó con un gruñido mientras sorbía su té. “Supongo que si tu hermano nunca despierta, el asunto se resolverá solo”.

Elm hizo una pausa. “¿Se despertará?”

“No sé.” Los ojos azules de Filick se alzaron. “¿Has ido a verlo?”

“Sabes que no lo he hecho.”

“Debería. Aunque sólo sea por las apariencias”.

*Apariciones.* Elm rasgó el papel, lo hizo una bola y lo arrojó al suelo. Se quedó mirando la siguiente hoja en blanco. Su dibujo comenzó con una forma, dos amplios arcos. “¿Cuándo crees que volverán?” dijo en voz baja. “Ravyn y Jespyr y... él”.

Filick se reclinó en su silla. "Es difícil de decir. No creo que ni Ravyn ni tu padre esperen una ausencia larga. Aunque el Rey Pastor puede tener planes diferentes". Su voz se suavizó. "Estoy seguro de que Ravyn hará todo lo que esté en su poder para unir el Deck y curar a Emory mediante Solstice".

La garganta de Elm se cerró ante el nombre de Emory. "¿Qué pasa con el Rey Pastor?" Amplió su boceto, dibujando un gran círculo sombreado entre los arcos. "¿Crees que cumplirá su trato y donará su sangre para unir el Deck?"

"No es su sangre la que debe dar", dijo Filick, lo suficientemente fuerte como para hacer que Elm levantara la vista. "Es de la señorita Spindle, ¿no?"

Elsbeth. Si el Rey Pastor decía la verdad, y eso era un gran *si*, la sangre que uniría el Deck sería la de Elspeth.

Olmo firmó. "Ravyn debe estar en el infierno".

No había nada que decir después de eso, porque decir la verdad dolería demasiado. Ravyn estaba enamorado de Elspeth Spindle. Y para el solsticio, ella, si no lo estaba ya, seguramente estaría muerta.

Filick estudió minuciosamente su libro y Elm su cuaderno de bocetos mientras la tarde pasaba. El dibujo de Elm se volvió más detallado. Los arcos se convirtieron en ojos. Al lado dibujó una nariz contorneada y luego otro ojo. Una cara. Una boca. Sombras y luces.

En lo profundo del castillo, el gong sonó cinco veces.

"Pronto será la cena". Filick miró por encima de sus gafas la túnica negra de Elm. "Creo que el color tradicional de Rowan es el dorado".

"Así es", dijo Elm a su cuaderno de bocetos. "Pero no voy a cenar".

"¿Otra cita de borracho en el sótano?"

Su lápiz se detuvo. Estaba borracho, no borracho. Ciertamente no estaba lo suficientemente borracho como para olvidar ni un solo momento de la noche anterior. Su piel (sus dedos y su boca) había mantenido la cuenta. Cuando se despertó esa mañana, duro, dolorido y tan jodidamente *molesto*, le tomó diez minutos en un baño helado solo para hacer uso de sus propias extremidades. Y aun así, no podía olvidar.

Quería ir directamente a la habitación de Ione y terminar lo que habían empezado, obedecer su orden y arrancarle el vestido. Pero el orgullo lo había detenido. Él le había expuesto sus verdades más oscuras en el sótano; prácticamente le había suplicado que jugara con él.

Y ahora... ahora Elm no tenía idea de qué hacer. Ella había salido corriendo sin mirar atrás, dejándolo tambaleante. Así que pasó el día en la biblioteca, el único lugar en Stone que no odiaba. El único lugar donde estaría libre de recuerdos de Ione Hawthorn.

Pero eso no era exactamente cierto. Porque, cuando Elm miró su cuaderno de bocetos, se dio cuenta de que la cara que había pasado media hora dibujando era la de ella.

Sus dedos se flexionaron a lo largo de su lápiz. No era un parecido real. Parecía demasiado cómoda en el papel, no congelada por la Doncella como lo estaba en la vida real. Pero en sus ojos, él había acertado. Claro e ilegible. Frío y un poco malvado.

Arrancó su retrato del cuaderno de bocetos y lo apretó en su puño. “Mi padre es un tonto si cree que colgarme a las hijas de Blunder ante mis narices me incitará a elegir esposa. Tomar el lugar de Hauth ya es bastante miserable sin añadir una mujer extraña a mi existencia cotidiana”.

Cuando Elm le dijo a Filick que el Rey le había puesto el trono, el Médico suspiró del mismo modo que aquellos que habían vivido muchos años suspiraban ante aquellos que sólo habían vivido unos pocos. “Te conozco lo suficientemente bien como para guardarme mis opiniones, Elm”.

“Una pequeña misericordia”.

“Pero si volvieras a complacer a un anciano una vez más”, dijo, “me dejarías decirte que serías un excelente rey; qué bendición serías para aquellos de nosotros que todavía esperamos ver un futuro mejor para este lugar frío e insensible”.

El pecho de Elm se contrajo. Volvió a mirar su cuaderno de bocetos. “Se está ablandando, médico”.

La risa de Filick fue un murmullo bajo y constante. “Soy. Y eso no cambia nada de lo que he dicho”.

Un cuarto de hora más tarde, cuando Elm estaba solo y mirando al vacío, las palabras de Filick permanecieron en él. Y la ironía, la amarga verdad de todo, se vino abajo. Iona. La tarjeta de doncella. Alto. El trono.

Podría liberarse del matrimonio y de convertirse en heredero. Ione prácticamente le había entregado los medios. Todo lo que se necesitaría era una Tarjeta de Doncella y Hauth sería sanado. La línea sucesoria volvería a la normalidad. Elm podría recuperar su vida.

Pero esa libertad tuvo un costo. Un costo terrible y violento. Y La ira de Hauth, en caso de ser curado, era una oscuridad que sólo rivalizaba con el monstruo de quinientos años que lo había mutilado en primer lugar.

Elm no podía arriesgarse a despertar a su hermano. Lo que dejaba sólo una repugnante alternativa. Él, el Príncipe Renelm Rowan, se casaría y se convertiría en el próximo Rey del Error.

El sonido de una tela crujiendo y una pequeña tos lo sacaron de sus pensamientos. Sus ojos se dispararon. Maribeth Larch, hija de Ode Larch, cuya finca producía la mayor parte del suministro de vino de Blunder, estaba parada frente a la silla de Elm, avanzando lentamente con los dedos sobre un estante cercano. “Le pido perdón, alteza”, dijo. “No tenía intención de molestarte”.

Elm cerró de golpe su cuaderno de bocetos y se arregló la boca con una sonrisa insensible. Molestarlo era exactamente lo que ella pretendía. Podía decir por la planta de sus pies, la mirada expectante en sus ojos, que había estado parada allí algún tiempo.

Él no se puso de pie, no se inclinó ni le ofreció la mano. Lo cual fue de mala educación y lo contrario de lo que debería hacer el futuro Rey. Pero él estaba cómodo, hundido en su silla, y ella había interrumpido un raro momento de suave soledad. "Señorita Larch", dijo. "¿Has perdido el rumbo?"

Ella no lo había hecho. La pequeña sonrisa dibujada en sus labios pintados lo dejaba perfectamente claro. "Un príncipe con muchos talentos", dijo ella, sin responder a su pregunta y sus ojos se posaron en el cuaderno de bocetos que tenía en el regazo. "¿Qué estás dibujando?"

"Nada." Elm había visto a Maribeth en la corte. Conocía a su padre, a sus hermanos. Era bonita, alta, con una presencia cálida y un espeso cabello castaño que a menudo llevaba en una corona. Pero ahora tenía el pelo suelto y recogido sobre el hombro. "Estoy esperando inspiración".

Maribeth se inclinó para mirar un estante bajo; la parte superior redondeada de sus pechos se hinchaba sobre su escote. "¿Se basa en referencias o en la memoria?"

El olor del vino. Calor del hogar. La forma de la boca de Ione cuando separó los labios; sus ojos, claros, agudos y centrados por completo en él.

"Memoria", dijo Elm en voz baja, pasando el pulgar por el retrato hecho una bola que tenía en la mano. "¿Por qué? ¿Se ofrece a posar para mí, señorita Larch?"

Ella sonrió y se colocó un mechón de cabello suelto detrás de la oreja mientras daba un paso adelante. Pero el rubor en sus mejillas, la forma en que sus ojos parpadearon de los de él al suelo, la delataron. Estaba nerviosa. Tomó la silla que había ocupado Willow y se sentó en ella. Sin mirar a Elm a los ojos, se subió el vestido poco a poco por la pierna hasta casi llegar a la rodilla, revelando una piel suave y aceitunada.

Ella no llevaba calzas. "Si desea dibujarme, Príncipe Renelm, estaré más que feliz de hacerlo".

Elm se hundió más en su silla. Sabía lo suficiente de la vida en la corte para saber cuándo le estaban proponiendo matrimonio. Le resultaba familiar, como un libro que había leído muchas veces. Por eso había estado tomando el tónico anticonceptivo desde que tenía diecisiete años. Estaban solos y era poco probable que los interrumpieran. No tenía por qué haber una cama, pero si quería una, había muchas habitaciones de invitados vacías, siempre y cuando no fuera su cama. Si ella no estuviera ya mojada, él la llevaría allí antes de dejarla tocarlo. E incluso cuando dejó que ella lo tocara, no la dejó quitarse la ropa. Él mismo lo haría. O se los dejaría puestos, aflojándose sólo el cinturón y los pantalones. Se sentía más seguro de esa manera.

Él pondría su boca contra su oreja y le preguntaría qué le gustaba. Ella se mostraría reticente a decirlo, o tal vez no, pero no lo miraría a los ojos. Él la complacería con los dedos o la boca. Tal vez él daría todo de sí mismo, trabajando en ella hasta que ella encontrara su liberación, encontrando la suya en algún momento. el camino o no, sabiendo todo el

tiempo, detrás de la oleada de su deseo (la oleada de euforia creciente) aguardaba un sentimiento de vacío. Una soledad.

Después, a pesar del vacío, Elm la ayudaría a vestirse. Con las mejillas rojas y la boca hinchada por los besos, finalmente encontró su mirada. Cuando era más joven, le parecía que era entonces cuando lo veían las mujeres. No el Príncipe, ni Renelm, sino Elm. Elm, que quería agradar, ser visto. Olmo petulante y reticente.

Pero ahora lo sabía mejor. Y lo humillaba que alguna vez hubiera pensado que las mujeres con las que se había acostado habían visto su verdadero yo. No lo habían hecho. Principalmente porque él no los había dejado. Había llegado a lo más profundo de una mujer para encontrarse a sí mismo, cuando lo único que realmente quería era que alguien lo mirara. Admitir que sabían lo que le había sucedido cuando era niño y todavía tenerlo, sin inmutarse, en su mirada.

Como lo había hecho Ione anoche.

Sujetó con más fuerza el retrato arrugado que tenía en la mano. "No tiene que hacer esto, señorita Larch". Apoyó su rostro contra su palma, manteniendo sus ojos en el rostro de Maribeth, lejos de su pierna desnuda. "No servirá de nada".

Su sonrisa se desvaneció.

Elm podría haberla descartado de plano, pero el nerviosismo impreso en su rostro le hizo preguntarse si esto había sido idea suya. Quizás tenía una madre entrometida. O un padre codicioso, como Tyrn Hawthorn. "Eres muy hermosa." Forzó la ligereza en su voz. "Pero debes saber que estas fiestas son obra del Rey. No es mio."

El agarre de Maribeth se aflojó sobre su vestido y la tela se deslizó hacia atrás sobre su pierna. Intentó sonreír. "¿Y si simplemente quisiera que me hicieran un dibujo?"

Elm ofreció su propia sonrisa. "¿Acaso tú?"

"No, supongo que no." Ella se aclaró la garganta. "Una locura en Varias cuentas, porque imagino que el Rey ya ha elegido a alguien para usted, del mismo modo que eligió a la señorita Hawthorn para el Gran Príncipe. Ella hizo una rápida reverencia y luego salió de la biblioteca. "Buenas tardes, Majestad".

El lápiz se deslizó entre los dedos de Elm. Se sentó demasiado rápido y su cuaderno de bocetos se derramó por el suelo. No recordaba que su padre eligiera a Ione para Hauth... porque el rey *no la había* elegido a ella. Había habido un acuerdo con Tyrn. Una Tarjeta Pesadilla para un contrato matrimonial.

Un trueque.

Elm se levantó de su silla, se guardó el retrato de Ione en el bolsillo y se dirigió hacia las escaleras.

Encontró al hombre que buscaba en el primer rellano, anunciando a las familias que se dirigían al gran salón para cenar. "Baldwyn."

El mayordomo del rey dio un salto y sus gafas redondas cayeron torcidas. Baldwin Viburnum siempre le había recordado a Elm una rata de cocina, con su pelo negro, áspero y ralo. Su nariz era corta y estrecha, y las gafas que descansaban sobre su puente a menudo estaban manchadas. Sarcástico, sin una pizca de humor, era tan agradable hablar con Baldwin como el interior de un orinal. Siempre había sido cruel con Emory.

Elm lo despreciaba.

Baldwyn se enderezó las gafas y se pasó una mano por el pelo. "Príncipe Renelm. ¿Vas a bajar a cenar? Es la primera fiesta en tu honor".

"No, escucha..."

Detrás de ellos, las familias esperaban ser anunciadas. Lo cual era una completa tontería. Estos tontos habían asistido a decenas de cenas. juntos. Si a estas alturas no sabían los nombres del otro, otro chillido de Baldwin no iba a funcionar.

Pero era tradición. Y Elm estaba bastante seguro de que Baldwin preferiría tirarse por las escaleras antes que ofender la tradición. "Anunciando", bramó, "Lord y Lady Juniper y su hija, la señorita Isla Juniper".

Los Junipers hicieron una reverencia a Elm, la hija le dirigió una larga mirada y bajaron las escaleras.

"Necesito revisar los contratos del Rey", le dijo a Baldwin, manteniendo la voz baja. "Su matrimonio se contrae en el último mes".

"¿Alguna razón en particular, señor?"

Elm se arregló la boca con una sonrisa falsa. "Si se espera que me case, me gustaría entender el aspecto comercial de las cosas".

Baldwyn abrió la boca para responder, pero otra familia se acercó detrás de Elm. "Anunciando a Sir Chestnut y su hijo, Harold".

Los Castaños hicieron una reverencia. Elm los saludó con un movimiento de muñeca y mantuvo sus ojos en Baldwin. "¿Y bien, hombrecito? ¿Dónde puedo encontrar los contratos?"

"Los guardo en la cámara de registros fuera de la biblioteca, señor".

"Brillante." Elm se giró para irse.

"Está cerrado, Príncipe Renelm".

Elm exhaló un suspiro. "En cuanto a eso. ¿Qué hizo Ravyn con las llaves cuando se fue?"

"¿Se refiere a sus llaves, alteza?"

"Sí. Mis malditas llaves.

Baldwyn se aclaró la garganta cuando apareció otra familia. "Anunciando..."

Elm le puso un dedo en la cara. "Las llaves."

Baldwyn parpadeó ante su dedo y se quedó momentáneamente bizco. "Yo... el Capitán los dejó con el Médico Willow. Pero ese no es el trabajo de un médico, y el capitán Yew no tenía por qué..."

"Me estás poniendo a prueba, mayordomo".

Baldwyn cogió su cinturón y el latón sonó. Elm extendió la mano y apretó los dedos alrededor del aro de hierro que albergaba docenas de llaves. "Muy agradecido."

Se abrió paso entre las familias que se agolpaban en el rellano, sin importarle que todos lo estuvieran mirando. Pero la alegría de avergonzar a Baldwyn se disipó en el momento en que Elm llegó a la cámara de registros. No se le había ocurrido preguntar *qué* llave la abría.

*Diez minutos más tarde, todavía estaba bloqueado. "Muy inteligente", murmuró entre dientes. Ravyn habría sabido cuál era la clave correcta. Bueno, muy bien por Ravyn. Debe ser agradable tener todo ese control, nunca cargar con la decepción de un padre, nunca hacer el ridículo con una mujer en el sótano...*

Una pequeña llave de latón se deslizó en su lugar y la cerradura se abrió con un clic. Elm besó la llave e inmediatamente se arrepintió, recordando demasiado tarde que el anillo estaba sujeto al cinturón de Baldwyn.

Entró sigilosamente en la cámara. Había armarios (montones de cajones) llenos de pergaminos con el sello del rey. Descubrió títulos de propiedad y títulos de caballero. Historias detalladas de Providence Cards y quiénes eran sus propietarios.

Luego, finalmente, los contratos matrimoniales. Algo que Elm no había considerado ni cinco minutos de toda su vida.

Había tantos de ellos. Cientos. Lo cual no debería haber sido una sorpresa. La gente se casaba todo el tiempo. Pero un Príncipe, un Gran Príncipe, no era *gente*.

Y Hauth tampoco. Elm tardó dos minutos en detectar el sello del Rey en la pila. Excavó con dedos apresurados y el olor a pergamino le llenó la nariz. Sacó el contrato y sus ojos se detuvieron en un nombre. *Ione Espino*.

Leyó el contrato, recorriendo con la mirada las palabras repetidas. *Tarjeta Providencia, Espino, matrimonio, heredero*.

Se quedó paralizado y lo leyó de nuevo. Entonces otra vez. Cada vez que lo leía, las comisuras de la boca de Elm se elevaban hasta que aparecía una sonrisa.

No devolvió el contrato a los demás. Se lo metió debajo de la túnica y salió de la habitación con las llaves tintineando. Y como era un príncipe podrido y, además, un pobre Destrier, Elm no cerró la puerta con llave.

## Capítulo veintiséis

### *Elspeth*

*Tú , vil y traidora SERPIENTE.*

*Átate, querido , dijo Nightmare, sin verse afectado. Es sólo pelo.*

Estaba en una nueva oscuridad. No la larga y vacía costa, sino una habitación atrapada en su interior. No podía sentir mi cuerpo, mis manos y mis piernas en algún lugar lejano, entumecido para mí. Yo no era más que una presencia, mi voz era lo único que parecía poder controlar.

Al igual que la cámara al borde del prado, mi habitación no tenía puerta, sólo una ventana: un agujero en la oscuridad. Pero fue suficiente. Pude ver lo que vio Nightmare ahora.

Y lo que vio fue a Ravyn.

Estaba caminando con Jespyr delante de Nightmare, siguiendo un sendero de ciervos a través de una amplia cañada. La luz reflejó su cabello negro, iluminándolo como el brillo de un ala. Su postura era tensa pero no del todo rígida. Mantenía una mano en la empuñadura de su espada mientras la otra, sin guantes, vagaba por la cañada, rozando colas de zorro y hierba de cebada.

El estaba vivo. Hermosa y viva.

Y no pude tocarlo.

La Pesadilla no había dejado que Ravyn volviera a nuestra mente compartida. desde ayer, en esa orilla fangosa del lago. Ya era mediodía y el grupo caminaba a paso lánguido. El sol se escondía detrás del gris opresivo de la niebla. Pero para mí, frente a la desolación de esa playa solitaria y oscura, el mundo parecía lleno de color. Incluso la niebla, pálida y hostil, brillaba de nuevo, y el bosque me daba la bienvenida con verdes, azules, amarillos y rojos.

*Así que esto es lo que fue para ti , le dije a la Pesadilla, mitad maravilla, mitad horror. Atrapado. Obligado a ver y oír todo lo que te mostré.*

Hizo un zumbido bajo. Ravyn se giró ante el ruido y le lanzó a Nightmare una mirada que podría congelar una fuente termal. No pude ver la cara que Nightmare puso en respuesta, pero sentí la satisfacción que se apoderó de sus pensamientos. Le gustaba avivar la ira de Ravyn. De eso no tenía ninguna duda.

Cuando los ojos de Ravyn se posaron un momento en mi cabello, sus ojos se volvieron aún más fríos.

Tuve la desgracia de ver mi reflejo en un arroyo que habíamos cruzado esa mañana y aún no me había recuperado. Más allá de cortarme el pelo, Nightmare no había hecho nada para cuidar mi apariencia. Había suciedad adherida a las líneas de mi cara. Sangre vieja debajo de mis uñas. Mis labios estaban agrietados y pelados.

Sólo que ya ninguna de esas cosas era mía, no del todo. Al igual que mi mente, no sabía cómo llamar a mi cuerpo. *Mío* , *suyo* o *nuestro* . Por ahora, parecía el menor de los males llamarlo *suyo* . De esa manera, no tendría que apropiarme de nada de lo que él hiciera al frente.

*Al menos podrías haberme lavado las manos . Gruñí. Ni siquiera puedo imaginar cómo hueles.*

*Es mejor de esta forma. The Nightmare examinó los lechos ungueales con incrustaciones de sangre. Cuanto menos me parezco a Elspeth, menos se sobresalta Ravyn Yew cada vez que mira en mi dirección. Escucharle suspirar me pone los nervios de punta.*

*A nadie le importan tus nervios.*

Él se rió y el sonido convirtió la oscuridad que ocupaba en cálida, como una guarida.

"Odio cuando se ríe", dijo Wik desde atrás. "Me pone escalofríos en la espalda".

"Ignóralo", espetó Ravyn.

Jespyr le tocó el hombro. "Porque haces un trabajo tan bueno en eso".

"Haz lo que te digo, Jes, no lo que yo hago".

Jespyr golpeó a su hermano en las costillas. Ravyn absorbió el golpe y luego pellizcó la punta de la oreja de su hermana hasta que ella chilló. El momento fue fácil entre los hermanos.

Naturalmente, la Pesadilla buscó arruinarlo. "A Elspeth le preocupa que ya no la encuentren hermosa", les gritó.

*Eso no es lo que dije.*

"Aparentemente no es el único, Capitán, que detesta lo que le he hecho en el cabello".

Ravyn se detuvo en seco. Un momento después, tenía la mano en el bolsillo y la sal inundaba el aire de mi oscura y apática habitación.

Un muro invisible se cerró a mi alrededor. La sal se disipó y luego Nightmare se rió y le tendió un dedo a Ravyn. "No se aprende".

*Quiero hablar con él , me enfurecí.*

La Pesadilla me ignoró. Aunque sólo fuera, tal vez, para ver crecer la ira en los ojos de Ravyn.

Pero la mirada de Ravyn era inteligente y afilada. "Ella me vio mirar su cabello". Se puso más erguido. "Ella puede verme ahora".

*¡Ja! Llámalo como quieras. Pero nunca lo marques como un tonto.*

*La Pesadilla exhaló. Pero es un tonto, querida. Terriblemente, incesantemente estúpido.*

*Retira eso.*

Se aclaró la garganta. "Ella dice que eres estúpido, Ravyn Yew".

*¡Pesadilla!*

Los ojos de Ravyn se entrecerraron. Estaba mirando los ojos amarillos de Nightmare. Buscándome. Y no dudé en suplicarle que encontrara lo que quedaba de mí. Tenía once años de práctica, rogando a la Pesadilla que fuera tolerable.

*Por favor. Déjame hablar con él. Solo por un momento.*

*Inclinó la cabeza hacia un lado. Estar separado de ti tiene sus méritos. Lo motivará a hacer lo que sea necesario para recuperar la tarjeta Twin Alders.*

*No soy parte del juego que estés jugando con él. Combiné la seda de su voz con el hierro. Lo que él y yo compartimos no tiene nada que ver contigo. Déjame HABLAR con él.*

"¿Que esta diciendo?" Dijo Jespyr, mirando por encima del hombro de su hermano.

La mandíbula de Ravyn se torció. "Él está decidiendo si me deja entrar o no".

Sentí la Pesadilla picar bajo la mirada de Ravyn. Quería negarlo. Pero cuando volví a decir su nombre... *¡ Pesadilla!* —chaqueó la mandíbula tres veces y suspiró. *Un breve momento, querida.*

La sal regresó y me invadió. Cedió ante ello, desesperada por ello. *¿Ravyn?*

Él todavía estaba allí. Había estado esperando. *¿Cuántas veces, cuando estaba sola en esa orilla oscura, había estado allí esperando?*

*Elsbeth.*

Su voz era una caricia, muy diferente de la forma en que le hablaba a Nightmare. Me incliné hacia él, disfrutando de las suaves profundidades de su tono. *Lo lamento.*

Él se estremeció, todo su rostro atrapado en el acto. *No. Esto no es tu culpa, Elsbeth.*

Lo alcancé, lo alcancé sin brazos ni manos.

Una vez miré al Capitán de los Destriers y pensé: cada vez que lo veía, estaba viendo a un hombre diferente. A veces con mascarilla, otras sin ella. Pero nunca lo había visto así: manos temblorosas, desgastadas hasta los huesos, un brillo sobre sus ojos grises. *Diez minutos.* La voz de Ravyn vaciló. *Diez minutos y habría subido esas escaleras. Y Hauth... tú... Desvió la mirada. Soy yo quien lo siente.*

*Mírame, Ravyn.*

*Cuando su mirada se encontró con la mía, me presioné contra la ventana de mi habitación oscura. No puedes culparte ni por un segundo de esos diez minutos. Fue magia lo que me hizo... desaparecer. Terrible e inevitable degeneración. No fue culpa de nadie. Pero todavía lamento lo que pasó. Me hubiera gustado... Mi voz se calmó. Me hubiera gustado un poco más de tiempo. Contigo.*

Las arrugas del rostro de Ravyn se tensaron y su voz se hizo más profunda por la insistencia. *Llegaremos a ese momento. Lo juro, Elsbeth.* Parpadeó demasiado rápido y luego bajó la mirada. Porque no eran mis ojos los que estaba mirando... ya no. Ya no había una costa oscura e interminable entre Ravyn Yew y yo.

Sólo un rey, quinientos años muerto.

*El tono resbaladizo de Nightmare entró en nuestro ensueño. Es suficiente por ahora. Guarde su Tarjeta de Pesadilla, Capitán.*

No. La voz de Ravyn volvió a ser dura. *La necesito.*

*Que se quede , dije. Por favor.*

Un destello de dientes. No.

*¿Por qué?*

No escuché su respuesta. Un fuerte sonido de aleteo lo borró.

Todas nuestras cabezas se alzaron de golpe. "¡Flechas!" Gritó Jespyr, empujando a Ravyn fuera del camino hacia la hierba.

Ravyn aterrizó en cuclillas, con tres flechas enterradas en el suelo donde había estado, cada una con un pequeño frasco de vidrio en la punta que se hizo añicos con el impacto.

Un humo de olor dulce llenó el aire, subiendo por la nariz de Nightmare y penetrando profundamente en sus pulmones. Tosió con violencia. gruñido saliendo de su boca. Mi visión se volvió borrosa y luego el mundo se inclinó.

La Pesadilla cayó sobre la hierba. Ya no podía ver a Ravyn y Jespyr. Pero sí vi a los hermanos Ivy.

Petyr estaba en la hierba, con los ojos cerrados. Wik estaba a su lado, inmóvil...

Una flecha se alojó en su cráneo.

Grité.

*Esto, querida , siseó Nightmare, es el tipo de cosas que podríamos haber visto venir, si Ravyn Yew no hubiera estado husmeando en nuestra mente.*

Lo último que vi antes de que Nightmare perdiera el conocimiento fueron dos pares de botas de cuero, avanzando hacia nosotros a través de la hierba.

"Bueno, bueno", dijo una voz desde arriba. "Dos corceles más".

## Capítulo veintisiete

### *Olmo*

El Rey bebía cinco tazas y echaba humo.

"Le dije a Filick dónde estaría y cuándo regresaría". Elm se reclinó en la silla de Hauth y se puso tenso cuando la madera crujió. Mantuvo la cara tranquila, sus dedos recorriendo el borde de terciopelo de la guadaña en su bolsillo. "No estabas *preocupado* por mí, ¿verdad?"

Sabía que no debía pinchar al oso, la mayor parte del tiempo. Sólo que ahora el oso estaba demasiado borracho para devolverle el golpe. "Te perdiste el primer banquete", dijo el Rey, su voz era un murmullo bajo.

Elm miró hacia el gran salón. No había ni una sola cosa en la amplia y resonante habitación que lamentara haberse perdido.

La escena era como siempre. Mesas repletas de comida, sirvientes cargando bandejas repletas de copas de plata y cristal, jarras llenas de vino. Cortesanos, riendo y balanceándose al ritmo de un conjunto de cuerdas, boquiabiertos de risa. Ramas y tallos, hojas y racimos de semillas, metidos en sus ropas y cabellos.

La mirada de Elm se entrecerró. Lo arrastró por el gran salón una vez más. "¿Por qué todo el mundo lleva ropa *verde*?"

El Rey murmuró en su taza. "La noción de Baldwyn".

"No me digas que estas fiestas están disfrazadas". Elm se llevó una mano a la frente y gimió. "¿Cuál es el tema? ¿Arbustos?"

"Llevan ramitas de los árboles de sus casas, imbécil". El Rey, que no llevaba ningún adorno salvo un ceño permanente, tomó otro trago profundo. "Lo sabrías si hubieras asistido al banquete de anoche y no hubieras escapado al Castillo Yew".

"Me has despojado de mis deberes de Destrier. Estaba aburrido."

"Entonces elige una maldita esposa", escupió el Rey. Cuando las cabezas se volvieron, apretó los labios y bajó la voz. "¿Qué tienen que decir los tejos?"

Elm tomó un trago. "Poco."

"¿Emory?"

"Mejor ahora que está en casa donde debería estar".

El Rey mantuvo la vista fija en el gran salón. Hacía mucho tiempo que Elm había dejado de esperar remordimiento por parte de su padre por lo que había planeado hacer con la sangre de Emory. Ese chico inteligente e inocente. Un niño que Elm había visto crecer. Enferme más. Muere lentamente en Stone.

Elm nunca había contraído la infección. Pero sabía muy bien lo que se sentía marchitarse en Stone. Así que cuando había ido a Castle Yew la noche anterior, y había un dedal de calidez en las mejillas de Emory, casi había besado al chico.

Incluso sin Ravyn y Jespyr presentes, Castle Yew era el verdadero hogar de Elm. La cama donde mejor dormía. Donde se guardaban todos sus libros favoritos. Allí habló libremente, sin pretensiones.

Su tía lo había envuelto en sus fuertes brazos, al igual que su tío. No lo habían abrazado con tanta fuerza desde que era niño. "Está bien", había dicho. "Estoy manejando".

Les había contado todo. Sobre lo ocurrido en el camino forestal. La investigación. Carta de Ione y la Doncella y las fiestas del Rey.

Sobre convertirse en heredero.

Metió la mano en su bolso y sacó el contrato matrimonial con el sello del Rey. "Necesito que pongas esto en un lugar seguro".

Los ojos de Fenir se habían abierto como platos. "Esto es-"

"Sí."

Morette había recorrido el pergamino con la mirada. Dos veces. Elm sabía que había visto lo que él tenía. "Bueno, sobrino", había dicho, con la comisura de la boca curvada mientras lo miraba. "Espero que sepas lo que estás haciendo".

"Yo también."

La agudeza en los ojos verdes del Rey estaba empezando a desdibujarse. Perfecto. Mejor era dócil, porque Elm iba a hacer algo que nunca antes había hecho.

Trueque con el Rey.

"Estás vestido de negro", ladró su padre de la nada con una voz que podría haber pertenecido a uno de sus perros. "¿No tienes oro?"

"Me gusta el negro". Elm mantuvo sus ojos en la multitud, buscando a la única persona que aún no estaba allí. "Me queda."

El Rey terminó su taza y levantó una mano tosca hacia el camarero, quien regresó corriendo para volver a llenarla. Elm cruzó las manos sobre la mesa. "He pensado en lo que dijiste en el puente levadizo. Sobre ser heredero". Tomó un sorbo de vino. "Me gustaría que estuviera por escrito. Con tu sello".

"Ya ha sido redactado. Encuentra a Baldwyn para firmar.

"Esperar. Tengo un precio".

El Rey tosió. "Árboles, Renelm".

"Este tema de estas fiestas ridículas. De una esposa".

"No", dijo el Rey. "No me doblegaré. El heredero se casará".

"No dije que no me casaría", respondió Elm. "Pero me gustaría tu palabra de que cumplirás cualquier contrato que firme".

"¿Tenías a alguien en mente?"

"Nadie a quien no le hayas dado ya tu sello de aprobación".

El Rey registró el gran salón, como si buscara una escapatoria. Pero todos los presentes habían acudido por invitación suya: seleccionados por sus propiedades, riqueza y todas las cosas que un soberano podría desear para su heredero.

El Rey se pasó una mano nudosa por la frente. "Muy bien."

Elm ocultó su sonrisa en su copa de vino. "Pareces aliviado. Me imagino que esperabas que te causara más problemas.

"Siempre lo has hecho".

Elm abrió la boca, con una gota de veneno en la lengua, pero sonó el gong y la cerró de golpe. Nueve peajes. Nueve... y todavía nadie. Se le ocurrió que tal vez ella no vendría. Debería haberle dicho que estaría ausente en Castle Yew, que no había renunciado a buscar su Tarjeta de Doncella sólo porque ella lo había dejado jadeando en el sótano.

Se puso de pie, hizo una reverencia al Rey apenas con un movimiento de cabeza y salió del gran salón en menos de un minuto. Subió las escaleras de dos en dos. Cuando llegó al cuarto rellano, escuchó la voz de un hombre que resonaba desde arriba. Casi sonaba como el de Hauth.

Tilo.

Aceleró el paso y llegó al quinto rellano: el corredor real. Royce Linden tenía el brazo de Ione en su puño y la empujaba por el pasillo. Ione dijo algo que Elm no pudo oír y los hombros de Linden se tensaron. Él se acercó y agarró sus mejillas, los dedos se clavaron en su piel y le gritó en la cara. "Traidor."

El dedo de Elm estuvo sobre su guadaña en menos de un suspiro. "Quédate quieto, corcel".

Linden se puso rígido. Cuando vio venir a Elm, un estremecimiento cruzó por su rostro.

Elm se sintió poderoso al ver al bruto encogerse de miedo. Lo hizo sentir como Ravyn.

"Ella no debería estar vagando por el castillo sin un guardia", dijo Linden. "Si no la hubiera sorprendido arrastrándose hacia los jardines, fácilmente podría haber salido y desaparecido en la niebla". Su mandíbula estaba rígida. "Aunque supongo que no es de extrañar, contigo como su vigilante, que ella pudiera escabullirse".

"Quita tu mano de ella".

Los dedos de Linden sobre la cara de Ione se pusieron blancos por la tensión. Juega con la fuerza, el peor tipo de pompa, porque no se puede desobedecer a un Scythe. Su mano quedó flácida e Ione se apartó con una mirada ilegible.

Las llamas lamieron la cintura de Elm. Pero su voz permaneció tranquila. "No volverás a acercarte a ella".

"Recibo mis órdenes de..."

"Una palabra más, Destrier, y terminaré lo que comenzó el día de mercado y te abriré la cara hasta tal punto que ni siquiera el Espíritu te reconocerá. Si vuelves a tocar a la señorita

Hawthorn, por los malditos árboles, acabaré contigo. Recorrió con la mirada las cicatrices de Linden. "¿Lo entiendes?"

El odio hervía detrás de los ojos de Linden. Saludó a Elm como a un hermano. "Sí", dijo con los labios apretados.

"Sí, Alteza".

"Sí, Alteza".

La ira de Elm no se disipó. No por una fracción. Pero, con un perezoso movimiento de su mano, soltó la guadaña. Linden se alejó y desapareció rápidamente escaleras abajo.

Sólo entonces Elm se atrevió a mirar a Ione. "Oye, Espino".

Ella lo estaba mirando, su rostro sin expresión. "Eso fue excesivo".

"Lo siento." Él se balanceó sobre sus talones, sintiéndose completamente abierto bajo su mirada. "¿Por qué te dirigías al jardín?"

"¿Por qué crees, príncipe *inteligente*?"

El pinchazo de su voz alcanzó el pecho de Elm. Estaba enfadada, aunque la Doncella lo disimuló bien. A Elm le resultaba extraño que le gustara que estuviera enfadada con él. La ira era mejor que nada en absoluto. "Lamento no haberte ayudado a buscar. Estaba lejos. Negocio heredero".

Tan rápido como llegó, el pinchazo en la voz de Ione desapareció y su tono se aplanó. "Supuse que me estabas evitando".

"De nada. Pasé la noche en Castle Yew".

"¿Y eso no tuvo nada que ver conmigo?"

Decir que no sería mentir. Se *trataba* de ella. Simplemente no por la razón que ella pensaba. "Tienes una opinión muy alta de ti mismo, Hawthorn, si imaginas que todas mis idas y venidas te conciernen".

Un ruido zumbó en su garganta. "Quizás no sean tus acciones".

Elm sonrió y se pasó la lengua por el interior de la mejilla. "Esa boca malvada te va a meter en problemas".

Ione se dio la vuelta, su vestido gris cayendo detrás de ella mientras caminaba por el pasillo. "Si tú lo dices."

Elm la siguió hasta una puerta con una liebre tallada en el marco. "No te voy a invitar a pasar", dijo en el umbral.

"No esperaba que lo hicieras. Sólo quería señalar -dijo, dando golpecitos con el dedo sobre la liebre- a qué puerta llamar por la mañana.

"¿Para qué?"

"Seguimos con la búsqueda". Sus ojos se encontraron. Elm se metió las manos en los bolsillos, estrangulando el deseo de tocarla. "El Cáliz no funcionó. Pero hay otras Cartas que pueden ayudarnos a encontrar a tu Doncella".

## Capítulo veintiocho

### *Elspeth*

En el momento en que Nightmare perdió el conocimiento por el dulce olor del humo, fui impulsado más profundamente hacia su mente, sus recuerdos me envolvieron una vez más.

Me senté en el prado bajo un cielo estrellado, escuchando el susurro de los árboles.

*Tu gente viene al bosque. Piden bendiciones. El Espíritu está complacido, joven Rey.*

Mis manos estaban ocupadas. Había arrancado ramas ágiles de un sauce cercano y las había tejido formando un pequeño círculo, y ahora lo estaba adornando con mayweed y tanaceto. Una corona de flores para mi hermana Ayris. “Pero las bendiciones que da el Espíritu”, les dije a los árboles, “los regalos que vienen con la fiebre, siempre tienen un precio”.

*Nada es gratis*, respondieron los árboles.

“La magia que ofrece es degenerativa. Algunos se vuelven confusos o enfermos”. Mis dedos se detuvieron en la corona de flores. “Seguramente hay otra manera para que la gente de Blunder conozca su magia. Una forma más segura”.

*Nada es gratis. Nada es seguro.*

“Árboles”, dije, mi voz más firme. “La espada que el Espíritu dio Yo he sido mi ladrón. He movido bosques para hacer un reino abundante: pastoreé la tierra. Ahora es el momento de pastorear al pueblo de Blunder. Ustedes son los ojos del Espíritu: sus oídos y su boca. Conoces su mente. Dime, ¿qué debo hacer para que la magia sea más segura?”

Los árboles que rodeaban el prado gimieron. *Ve a la piedra que ella te dejó*, susurraron. *Gota de sangre.*

Dejé la corona de flores sobre la hierba y corrí hacia la piedra cerca de los tejos. Arrastré mi dedo por el filo de mi espada, haciendo una mueca. Cuando la sangre brotó a la superficie, la sostuve sobre la piedra y cayeron gotas carmesí, una, dos, tres veces.

Se abrió un abismo en la piedra y las voces de los árboles resonaron con más fuerza en mi mente.

*Sangrar es el primer paso: dejar caer la sangre sobre la piedra.*

*El siguiente paso es hacer un trueque: igualar su precio con el suyo.*

*La última es doblarse, porque la magia sí gira. Perderás tu antiguo yo, como si te perdieras en la niebla. El Espíritu os guiará, pero ella lleva una larga cuenta. Ella te concederá lo que le pidas..*

*Pero siempre querrás más.*

Tragué. “Quiero una manera de evitar que la magia degenera. Para curar la fiebre”.

*Los árboles se balancearon. Habrá una manera. Pero hay muchos trueques que hacer antes de que llegue ese día.*

Hice una pausa. “Entonces quiero ser fuerte. Dame mucha fuerza”.

*Se levantó viento que olía a sal. Trae un caballo negro de tu establo, joven Taxus.*

Mi visión parpadeó. Fue otra noche. No estaba en el prado, sino en un bosque. Agarré mi espada, el cayado del pastor se grabó en mis palmas. Mis ojos siempre habían sido rápidos para adaptarme a la oscuridad: los perfeccioné en la madera, buscando movimiento.

Cuando una sombra se movió debajo de un enebro, una sonrisa apareció en mi boca. La sombra creció hasta convertirse en una columna de oscuridad.

Y entonces estuve sobre él.

El choque de nuestras espadas resonó entre los árboles. Los búhos volaron al cielo, chillando de queja. No les presté atención y mantuve mi atención en mi combatiente.

Sus pasos eran seguros. Con cada golpe, mis dientes castañeteaban. Paramos a través de la madera, igualando golpe por golpe. Su espada golpeó mi coraza dorada y le envié el codo a la mandíbula. Él se estremeció y fue todo el tiempo que necesitaba. Mi pie rozó su tobillo. Cayó con una maldición y dejó caer su espada.

Me paré encima de él, mi sonrisa se ensanchó. “¿Estás de acuerdo?”

Era difícil discernir sus rasgos bajo el penacho de oscuridad. Pero cuando metió la mano en su bolsillo, sacó la fuente de la columna (una tarjeta Providence de Black Horse) y la golpeó tres veces, finalmente vi su rostro.

Joven, guapo, de frente angulosa. Incluso en la oscuridad pude ver el verde de sus ojos. “Tenías razón”, dijo, estudiando el Caballo Negro en su mano. “Esta Carta aporta una fuerza increíble. Podría haberme acercado sigilosamente y haber ganado... si no fueras un tramposo tan consumado y pudieras verlo por el color.

“Magia contra magia”. Lo puse de pie. “¿Qué hay de injusto en eso?”

Salimos juntos del bosque. Cuando llegamos a mi castillo, me ofreció el Caballo Negro. “Gracias por otro entrenamiento lleno de acontecimientos”.

“Quédese con la tarjeta”, dije. “Hay mas. Y haré otros que ofrezcan magia diferente. Por voluntad de la Providencia, tengo una habilidad especial para negociar con el Espíritu del Bosque”.

“¿Y le darías una de tus preciadas Cartas a un humilde guardia?”

“No. Pero lo haría con el Capitán de *mi* Guardia”.

Sus ojos verdes se abrieron como platos.

Mi risa sonó en la noche. “La magia no es sólo para aquellos a quienes el Espíritu les presta su favor”. Crucé los brazos sobre mi pecho. “Además, necesitarás algo a tu nombre si vas a seguir mirando a mi hermana”.

Tuvo la gracia de parecer avergonzado. “¿Entonces Ayris te habló de nosotros?” dijo, frotándose la mandíbula.

"No. Pero puedo leerla bastante bien". Incliné mi cabeza hacia un lado, como un halcón. "Quizás algún día también haga una tarjeta para leer tu mente, Brutus Rowan".

Los recuerdos se entretejieron, guiándome a través del tiempo.

Hubo más Tarjetas de Providencia. Más colores (dorado, blanco y gris) en mi bolsillo. Para cada uno, sangré en la piedra e intercambié con el Espíritu del Bosque.

Luego, había una mujer. De cara amable y ojos grises. Petra.

Estábamos juntos bajo las mismas vidrieras donde me convertí en Rey y nos abrazamos frente a los señores y damas de Blunder. Ayris y Brutus se levantaron de sus asientos, con las manos entrelazadas, haciendo eco de una ovación de júbilo.

Esposa. Reina. Petra me miró y la besé en la boca. La suavidad de sus labios me recordó al terciopelo.

Nueve meses después, Petra volvió a mirarme. Estaba en una cama en una enorme cámara, hombres con sauces entretejidos en sus túnicas blancas atendiéndola. En sus brazos descansaba un niño recién nacido. Tenía sus ojos grises.

"Bennett", murmuró, con la frente húmeda por el trabajo. "Me gustaría llamarlo Bennett".

Me tendió al bebé y lo acuné. Pero mientras lo hacía, mis manos ansiaban sostener algo más. Cuando le devolví a Bennett a Petra, deslicé los dedos en el bolsillo para buscar las tarjetas Providence que guardaba allí. Sólo entonces sonreí.

Llevé a Bennett al bosque. Pidió al Espíritu que lo bendijera con su magia. Un día después, sus venas infantiles estaban oscuras como la tinta. Su magia era la antítesis de la mía, me dijeron los árboles. Mi heredero, mi contrapeso.

Pero ese era nuestro secreto, el suyo y el mío. Nuestro cariñoso y silencioso acertijo.

Nacieron más niños. Chicos, todos de ojos amarillos como yo. Lenor. Fenly. Un par de gemelos, Afton e Ilyc, tan parecidos que apenas podía distinguirlos incluso cuando me tomaba el tiempo para intentarlo. Visité sus guarderías, sus habitaciones y sesiones de tutoría, pero a menudo estaba en otra cámara, una que había construido alrededor de la piedra en el prado.

Llevé a mis hijos al bosque y le pedí al Espíritu que los bendijera con magia. Pero para los cuatro, se guardó sus regalos para sí misma.

Entonces nació una niña. Tilly. Lleno de capricho y una astucia que me recordó a Ayris. Sólo que, a diferencia de mi hermana, el Espíritu bautizó a Tilly con fiebre y le concedió una magia extraña y maravillosa.

Ella podría sanar. Con un solo toque de su manita, Tilly podía limpiar cualquier herida y, a menudo, lo hacía sin intención. Los recortes que me había hecho yo mismo, canjeando

por Providence Cards, desaparecían cada vez que Tilly me alcanzaba. Me dolía sentir su tacto. Pero cuando el dolor desapareció, no me quedó ni una cicatriz.

Pero a ella, pequeña Tilly, le costó sanar. Cada vez que lo hacía, su propio cuerpo se volvía más frágil. Y así, para mi próxima Carta de la Providencia, pedí a los árboles, al Espíritu, magia que sanara. Magia que hacía a su usuario tan hermoso e inmaculado como una rosa rosada, la flor favorita de Tilly.

Petra atravesó el velo antes del cuarto onomástico de Tilly. La enterré en el lado oeste del prado, cerca del sauce, sin saber que la desenterraría lo suficientemente pronto para forjar el Espejo.

Pero antes de eso, hice una Tarjeta diferente. Uno que haría que otros doblegaran su voluntad hacia mí, tal como yo me doblegué ante el Espíritu del Bosque.

Brutus Rowan vino conmigo. Mantuvo una mano en el pomo de su espada mientras yo entraba tambaleándome en la cámara. “¿Cuál fue su precio esta vez?”

"Mi sueño."

Sus ojos verdes se entrecerraron. “¿Alguna vez te preguntaste si el Espíritu pide demasiado por estas Cartas tuyas, Taxus?”

En el filo de mi espada, abrí una costura en mi palma. Gotas rojas cayeron sobre la piedra. “Las Tarjetas de la Providencia son un regalo, Brutus. Su magia se mide. Ni ellos ni quienes los manejan corren el riesgo de degenerar”.

"Los regalos son gratis, Taxus".

Mis palabras salieron como un silbido. "Nada es gratis."

La piedra se abrió a un abismo. Mi sangre cayó en él. Metí la mano en mi bolsillo y toqué la Tarjeta de Doncella. Cuando el corte en mi palma comenzó a cerrarse, cuatro Cartas de la Providencia descansaban dentro de la piedra, rojas como la sangre que había derramado. Les clavaron una guadaña.

Le guiñé un ojo a Brutus y le entregué uno.

Él lo miró fijamente. “¿Qué quieres que haga con esto?”

“Mantén mi reino en orden. Es mejor emplear mi tiempo aquí”, dije señalando la cámara. “Sólo ten cuidado, Brutus. Dominar esta Carta es dominar el dolor”.

Brutus hizo girar la guadaña con sus ágiles dedos. “Eres tú quien debe tener cuidado, mi inteligente amigo. Con Cartas como estas, la gente acudirá a ti, no al Espíritu del Bosque, en busca de magia. Ella no te lo agradecerá”.

"Suenas como Ayris."

“Ella se me ha contagiado. A pesar de mis mejores intenciones”.

Le lancé la misma sonrisa practicada que atendí a mis hijos. Sólo últimamente lo usé cuando a mi hermana se le ocurrió el tema de Providence Cards. “Es el Espíritu quien me

dio los medios para forjar Tarjetas de la Providencia". Palmeé la piedra. "Ella sabe que los uso para siempre".

"Aun así, ten cuidado, Taxus. Sea cauteloso, inteligente y bueno".

"Eso dice un Rowan, que no es ninguno de los tres".

Brutus me lanzó una sonrisa. "Por eso precisamente tu hermana se casó conmigo".

Intercambiamos golpes en falso. Cuando la cámara se desvaneció, fue con el sonido de nuestra risa.

En un fresco día de otoño, con la hierba marrón y moribunda, caminé por el bosque en el que tantas veces me detuve cuando era niño con el reverente de Blunder, donde le habíamos pedido al Espíritu del Bosque sus bendiciones. El bosque estaba vacío ahora. Ninguna oración resonó, el aire estaba estancado, carente de sal, como si estuviera muerto de hambre.

Detrás de mí podía oír las campanas del castillo. Mis hijos eran llamados a cenar, donde se sentaban a la mesa de mi vestíbulo, esperándome.

Pero no tenía hambre de comida ni de compañía, sólo de terciopelo. Para *más* .

Entré sigilosamente en la cámara. Habló con los árboles. Solicitó una undécima Tarjeta Providencia.

*¿Qué poder pides esta vez, Rey Pastor?*

Pasé una mano por mi cara. "No soy un gobernante majestuoso. Es una espina clavada en mi costado estar sentado en la corte escuchando aflicciones o halagos. Preferiría saber la verdad de los pensamientos de alguien y ahorrarme molestias. Concédeme una Tarjeta para entrar en la mente de una persona". Me aclaré la garganta. "Además. Mi Capitán ha estado distante últimamente. Me gustaría saber su opinión".

*¿Has considerado preguntarle a Brutus Rowan qué lo aleja de ti?*

"Yo soy su Rey. No es tan brusco conmigo ni tan irritante como vosotros, árboles.

*El viento agitó sus ramas. Entrar en una mente es un camino traicionero. Hay puertas que deben permanecer cerradas con llave. Si deseas esa pesadilla, entrégate a ella, íntegro. Para una undécima Tarjeta Providencia:*

*El Espíritu exige tu alma.*

Salí de la cámara, con dos cartas de color burdeos acurrucadas en mi palma y mis dedos curvándose como garras alrededor de ellas. Las campanas del castillo sonaban más silenciosas, amortiguadas. Cuando miré hacia arriba, la luz del atardecer estaba apagada tras el gris. Se enroscaba alrededor de la cámara como una manta de lana, filtrándose en el prado, apestando a sal.

Neblina.

## Capítulo veintinueve

### *ravin*

Ravyn era un ritmo bárbaro, cada latido martilleaba dentro de su cabeza como una pica.

Había tenido resacas y heridas en la cabeza. Dos veces, antes de que su magia lo hiciera inmune a ella, había sido envenenado al tratar de recostarse contra una Carta del Cáliz. Pero esto, salir de la niebla del dulce y repentino humo que lo había dejado inconsciente, era peor que las tres cosas.

Había perdido el conocimiento cerca del mediodía. Y ahora la luz en el cielo era nueva, el amanecer pálido. Habían perdido medio día y una noche entera.

Haciendo una mueca, Ravyn observó su entorno. Estaba en un patio de tierra. A su alrededor había un tosco muro de tierra y madera de veinte manos de alto. Cuando intentó girarse y ver hasta dónde llegaba la pared, su cuerpo no le hizo caso. El dolor le atravesó las muñecas y sintió una superficie rígida presionar su espalda.

Se dio cuenta de que estaba atado a un ancho poste de madera. Brazos, torso, piernas, todo atado.

El pánico inundó la garganta de Ravyn como bilis. Nunca lo habían inmovilizado. Siempre fue él quien hizo la restricción. Él Llamó el nombre de su hermana e inmediatamente se arrepintió, su dolor de cabeza respondió con un puñetazo.

Un gemido grave sonó en algún lugar detrás de él. "Estoy aquí", llegó la voz de Jespyr.

Estaba atada al poste junto a él. Ravyn no podía verla, pero su muñeca izquierda estaba atada a la derecha. Al otro lado, Nightmare hablaba consigo mismo en lentos y resbaladizos susurros.

Ravyn cerró los ojos y ralentizó su respiración. "¿Todos bien?"

"Estoy atado a un poste con un dolor de cabeza irritante y los tejos más oscuros en cinco siglos", murmuró la Pesadilla. "Nunca he estado mejor."

La siguiente voz fue la de Petyr. Estaba sin vida. "Wik está muerto".

El estómago de Ravyn dio un vuelco. Cerró los ojos, dejó escapar un suspiro tembloroso y buscó en su mente qué decir. No se le ocurrió nada.

Jespyr lo dijo por él, con la voz cubierta de dolor. "Lo siento mucho, Petyr."

Permanecieron en silencio un largo rato.

"Elsbeth", finalmente logró decir Ravyn. "¿Está bien?"

Nightmare hizo un familiar chasquido con los dientes. "Sí. Pero cuanto más *habla* ", dijo intencionadamente, "menos puedo concentrarme. Y así es exactamente como nos metimos en este lío.

La voz de Elspeth, ese timbre agudo y femenino, intacto por el aceite o el rencor de la Pesadilla, Ravyn había querido ahogarse en él. Ella había sonado tan real. Lo suficientemente real como para hacerle pensar que podrían estar juntos de nuevo después de salir del infierno.

Pero primero tenía que discernir dónde estaba *el infierno* y quién los había atado allí.

"Pensé que habías dicho que tendríamos un paso seguro para el próximo trueque si logramos cruzar ese maldito lago", dijo Jespyr.

"El Espíritu del Bosque no necesita paredes toscas ni ataduras de cuerdas, pequeño idiota. Nuestros captores son decididamente humanos".

Ravyn estiró el cuello y escudriñó la mayor parte del patio que pudo vislumbrar. "¿Alguien pudo verlos?"

"Todo lo que vi fueron sus botas", respondió Jespyr. "Dos pares, cordones y suelas gastados. Botas de caza.

"Mujeres", dijo la Pesadilla. "Eran mujeres".

Me dolía pensar. Pero Ravyn sabía con certeza que estaban a kilómetros de Blunder. Y esas millas se habían ganado con mucho esfuerzo. Una fortaleza tan lejos de la ciudad sería de poca utilidad para el Rey. Y como Capitán, conocía las fortalezas de Blunder como la palma de su mano.

Entonces, ¿quién diablos había construido éste?

"Puedo ver nuestras armas", dijo Petyr desde el otro lado del poste. "Están amontonados contra la pared". Él se movió. Se rio. "No encontraron el cuchillo en mi bota". Luego, como si le hubiera dolido reír sin su hermano, el temperamento de su voz se desvaneció. "No puedo alcanzarlo".

"Alguien viene", siseó Nightmare. "Brillante con color." Chasqueó los dientes. "Se han aprovechado de sus Tarjetas, Capitán".

Una figura apareció de la nada, la Tarjeta Espejo de Ravyn sostenida en una mano sucia. "Finalmente despierto", llegó la voz de una mujer.

Era alta y vestía ropa similar a la que Ravyn podría usar disfrazado de bandolero. Cuero y lana y pantalones metidos en botas altas y gastadas. Su capa era del color de la turba. Llevaba la capucha subida, cubriendo su cabello salvo algunas trenzas marrones que colgaban cerca de sus orejas.

Su rostro estaba completamente oscurecido por una máscara. No una máscara de bandolero, sino de hueso. El cráneo de un carnero.

"Tienes algunas cartas de calidad, Destriers", dijo, haciendo girar el espejo entre sus dedos. "Este, más el Caballo Negro y Nightmare, te vendrán muy bien. Aunque dudo que seamos de mucha utilidad para una Doncella aquí. Su cabeza se inclinó mientras observaba

a Ravyn a través de las cuencas vacías de los ojos del carnero. “¿Cómo está tu cabeza? He oído que el humo provoca un dolor de cabeza brutal”.

“Ella lo sabe”, dijo otra voz femenina, en algún lugar cerca de Jespyr. “Por eso le encanta hacerlo. Esta vez es una dosis demasiado fuerte, hermana. Han estado fuera durante mucho tiempo. Una pausa. “¿Eres un corcel?”

La voz de Jespyr era tranquila. “¿No parezco uno?”

“No precisamente. A tu cara le falta esa cualidad grosera y asesina”.

“Acércate. Usted lo verá.”

Cuando apareció la segunda mujer, Ravyn notó la misma marca de ropa. Su máscara también era de hueso: una calavera de lobo. Era tan alta como la otra mujer, igual de ancha de hombros.

“¿Quién eres?”

La que llevaba la máscara de carnero abrió mucho los brazos, en una falsa bienvenida. “La plaga de los errores garrafales. Sus viles marginados. Ella *infectada* . Bienvenidos a nuestra bodega, Destriers. No será una estancia larga. Pero puedo prometerte que tus últimas horas en esta tierra estarán llenas de maravillas”.

No era un fuerte bien vigilado. No había centinelas y, aunque decenas de hombres, mujeres y niños pasaban por el patio, ninguno de ellos llevaba armas, salvo algunos arcos y cuchillos de caza. Todos eran civiles, salvo las dos mujeres a cargo. La de la máscara de carnero se llamaba Otón, y su hermana, con la calavera de lobo, Hesis.

Las hermanas se movían alrededor del poste en círculos cerrados y depredadores. No creyeron, ni por un solo momento, que Ravyn también fuera portador de la infección.

“Sé quién eres”, dijo Hesis. “Sobrino de nuestro vil Rey. ¿Quieres que crea que un *Rowan* designaría a un hombre infectado como Capitán de sus Destriers?”

“No importa lo que creas”, se enfureció Jespyr. “Es cierto.”

“Y, sin embargo, encontramos un encanto en él. Una cabeza de víbora en el bolsillo de su túnica”.

Ravyn se retorció contra las cuerdas. “Eso es un repuesto”.

Hesis se rió. Golpeó a Ravyn en la cara con el puño cerrado. La parte posterior de su cabeza golpeó contra el poste; su dolor de cabeza era tan intenso que le hizo parpadear la vista.

La Pesadilla dejó escapar un silbido bajo.

“Digamos que suspendemos toda incredulidad”, evitó Otho. “Si estás infectado, ¿cuál es tu magia?”

Una pregunta fácil. Y una respuesta larga y complicada. “No puedo usar Tarjetas Providence”, dijo Ravyn.

“Sin embargo, viajas con un verdadero arsenal”.

“No puedo usar *todas* las tarjetas”.

Hesis se chupó los dientes. "Suena como otra mentira, Destrier". Ella lo golpeó de nuevo.

"¿Y tu magia?" Jespyr exigió. "¿Para que podamos conocer el mérito de nuestros secuestradores?"

Hesis desapareció de la vista de Ravyn, su voz cercana a la de Jespyr. "Puedo ver a través de los ojos de los cuervos", dijo. "Me hablan, susurros y nociones. Así es como os encontramos. Hiciste bastante ruido en el bosque. Los nidos fueron volcados. Vi una partida de caza con capas negras cruzar el lago Murmur y venir hacia nosotros. Su voz se volvió resbaladiza por la diversión. "Mi hermana es alquimista. ¿Ese humo que te noqueó? ¿Ese pequeño dolor de cabeza que te golpea el cráneo? Ella lo hizo. Con magia".

"Me estás dando dolor de cabeza por tu cuenta", murmuró Jespyr.

Se escuchó un ruido sordo en el poste. Jespyr gimió y luego dos golpes más cuando Hesis la golpeó.

Petyr maldijo, golpeándose contra las cuerdas. Ravyn lo mordió... fuerte.

La advertencia de Nightmare fue sólo un susurro. "Cuidadoso."

Las mujeres se giraron y su atención finalmente aterrizó en Nightmare. "¿Quien diablos eres tú?" dijo Hesis. "Esa no es una espada Destrier que te quitamos de las manos".

Una sonrisa apareció en su voz. "Nací con fiebre, mi sangre oscura como la noche. Quizás hayas oído hablar de mí.

"Debes conocer otra fortaleza", ofreció Ravyn. Después de tantos años de mentiras, la verdad era frágil en su lengua. "En lo profundo de la Selva Negra, cerca del lecho seco del arroyo que corre hacia el noreste. Un lugar al que llevan a los niños cuando los corceles y los médicos se acercan demasiado.

La columna de las mujeres se puso rígida. Hesis dejó escapar un profundo suspiro. "A los niños los traen allí los bandoleros, no los Destriers".

"Todo lo que sabes es que usan máscaras".

La risa de Otho salió como un ladrido. "¿Esperas que crea que fuiste *tú* quien salvó a niños infectados todos estos años?"

"Y yo." La voz de Petyr se quebró. "Mi hermano Wik también. Y tú... le disparaste. Un hombre que vivía al margen de la ley para gente como tú.

Otho hizo una pausa, mirando a Ravyn a través de los agujeros de su máscara. "Sin embargo, su Capitán todavía cumple las órdenes del Rey. Todavía arresta a personas infectadas y a sus familiares. Todavía les hago cosas indescriptibles".

Jespyr exhaló. "Él no..."

Hesis golpeó a Ravyn en la nariz. Escuchó un *chasquido* en la parte posterior de su cabeza. Dos chorros de sangre cayeron de sus fosas nasales hasta su boca.

La Pesadilla chasqueó la mandíbula. Una vez. Dos veces. Tres veces.

"La Tarjeta Twin Alders", logró decir Ravyn, con palabras llenas de sangre, "es por eso que estamos en el bosque. Buscamos unir el Deck para curar la infección. No diremos una

palabra de este lugar". Su voz se aceleró y su control se perdió. "Después del solsticio, cuando se disipe la niebla, ven al Castillo Yew. Curaremos vuestra degeneración, curaremos a cualquiera que desee curarse. Pero debes dejarnos ir".

Cuando no dijeron nada, en completo silencio, la voz de Jespyr sonó desde el otro lado del poste. "Nuestro hermano está infectado. Está degenerando, muriendo. Por favor. *Déjanos ir.* "

Un anillo de acero, luego Otho y su cráneo de carnero estaban a unos centímetros de la cara de Ravyn, con un cuchillo frío presionado contra su garganta. "Incluso si lo que dices es cierto", dijo furiosa, "hay personas aquí que han perdido a sus seres queridos a manos de los Destriers. Padres, hijos. El encanto de nuestra propia madre fue destruido y un Rowan Scythe la envió a la muerte en la niebla. Hay un pago adeudado a la gente de este fuerte. Y un *corcel* lo pagará. Ella dio un paso atrás y asintió hacia su hermana. "Es la hora."

Hesis desapareció en el interior del fuerte. Sonaron voces clamantes, cada vez más fuertes. Las puertas se abrieron de golpe y el fuerte se vació, formándose una multitud. Todos llevaban máscaras de calaveras, excepto uno. Un hombre, guiado por una cuerda. Tenía la cara ensangrentada, los ojos muy abiertos y los dientes brillando. Estaba atado, pero aún así luchaba y luchaba.

Tal como Ravyn lo había entrenado.

Tojo.

"Recibiremos nuestro pago, Capitán", dijo Otho. "Ahora."

La Pesadilla permaneció atada al poste junto a Petyr, con los dedos curvados como garras.

Los corceles (Ravyn, Jespyr y Gorse) fueron desatados. en el patio de tierra, con instrumentos toscos en sus manos. Un garrote con clavos oxidados para Jespyr, una fusta con piedras atadas a sus borlas para Tojo.

Y para Ravyn, la hoja oxidada y sin filo de una guadaña.

"Para los parientes de un Rowan", dijo Hesis detrás de su máscara. Ella lo empujó hacia los demás y la multitud los rodeó.

Estaba claro lo que debía suceder. Los tres formaron un círculo, armados con armamento deficiente; este era un deporte sangriento. Del tipo sin ganadores.

Un hombre que llevaba una calavera de oveja llamó a la multitud. "¿Estamos listos para oler la sangre de Destrier?"

Un rugido chocó contra las paredes del patio. Se elevó por encima de la valla irregular hacia el bosque, un grito largo y devastador. La bilis subió por la garganta de Ravyn. Lo obligó a bajar.

Tojo se sacudió y la piel cobriza de Jespyr se volvió del color de la ceniza. En el poste, Petyr tiró de sus ataduras.

La Pesadilla permaneció inquietantemente quieta.

La multitud se quedó en silencio cuando Otho se adelantó. Tenía los brazos desnudos y las venas negras como la tinta. Se acercó a Ravyn y se llevó un puño cerrado a la boca.

Y le echó humo a la cara.

La sal atravesó los sentidos de Ravyn. Tosió y puso los ojos en blanco por un momento. El humo le quemó la garganta; no era dulce como el humo que lo había dejado inconsciente, sino caliente, frío y ácido al mismo tiempo.

Otho hizo lo mismo con Jespyr: le arrojó humo a la cara. Cuando llegó a Gorse, él le agitó el látigo.

Otho lo esquivó y disipó el humo por última vez.

Gorse hizo un sonido de arcadas y puso los ojos en blanco. "¿Qué demonios es eso?"

Otho retrocedió hasta el borde de la multitud junto a su hermana. Su voz atravesó el patio. "Magia, alquimizada por dos cosas. Rabia y odio. Huesos de los infectados enfurecidos y tu capa, odioso Destrier. Hacen una pareja miserable, ¿no es así?"

Ravyn sintió que todo su cuerpo se calentaba y su bien afinado control se rompía. Se pasó el dorso de la mano por la boca, limpiándose la sangre de la nariz. Se volvió hacia la Pesadilla. "¿Es así como fue cuando Hauth golpeó la cabeza de Elspeth? ¿Te sentaste entonces, tal como lo haces ahora, disfrutando del espectáculo?"

No había querido decirlo. Las palabras se le habían escapado, acres en su lengua. Sólo que nadie pareció sorprenderse al escucharlos. La multitud estaba expectante, como si hubieran estado esperando que dijera algo vil. Algunos incluso aplaudieron.

Se dio cuenta de que era el humo. El humo de Otho (su magia) había limpiado su mente, dejando sólo dos cosas. *Rabia y odio*.

Ravyn movió la guadaña oxidada entre sus dedos callosos y su dolor de cabeza fue reemplazado por sed de sangre. "Dijiste que te preocupabas por Elspeth. Que la protegiste. Y lo hiciste... al parecer, tan bien como protegiste a tus propios hijos.

Los ojos amarillos de Nightmare ardían, su voz agudizada por la malicia. "Eres, sin duda, la mayor decepción en quinientos años, Ravyn Yew. Cada vez que miro en tu dirección, me encuentro deseando haber pasado otro siglo en la oscuridad, haberme ahorrado la agonía de tu pétrea y estúpida incompetencia.

"Otro siglo habría sido demasiado pronto", respondió Ravyn. "Al menos entonces podría haber tenido más de un momento con la mujer que me robaste".

Al otro lado del círculo, Gorse se burló.

Jespyr se giró hacia él, flexionando los nudillos alrededor del garrote que tenía en la mano. "¿Algo que decir, cobarde?"

El rostro ensangrentado de Gorse se puso aún más rojo. "¿Como me llamaste?"

"Feo y estúpido". Jespyr levantó la voz. "Te llamé cobarde, Destrier fugitivo".

La cosecha de Gorse azotó el aire, las rocas en los extremos tan cerca de la cara de Jespyr que revolvieron su cabello. "Más vale un cobarde que un ladrón y un mentiroso",

escupió, girando la fusta hacia Ravyn. "Nuestro Capitán de dos caras robó la Carta de Pesadilla del Rey. Peor aún, se ha estado follando con una mujer infectada..."

El garrote de Jespyr se estrelló contra el hombro de Gorse.

La multitud estalló en un abucheo a gritos. "Y con eso", gritó Hesis, "comenzamos".

Jespyr miró su bate y luego a Gorse, con la mirada muy abierta, como si no hubiera tenido la intención de golpearlo. Un momento después, entrecerró los ojos. "No mereces usar la capa del Destrier". Se volvió hacia Ravyn. "Tampoco tu."

De él brotó vitriolo. "¿Crees que podrías ser un mejor Capitán, Jes? Cógelo de mi. Demonios, incluso renunciaré al desafío. Porque no podrías vencerme, no sin tu Caballo Negro, tu pequeña y preciosa muleta. La voz de Ravyn se volvió peligrosamente baja. "Continúa, toma mi lugar. Sé el títere del tío. Inclina, raspa y traga el bocado que te mete en la boca. Siempre has sido mejor en esas cosas que yo".

Jespyr se abalanzó.

Ravyn giró, pero no antes de que los clavos del garrote de su hermana le arrancaran la capa.

"¿Quieres hablar de muletas, hermano?" ella estaba furiosa. "Hablemos del tuyo".

Ravyn mantuvo los brazos bien abiertos. "Haz lo peor."

Jespyr empujó hacia la izquierda y el círculo cambió. Ella, Ravyn y Gorse se movían en una rotación lenta, sin quitarse los ojos de encima.

"Te dices a ti mismo que los Destriers te odian porque eres infectado. No lo hacen... no todos". Jespyr escupió las palabras. "Te odian porque crees que eres mejor que ellos".

"Soy mejor que ellos".

Gorse abrió la boca pero Jespyr lo interrumpió. "Ravyn Yew, grande y fuerte. El Capitán que nunca sonrió, nunca cayó, nunca retrocedió, que le miente a su Rey, a sus hombres y, sobre todo, a sí mismo". Sus ojos se enfriaron. "No eres mejor que nadie, hermano. Y no eres más fuerte que yo. Simplemente eres mejor fingiendo".

"¿Quieres saber qué he estado fingiendo todos estos años? Te diré." Ravyn se quedó quieto, rompiendo la rotación del círculo. "Pretendo no pasar cada momento de cada día odiándome *por* ser el Capitán de los Destriers".

"Eres un traidor", escupió Gorse. "Y sangrarás por ello".

"Probable." Ravyn fijó su postura: apuntó con ambos ojos abiertos. "Pero no todavía."

La guadaña voló. Sin su Caballo Negro, los reflejos de Gorse eran lentos. La guadaña lo alcanzó a lo largo del hombro y el borde romo encontró apoyo sobre su esternón.

Profundo. Pero no, con una hoja tan vieja y oxidada, no lo suficientemente profunda como para matar.

La multitud rugió. Ravyn cruzó el patio sin aliento. Con la visión delineada en rojo, tiró a Gorse al suelo y puso la mano en la garganta del Destrier. Gorse lo miró con los ojos muy abiertos e inyectados en sangre. Había dejado caer su látigo. Pero sus puños chocaron contra las costillas de Ravyn una y otra vez.

El aire salió disparado de los pulmones de Ravyn. Mantuvo la mano en la garganta de Gorse y pensó en la sangre, los látigos y el olor del humo que subía las escaleras de la mazmorra. De las cosas terribles que había tenido que presenciar, que había tenido que hacer, como Capitán de los Destriers.

Ravyn se acercó al rostro moteado de Gorse. "Ten cuidado, Destrier", gritó, "sé inteligente. Sé bueno." Luego, con un empujón final y brutal...

Aplastó la tráquea de Gorse.

Una ovación lenta y hambrienta recorrió el patio. Querían sangre de Destrier. Y Gorse, presa del gran sueño final, era un lienzo carmesí. El rojo se derramó de la herida de la guadaña, goteando hacia la tierra, alimentándose del suelo, abriéndose camino hasta las grietas en las manos de Ravyn.

La magia del humo se desvaneció, llevándose consigo *la rabia y el odio*.

Ravyn miró fijamente a Gorse, con las manos temblorosas. Esta vez, la bilis se negó a ser forzada a bajar. Ravyn se inclinó y se sintió mareado en el suelo, sus costillas gritaban de dolor mientras jadeaba.

El patio quedó inquietantemente silencioso.

Ravyn miró hacia arriba. Alguien había roto el círculo y se interponía entre él y Jespyr. Una mujer desenmascarada, seguida por dos niños pequeños. Llevaba un vestido verde y una capa del mismo color con un árbol blanco bordado cerca del cuello. Su cabello dorado grisáceo estaba suelto y sus ojos color avellana estaban muy abiertos. Amplio, familiar

Y entrenado en la Pesadilla.

Opal Hawthorn se llevó una mano a la boca. "Elspeth", dijo con lágrimas en los ojos. "Estas vivo."

Con unas cuantas órdenes atronadoras de Otho, el patio se despejó: los espectadores entraron en fila al fuerte, con las cuencas oscuras de sus máscaras de hueso apuntando a Ravyn a medida que avanzaban. Arrastraron el cuerpo de Gorse con ellos, un rastro sangriento, la última marca del Destrier en el reino al que había servido.

Ravyn cerró los puños. Incluso entonces, temblaron.

Opal estaba en el puesto frente a Nightmare, mirando a la que solía ser su sobrina, con lágrimas en los ojos. Ravyn conocía su dolor de memoria. Había visto a una doncella con cabello negro y pensó que era Elspeth, solo para encontrarse con unos terroríficos ojos amarillos.

Tal como lo había hecho Ione en el calabozo, Opal puso una mano en la mejilla de Nightmare y perdió el color en la suya. "¿Qué te ha pasado?" Ella susurró. "Eres diferente."

La expresión de Nightmare era suave. "Soy."

"Tú eres—tú no eres Elspeth."

La Pesadilla no dijo nada. La mano de Opal cayó. Se apartó del poste y empezó a llorar. Sus hijos estaban junto a ella, con los ojos muy abiertos mientras contemplaban la

Pesadilla. Pero cuando Ravyn se acercó para explicarle, Hesis sacó un estoque de su cinturón. "Quedarse atrás."

"No entiendo", dijo Opal, secándose las lágrimas de las mejillas. "¿Por qué los han encarcelado?" Sus ojos se dirigieron a Jespyr. "Ella fue quien me advirtió que venían los Destriers".

La postura de Otho se puso rígida.

Jespyr tomó la mano de Opal. Habló con voz suave. "¿Cómo terminaron aquí usted y sus hijos?"

"Yo la traje", dijo Hesis a través de su máscara de hueso. "La fortaleza de la que habló su Capitán está llena. Pero aquí tenemos mucho espacio, mucho más allá del alcance del Rey. O eso pensábamos".

Jespyr le explicó a Opal, Otho y Hesis inclinándose para escuchar, lo que le había sucedido a Elspeth esa noche en Spindle House. Que Tyrn, Erik e Ione estaban en Stone. Por qué habían viajado al bosque.

Ravyn se retiró al puesto.

"¿Está bien, muchacho?" Petyr gruñó.

Ravyn todavía podía sentir el pilar de la garganta de Gorse en el centro de su palma. "Bien."

Petyr bajó la voz. "El cuchillo que pasaron por alto está en mi bota izquierda".

Cuando los huecos de las máscaras de Otho y Hesis se volvieron hacia Jespyr y Opal, Ravyn plantó su pie junto al de Petyr, hecho que como si se estuviera atando los cordones y deslizó su mano en la bota de Petyr. Cuando lo sacó, sus dedos estaban envueltos alrededor de una delgada funda de cuero.

La hoja era pequeña y la empuñadura era un gancho. Ravyn se puso de pie y rodeó el poste hasta que estuvo cerca de Nightmare. "No te muevas."

Pero cuando presionó la hoja contra la cuerda, su mano tembló con tanta fuerza que la cuerda tembló. El pauso. Intentó de nuevo.

Si hubieran sido soldados bajo su mando, Ravyn habría despedido a Otho y Hesis por su ineptitud: estaba haciendo un asno de jabalí cortando una simple atadura. Pero su atención estaba tan centrada en Jespyr, perdida en su historia del Rey Pastor, que no notaron que la cuerda temblaba durante un minuto antes de que finalmente se partiera.

La Pesadilla mantuvo a Ravyn en su mirada amarilla todo el tiempo. "Negocios complicados, asesinatos". La comisura de su labio se torció. "Elspeth dice que te ves terrible".

La mirada de Ravyn se disparó. "Ella no dijo eso".

"No. Ella no lo hizo". Se aclaró la garganta. "Parece que te debo una disculpa".

"Quieres decir que Elspeth quiere que te disculpes".

"Es molesto, sí". Su boca se tensó. "Aunque seas tonto, no eres una decepción".

Si hubiera sido un día, una semana o un mes diferente, Ravyn podría haberse reído al ver al monstruo retorcerse. Pero ahora estaba demasiado cansado para eso. “¿Te cuesta mostrar una pizca de remordimiento, Rey Pastor?”

“Sí. Y exijo una recompensa”. Esos ojos amarillos se volvieron duros. “Me está tomando siglos de moderación no arrancarte la cabeza del cuerpo después de ese arrebató sobre Elspeth”. Un destello de dientes. “Acerca de mis hijos”.

“No quise decirlo. Ese humo... esa magia...”

“Rabia y odio. Dos cosas que sé bastante bien”.

Ravyn mordió. “No sé qué pasó con sus hijos. Pero sé que no querías que Elspeth sufriera daño. Quizás sea lo único que entiendo de ti.

Ninguno de los dos se había disculpado... en realidad, no. Pero ventilar las verdades, después de tanta malicia, fue lo mejor que pudieron hacer.

La mirada de Nightmare recorrió los muros del fuerte. “Ya estoy harto de este miserable lugar. Dame el cuchillo”.

“No. No quiero sangre en las manos de Elspeth”.

La mirada de Nightmare se detuvo sobre la nariz de Ravyn. Le había empezado a doler la nariz: una agonía ardiente y constante desde que Hesis la había golpeado. Roto, supuso.

Cuando Nightmare volvió a hablar, la suavidad de su voz había desaparecido. “El cuchillo. Ahora.”

Ravyn enfrentó esos terribles ojos amarillos. Busqué a Elspeth. No pude verla. “No mates a nadie”, gruñó.

Cuando Hesis se acercó, las manos de Ravyn estaban a sus costados. Temblando, pero vacío.

“Opal Hawthorns es una buena mujer. Aunque es posible que su ingenio la haya abandonado porque insiste en que tú y tu hermana poseáis *honor*. Hesis exhaló un suspiro, alternando su estoque entre sus manos. “Incluso si eso fuera cierto, no podemos dejar que te vayas. Inevitablemente regresarías a Stone. He oído que al rey le gustan sus investigaciones. Tarde o temprano, la verdad de lo que sucedió y a quién viste en tu viaje hacia Twin Alders Card saldrá a la luz. No puedo permitir...”

Hubo un sonido desgarrador, un destello de movimiento en la periferia de Ravyn. Hesis tuvo sólo un momento para cambiar su espada de Ravyn a Nightmare.

No fue suficiente.

The Nightmare surgió del poste. Golpeó el hocico de la máscara de Hesis con la palma de la mano y un *feo crujido* resonó en el patio. Ella gritó y dejó caer su estoque.

Otho corrió hacia su hermana, pero Ravyn se adelantó, la atrapó con un brazo ancho y la arrojó contra el suelo. Cuando intentó alcanzar su espada, Jespyr le puso una bota en el brazo.

“Bolsillo”, dijo Ravyn. “Nuestras Tarjetas. Apurarse.”

Jespyr metió la mano en el jubón de Otho. Sacó sus cartas: Pesadilla, Espejo y Doncella, luego dos Caballos Negros. El de ella y el de Gorse.

Otho los miró a través de las cuencas vacías de su máscara. "Si el Rey usa un Cáliz contigo, será la muerte de todas las almas en este lugar. Su sangre estará en *vuestras* manos".

"No llegaremos a eso", gritó Nightmare, él y Petyr apuntando hacia su montón de armas. "Tengo planes para los Rowan".

Petyr le entregó a Ravyn su cinturón de cuchillos: su cartera y su espada.

Opal Hawthorn se había retirado a las puertas del patio, con los ojos muy abiertos, con sus hijos. "Castle Yew", dijo Ravyn mientras se acercaba. "Si este lugar alguna vez resulta inseguro, ve a Castle Yew. Mi familia te protegerá".

Opal asintió, pero su mirada se perdió por encima de su hombro. Una vez más había lágrimas en sus ojos. "¿Y Elspeth?"

La voz de Ravyn era entrecortada. "Voy a recuperarla. No importa el costo."

La puerta del fuerte chirrió y Petyr y Jespyr entraron corriendo. Ravyn le ofreció la mano a Opal. No la consideraba el tipo de mujer a la que le importaría que le temblaran los dedos.

Ella le estrechó la mano. Lo apretó con fuerza. "Buena suerte."

Cuando Ravyn volvió a mirar al patio, Otho corría hacia su hermana. Hesis yacía en el suelo, inmóvil. Su máscara estaba rota, fragmentos de hueso esparcidos a su alrededor. La sangre corría por su rostro.

"Pesadilla", dijo entre dientes.

El monstruo se rió mientras salía del fuerte. "Ella vivirá. Lo único que hice fue devolverle el dinero por romperte la nariz".

"No te pedí que hicieras eso".

"No. Pero Elspeth sí.

## Capítulo treinta

### *Olmo*

Elm no había visitado las catacumbas bajo el castillo desde su infancia. Con los nudillos blancos, sostenía una antorcha en una mano y su manajo de llaves en la otra, cada curva a lo largo de su viaje le rogaba que se estremeciera.

No como Ione. Nada parecía asustarla, un testimonio interesante de los efectos de la Doncella. Ninguna sombra era lo suficientemente grande, ninguna habitación lo suficientemente fría como para cambiar su expresión seria.

Su último vestido debe haber sido otro préstamo. Era de color gris pálido, con mangas que llegaban hasta las muñecas y un cuello que le llegaba justo debajo de la mandíbula. Cortinas viles y sin forma. Dos veces sorprendió a Elm mirándolo. Dos veces lo reprendió con el ceño fruncido.

La tercera vez que lo atrapó, estaban cerca de las bóvedas privadas del Rey. "Árboles." Su voz resonó contra las paredes de piedra. "¿Qué?"

Elm se aclaró la garganta. "Nada."

Los ojos de Ione se posaron en el busto de su vestido. "Seguir. Dime cuánto lo odias. Sé que te mueres por querer".

Se pasó una mano por la nuca y fijó la mirada en el camino que tenía delante. "Te ves bien."

"¿Bien?"

"Bien, Espino". Se mordió una uña. "Siempre te ves bien".

Una pausa. Luego un agudo: "¿Qué te pasa?"

Los ojos de Elm se dirigieron a su rostro. Pensó que lo había estado ocultando bien: toda la incomodidad de estar en ese frío y horrible castillo. Los lugares a los que Hauth lo había llevado al filo de una guadaña para endurecerlo cuando era niño. Pero antes de que pudiera decir algo, Ione añadió: "Estás siendo extrañamente amable".

Más adelante, Elm podía ver las antorchas amarillas. Las puertas fortificadas. Estaban casi en las bóvedas. "Me imagino que hay un Ione", dijo, "enterrado en algún lugar allí, que podría apreciar un poco de amabilidad por parte de un Rowan".

"Amabilidad." Dijo la palabra lentamente, como si quisiera saborearla. "Ya no tengo idea de cómo se siente eso".

"¿Qué solías sentir? Ante la Doncella".

"Todo. En un exceso terrible y maravilloso. Alegría, ira, compasión, repulsión... Su voz se heló ante la palabra. "Amar. Los conocía a todos muy bien. Cuando la Doncella empezó a embotarlos, me asusté... pero también fue un respiro. Después de toda una vida de sentir las cosas con tanta intensidad, el entumecimiento me hizo sentir bien". Ella lanzó un suspiro. "Pero incluso eso desapareció. Y ya nada se sentía bien ni mal".

Miró hacia el camino que tenía delante. "Pero pienso en quién era yo antes de la Doncella. Intento tomar las mismas decisiones que solía tomar. Necesito poder vivir conmigo misma cuando esta fachada"—señaló su rostro—"se derrumbe".

"¿Qué hay de matar a esos bandoleros? Dudo que esa sea una elección que tomaría el viejo Ione".

Un musculoso emplumado en su mandíbula. "Si crees que entiendes quién era yo antes de la Doncella, sólo porque una vez me viste cabalgando por el bosque con barro en los tobillos, entonces no eres tan inteligente como crees".

Elm se aclaró la garganta. "¿Y qué pasó la otra noche en el sótano? ¿Es algo con lo que podrás vivir?"

El pecho de Ione se hinchó, un hermoso aliento, un movimiento de arriba a abajo que ni siquiera ese horrible vestido podía confundir. "Eso depende de ti, Príncipe. ¿Realmente no te pareces en nada a tu hermano? ¿O simplemente eres un mentiroso talentoso?"

Él frunció el ceño. "No te he mentado".

"¿No?" Ella lo miró. "Entonces responde de nuevo. ¿Sabías que Elspeth estaba infectada antes de que la arrestaran?"

La mentira golpeó los dientes de Elm. *No sabía nada de eso.* Sólo que esta vez se lo tragó. Miró esos brillantes ojos color avellana y no se inmutó. "Lo sé desde el equinoccio".

Ione se quedó quieta. "No la entregaste."

Elm hizo una amplia reverencia. "Como habrá notado, señorita Hawthorn, soy un príncipe podrido y un pobre corcel. Se me debe haber olvidado".

Caminaron en silencio el resto del camino hasta la bóveda. Dos guardias vigilaban, rígidos en sus puestos y agachando la cabeza en apresurada deferencia. Elm señaló la puerta con un gesto de muñeca. "Abrelo."

La puerta gimió, antigua, pesada. El padre de Elm guardaba muchas cosas en las bóvedas de Stone. Las historias de Rowan Kings. Oro.

Tarjetas de Providencia.

El Rey Pastor había dicho que había tres Cartas de Doncella en el castillo. Uno de los cuales, Elm estaba seguro, estaba allí, en la colección de su padre.

Como todos los lugares oscuros y fríos de Stone, las bóvedas le parecían muertas a Elm. Las sombras lo perseguían, recuerdos y ecos. Un escalofrío recorrió su espalda, los viejos moretones en sus nudillos escocían con nueva vida. "La colección de mi padre debería estar cerca", dijo, mientras el espacio abierto le devolvía la voz: un eco tenue y distorsionado.

El suelo estaba abarrotado y mal iluminado. El pie de Ione se enganchó un cofre de madera. Ella maldijo, tropezando. Cuando Elm le ofreció la mano, ella la miró fijamente por un momento. Estaba demasiado oscuro para saber si tenía las mejillas sonrojadas. Pero cuando Elm la atrajo hacia él y entrelazó sus dedos, sintió uno dentro de los suyos.

El Rey guardaba sus Cartas en una caja tan antigua como el propio castillo. Frío, forjado con hierro... cerrado con llave. Sólo existían tres claves. Su padre tenía uno. Aldys Beech, el tesorero, tenía otro. Y Elm, el segundo heredero, un reacio guardián de las llaves, tenía el tercero.

Le entregó a Ione la antorcha y buscó entre el manajo de llaves. Cuando encontró el correcto, lo deslizó dentro de la caja. El pestillo se abrió lenta y constantemente.

Las Tarjetas de la Providencia aguardaban en el interior, tan aparentemente inocentes, como si los hombres no las hubieran codiciado, luchado y robado. No estaban todos allí. Los guadañas estaban con los serbanos. La guadaña de Hauth estaba en su habitación, junto con la carta Nightmare. Los Destriers tenían los Caballos Negros.

Y por supuesto, el Deck siempre estaría incompleto sin la Carta Twin Alders.

"Si Hauth fuera inteligente al esconder a tu Doncella, te habría obligado a ponerla en algún lugar al que no pudieras acceder solo. ¿Algo de esto te resulta familiar?"

Ione recorrió con la mirada las bóvedas. "No."

"Voy a sacar al Profeta". Elm miró la caja llena de Tarjetas. "También hay una Tarjeta de Doncella ahí. Si es tuyo y lo alcanzo y lo toco..."

"La magia se detendrá".

"¿Es eso lo que quieres?"

Ione no dijo nada. Metió la mano en la caja. Cuando sacó una Maiden Card rosa, Elm la escuchó contener el aliento. Verla cerrar los ojos como si se estuviera preparando para algo terrible le provocó algo angustioso en el pecho. Una, dos, tres veces, tocó la Tarjeta. Todo quedó en silencio.

Y Ione Hawthorn tenía el mismo aspecto de siempre. Insoportablemente hermosa. Inalcanzable.

Era la Tarjeta de Doncella equivocada.

A Elm se le dio un vuelco el estómago. Ione no dijo nada. Si sintió decepción, no se mostró en su rostro. Ella simplemente le entregó la Doncella y observó, impassible, cómo la colocaba de nuevo en la caja.

Elm recuperó el Profeta, luego el Espejo y se los metió en el bolsillo. "Era una posibilidad remota".

Ella no pareció escucharlo. "Te tiemblan las manos".

"Tengo frío", dijo, cerrando la caja de golpe y bloqueándola. "Y odio estar aquí abajo".

"¿Hay algún lugar en Stone que no odies?"

"No." Luego: "La biblioteca, tal vez".

Esta vez, Ione le ofreció la mano. "Déjame adivinar", dijo Elm. "Cuando estás libre de la Doncella y todos los *sentimientos* regresan, te preocupa no poder vivir contigo mismo si no te apiadas del tembloroso y podrido Príncipe".

"Árboles, eres molesto". Ella agarró su mano con suficiente fuerza para calmar los temblores de Elm. "Ahora dime cómo llegar a la biblioteca".

Los ojos de Ione se abrieron como platos cuando atravesaron las puertas de doble arco. Su barbilla se alzó, su mirada color avellana se elevó con curiosidad hacia los imponentes estantes de la biblioteca, los pilares de piedra caliza y el alto techo arqueado. A Elm le asaltó una sensación que aún no había resuelto, que ella lo había traído allí para hacerlo *sentir* mejor.

Ella no debería intentar hacerle sentir nada, no con sus afectos encerrados. Pero cada vez estaba más seguro de lo que Elm había sospechado antes.

Había algunas cosas que ni siquiera la magia podía borrar.

La biblioteca no estaba vacía. Pero la larga mesa de caoba frente a la chimenea sí lo estaba. El lápiz y el cuaderno de bocetos de Elm todavía estaban tirados en el suelo desde ayer. Los recogió y se deslizó en una silla de espaldas a las llamas. Ione tomó asiento a su lado.

Elm abrió su cuaderno de bocetos. No tenía nada que dibujar. Pero necesitaba mantenerse ocupado, al menos hasta que el zumbido tenso y opresivo de sus manos (pecho y pies) se volviera más tolerable.

Pasó el lápiz con trazos largos y amplios sobre el papel, presionando demasiado fuerte, sangrando varias páginas. "Lo lamento. A veces me pongo así", dijo, frunciendo el ceño ante sus manos. "En Piedra".

La silueta de Ione era un suave espectro en su periferia. Ella pasó la mano por su cuaderno de bocetos y un dedo recorrió los extremos deshilachados de todas las páginas que había arrancado. "Debe ser difícil estar aquí sin tus primos. Verte obligado a ocupar el lugar de tu hermano como heredero".

Los ojos de Elm se dirigieron a su rostro. "¿Cómo sabes eso?"

"Ocupaste el lugar de Hauth en la sala del trono. Sentado en su silla en el gran salón. Creo que es obvio".

"El Rey aún no lo ha anunciado". Elm se apartó el pelo de los ojos. "Él está esperando."

"¿Para qué?"

*Para mí elegir una esposa.*

Cuando él no respondió, Ione se encogió de hombros con imparcialidad. "Pensé que te nombraría. Incluso consideré preguntarte sobre eso en el sótano, pero..."

Pero en el sótano las cosas no habían sido planeadas.

Elm hizo girar la mandíbula. La ansiedad de las bóvedas iba desapareciendo, reemplazada por una nueva inquietud. Se inclinó sobre la mesa y apoyó la mejilla en la

mano. "Sobre eso, Espino. Si lo fuera... si no te divertiste... Se aclaró la garganta. "Si prefieres fingir que nunca sucedió, lo entenderé".

"¿Qué te hace pensar que no lo disfruté?"

La risa de Elm tenía un tono agudo. "Decir que te fuiste con prisa no le haría justicia. Huiste".

Ione bajó la mirada hacia el cuaderno de bocetos. Tomó el lápiz de Elm y lo pasó con delicado abandono por el papel. Un mechón de pelo amarillo le caía detrás de la oreja. "¿Te sorprendería, Príncipe, si te dijera que si no nos hubieran interrumpido, me habría quedado?"

"¿A que final?"

El lápiz se detuvo sobre el papel. Y Elm fue recompensado con un rubor casi invisible. Un tono rosado que subió desde debajo del horrible cuello con volantes de su vestido hasta la mandíbula de Ione, instalándose en su rostro, haciendo que su boca se volviera aún más rosada. Le hizo cosas maravillosas y horribles a su imaginación. Se preguntó dónde más tendría ese tono rosado.

"¿Quieres que te diga todas las cosas que podríamos haber hecho?" ella preguntó.

"Sí."

"¿Con detalles sórdidos?"

"Absolutamente."

Ione pasó el lápiz por el centro de sus labios y lo miró a los ojos. "Ruégame que lo haga".

La mano de Elm se flexionó. Respiró hondo.

Las comisuras de la boca de Ione se torcieron. Ella estaba jugando con él... y él sólo tenía la culpa. Él le había dicho que lo hiciera. Y ahora ella, como él, había convertido en una ciencia, un juego perverso, medir sus reacciones hacia ella.

Una maldición se escapó de los labios de Elm. Se pasó una mano por el pelo despeinado. "Tienes mucha suerte de que no estemos solos en este momento".

Como convocados por sus palabras, sonaron pasos. Alguien se aclaró la garganta y luego sacaron una silla del lado opuesto de la mesa. Cuando Elm se giró, se encontró cara a cara con Baldwyn.

El mayordomo del rey llevaba un enorme libro de contabilidad, que dejó caer sobre la mesa con un ruido sordo y brusco. Observó a Elm por encima de sus gafas. "Príncipe Renelm". Sus brillantes ojos marrones se posaron en Ione. "Señorita Espino".

Los dientes de Elm estaban apretados. "¿Qué quieres, Baldwyn?"

El mayordomo desabrochó el cierre de cuero de su libro de contabilidad. "Su padre hizo redactar algunos documentos vitales, Su Alteza". Sacó tinta y una pluma. "Necesito tu tiempo y tu firma".

"¿Para qué?"

"El lado comercial de las cosas, como usted lo llamó", dijo Baldwin, sumergiéndose en la tinta en la tinta.

Elm miró el libro de contabilidad: el montón de pergaminos guardados entre sus encuadernaciones. Incluso al revés, podía leerlo.

*Renelm Rowan. Su segunda realeza. Guardián de las leyes. Heredero de Error.*

Elm se llevó una mano a la cara. "Eso fue rápido."

"En realidad, señor, los papeles estuvieron listos ayer. Pero me dijeron que estabas fuera, vagando por Castle Yew.

"El Heredero Galivante—me gusta. Agréguelo al título".

Baldwyn levantó la vista. "Humor", dijo, con la voz seca por la condescendencia. "Qué diferente eres de tu hermano".

La silla junto a Elm se deslizó hacia atrás e Ione se puso de pie. "Los dejo a ustedes dos..."

Elm envolvió sus dedos en su falda y la apretó con fuerza. "No tan rápido, Hawthorn".

Ione lo miró y entrecerró los ojos. "Solo estaré en el camino".

"Justo donde me gustas. Necesitamos un testigo, ¿no es así, Baldwin?"

"Tan. Ya he preguntado..."

"Perfecto. Ofrezco voluntaria a la señorita Hawthorn". Elm le dio un fuerte tirón al vestido de Ione. Se dejó caer en su silla con un ruido sordo y sus ojos color avellana brillaron, sólo para quedarse helada un segundo después.

Baldwyn hojeó el pergamino y luego giró el libro de contabilidad para que quedara frente a Elm e Ione. Miró por encima del hombro a un escriba que esperaba en el ala de la biblioteca. "No es necesario, Hamish", gritó. "Hemos adquirido un nuevo testigo".

El escriba asintió y se alejó. Cuando lo hizo, tuvo que abrirse paso a través de un grupo de cuatro mujeres, ninguna de las cuales se movió para hacer espacio. Hablaron entre sí en voz baja detrás de dedos enguantados, con todos los ojos fijos en Elm.

"Árboles", murmuró, con picazón bajo su escrutinio. Pero antes de darse la vuelta, una de las cuatro mujeres captó su mirada. No podía recordar su nombre. Yvette Laburnum... ¿era eso? Su padre era un entrometido, pero su propiedad aportaba más vino a Blunder que el resto juntos, por lo que era tolerado.

Yvette tenía el pelo castaño rizado y llevaba un vestido azul vibrante. Pero no fue el intenso tono cerúleo de su atuendo lo que llamó la atención de Elm.

Era la cualidad inhumana y etérea de su rostro. Era demasiado perfecta: su piel resplandeciente y sin defectos, su rostro tan simétrico que casi parecía extraño. Tanta belleza que apenas parecía real.

Porque no lo fue.

A su lado, Ione se inclinó hacia adelante. Ella también estaba observando a Yvette. Elm buscó debajo de la mesa y rozó con los nudillos la pierna de Ione, un reconocimiento tácito de la cosa (la magia) que se había unido a ellos en la biblioteca.

Otra carta de doncella.

El Rey Pastor había dicho que había tres en el castillo. Una Doncella estaba escondida en lo profundo de las bóvedas de su padre. Otro, al parecer, pertenecía a Yvette Laburnum.

Dos menos. Falta uno más.

La tarde pasó, ocupándose del papeleo del Rey. Las yemas de los dedos de Elm estaban manchadas de tinta por todas las veces que había firmado su nombre, cada *Renelm* menos formal que el anterior.

Ione permaneció sentada durante todo el proceso, con los ojos vacíos. Elm buscó debajo de la mesa más de una vez, le pellizcó la pierna, le tiró de la falda y buscó una señal de vida. Sus ojos brillarían por un momento y las comisuras de su boca se contraerían, pero más allá de eso, nada.

Cuando finalmente se terminó el título y Elm fue nombrado heredero al trono de Blunder, la única observancia fue romper el libro de contabilidad de Baldwyn. Hizo una reverencia. "Te veré en la fiesta en una hora, señor".

Ione y Elm se quedaron en la mesa. "¿Cómo se siente saber que usarás la corona?"

"Como caerse de un caballo". Elm metió la mano en su bolsillo y sacó las tres Cartas de la Providencia que había sacado de las bóvedas, ansioso por deshacerse del tema de la realeza. Puso las cartas sobre la mesa: Guadaña, Espejo, Profeta.

Ione los miró. "¿Por qué tomaste el Espejo?"

"Si la Carta del Profeta no hace nada para ayudarnos a encontrar a su Doncella, la siguiente opción obvia es analizar su mente con la Carta de Pesadilla". Se movió en su asiento. "Y no tengo ninguna intención de entrar en la habitación de Hauth y pedírselo".

"¿Lo robarías?"

Los ojos de Elm se posaron en su boca. Se imaginó susurrándole todo tipo de cosas, diciéndole a Ione Hawthorn que le tranquilizaba más ser un ladrón de caminos que un Príncipe Rowan. "Creo que puedo manejarlo". Deslizó la Carta del Profeta frente a ella. "¿Has usado uno de estos antes?"

Ella asintió, trazando la imagen en la Tarjeta: un anciano oscurecido por una capucha gris. "Mi madre tiene uno".

*Tenía*, pensó Elm, un pellizco en el estómago. "Las visiones del futuro no siempre son literales".

"Soy consciente." Ione golpeó al Profeta tres veces y cerró los ojos.

Elm observó cómo ella se quedaba quieta excepto por el ascenso y descenso de su pecho. Un momento después, los ojos de Ione se abrieron de golpe, sus dedos rígidos mientras golpeaba al Profeta, liberándose de su magia. Si Elm no se hubiera convertido en un estudioso de su rostro, podría haber pasado por alto la tenue línea que se dibujaba entre sus cejas. "¿Viste a tu doncella?"

"No sé. Yo... Se metió el labio inferior en la boca. "No sé *lo que vi*".

"Dime."

"Estaba en un prado. Había nieve en el suelo fuera de una pequeña cámara de piedra. La familia Yew estaba allí, llevando a un niño frágil en brazos". Su voz se calmó. "Tú también estuviste allí, Príncipe. Al igual que mi padre y mi tío Erik.

Elm se quedó helado. "¿Era el chico Emory?"

"Sí. Un hombre alto al que nunca había visto antes me protegía con una espada. Tenía los ojos amarillos, tal como los tiene ahora Elspeth. Tomó mi mano y desplegó mis dedos. Había tres cartas en mi palma. La Doncella, la Guadaña...

Sus ojos color avellana se alzaron. "Y los Alisos Gemelos".

## Capítulo treinta y uno

### *ravin*

Corrieron a través del bosque, con el crepúsculo pisándoles los talones. Arriba, los cuervos graznaban y sus alas oscurecían los huecos entre los árboles. Ravyn recordó lo que Hesis había dicho sobre su magia. *Puedo ver a través de los ojos de los cuervos.*

Jespyr miró hacia el cielo. "Lobos, ahora cuervos. Por una vez, me gustaría que no me persiguieran por estos miserables bosques.

La Pesadilla los guió. Detuvo el paso para golpear la tierra con su espada tres veces y luego colocó una mano sobre un álamo nudoso. Cerró los ojos. Susurrado.

Con los ojos cerrados así, fácilmente podría haber sido Elspeth. Las entrañas de Ravyn se retorcieron. "¿Qué estás haciendo?"

"Preguntando por el camino".

Un gran silencio se apoderó del bosque. No los tocaba ninguna brisa, ni las hojas crujían bajo sus botas. La niebla los sostenía en sus brazos, sal, escozor y un escalofrío que era tan profundo que le recordó a Ravyn la mazmorra de Stone.

Luego, una tras otra, las ramas del álamo empezaron a girar. Torcidos, se doblaron, pero nunca se rompieron.

Todos apuntaban hacia el este.

Cuando Nightmare abrió sus ojos amarillos, estaban llorosos. "Casi estamos allí."

La niebla se hizo más espesa y el cielo se oscureció. La espada de Nightmare brillaba en la tenue luz mientras los conducía a través de zarzas y densa maleza. No había camino. Pero su andar era rápido, claro.

Un dolor punzante atravesó el rostro de Ravyn, irradiando desde su nariz, que había comenzado a sangrar nuevamente. Cuando la sangre le entró en la boca, tosió y la escupió.

La Pesadilla se volvió.

"Estoy bien", espetó Ravyn. "Sigue adelante."

El suelo comenzó a descender hacia un valle poco profundo, la niebla era tan densa y el cielo tan oscuro que Ravyn apenas podía ver a un brazo de distancia más adelante. Un ruido sordo sonó detrás de él, seguido de una ráfaga de maldiciones. Ravyn encontró a Petyr atrapado en un cornejo y lo liberó con un fuerte tirón en el collar.

"Tenemos que parar", dijo Petyr. "Nos romperemos los tobillos al caminar entre zarzas como esta". Hizo una mueca. "Tu nariz es un desastre, muchacho".

“Todo este viaje es un desastre”, murmuró Jespyr. Una mirada al rostro de Ravyn la hizo detenerse en seco. “El tiene razón. Deberíamos descansar para pasar la noche”.

“Aquí”, llegó la voz resbaladiza de Nightmare desde adelante. Cuando lo encontraron en el fondo del valle, estaba parado inmóvil al borde de un bosque nuevo.

Los árboles frente a él no sólo estaban uno cerca del otro. Eran un *muro*. Al igual que el lago, el bosque se extendía más allá del horizonte. Había cientos (miles) de árboles, todos entrelazados.

El pulso de Ravyn se aceleró. Dio un paso adelante y puso una mano callosa sobre un baúl torcido. “Son alisos”.

La voz de Nightmare se deslizó entre sus dientes. “El el segundo comienza en el cuello de un bosque, donde no puedes volver atrás, aunque en verdad deberías hacerlo. Los que aquí entran no son cautelosos, inteligentes ni buenos. No sabes nada del infierno.

“Hasta que hayas cruzado el bosque de alisos”.

El viento susurraba entre los árboles y, sobre él, el penetrante olor a sal.

“La carta de los Alisos Gemelos”, dijo Jespyr, con los ojos fijos con escepticismo en la interminable hilera de árboles. “¿Está dentro?”

“Sí.”

“¿Cómo entramos?”

“Eso es para mañana. Por ahora...” La Pesadilla se giró, mirando hacia donde habían venido. “Aspen”, murmuró.

Los álamos empezaron a desplazarse hacia el valle. La tierra se levantó y el suelo rodó. Petyr perdió el equilibrio y cayó, y Jespyr se apoyó en Ravyn antes de que ella también cayera con la boca llena de tierra.

La Pesadilla blandió su espada en patrones circulares bajos, y los álamos lo siguieron de acuerdo. Cuando los árboles terminaron de reorganizarse, formaron un círculo alrededor del grupo.

Nightmare chasqueó su espada tres veces más y los árboles se quedaron quietos, tan juntos que un niño no podía deslizarse por los huecos de sus troncos.

“Deberíamos estar a salvo de cualquier tipo de bestia aquí”, dijo Nightmare. Se giró y apuntó con la punta de su espada al rostro de Ravyn. “Siéntate, Ravyn Yew. Voy a arreglarte el pico roto”.

La ancha espalda de Ravyn se apoyaba contra el tronco de un álamo temblón. No le gustó. Se parecía demasiado al poste al que lo habían atado en ese fuerte, donde había perdido toda su compostura.

Donde había matado a Gorse.

Petyr se sentó a su lado con un gruñido. “Wik...” Exhaló, con voz irregular. “Me rompió la nariz cuando éramos niños. Duele muchísimo”.

“Estoy bien.”

La risa de Nightmare sonó a unos pasos de distancia. Se echó agua de la cantimplora de Petyr sobre sus manos, lavándose la suciedad.

Jespyr se agachó en el lado más alejado del círculo de álamos y todos miraron hacia otro lado mientras ella hacía sus necesidades detrás de un arbusto. Cuando terminó, se puso de pie y se pasó una mano por la mejilla. Hizo una mueca. "No estoy seguro de que esas perras no me rompieran algo en la cara también".

Estaba demasiado oscuro para ver gran parte de ella. La luna no era más que una mancha pálida en el cielo nocturno, envuelta en niebla. Aún así, la hinchazón de la mejilla izquierda de Jespyr era inconfundible.

Ravyn no lo había notado durante su pelea en el patio. La magia de Otho, ese terrible humo, había delineado su visión en rojo. No había conocido nada más que rabia y odio.

La culpa lo agarró por el cuello. Buscó en su bolsillo y entrecerró los ojos en la penumbra para discernir cuál tarjeta era rosa. "Aquí", dijo, tendiéndole la Tarjeta de Doncella a Nightmare. "Dale esto a ella".

Las fosas nasales de Nightmare se dilataron y su mirada recorrió a la Doncella. "No puedo tocarlo".

Ravyn arqueó las cejas.

"Créame, desearía poder hacerlo. Me habría ahorrado la molestia de viajar contigo si fuera capaz de recuperar los Twin Alders yo mismo. Pero este sigue siendo el cuerpo de Elspeth. Cualquiera Carta que toque, ella absorberá el objeto que pagué para forjarla".

Jespyr lo rodeó y arrebató a la Doncella de las manos de Ravyn. "¿Cuánto pagaste por este, Rey Pastor?"

"Su cabello, cortado con una cuchilla", respondió Petyr. Hubo una pausa. "¿Qué? No es que no haya leído *El Libro Viejo*".

Ravyn se tocó la nariz. Hizo una mueca. "No sabía que sabías leer en absoluto".

El codo de Petyr chocó contra sus costillas magulladas. "Ríete mientras puedas. Todos sabemos que esa bonita tarjeta rosa no hará nada para *curarte* .

Jespyr tocó a la Doncella. Cerró los ojos. Deje escapar un largo suspiro. "Árboles", dijo con voz reverente. "Se siente tan bien no sentir dolor". Presionó una mano contra su mejilla curada y luego golpeó a la Doncella tres veces más. "Digamos que Elspeth tocó esta Carta en lugar de la Pesadilla hace tantos años. Ella habría absorbido... ¿tu cabello?"

"Sí", respondió la Pesadilla. "Tenía el pelo largo. Oscuro." Sus ojos se elevaron por encima de la cabeza de Ravyn. "Como el tuyo. Quizás se le hubiera obstruido la garganta. Se enredó alrededor de su corazón. Hizo un nido en sus pulmones".

Jespyr tomó asiento junto a Ravyn. "Justo cuando creo que te estás volviendo tolerable, vas y abres la boca".

La Pesadilla se acercó con paso silencioso. Él se cernía sobre ellos. Chasqueó los dientes y luego agarró la nariz de Ravyn.

Se escuchó un terrible chirrido y el dolor atravesó la máscara del rostro de Ravyn. “*Malditos árboles.*”

“Como sospechaba”, dijo Nightmare, indiferente. “Decididamente roto.”

Ravyn echó la cabeza hacia atrás. “Difícilmente eres un médico”.

“No. Pero he reparado mi parte de narices, la mía en particular.

“Espero que quien lo haya roto haya disfrutado la sensación”.

“Estoy seguro de que lo hizo”. Su voz quedó atrapada en la niebla. “Tenía una mano exigente, Brutus Rowan, cuando se trataba de dolor”.

Todos se quedaron quietos.

Lentamente, Jespyr se inclinó hacia adelante. “¿Lo conocías bien? ¿El primer rey Rowan?”

“Orina en eso”, dijo Petyr. “Cuéntanos qué es lo que todo el mundo ha pasado quinientos años adivinando. ¿Fue él quien te mató?”

La Pesadilla no respondió. Su boca era una línea apretada y sus ojos estaban fijos en los árboles. Tenía esa mirada distante que tenía cuando hablaba con Elspeth.

Ravyn hizo girar la mandíbula. “¿Bien?”

Los ojos amarillos se fijaron en él. “Sí. Lo conocía bien”. Se inclinó sobre Ravyn. “Esto va a doler. Quizás quieras distraerte”.

“¿Cómo propones que haga eso?”

“Mete la mano en tu bolsillo”.

El ceño de Ravyn se frunció y Nightmare dejó escapar un suspiro. “No es realmente estúpido”, murmuró. “La carta de la pesadilla, Ravyn Yew. Esa es la mejor invitación a entrar en mi mente que jamás recibirás”.

Con las costuras gimiendo, Ravyn se metió la mano en el bolsillo y sacó el Espejo y luego el Caballo Negro de Gorse.

Su estómago se revolvió. Cuando sacó la Tarjeta Nightmare, le temblaban las manos.

Tres grifos. Sal. Entonces ... *Ravyn.*

Cerró los ojos. *Elspeth.*

*¿Estás... ?* Un sonido agudo y enojado revoloteó en la mente de Ravyn. *Sigo intentando alcanzar tu mano.*

Un nudo se hizo en la garganta de Ravyn. *Desearía que pudieras.*

*Están temblando. Tus manos.*

*Lo sé. Han estado temblando desde...*

La Pesadilla se adelantó. Agarró la nariz de Ravyn entre ambas manos. Hubo otro terrible sonido chirriante, de cartílago y hueso, y luego Ravyn se tambaleó. Petyr y Jespyr le presionaron los brazos a ambos lados.

“Quédate quieto, caballo bravucón”, gruñó Jespyr.

*Quédate quieto, Ravyn.*

El dolor lo pintó. Su rostro se torció y cerró los ojos con más fuerza aún, tratando de ocultarlo. Pero no pudo... no esta vez. *No me mires, Elspeth.*

*Ravyn.*

Sacudió la cabeza, habló con Elspeth, consigo mismo, con voz entrecortada. "No quiero que nadie me vea así".

Jespyr le agarró la mano izquierda y luego Petyr la derecha. Y Elspeth... su voz estaba en todas partes. Mil pétalos de rosa cayendo sobre él. *No corres peligro de perderme a mí, a tu hermana, a tus amigos. No hay debilidad en el dolor, Ravyn.*

La presión creció detrás de sus ojos. "Lo que hice en ese patio, lo que dije..."

Jespyr le sujetó el brazo, protegiéndolo contra los temblores. "Lo sé. Fue terrible. Lo que dije también fue terrible. Lo lamento."

Hubo un destello más de dolor candente, y luego Nightmare soltó la nariz de Ravyn. "Mantenlo elevado".

Ravyn presionó la parte posterior de su cabeza contra el álamo. La Pesadilla se inclinó sobre él. "¿No lo entiendes?" él susurró. "Después de esto, no puede haber una fachada pétrea, ni fingir. La muerte exige ser sentida. No fue sólo Gorse quien murió hoy en ese patio". Su mirada amarilla llegó a las partes más oscuras de Ravyn. "Pero también el Capitán de los Destriers".

Era tarde. Ravyn, Jespyr y Nightmare todavía estaban despiertos... apenas. Petyr roncaba, acurrucado sobre sí mismo.

A Ravyn la nariz le dolía un poco menos. Lo mantuvo elevado, con los ojos fijos en los largos troncos de los álamos, todos ellos extendidos hacia el cielo como brazos oscilantes, agarrando la luna.

Jespyr tenía la carta Nightmare. Estaba hablando con Elspeth; su rostro estaba más relajado de lo que Ravyn había visto en días. Cuando terminó, pasó un dedo apático por el borde de la Tarjeta. Se lo devolvió a Ravyn.

Lo tocó.

*Estás cansado* , susurró Elspeth, su voz cubriendo su mente como una manta. *Estaré aquí cuando te despiertes. Descansa ahora.*

*No quiero descansar, Elspeth. Sus párpados cayeron. Solo te quiero a ti.*

*Lo sé. Ella hizo una pausa. Sigue siendo muy llamativa tu nariz. Sin duda su mejor característica.*

Los músculos se tensaron en las comisuras de la boca de Ravyn. *¿Crees que sí?*

*Buenas noches, Ravyn.*

*Buenas noches, señorita Spindle.*

Tocó la Tarjeta Nightmare y la guardó en su bolsillo.

"Ahí está", dijo Jespyr bostezando. "Un indicio de esa sonrisa esquivada".

"No sé de qué estás hablando".

Ella le tocó el hombro. "Testarudo hasta el final".

"Alguien tiene que calmar tu optimismo".

"Para eso está Elm. Pero usted... usted no es pesimista en absoluto, hermano. Ella sonrió. "Y te mata".

La mirada de Nightmare se movió entre ellos. Sedoso y lento, dijo: "Yo también tenía una hermana, no dos años menor que yo. Mi padre solía decir que éramos como ramas de nuestro árbol homónimo. Retorcidos e intrépidos, Ayris y yo".

Se alejó antes de que Ravyn pudiera preguntar más, retirándose al otro lado del círculo de álamos.

"Me asusta", dijo Jespyr, acercándose. "Paso la mayor parte del tiempo esperando que no me mire con esos ojos amarillos. Parece tan siniestro, tan inhumano, pero claro...

"Nos recuerda quién era", murmuró Ravyn. "Antes de convertirse en el monstruo".

Juntaron sus espaldas y levantaron la mirada hacia el cielo. Se habían sentado así cuando eran niños, como Destriers patrullando, como bandoleros en el bosque.

"No puedo ver ninguna estrella", dijo Jespyr.

"Demasiada niebla". Los párpados de Ravyn cayeron. "No sé qué hay al otro lado de esos alisos, Jes. Cuando encontremos una manera de entrar, mantente cerca".

Cuando se quedó dormido, la voz de su hermana estaba en su oído. "Siempre hago."

## Capítulo treinta y dos

### *Olmo*

Era sólo la tercera fiesta y el encanto cortesano de Elm se estaba agotando. Pero su padre estaba en el estrado, ahogándose en mal humor y vino, y Elm preferiría bailar hasta que le sangraran los pies antes que sentarse un momento más en la silla de Hauth.

El tema de la noche fue Providence Cards. Bastante poco inspirado en Baldwyn, pensó Elm, para convertir en tema algo que ya constituía gran parte de la charla ociosa en la corte.

Los disfraces eran... predecibles. Desmañado.

La mayoría de las mujeres vestían vestidos rosados y rosas en el cabello, evocando a la Doncella. Otros estaban vestidos de violeta para la Mirror Card, con pequeños espejos plateados en sus manos. Los hombres vestían turquesa para el Cáliz, lo cual era útil porque todos bebían mucho de sus copas.

Había unas túnicas blancas adornadas con cuellos de plumas para el Águila Blanca, la Carta del coraje. Un alma valiente había atado cables a la parte trasera de su jubón y había esparcido hiedra a su alrededor para representar la Puerta de Hierro. Otro había relleno su túnica dorada con exceso de tela, dándole a su abdomen una forma ovalada y redondeada. El huevo de oro.

Sólo el Rey vestía de rojo para la Guadaña, y nadie estaba adornado de negro para el Caballo Negro. Ese derecho estaba reservado para los Destriers.

Elm lo usó de todos modos.

La orquesta tenía tres violines más, y tocaba más fuerte ahora que la hora de la cena había terminado y el baile había comenzado. El vino fluyó hasta desgastarse en la cara de todos, manchando mejillas, labios y dientes.

Valía la pena ser alto y, a pesar de la multitud, Elm podía observar fácilmente cada rincón del salón, en busca de ese revelador cabello amarillo. Ione no estaba acompañada de ninguno de los bailarines ni estaba sentada en ninguna de las mesas. Elm estaba a punto de soltar las manos de su pareja de baile e ir a buscar en el jardín cuando vio un círculo de mujeres de pie junto a la pared más alejada.

Estaban jugando una especie de juego con una Tarjeta de Pozo. De las seis, cuatro vestían trajes rosas de Maiden Card y una violeta para el Mirror. La última mujer, con el pelo amarillo recogido en un moño en la nuca, estaba de espaldas a Elm. Estaba vestida con un vestido de color burdeos intenso, color vino. Sus dedos estaban pintados de negro hasta los nudillos, con la intención de transmitir garras.

El único disfraz de Nightmare Card en la habitación.

El baile terminó y Elm se dio cuenta de que no había escuchado una palabra de lo que había dicho su compañero. Él le hizo una rápida reverencia y avanzó rápidamente entre la multitud. Cuando el círculo de mujeres lo vio venir, olvidaron su tarjeta de pozo y sus miradas se centraron por completo en él, excepto la de Ione. Se tomó su tiempo para darse la vuelta. Cuando finalmente se dignó, Elm vio que sus párpados estaban pintados de amarillo, el mismo color que los ojos del monstruo de la Carta de Pesadilla.

"Príncipe." Su mirada, su rostro, su boca, todos eran ilegibles. "Me sorprende que no estés usando Scythe rojo".

"Y yo también para encontrarte en algo que no sea un bonito, bonito rosa".

"No hay nada malo con el rosa". Arrastró sus ojos pintados sobre la túnica negra y el jubón de seda de Elm. "Tú, terrible snob, pareces un bandolero rico".

"Creo que viste de negro para el Caballo Negro, Ione", susurró una de las mujeres detrás de ella.

Elm e Ione respondieron al mismo tiempo. "Él no es-"

"-No soy."

Las comisuras de los labios de Ione se torcieron. Elm se frotó la nuca y sonrió. "¿Qué pasa contigo?" Él agitó una mano hacia su disfraz. "Ese es un atuendo bastante monstruoso".

Los ojos de Ione se posaron en su vestido color burdeos. "Tu padre me lo dio. También ordenó que me pintaran las manos y la cara".

La sonrisa de Elm vaciló. Al igual que los otros que le habían regalado desde que llegó a Stone, el vestido no le quedaba bien a Ione y su cuerpo estaba perdido por el exceso de tela. La única parte que le quedaba bien eran los volantes debajo de la mandíbula. Estaba empezando a pensar que no era un accidente, que todos sus escotes parecían un collar.

Una cosa era que Ione hubiera elegido el disfraz ella misma. Sabiendo que su padre lo había orquestado para castigarla...

El calor le quemó la garganta.

"Me imagino que el Rey quería recordarme que la única razón por la que estoy aquí es por la Tarjeta Pesadilla que mi padre le pagó". Ione levantó la mano y curvó los dedos pintados como si fueran garras. "O tal vez simplemente deseaba llamarme monstruo".

Las mujeres detrás de Ione se inclinaron hacia adelante. "En absoluto, Ione. El rey Rowan te prestó especial atención y se encargó de tu disfraz.

"De verdad", dijo otro. "Los Rowan han sido muy atentos".

"Qué difícil debe ser, Ione", intervino un tercero, "para ti "Veó las cosas bajo una luz suave, con el príncipe Hauth en cama por enfermedad".

Ione ni siquiera parpadeó. "Es realmente difícil". Se volvió hacia Elm. "Creo que los juegos han comenzado en el jardín, Príncipe. ¿Te importaría acompañarme hasta allí?"

Sus ojos se encontraron. "Por supuesto." Sin bajar la mirada, Elm llevó la mano de Ione a su pecho y la presionó contra la suave tela de su jubón. Añadiendo la más mínima presión, pasó los dedos de ella por su abdomen, limpiando la pintura negra de su piel. Él hizo lo mismo con la otra mano, su ropa absorbió la mancha. "La llevaré a donde quiera ir, señorita Hawthorn".

Salieron del círculo de mujeres, con las manos todavía entrelazadas. Cuando llegaron a las puertas doradas del jardín, Elm dijo, con más rudeza de lo que pretendía: "No eres un monstruo".

"No seré nada hasta que recupere mi Tarjeta de Doncella".

El aire de la noche tocó la frente cálida de Elm. "Hablando de eso", dijo, mirando hacia los jardines laberínticos. "¿Qué parte del jardín intentabas buscar antes de que Linden te detuviera?"

"El laberinto de rosas. Allí hay estatuas de piedra vieja y agrietada".

Siguieron el camino, pasando junto a los cortesanos, jugando con las Cartas del Águila Blanca, el Pozo y el Cáliz. Amantes del pasado, escondiéndose detrás de los setos y debajo de los árboles. Más allá de las zarzas, se adentraron en un verdor oscuro, hasta que sólo quedaron Elm, Ione, el jardín y la niebla.

"¿Tienes tu encanto?" -Preguntó Ione.

Elm movió su muñeca, su brazalete de crin rozó su piel. "¿Tú?"

Estiró la tela y sacó el diente de caballo de una cadena de debajo del escote de su vestido.

Elm sacó una antorcha de su soporte y los condujo a un laberinto formado por rosales cuidadosamente podados que habían perdido sus flores. Registraron cada estatua, cada grieta en ellas.

Nada.

Ione permaneció en silencio, el único sonido entre ellos era el eco distante de los cortesanos y el gong del castillo, que resonaba en todo el jardín: nueve toques. Por cada estatua que no contenía ninguna Carta de Doncella en sus grietas, Elm perdía un ápice de paciencia. Cuando el gong dio las diez, estaba zumbando de inquietud. "¿Estás enojado conmigo?"

La mirada de Ione se elevó lentamente hasta su rostro. "No. ¿Por qué piensas eso?"

"No hemos encontrado su tarjeta".

"Eso no es tu culpa. No lo ocultaste".

"No, pero... simplemente pareces..." Tragó. "No me llevo bien los silencios largos. Tiendo a pensar demasiado".

"¿Es Stone lo que te molesta, Príncipe? ¿O yo?"

"No me molestas, Hawthorn". Se mordió el interior de la mejilla. "Al menos no de la misma manera que lo hace el castillo".

Era difícil mirarla. Debajo del dolor que existía entre ellos había un hilo fino y frágil. Una Ione se había deslizado por el ojo de una aguja y se había hundido en el pecho de Elm, pasando por todos sus ladrillos y púas, aunque todavía no se daba cuenta. Era incómodo fingir que ella no estaba cosida a él, que no se había vuelto vital para él, ayudándola a encontrar su Tarjeta de Doncella. Que no sentía algún tipo de dolor cada momento que estaba con ella. Todo era tan terrible y maravillosamente incómodo.

Entonces Elm hizo lo que siempre hacía cuando se sentía incómodo. Metió la mano en el bolsillo y sacó su guadaña. "¿Para qué querías esto?" él dijo. "¿Cuando jugamos nuestro jueguito con el Cáliz y te engañaste lo suficiente como para pensar que no te recordaría?"

Ione palpó las grietas de una estatua cercana. "Quería ver si podía obligarme a recordar dónde escondí a mi Doncella".

"Podría intentar. No puedo garantizar que funcione..."

"No. No quiero que nadie use una guadaña conmigo. Ni siquiera tú, Príncipe".

A Elm le llevó un momento. Él hizo una mueca. *Maldito Hawth*. Colocó su Tarjeta en la mano de Ione. "Entonces hazlo tú".

Ella ladeó la cabeza y sus dedos se cerraron alrededor de la guadaña. "Tuviste algunas palabras selectas para mí la última vez que tuve esta Tarjeta en mi mano".

Elm tiró de un mechón de su cabello que se había caído del moño. "Eso es porque, malvado, lo robaste de mi maldito bolsillo".

"Así que lo hice." Ione giró la guadaña entre sus dedos. "Casi me sentí... bien, hacer que los bandoleros hicieran lo que yo quería".

"¿Y el dolor de usarlo por mucho tiempo? ¿Como fue eso?"

La Guadaña se quedó quieta. "Horrible. No sé cómo lo soportas".

"Estoy acostumbrado a eso." Elm pateó una piedra por el camino. "Tuve una amplia educación sobre el dolor".

Ione dio un paso atrás. Entrecerró los ojos sobre él. "No deberías ser tan arrogante con lo que te pasó, Príncipe".

"¿Qué quieres que haga? ¿Quemar el castillo con todos los que están dentro?"

"Eso sería un comienzo."

Una risa subió por la garganta de Elm. "Árboles, espino. Qué reina serías".

No había querido decirlo. Y, amablemente, Ione no respondió. Su mirada simplemente brilló por un momento, luego volvió a la guadaña en su mano. Respiró hondo, le dio tres golpecitos y cerró los ojos.

Elm se quedó muy quieto. Cuando esos ojos color avellana se abrieron de nuevo, eran insensibles. "No", dijo, devolviéndole su tarjeta. "Simplemente recuerdo lo mismo. Piedra agrietada".

Salieron del laberinto de rosas y se dirigieron al bosque de serbales. La niebla estaba por todas partes, un mordisco salado en los sentidos de Elm. Se cernía densamente sobre un pequeño estanque en la cúspide de la arboleda. En el centro del estanque había una

pequeña isla y sobre ella una estatua. La piedra estaba vieja y agrietada. Pero no había lugar a dudas sobre el hombre tallado en mármol.

Bruto Rowan. El primer Rey Rowan.

Elm había arrojado piedras a la estatua cuando era niño. No le gustó la cara de Brutus. Era guapo, con una sonrisa tallada en sus labios. Pero debajo de la sonrisa, persistía una fría amenaza. El pecho de Brutus era ancho, hinchado en señal de dominio. Sus cejas estaban bajas, su visión fija en algo que sólo él podía ver, un cazador observando a su presa. A Elm le recordaba demasiado a su padre... a Hauth.

Miró el estanque con atención. "¿Recuerdas nadar en el equinoccio?"

"No. Pero mi vestido estaba tan arruinado que podría haberlo hecho".

"Si quisiera poner una Carta de Doncella fuera de mi alcance", dijo Elm, señalando la estatua, "podría obligar a alguien a nadar un poco para esconderla".

Sus cejas se arquearon. "¿Allá?"

Elm ya se estaba quitando las botas. "No queda piedra sin remover, Hawthorn". Se quitó el jubón y se quitó la túnica por la cabeza. Cuando vio a Ione acariciando la piel desnuda de su espalda, sonrió. "Lo siento." Él asintió hacia su ropa desechada. "Debería haberte preguntado si querías ayudar con eso".

Se sumergió en el estanque. El agua estaba fría y resbaladiza por las algas. Elm mantuvo los ojos cerrados y pateó, llegando a la isla en diez golpes.

No había lugar para estar de pie, la isla apenas era más grande que la base de la estatua. Elm se apoyó en el brazo de mármol de Brutus Rowan y salió del agua, mientras la niebla persistía a su alrededor.

"¿Bien?" Ione llamó.

Buscó en las grietas de la estatua. Algunas estaban bien, otras irregulares. Había una fisura en el pecho de Brutus Rowan, lo suficientemente profunda y ancha como para que Elm pudiera deslizar un dedo. Pero no había nada en la brecha: sólo piedra fría. Ni un solo indicio del borde aterciopelado de una Providence Card. "Nada."

Sacó el dedo, cerró el puño y golpeó a Brutus Rowan en su estúpido pecho de mármol.

La estatua gimió. La fisura en el pecho de Brutus se ensanchó, extendiéndose por sus piernas hasta que una gran grieta se convirtió en cientos.

"Mierda."

Las piernas de mármol de Brutus Rowan se rompieron en los tobillos y la estatua cayó al estanque, llevándose a Elm consigo. Golpeó el agua, empujado por el peso del mármol, contuvo la respiración y nadó. Cuando su espalda chocó contra el terraplén cubierto de hierba, se arrojó sobre él y respiró hondo...

La niebla se precipitó hacia él.

Sabía a salmuera y a podredumbre. Llenó los pulmones de Elm, su cuerpo, su mente. Se quedó rígido en el suelo, con los ojos muy abiertos mientras buscaba a tientas su muñeca, buscando la sensación familiar de la crin.

Su encanto había desaparecido. Perdido, en algún lugar del estanque.

"¿Príncipe?"

Elm tosió. Cuando intentó hablar, su voz fue ahogada por otra. Llegó en medio de la niebla, sonando cerca y lejos, como una tormenta. *Olmo*, lo llamaba. *Olmo podrido y arruinado. Desatendido, ahora elegido. Te veo, heredero de Reyes. Siempre te he visto.*

Ione estaba en la hierba junto a él, con las manos sobre sus hombros. "¿Qué ocurre?"

Una compulsión tan fuerte como la de cualquier Scythe estaba cavando en Elm, diciéndole que se levantara, que se adentrara más profundamente en la niebla. Rechinó los dientes y la sal le secó la boca. "Encanto", logró decir.

Ione se arrancó la cadena del cuello de un solo tirón. La mano de Elm era una garra en la hierba. Ione lo atrajo hacia ella y lo golpeó con su propia mano, su amuleto fijado entre sus palmas.

El siguiente aliento que Elm aspiró estaba libre de niebla. Al día siguiente, la podredumbre y la salmuera abandonaron su cuerpo. Sus músculos se aflojaron y miró a Ione.

El pelo amarillo se desprendió del moño, balanceándose con el rápido tirón de su respiración. Buscó el rostro de Elm. "Príncipe Renelm. Sería terriblemente *imprudente* morir buscando mi Tarjeta de Doncella.

Elm apretó con más fuerza su mano. "No me llames así", dijo, temblando. "Es Elm. Sólo Elm".

"¿Es ese el privilegio que tengo después de salvarte la vida dos veces?"

Salió de la hierba y se inclinó lo suficiente para ver dónde deberían estar las pecas de su nariz. "Gracias." Sus ojos se posaron en su boca. "Te debo."

La respiración de Ione se aceleró. "Me estás ayudando a encontrar mi Tarjeta. Llámalo equilibrio".

No lo hizo. Quería llamarlo de otra manera.

Se tomaron de la mano, con el encanto de Ione presionado entre ellos, hasta que salieron de la niebla y atravesaron las puertas doradas del jardín. Elm tenía un amuleto de crin de repuesto en su habitación y necesitaba ropa nueva antes de continuar con la búsqueda. Estaba atando un jubón limpio cuando la puerta de su habitación se abrió de golpe.

Filick Willow estaba en el umbral, con los ojos muy abiertos.

"Oh, por el amor de... Filick. Pensé que habíamos hablado de *tocar la puerta* .

Había sangre en su túnica blanca de médico. "Alteza." Su mirada se dirigió a Ione, sentada en la cama de Elm. "Señorita Espino. Ambos deberían venir".

La espalda de Elm se puso rígida. "¿Qué ha pasado?"

"Alto Príncipe Hauth". Miedo. Había mucho temor en los ojos del Médico. "Está despierto".

## Capítulo treinta y tres

### *Elsbeth*

La Pesadilla observó a Ravyn y Jespyr mientras se quedaban dormidos.

*¿Estarán a salvo allí dentro? Yo pregunté. ¿En el bosque de alisos?*

*No.*

*Entonces debes mantenerlos a salvo.*

Se agachó y luego lentamente cayó al suelo. Colocó su espada en su regazo. *No lo he hecho bien protegiendo a quienes aprecio.*

Cuando dormía, atravesaba la oscuridad de su mente y sus recuerdos me encontraban rápidamente.

Me senté en la piedra de la cámara que había construido y miré hacia arriba. El techo que había construido cuando era más joven estaba desgastado. Afuera, los tejos se balanceaban, agitados por una fría brisa otoñal. Ninguna luz del sol moteada fluía entre sus ramas.

Sólo había una niebla gris.

"¿Padre?"

Mi mirada se desvió hacia la ventana. Ayris estaba allí, de pie. De la mano de Tilly. La habitual calidez de mi hermana era cautelosa y sus ojos amarillos eran duros. Pero cuando habló con mi hija, su voz era suave. "Continúa, Tilly. Preguntarle."

Tilly curvó un dedo al final de una de sus trenzas oscuras. Sonrió tímidamente. "¿Podemos columpiarnos en el tejo como prometiste?"

La miré indiferente. Era más fácil, ahora que había creado la Tarjeta Nightmare (mi alma perdida en terciopelo) diciéndoles a los niños *que no*. "Ahora no, mi querida niña", dije con una voz suave como la seda. "Aún tengo trabajo por hacer".

Su sonrisa se desvaneció. "Está bien." Soltó la mano de Ayris, se levantó la falda y suspiró. "Esperaré en el prado. En caso de que cambies de opinión".

Cuando me miró, Ayris, mi hermana del sol, estaba llena de escarcha. "Tu trabajo", dijo, "te ha convertido en un extraño".

Se apresuró a seguir a Tilly.

Un momento después, el coro de voces de los árboles resonó en mi mente.

*Once cartas que te ha dado el Espíritu, Taxus. ¿ Todavía pides más ?*

"Esta niebla", dije, la palabra un silbido en mi lengua. "Hace que mi gente pierda el rumbo. Los atrae hacia la madera. Su magia no es una bendición, sino una maldición".

*Así es la magia , susurraron los árboles.*

“Quiero otra tarjeta. Uno que disipe la niebla”.

*El Espíritu no te dará una Carta para deshacer lo que ella ha creado para atraer a la gente a regresar a sus bosques.*

“Entonces quiero una manera de curar la fiebre y la infección que trae. Me dijiste que, después de hacer trueques, llegaría un día en que podría curarlo”.

*Ese día aún no ha llegado, Rey Pastor.*

Junté mis molares. “Me canso de tus enigmas, árboles. Si no puedo obtener respuestas de ti”—mi mirada se entrecerró—“entonces hablaría con el Espíritu mismo. Dame una tarjeta para hacerlo”.

Su pausa fue ensordecedora. *Muy bien , susurraron. Pero del precio, no lo dirá.*

“No me importa. Pagaré cualquier cosa”.

*¿Cualquier cosa?*

“Cualquier cosa.”

La sal llenó la cámara, más fuerte de lo que jamás la había oído. Mi visión se deterioró y caí. Mi cabeza golpeó el suelo con un ruido sordo brutal, once Cartas de la Providencia cayeron de mi bolsillo y se esparcieron a mi alrededor.

Cuando desperté, había una duodécima carta encima de la piedra. Verde bosque, con dos árboles representados: uno pálido y el otro oscuro. En el guión encima de ellos estaba escrito *The Twin Alders* .

Lo golpeé tres veces. Esperó. Nada. Una maldición se formó en mis labios. Toqué la Tarjeta de Doncella para curar mi cabeza.

Pero la Tarjeta no funcionó.

Se me hizo un nudo en la garganta. Toqué el espejo y traté de volverme invisible. Nada.

El Pozo no me mostró enemigos; la Puerta de Hierro no me dio serenidad. Grité en carne viva y golpeé las cartas hasta que me dolieron los dedos. Aún así, no pude manejarlos.

Me desplomé al pie de la piedra, rodeado por las luces de colores de los Cards. Encontré una manera de hablar con el Espíritu del Bosque. Había sangrado, intercambiado y doblado por doce Tarjetas Providencia.

Y no pude usar ni uno solo.

Las páginas de la memoria pasaron más rápido.

Un pregonero leyó un decreto real, advirtiéndome a todo Blunder que se mantuviera alejado de la niebla.

Entonces, una mujer, gritando de dolor, tiene las venas del color de la tinta. Ella había logrado pasar a los guardias del castillo hasta llegar a mi salón del trono, rogando por una audiencia con mis médicos. Mi Capitán de la Guardia, Brutus Rowan, golpeó su guadaña tres veces, obligándola a salir.

“El error garrafal corre grave peligro”, me dijo en la intimidad de mi biblioteca. “Esta niebla es una plaga. Y se propaga”.

Estaba sentado ante un amplio escritorio rodeado de montones de pergaminos color tinta. Me incliné sobre un cuaderno, garabateando locamente. Con la otra mano, hice girar la tarjeta Twin Alders entre mis dedos. “Ya te lo he dicho cientos de veces”, dije, sin molestarme en mirar hacia arriba, “encontraré una manera de levantar la niebla”.

“La gente se ha perdido en esto. Las rutas comerciales se han visto interrumpidas. La gente ya no pide la fiebre: el Espíritu se la está *imponiendo*”. El pauso. “He visto simples niños con magia lo suficientemente poderosa como para hacer dudar a mis hombres”.

“¿Y eso te asusta, Brutus? ¿Magia sin restricciones?”

Él no dijo nada.

“Mis órdenes no cambian. Mantén tu mano. Ni tú ni tus ponis debéis arrestar ni hacer daño a nadie que contraiga fiebre en la niebla.

“Corredores, no ponis”, dijo Brutus, su voz dura como el hierro. “Tú mismo los nombraste así”.

*Hojeé mi cuaderno y llegué a una página en algún lugar en el medio. “ La Guardia del Rey no lleva sello. El Caballo Negro es su emblema, su deber, su credo. Con ello, defienden las leyes de Blunder. Son las sombras en la habitación, los ojos en tu espalda, los pasos en tus calles. La Guardia del Rey no lleva sello. “Cerré el cuaderno de golpe. “Ni una sola mención de un Destrier”. Mis ojos se elevaron hacia Brutus. “Creo que fue usted, capitán, no yo, quien les impuso ese ridículo nombre”.*

Un músculo a lo largo de la mandíbula de Brutus se flexionó. “No estoy de humor para reírme, Taxus”.

“Igual de bien. He olvidado el sonido”.

“No había nada de qué reírse cuando llegó la niebla. No hay nada de qué reírse cuando cambiaste cada parte de ti por las Cartas”.

Miré la luz roja que salía del bolsillo de su túnica. “Te has beneficiado de mis trueques, ¿no es así? Te has hecho un nombre despiadado al borde de mi Guadaña”.

Él palideció.

“Sí, Bruto. Sé lo que has estado haciendo a mis espaldas. Puede que ya no pueda traspasar tu mente con una Carta de Pesadilla, pero escucho muchas cosas. Al parecer, le gusta utilizar la tarjeta roja con los delincuentes. Encontrar nuevas formas de castigarlos. Incluso los has enviado a la misma niebla que tan ruidosamente dices aborrecer.

“Quizás si pasaras tanto tiempo gobernando como garabateando sobre magia en ese maldito libro”, replicó, “no habría criminales a los que castigar. Además, me diste vía libre para proteger el reino.

Cuando mi voz salió de mis labios, era más suave que antes. “¿Y cuando te tiñes de rojo, te familiarizas demasiado con el dolor y dependes demasiado de la guadaña para dejarlo? Entonces me pregunto, Brutus, ¿quién protegerá a Blunder de ti? Mi mano cayó hasta la

empuñadura de mi espada en mi cinturón. “No me importa que seas el marido de mi hermana. Mata otra alma con mi guadaña y no me limitaré a recuperarla. Lo arrancaré de tus manos sin vida. Vete fuera ahora.”

El rojo delineó sus ojos verdes. Con una breve reverencia, abandonó la biblioteca.

Cuando la puerta se cerró de golpe, suspiré. “No sirve de nada esconderse, Bennett. Puedo ver tus Tarjetas”.

Un niño surgió de la nada, haciendo girar una Tarjeta Espejo entre sus dedos. Era joven, no tenía más de trece años. Su piel era de un marrón cálido, su cabello oscuro y descuidado. Cuando inclinó la cabeza a un lado, con movimientos de pájaro, la luz iluminaba sus ojos grises y los altos planos de su rostro.

“Sé que una parte de usted está de acuerdo con Brutus, padre. La niebla es peligrosa”. Bennett pasó el pulgar por el borde de la Tarjeta Espejo. “¿Por qué no hacer las paces con él?”

Me puse a garabatear una vez más. “¿Y darle a tu tía Ayris la satisfacción de cerrar la brecha entre nosotros? Yo creo que no.”

“Todo el mundo tiene miedo de coger fiebre. De degenerar”.

“No todos los que lo contraen degeneran. Yo nunca he.” Levanté la mirada. “Ciertamente no lo has hecho.”

Bennett sonrió. “¿No es así? Ya no puedo usar una tarjeta Black Horse”. Sacó una segunda Tarjeta Providence de su bolsillo, la Pesadilla, violeta y burdeos, borrosa entre sus dedos. “Algún día yo tampoco podré usarlos”.

“Y aún así tienes una magia increíble”. Abrí mi cuaderno y me puse a garabatear una vez más. “Podrías deshacer el trabajo de mi vida, si te sintieras particularmente rencoroso”.

“Lo cual soy comúnmente”. El pauso. “Los niños te extrañan, especialmente Tilly. Ven a cenar. Solo esta vez.”

Agité una mano impaciente, despidiéndolo.

Bennett se acercó al escritorio. Me miró a la cara. Suspiró. “Estás con nosotros, pero en realidad nunca estás aquí, ¿verdad, padre?”

El recuerdo desapareció.

Al día siguiente, salía corriendo del castillo, guardando unas cuantas provisiones pequeñas (pan y queso) en una cartera.

Entré en el prado, pasé por la cámara de piedra y apunté hacia el bosque.

“¿Vas a algún lado, hermano?”

Mi mano voló hacia la empuñadura de mi espada, mi boca se dibujó en una fina línea. “Ayris”.

“Es más fácil seguirte sin tu tarjeta Mirror”, dijo, sonriéndome. “¿Adónde vas?”

Podría haber mentido alguna vez. Pero me costó demasiado esfuerzo engañar a mi hermana. Necesitaba conservar mis fuerzas para cualquier trueque que me esperaba. “Para hablar con el Espíritu del Bosque. Para aprender sobre la niebla... para pedirle que la retire.”

La sonrisa de Ayris desapareció. "¿Solo?"

"Es mejor así".

Ella puso los ojos en blanco, luego los hombros y se acercó. "Sé que estás cansado. Abandonado. Veo tu cara. Déjame caminar contigo hacia el bosque".

"Brutus se enojará".

Ella ignoró la mención de su marido y me miró con sus ojos amarillos cansados. "¿Cómo nos llamaba papá? ¿Cuando de niños desaparecimos entre los árboles?"

"Retorcido", dije, levantando las comisuras de mi boca. "Intrépido."

"Hace muchos años que no es así. Hay doce versiones tuyas, hermano, cada una más distante que la anterior".

Escuché la tristeza en su voz, pero apenas me conmovió. Con mi alma perdida en la Carta Pesadilla, me sentí como una vez cuando, por locura, usé una Doncella por mucho tiempo. Frío, inconsciente del corazón que late en mi pecho. Apagar.

Y, sin embargo, Ayris seguía siendo el sol para mí. Incluso en el bosque, frío y gris por la niebla, su presencia era una luz, una calidez. La quería cerca de mí, porque hay algunas cosas que ni siquiera la magia puede borrar. "Muy bien", le dije. "Siempre y cuando te preocupes por la niebla".

Ella sonrió.

El recuerdo se desvaneció.

Cuando regresó, Ayris y yo estábamos uno al lado del otro. Nos quedamos mirando una pared de alisos.

Las voces resonaron a mi alrededor.

*El bosque que te espera es un lugar sin tiempo. Un lugar de nuevos trueques, una colina que debes escalar. Entre árboles centenarios, donde la niebla corta hasta los huesos, el Espíritu protege, como un dragón, su fortaleza. La madera no conoce camino ni camino a través de la trampa. Adéntrate en la niebla: ella te guiará hasta allí.*

Ayris y yo entramos en el bosque de alisos y la niebla se centró en mi hermana. Se le metió en la nariz y en la boca. Ella jadeó—lo respiró—

Y el calor del sol se apagó.

## Capítulo treinta y cuatro

### *Olmo*

Las ganas de vomitar eran opresivas.

Elm apretó la mandíbula con tanta fuerza que temió por sus dientes. Metió la mano en el bolsillo y pasó un dedo por su guadaña, rogando que los violentos revuelos de su estómago se calmaran. Se imaginó montando a caballo por un prado, libre y a gusto. *Tranquilo*, se dijo. *Calma. Estable. Fácil.*

Filick los condujo hasta la puerta con un semental encabritado tallado en el marco. Nadie pronunció una palabra. Filick entró en la habitación, pero Elm se detuvo en el umbral. No había estado dentro de la habitación de Hauth desde que era un niño.

Ione se movió detrás de él. Su voz era helada. "No quiero verlo".

Elm cerró los ojos un momento. "No es necesario que entres".

"¿Qué pasa contigo?"

No tuvo respuesta. Quería encerrar su puño en su falda y mantenerla con él como lo había hecho en la biblioteca. Todo estaba desenfocado, oscuro en los bordes. Lanzó un suspiro entrecortado y su voz era extraña en sus oídos. "Estaré bien."

Entró.

El dormitorio de Hauth estaba demasiado cálido, iluminado por docenas de velas, la chimenea rugiendo. Ni siquiera el olor de las hierbas y bálsamos del Médico podía enmascarar el fétido olor de las heridas sin cicatrizar. De sangre.

Elm se tapó la boca con una mano y empujó a otros dos médicos, plantándose contra la pared donde quedaba la mayor sombra. Filick se dirigió al centro de la habitación, donde Royce Linden y otros dos médicos estaban reunidos alrededor de una gran cama con dosel.

El cuerpo en la cama gimió.

*Sin tranquilidad, sin estabilidad. Cero jodida calma. Hauth estaba despierto.*

"¿Alguna mejora?" Preguntó Filick, arremangándose las mangas manchadas de sangre.

"Un poco menos de sangre en su saliva", respondió otro médico.

La voz de Linden era aguda. "Eso es bueno, ¿verdad?"

Filick asintió con rigidez. "¿Ha dicho algo?"

"Nada aún."

Un tremendo estallido sacudió la cámara. Varias velas se apagaron y luego el Rey entró pisando fuerte en la habitación, con los ojos rojos y muy abiertos, la boca abierta y oliendo a vino. "Hijo", ladró, "¿cómo está mi hijo?"

Ebrio. El Rey estaba muy borracho. Elm se hundió aún más en las sombras.

"Vivo y agitado, señor", dijo Filick. "No ha abierto los ojos".

El Rey avanzó, empujándose para llegar a la cama. Cuando pasó junto a Elm, le tendió una mano brutal. Una prueba de obediencia. "Ven, Renelm".

La visión de Elm se nubló. Por un maravilloso segundo, consideró desobedecer. Saldría por la puerta, bajaría las escaleras y seguiría caminando. Lo había hecho una vez con Ravyn.

Una piedra cayó en el estómago de Elm al pensar en su prima. Árboles, lo que no daría por ver a Ravyn atravesar esa puerta, todos los ángulos y espadas, y simplemente arrasar con cualquiera. quien siquiera lo miró mal. Todo el mundo le tenía miedo a Ravyn. Aunque nunca lo admitiría, el Rey.

Y Elm... nadie le tenía miedo. Su Scythe, tal vez, pero él no. Él era un árbol podrido, y Ravyn las enredaderas impenetrables e intocables que mantenían unidos sus pedazos.

El Rey volvió a tener una perspectiva temblorosa. Lo mismo hizo la habitación iluminada por velas detrás de él. El cuerpo sobre la cama. Elm contuvo el aliento y arrastró un pie hacia delante...

Ione entró en la cámara. Recorrió con sus ojos fríos la habitación, los médicos, el rey. Cuando encontró a Elm, su mirada se suavizó un poco. Su cuerpo estaba rígido. Pero sus hombros se alzaron en un mínimo encogimiento. Ella vendría. A la habitación de Hauth.

Para él.

Los fragmentos del corazón podrido de Elm se reorganizaron. Dio un paso adelante, más seguro. Más amplio. Tan alto que, cuando llegó a la cama en el centro de la habitación, miró incluso a su padre.

Ione se acercó a él. Sus nudillos se rozaron.

Se pararon a los pies de la cama, mirándola juntos. Los labios de Hauth eran de un color gris pálido y estaban tan apretados que parecían cerrados. Sus mejillas y cuello estaban marcados por largas y feas marcas de garras, similares a las que le habían aparecido la noche en que le robaron la tarjeta Iron Gate de Wayland Pine. Sólo que es peor: más profundo. Tenía los párpados partidos, morados por los moretones, y el cráneo envuelto en un grueso lino manchado de sangre.

El Rey se inclinó junto a la cama, con sus manos ásperas agarrando la colcha. "¿Qué pasa con mi Tarjeta Pesadilla?" Gritó. "¿Has podido alcanzarlo con él?"

Filick negó con la cabeza.

"Deberíamos intentarlo de nuevo", dijo Linden. "¿Dónde está la tarjeta?"

"Ahí está, señor", ofreció un médico, señalando un largo arcón de caoba a los pies de la cama.

Todos los ojos se volvieron hacia Ione, que estaba cerca del pestillo.

"Consíguelo", fue la orden ladrada del Rey.

Los ojos de Ione permanecieron intactos. Abrió la pesada tapa del cofre. El olor a cuero y cobre llenó la nariz de Elm, provocando las náuseas de antes. Apretó la mandíbula y miró dentro del cofre, observando cómo Ione pasaba las vendas y los tónicos, buscando.

Apartó un cinturón y allí estaba: la Tarjeta Nightmare. El que su padre había cambiado en Equinox para ganarle un lugar en el estrado. La Tarjeta que la había vinculado a Hauth.

Ione lo miró fijamente. Hacía demasiado calor en la habitación. Pero no había nada más que frialdad en su rostro.

"¿Estás tonta, mujer?" Dijo Linden. "La carta de la pesadilla. Ahora."

"Ella lo está entendiendo, imbécil".

La mirada de Linden se dirigió a Elm. "Ella no debería estar aquí. Fue *su* prima quien hizo esto. Hay muchas celdas vacías en el calabozo, pero ella deambula por el castillo como una ramera, enredando al hermano de su prometido entre sus dedos...

"Nadie te pidió tu opinión, Destrier". La guadaña de Elm ya estaba afuera. Ya accedido. "Cierra el pico."

La boca de Linden se cerró de golpe, un sonido bajo y ahogado salió de su garganta.

Ione no lo miró. Cerró el cofre, pellizcando el borde de terciopelo de la Tarjeta de Pesadilla como si fuera algo muerto, y lo tendió.

El Rey se lo arrancó de las manos. Lo toqué tres veces.

Todo estaba tan silencioso que Elm podía oír gritar sus entrañas. El Rey rechinó los dientes, golpeó la Pesadilla tres veces más y la arrojó al suelo. Fracaso.

Elm dejó escapar un profundo suspiro. Dondequiera que estuviera Hauth, su padre estaba demasiado borracho o demasiado desconcentrado para alcanzarlo.

Los párpados de Hauth temblaron. Cuando los abrieron, tenía los ojos inyectados en sangre.

La voz del rey se quebró. Cogió el brazo de Hauth. "¿Hijo?"

Linden se inclinó hacia adelante. Intentó hablar pero no pudo y le lanzó a Elm una mirada venenosa.

"Príncipe Hauth", llamó Filick. "¿Puedes oírnos?"

Hauth no dijo nada. Una vena de su frente magullada latía y sus fosas nasales se dilataban. Su respiración se hizo más fuerte y dificultosa. Saliva sangrienta goteaba de la comisura de su boca. Filick se secó y se puso una cataplasma en la frente.

Hauth se retorció un momento y luego se quedó inmóvil. Parecía que iba a cerrar esos horribles ojos rojo verdosos otra vez, pero se abrieron de par en par y de repente se centraron en algo que había al lado de su cama.

Iona.

Nadie habló. Luego, como si necesitara todas sus fuerzas para hacerlo, Hauth apartó los ojos de Ione. Rodaron y desaparecieron bajo los párpados magullados.

No los volvió a abrir.

“¿Entonces lo has firmado? ¿Mi testamento, nombrar a tu heredero?”

Elm y el Rey estaban solos en el pasillo frente a la puerta de Hauth. Los médicos y Linden permanecieron dentro. Ione corrió por el pasillo tan rápido que Elm ni siquiera tuvo la oportunidad de llamarla.

La voz del Rey sonó más fuerte. "Te pregunté si habías firmado mi testamento".

La mano de Elm se metió en su bolsillo. Golpeó la guadaña tres veces, liberando a Linden de su control. Mientras lo hacía, sus nudillos rozaron la segunda tarjeta en su bolsillo, la que había cogido del suelo de Hauth cuando nadie miraba.

"Sí. Baldwyn lo tiene guardado en sus habitaciones.

El Rey dejó escapar un suspiro. Sus hombros se relajaron. "Bien." Le temblaban las manos. De la bebida, pero también—

Olmo desvió la mirada. "Tu hijo", logró decir, con bilis en el fondo de la garganta. "Es peor de lo que pensaba. El daño a su cuerpo".

" *Mi hijo*. La mirada verde y turbia del rey encontró el rostro de Elm. "¿Ni siquiera en su lecho de muerte lo llamarás hermano?"

"Nunca interpretó el papel lo suficientemente bien".

El Rey meneó la cabeza. Se presionó el ojo con la palma de la mano. "Tu rencor es una marca para ti, Renelm. Lávelo".

"Si hay marcas en mí, es porque *tu hijo* los puso allí". Se giró para irse, pero la voz del Rey lo detuvo.

"¿Has elegido esposa?"

Elm se quedó quieto. "Hay un contrato".

"¿Con quién?"

"Aprenderás muy pronto".

Los ojos del rey se entrecerraron. "¿Quién, Renelm?"

Cuando Elm mantuvo la boca sellada, las manos del Rey se flexionaron. Metió la mano en su bolsillo y sacó su guadaña.

Pero Elm fue más rápido. Al tercer toque de su propia Scythe, dijo: "No usarás esa Tarjeta conmigo. No me convertirás en un títere como él lo hizo.

La mano del Rey se quedó congelada en su bolsillo. Se sintió bien, viendo la sorpresa, luego el miedo, parpadear en su envejecido rostro. "Crees que eres especial, que el daño que te causó Hauth fue personal. No lo fue". Sus palabras fueron irregulares. "Lo que te pasó a ti le ha sucedido a Rowan Princes durante siglos. Se necesita comprensión del *dolor* para empuñar la guadaña. Cuando tengas un hijo, él también aprenderá".

"Eso nunca sucederá." Elm se dio la vuelta, liberando a su padre de la tarjeta roja. "Tendrás mi contrato de matrimonio antes de la última fiesta".

Oyó gritar a su padre, pero ya estaba a medio camino de las escaleras, ya a un kilómetro y medio de distancia. Elm abandonó el castillo y se dirigió a los establos. Los mozos de cuadra se habían ido, así que encontró su caballo, lo montó sin silla y salió disparado del

patio a todo galope. Tres golpes de su guadaña y los guardias del castillo bajaron el puente levadizo; luego estuvo libre de Stone, el aire de la noche lo envolvió en brazos helados. Apenas sintió el frío. Estaba cabalgando, rápido, libre y más duro que en mucho tiempo.

Y toda esa rabia, encerrada en lo más profundo de su interior, Elm la dejó salir. Gritó a la noche y la noche respondió, su eco se extendió por encima de las copas de los árboles y los valles, un grito de guerra. Gritó por ese niño, pequeño y brutalizado, que necesitaba ser salvado. Gritó por su impotencia: la cuerda que se había atado alrededor de su propio cuello, atándose a la Guadaña, a Ravyn. Las lágrimas cayeron de sus ojos y dejó que el viento se las llevara. Se gritó a sí mismo, hasta que un cielo lleno de estrellas bailó ante sus ojos.

Y algo se soltó.

Elm no creía que el Espíritu del Bosque tomara nota de las vidas fugaces de los hombres. Pero si lo hacía, juró que había trazado un mapa de su futuro en los anillos retorcidos de los árboles. Que ella había diseñado cada uno de sus fracasos, cada uno de sus miedos, para llegar a este momento. Necesitaba que Ravyn lo dejara atrás. Necesitaba enfrentarse al trono, a su padre, al Rowan que había en él, solo.

Su grito se convirtió en un aullido juvenil, y se rió, maldijo y rugió en la noche, mientras el mundo se vaciaba de monstruos. Sólo quedaban él, la noche y el camino forestal. Le dio la bienvenida, envolviéndolo en la oscuridad, conduciéndolo a la casa cargada de hiedra con ventanas oscurecidas, cuyo aroma ahora le resultaba tan familiar como su propio nombre.

Flores y magnolios. Campos de hierba durante las primeras lluvias del verano. Embriagadora, dulce, melancólica. Casa del espino.

La casa de Iona.

Horas más tarde, cuando regresó a Stone, justo antes del amanecer, Elm tenía los brazos llenos.

No necesitaba tocar. Ahora tenía una llave. Pero él hizo exactamente lo mismo.

Ione estaba en camisón, con el pelo amarillo enredado por el sueño. Su mirada se amplió cuando lo miró: sus brazos llenos y su rostro azotado por el viento. Pero antes de que pudiera abrir la boca, Elm le entregó el montón en sus brazos.

Ione lo miró fijamente. "¿Vestidos?"

"Ven conmigo al próximo banquete", dijo Elm, las palabras salieron corriendo de él. "Tengo la Tarjeta Pesadilla. Encontraremos a tu doncella. Después de eso, te llevaré a donde quieras ir". Se le hizo un nudo en la garganta. "Por favor. Ven conmigo a la fiesta".

Sus ojos indescifrables lo midieron, su respuesta apenas fue un susurro. "Está bien."

Elm sonrió sin restricciones. "Bien." Miró los vestidos. "Esos son tuyos de Hawthorn House. No necesitas usar otra de las abominaciones que envía mi padre. Quizás de esta manera puedas sentirte un poco más como tú mismo".

No se permitió quedarse. Retrocedió por el pasillo. "Un poco más como el verdadero Ione".

## Capítulo treinta y cinco

### *ravin*

Ravyn y Jespyr todavía estaban presionados espalda con espalda cuando una sombra se movió sobre ellos. Los ojos de Ravyn se abrieron de golpe, nublados por la tenue luz del amanecer. "¿Qué pasa?"

La Pesadilla los miró, su rostro ilegible. "Es la hora."

Tres golpes de su espada sobre el tronco de un álamo y los árboles se movieron. Ravyn alejó a Jespyr de las raíces rodantes, y Petyr se despertó con un grito, apartándose del camino mientras el círculo de álamos que la Pesadilla había dibujado la noche anterior se disipaba. Cuando estuvieron adecuadamente dispersos por el fondo del valle, Nightmare golpeó la tierra con su espada tres veces más, calmándolos.

El partido dio media vuelta. Frente al bosque de aliso.

La madera no emitió ningún sonido. Ningún pájaro volaba de sus copas de los árboles, y ningún viento agitaba sus ramas. Su silencio era antiguo y se cernía sobre ellos. Mirando. Espera.

Consiguieron un escaso desayuno y agua, hablando poco, envueltos en aprensión. El inoportuno temblor en las manos de Ravyn suplicaba temblar. Cuando terminó de comer, se levantó y se paró en el borde del bosque de alisos.

Los demás se unieron a él.

"Los árboles están demasiado juntos", dijo Petyr. "¿Cómo entramos?"

Jespyr miró a Nightmare. "¿No puedes moverlos con tu espada?"

"No estos árboles. Esta es la madera del Espíritu. Sólo la obedecen a ella". Levantó su espada y pasó un dedo pálido por el borde de su espada, partiendo una costura de piel. El dedo se puso rojo y Nightmare lo presionó contra la corteza del aliso más cercano.

Comenzó un viento, un escalofrío cortante que hizo que la sal subiera por la nariz de Ravyn y llegara a sus ojos. Parpadeó y luego volvió a parpadear.

La mancha de sangre había desaparecido del aliso. En su lugar había un agujero. No es la madriguera de una ardilla ni un nudo ahuecado, sino un agujero profundo y dentado. Como si alguien hubiera metido la mano en el árbol con sus garras y hubiera arrancado un trozo.

El agujero lo miró fijamente, esperando.

Ravyn dio un paso adelante y miró dentro. Al principio no vio nada, sólo oscuridad. El corrosivo olor a sal estaba por todas partes. Detrás de él, persistía otro olor. Fue asqueroso. Fétido, como podrido. Luego, desde la oscuridad dentro del bosque de alisos...

Un destello de ojos plateados.

Ravyn retrocedió y chocó contra Jespyr. "¿Que demonios fue eso?"

"Te lo dije", susurró la Pesadilla. "Esta madera pertenece al Espíritu". Señaló con la cabeza el agujero del árbol. "Ella no nos permitirá la entrada a menos que le paguemos".

La Pesadilla siempre había estado pálida. *Elspeth* estaba pálida. Pero había una calidez siempre presente que permanecía en sus mejillas, en su boca, en la punta de su nariz. Sólo que ahora ya no estaba. La Pesadilla se había vuelto de un gris enfermizo. Inquebrantable, quinientos años de antigüedad.

Miedo, pintado por todo su rostro.

A Ravyn se le erizaron los pelos de la nuca. "¿Cuál es el pago?"

"La madera de aliso es cambiante, voluble y violenta, igual que la infección. Habrá cambiado mil veces desde la última vez que estuve aquí. Necesitamos una guía para cruzarlo". Se giró y sus ojos amarillos se centraron en Petyr y Jespyr. "El pago es un amuleto".

El aire huyó de los pulmones de Ravyn y se abrió paso a través de sus costillas magulladas. Metió la mano en su túnica y sacó del bolsillo el amuleto de repuesto, la cabeza de víbora. "Dale esto".

La Pesadilla no lo miró. "Necesitamos una *guía*". Ahora sólo hablaba con Jespyr, su voz inquietantemente suave. "¿Recuerdas cuando hace unas semanas dejaste caer tu encanto en la Selva Negra? ¿Cuando la niebla retorció tu mente? ¿Hacia dónde corrías?"

La palidez de Jespyr se había vuelto cetrina. Su mano estaba apretada en un puño, un pequeño hilo asomando. Ravyn sabía dónde estaba sosteniendo. Un diente de perro en una cuerda. Su encanto. "Apenas puedo recordarlo", logró decir. "Todo lo que sé es que había una voz en la niebla. Como una tormenta, gritando mi nombre".

"Ese era el Espíritu del Bosque, llamándote a este lugar", susurró la Pesadilla. "Aquí es donde viene la gente, cuando se pierde en la niebla". Aspiró aire por la nariz. "¿No puedes olerlos?"

Como si sus palabras lo hubieran conmovido, el viento se levantó. Sal-  
Y pudrirse.

La bilis subió a la boca de Ravyn. "No. Si Jespyr o Petyr renuncian a sus encantos, la niebla los infectará. O *matarlos*".

Nightmare asintió lentamente, sin pestañear.

"No", dijo Ravyn de nuevo. "Tiene que haber otra manera."

"No hay."

"¿Pero ya has entrado en este bosque antes!"

"Tengo."

La mente de Ravyn se oscureció. Recordó estar cerca del sótano de Stone la mañana en que comenzó su viaje. No sabía lo que quería decir el monstruo entonces, pero ahora estaba horriblemente claro.

*Necesitaremos al menos un repuesto.*

Su piel se enfrió y luego ardió. "Sabías que esto pasaría."

El silencio de Nightmare fue confirmación suficiente.

"¿Nada que decir? ¿Ninguna rima ingeniosa? Ravyn empujó a Nightmare contra los árboles, con las manos anudadas en el cuello de su capa. "¡Eres el maldito Rey Pastor! Piensa en otra forma".

La Pesadilla podría haberlo matado con una sola flexión de sus dedos. Por un momento, con los labios entrecerrados en una mueca, pareció como si quisiera hacerlo. " *Había* otra manera. El corcel. Podría haber sido él quien renunciara a su encanto. Pero él está muerto. La niebla no tiene influencia sobre ti ni sobre mí". Empujó a Ravyn hacia atrás con una fuerza increíble, volviendo su mirada una vez más hacia Jespyr y Petyr. "Debe ser uno de ellos".

Los ojos marrones de Petyr estaban muy abiertos y el color desaparecía de su rostro. "¿Y si no lo hacemos?"

"Entonces no podremos recuperar la tarjeta Twin Alders. El Deck no se unirá en el Solsticio. Y el joven Emory Yew seguramente morirá".

Jespyr se estremeció ante el nombre de su hermano. Ella miró su encanto. "Lo haré."

"Como el infierno." Ravyn no sabía si estaba susurrando o gritando. "Tiene que haber otro..."

"Decir que debe haber otra manera no significa que sea así", siseó Nightmare.

Petyr se volvió hacia Jespyr. Tragado laboriosamente. "Yo... debería ser yo, princesa. Eres demasiado importante".

"No soy más importante que tú". Tensión tirada en La cara de Jespyr. "Lanzaremos tu moneda de la suerte. Eso es equilibrio. Eso es justo".

Con mano temblorosa, Petyr sacó la moneda del bolsillo. Se lo entregó a Ravyn. Le dio una mirada penetrante. "Cabezas".

"Colas", murmuró Jespyr.

La moneda era pequeña en la mano de Ravyn. Lo miró fijamente, el edificio de su vida desmoronándose a su alrededor. Era sólo un trozo de cobre.

Pero podría costar una vida.

"Estoy dispuesto a pagar cualquier precio que ella me pida", murmuró Nightmare en su oído. "Eso es lo que dijiste cuando te hablé de recuperar la tarjeta Twin Alders".

"Si crees que me refiero a mi propia hermana..."

"Yo también lo dije una vez. Que le pagaría al Espíritu todo lo que quisiera por los Twin Alders. Y lo hice. Una vez en la cámara, cuando ella me robó mi capacidad de usar las

mismas Cartas que había perdido para forjar, y otra vez, aquí, en el borde de su bosque. He pagado. Todos debemos hacerlo”.

Petyr plantó los pies. Cierra los ojos. “Continúa, muchacho. Tira la moneda”.

Ravyn permaneció inmóvil como una estatua.

“Tíralo, Ravyn”, dijo Jespyr entre dientes.

Él no se movió. “Jes...”

“Sacudida. El. Moneda.” Ella lo miró a los ojos. “Para Emory.”

La garganta de Ravyn se cerró. Movié la muñeca y soltó la moneda. Captó una luz gris mientras giraba en el aire.

Nadie parpadeó. Nadie respiró. Cuando la moneda volvió a caer en la palma de Ravyn, se sintió más pesada. Miró hacia abajo y lo rodeó con los dedos antes de que los demás pudieran verlo. “Cabezas”.

Petyr dejó escapar un suspiro tembloroso, y Nightmare también.

Jespyr no se movió. Su mirada se entrecerró, fijada en los ojos de Ravyn. “Estás mintiendo.”

“No soy.”

“Eres. Siempre puedo decirlo”. La convicción endureció las líneas de su rostro. Caminó hacia la pared de árboles. “Sólo por esta vez, desearía que no lo hubieras hecho. No eres el único que haría cualquier cosa por Emory”. Ella tomó su encanto, y antes de que Ravyn pudiera extender la mano y detenerla...

Lo metió en el agujero del aliso.

La madera gimió en respuesta. El viento se levantó torrencialmente y la niebla atravesó las ramas. Entonces los árboles empezaron a moverse, abriéndose un estrecho sendero en la impenetrable hilera de alisos.

Apertura para Jespyr.

La niebla era tan densa que Ravyn apenas podía verla. Jespyr contuvo el aliento y la niebla se deslizó dentro de su boca. Ella tosió y lo miró. “¿Estás conmigo, hermano?”

Algo dentro de Ravyn se hizo añicos. “Estoy justo detrás tuyo.”

La luz de sus ojos marrones se apagó. Jespyr se volvió hacia el estrecho sendero entre los árboles.

Y corrió hacia el bosque de alisos.

## Capítulo treinta y seis

### *Olmo*

Elm mantuvo la mano en alto sobre la espalda de Farrah Pine. Era su quinto baile de la noche. Cinco bailes y Ione todavía no había llegado al gran salón.

El tema de la noche eran las estaciones, y la corte estaba llena de trajes de equinoccios y solsticios: veranos e inviernos, primaveras y otoños. Las columnas del gran salón estaban decoradas con ramitas de acebo, tejidas con guirnaldas. De cada arco colgaban bayas de serbal de color rojo sangre. Apliques y candelabros goteaban cera de velas. Los cortesanos borrachos arrancaron las campanas decorativas de las paredes, y sus notas resonaron por la habitación, luchando en discordia con las voces cantantes y las instrumentaciones de la orquesta del Rey.

Era un espectáculo que Elm nunca habría soportado si no hubiera estado esperando a Ione. Él había llamado a su puerta, pero ella no estaba allí. La había buscado en el gran salón, sólo para quedar atrapado en la marea de cortesanos.

Cuando el baile finalmente terminó en un amplio crescendo, el gong dio las nueve. Elm soltó la mano de Farrah, le dio las gracias con una reverencia y luego se abrió paso entre la multitud.

Unas manos agarraron su jubón negro y lo detuvieron.

Alyx Laburnum, y los dos hermanos menores de Laburnum que Elm apenas conocía, le pusieron una copa en las manos. Todos llevaban hojas de otoño en el pelo. "Majestad", dijo Alyx, con el rostro tranquilo por la borrachera. "Siempre es un placer verte".

Pasar tiempo con un Laburnum era lo más alejado del placer que Elm podía imaginar. "Alyx", murmuró en su taza. "¿Te estás divirtiendo?"

"No es un momento tan bueno como el de mi hermana". Alyx tomó un largo trago de su propia taza. "Tú e Yvette hacen una hermosa pareja en la pista de baile".

La sonrisa de Elm no llegó a sus ojos. No le había dicho ni una palabra a Yvette Laburnum durante el baile. Giró su hombro y la mano de Alyx cayó de su espalda.

"Ella no ha dejado de hablar de ti desde que llegamos", dijo uno de los idiotas hermanos menores. "No es que ella se calle mucho en absoluto..."

Con la frase a medio terminar, los ojos del chico se posaron sobre el hombro de Elm. Sus hermanos hicieron lo mismo, aflojando sus mandíbulas. Cuando Elm se giró, Ione estaba de pie bajo el arco, enmarcada por la luz de las velas, la seda y las amplias guirnaldas. Parecía primavera, una diosa del equinoccio.

Su cabello estaba peinado con raya a un lado, algunos mechones escondidos detrás de sus orejas. El resto estaba tejido sin apretar detrás de su cabeza, sujeto con un alfiler tachonado de perlas. Unas mangas transparentes y delicadas acariciaron las suaves líneas de sus brazos. Y el escote de su vestido caía en una profunda y ruinosa V, revelando la larga y atractiva línea entre sus pechos. El corpiño la sujetaba como un guante, besando su cintura y bajando hasta sus caderas, donde se encontraba con una falda fluida de color rosa lavanda.

Ione miró a la multitud, pasó junto a Elm y luego se lanzó hacia atrás. Los músculos de las comisuras de su boca se contrajeron. Se metió las manos en la falda y las hizo con una reverencia, exponiendo aún más ese escote de infarto.

Elm se pasó una mano por la nuca, le devolvió la copa a Alyx y se dirigió directamente hacia ella.

Ella lo esperó entre las columnas. Cuando Elm le ofreció la mano, ella la tomó y lo que había entre ellos (el hilo, el dolor inquietante) empezó a latir.

"Llegas tarde", dijo, su dedo jugando con el puño de su manga.

"Lo sé. Estaba en el calabozo".

La mirada de Elm se disparó. "¿Por qué?"

"Para ver a mi padre". Ella miró hacia otro lado. "Está vivo. Congelado como el tío Erik, pero vivo. Le pregunté si me había visto en Equinox con Hauth, si sabía dónde podría estar mi Maiden Card. No lo hizo. Pero esa noche nos había visto a Hauth y a mí bailando. Sabía que estaba demasiado borracho para estar a solas con un hombre y no había hecho nada. Sus ojos se pusieron vidriosos, desenfocados. "No debería sorprenderme, ahora que sé lo que le hizo a Elspeth, que su miedo a ofender a Rowan fuera mayor que su deseo de mantener a salvo a su propia hija".

Elm se llevó la mano a la boca. Susurró sobre sus nudillos. "Lo siento, Espino".

Su mirada volvió a enfocarse. "La gente nos está mirando".

Así eran. Cuando Elm miró por encima del hombro, la mitad de los rostros en el gran salón tenían la expresión acostumbrada de observar pero no mirar, escuchar pero no escuchar.

No se molestó en apaciguarlos con una sonrisa. Estaba cansado de todo el boato. "Déjalos mirar", dijo, bajando la mano de Ione hasta su pecho. "Baila conmigo, Hawthorn".

"¿No se supone que debes cortejar a las hijas de Blunder?"

"Pretendo. Uno en particular". La voz de Elm se hizo más tranquila. "Por favor, ¿bailarías conmigo?"

Sus ojos estaban cautelosos. "Está bien."

La canción tenía un ritmo fácil. Cuando entraron en la fila de bailarines, la otra mano de Elm se deslizó por la cadera de Ione y por la parte baja de su espalda, guiándola hacia el vaivén de la música.

"Mete la mano en el bolsillo de mi túnica", le susurró al oído. "Lado izquierdo."

Un fantasma de rubor besó sus mejillas. Ella metió la mano en su túnica. Cuando sacó la Tarjeta Nightmare, un zumbido sonó en su garganta. "Ladrón."

"Más de lo que sabes."

Su falda rozó la pierna de Elm cuando él la giró. "¿No lo extrañarán en la habitación de Hauth?"

"Probablemente. Aunque dudo que alguien llame a mi puerta para pedirlo. Soy el *heredero*. La lista de personas que podrían reprendermme se está acortando".

Ione pellizó la Carta Pesadilla entre el pulgar y el índice. "Esos ojos amarillos..." Presionó la tarjeta contra el pecho de Elm. "Úsalo. Métete en mi cabeza. A ver si puedes encontrar la Tarjeta de Doncella".

Él la hizo girar, la hundió. "¿Qué aquí?"

"¿Por qué no?"

"Se necesita concentración para usar una Nightmare Card. Y tú, con ese vestido..."

"¿Cómo sabrías lo que se necesita si tu padre nunca tuvo una Pesadilla hasta el Equinoccio?"

Una sonrisa tímida levantó las comisuras de la boca de Elm. Hizo girar la Carta entre hábiles dedos y luego, prestidigitación, la desapareció dentro de su manga. "Hay dos Cartas de Pesadilla, ¿no?"

Por un momento fugaz, un destello de algo (no del todo cálido, pero casi) tocó la mirada escrutadora de Ione. "Cuanto más tiempo paso contigo, Príncipe, menos parece que te conozco".

"Eso no es lo que quiero". Elm la apartó y luego la atrajo hacia su pecho. "Quiero que me conozcas muy bien, Ione. Espino. Lo cual es... —la sumergió de nuevo, inclinándose sobre ella y hablando en contra de su garganta— "una sensación bastante horrible, si soy completamente honesto".

Las manzanas de las mejillas de Ione se redondearon. Elm pensó que podría sonreír de verdad. Contuvo la respiración, esperándolo. Pero luego parpadeó y su rostro quedó sin expresión, perfecto y terso como una piedra. Ilegible, inalcanzable.

Estaba tan harto de la Maiden Card.

La canción terminó con una ráfaga y luego Elm se los llevó de regreso al otro lado de las columnas, lejos de la multitud. Miró a izquierda y derecha, pero Stone estaba plagado de cortesanos. Incluso los jardines, incluso las escaleras.

Podría llevarla a su habitación o de nuevo al sótano. En algún lugar privado. Pero por una razón que no estaba listo para decirle, Elm quería que los vieran juntos, para que la gente se acostumbrara al heredero de Blunder, inclinándose demasiado cerca del rostro de Ione Hawthorn.

Buscó en su bolsillo y sacó su guadaña. Tocó la tarjeta roja tres veces, centrándose en la orquesta. *Más fuerte*.

La música aumentó y los instrumentos sonaron con nuevo fervor. "Para que nadie nos escuche".

Ione se apoyó contra la columna, el aire otoñal entraba por la puerta del jardín y le atrapaba la falda. "¿Te dolerá", dijo, bajando la mirada a la Tarjeta Nightmare, "cuando entres en mi mente?"

"No. Si así fuera, no lo habría traído".

Ella cerró los ojos. "Continúa, entonces."

Elm tocó la Carta Pesadilla tres veces y cayó bajo su marea de sal. Sólo había usado la Carta de Ravyn un puñado de veces, pero se parecía lo suficiente a la Guadaña para saber cómo impulsar la magia hacia afuera, hacia una persona. No tuvo problemas para fijarse en Ione.

Le puso la sal encima. Cuando habló, fue con la boca cerrada. *Espino.*

Ella saltó. "Debería..." Sus labios se cerraron de golpe. *¿Debería pensar en el equinoccio? Sí.*

Ione respiró hondo. Déjalo salir. Y entonces Elm ya no la veía a ella, sino a su mente. Sus recuerdos.

Él era Ione, e Ione estaba en la sala del trono, mirando hacia el estrado. El Rey se sentó en su trono. A su derecha, alto, ancho e intacto, estaba Hauth.

"Has hecho un gran servicio a tu reino, Tyrn", dijo el Rey, con una copa vacía en su mano izquierda y la Carta de Pesadilla en su derecha. "Esta Tarjeta está perdida desde hace muchos años. Dime tu precio y será tuyo".

Una mano agarró el brazo de Ione. Miró a su padre, pero su mirada estaba fija en el Rey, muy llena de anticipación. La llevó más cerca del estrado. "Esta es mi hija, Ione. Ella es amable". Tyrn la atrajo hacia él y la empujó un paso adelante. "Y soltero".

La postura de Hauth se volvió rígida. Miró a su padre. Pero el Rey estaba acariciando la Carta de Pesadilla de tal manera que estaba claro cuál sería su respuesta. Hauth frunció el ceño. "No es muy bonita, ¿verdad?"

Todo el cuerpo de Ione se tensó.

"Hay maneras de lidiar con eso", murmuró el Rey. Levantó la vista y le habló a Tyrn como si Ione no estuviera allí. "Yo mismo redactaré el contrato".

Los recuerdos de Ione sobresalieron borrosos. Las luces estallaron ante sus ojos y sus oídos zumbaron con el sonido de un atronador aplauso. Estaba mirando hacia el gran salón y todos estaban de pie, aplaudiendo. "Siéntate", le dijo Hauth al oído. "Que todos echen un buen vistazo a su futura Reina".

Elm podía sentir el corazón de Ione acelerarse. Las manzanas de sus mejillas se curvaron con una sonrisa. "¿Debería decir algo?"

"No."

"Me gustaría."

Los ojos verdes de Hauth se detuvieron en su rostro. Parecía confundido, su expresión atrapada entre la atracción y la repulsión. Su mano presionó el hombro de Ione y la obligó a sentarse. "No es necesario que digas nada en absoluto".

Se sirvió vino. Ione bebió y saludó a los simpatizantes mientras subían al estrado. Por cada persona con la que hablaba, cada sonrisa, risa o tarareo en su garganta, la atracción en la mirada de Hauth se disipaba.

Era extraño para Elm mirar a través de los ojos de una persona borracha estando completamente sobrio. La copa de Ione se llenó por octava vez y su visión comenzó a entorpecerse. Estaba mirando hacia el gran salón, balanceándose en su asiento, contemplando una figura sentada a lo largo de la mesa.

Olmo. Estaba mirando a Elm.

Estaba hablando con Jespyr, con una expresión notablemente amarga en su rostro.

"Tu hermano viste mucho de negro", dijo Ione, en voz demasiado alta. "Para un príncipe".

"Y una vieja costumbre de Renelm", murmuró Hauth en su copa.

"¿Con qué propósito?"

Hauth la miró a los ojos. Sonrió. "Para ocultar la sangre que le repartí".

La boca de Ione se abrió.

Hauth se rió. "Árboles. Está bastante bien". Su sonrisa se transformó en una mueca de desprecio. "Deberías saberlo: has estado mirándolo toda la noche. Limpia esa mirada aturdida de tu cara". Le metió el vino debajo de la nariz. "No puedo soportarlo".

La visión de Ione se debilitó y entonces estaba en el jardín. bailando con Hauth. Su agarre era demasiado flojo, la indiferencia en su rostro era clara. La soltó con un giro y Ione cayó. "Cosa borracha", dijo Hauth, riendo mientras chocaba contra un círculo de hombres.

La levantaron, demasiadas manos alcanzando ansiosamente su cuerpo. Ione se apartó de un tirón, sólo para aterrizar de nuevo en los brazos de Hauth. Le dijo algo al oído que fue poco más que un silencio en la memoria de Ione. Ella trató de alejarse de él, pero su agarre se hizo más fuerte y luego la empujó entre la multitud.

Todo se volvió oscuro, frío. La visión de Ione era borrosa y giraba tan rápido que a Elm se le revolvió el estómago. Salt pellizcó sus sentidos y tosió: la sensación reveladora de una guadaña.

"Ponlo ahí", llegó la voz resonante de Hauth.

Las manos de Ione rasparon una pared (la superficie agrietada de una piedra larga y pálida cubierta de ceniza).

*Vuelve*, susurró Elm en su mente. *Muéstrame eso otra vez.*

El borroso túnel de la visión de Ione cambió. Una vez más, con las yemas de los dedos arrastrándose por la ceniza, su mano presionada sobre una piedra pálida y agrietada.

Contorsionada por la borrachera, Ione creyó tocar una pared. Pero sin duda las cenizas procedían de un hogar. Y la piedra pálida con la grieta ancha y dentada...

Elm contuvo el aliento. *Sé dónde está tu Tarjeta de Doncella.* Levantó un dedo para tocar la Tarjeta Nightmare, pero la voz de Ione lo detuvo.

*Espera , dijo ella en su mente. Quiero mostrarte el resto.*

El siguiente recuerdo fue crudo, desprovisto de embriaguez. Estaba de pie en la habitación de Hauth, la luz de la mañana entraba por la ventana.

Ella estaba llorando.

"Por favor. No me siento yo mismo. Necesito a la Doncella de vuelta".

Hauth la ignoró.

La visión de Ione volvió a brillar y estaba en el patio de Castle Yew. Elspeth estaba a su lado, al igual que Elm, los tres observaban mientras Ravyn y Hauth entrenaban frente a los Destriers. Cuando Ravyn pisoteó la mano de Hauth y el Gran Príncipe gritó, Ione sonrió. Pero el esfuerzo fue agotador.

Después, habló con Hauth. "No veo por qué estás tan decidido a encerrar mis sentimientos. No es que estemos destinados a pasar mucho tiempo juntos". Ella apretó la mandíbula. "Si prometo usar a la Doncella cuando estemos juntos en la corte, ¿me dirás dónde está?"

La piel de Hauth estaba pálida por el dolor. "No."

"Entonces te pido que me liberes de este compromiso".

Él soltó una carcajada. ¿Y someter a mi padre a chismes cortesanos? Nos azotaría a los dos.

Ione se giró para marcharse y se demoró en la puerta. Su voz se había vuelto tan plana desde que habló en Equinox. "¿Entonces esto es lo que tendrías? ¿Una reina sin corazón?"

Los ojos verdes de Hauth no contenían más que rencor. Golpeó su guadaña. "Irse."

La habitación se transformó en otra. Uno con paredes oscuras y viento que entraba silbando por las ventanas.

Casa del huso.

Había sangre en los zapatos de Hauth por el lugar donde había pisado el vómito oscuro de Elspeth, restos del juego con el Cáliz. Caminó por la habitación, con las venas del cuello hinchadas y dos jarras vacías rodando por el suelo. "Tu prima", dijo furioso. "Ella está *infectada* , ¿no?"

La voz de Ione era fría. "No."

La golpeó en la cara con la palma abierta y tomó su cabello amarillo en su puño. "Dime la verdad, Ione".

Ella permaneció inmóvil, inquebrantable. "Elspeth no está infectada".

Su rostro se puso más rojo. "Ya es bastante vergonzoso que mi propio Los primos cargan con esa plaga. Pero ahora el de mi futura esposa... es demasiado".

Arrastró a Ione por el pelo hasta la ventana y la abrió de golpe. "Tendrás tu deseo, querida", dijo, arrastrándola por el alféizar. "Te libero de nuestro compromiso".

Ione lo arañó. Gritó. Pero con un empujón brutal...

Ella estaba cayendo.

Todo el cuerpo de Elm se trabó y cayó con Ione por la torre de Spindle House. Oyó el enfermizo crujido de su cráneo al romperse contra el ladrillo. Cuando Ione miró su cuerpo, unos huesos irregulares con puntas rojas habían desgarrado su ropa.

La sangre palpitaba en los oídos de Elm. Luchó por tocar la Tarjeta Nightmare. Cuando abrió los ojos, Ione lo estaba mirando. Él le agarró la mejilla y presionó su frente contra la de ella. Su voz tembló. "¿Nadie te ayudó?"

"Era tarde. Nadie me vio caer. Y dolía demasiado gritar, incluso susurrar. Simplemente me quedé allí. Esperando morir".

Lo dijo con tan poco afecto. Como si la aburriera el final cercano de su vida. "Vi la luna preocupada en el cielo. Mi sangre se alivió y mis huesos se enderezaron, volviendo a su lugar. El dolor en mi cabeza se desvaneció, y luego... no sentí nada. Sin desesperación, sin miedo. Sólo entonces comprendí verdaderamente lo que la Doncella me había hecho.

"Dejé Spindle House y pasé la noche en un callejón de la ciudad. Pensé en huir. Adentrarse en la niebla y simplemente desaparecer". Ella suspiró. "Pero no podía ir sin mi Tarjeta. Así que caminé hasta Hawthorn House, me lavé la sangre del pelo y esperé a mi familia. No quería volver con Stone y enfrentarme a Hawth solo. Nunca vinieron". Apartó un mechón suelto de cabello castaño rojizo de la frente de Elm. "Pero tú, Príncipe Renelm, sí lo hiciste".

El dolor golpeó las sienes de Elm. Sintió que algo cálido se deslizaba por su nariz.

Los ojos de Ione se estrecharon. Ella le pasó la mano por debajo de la nariz. Cuando lo retiró, había sangre.

Elm no había recordado, con la música fuerte en sus oídos, que todavía estaba usando su guadaña.

Ione buscó en su bolsillo. Cuando su dedo rozó su Tarjeta, la conexión de Elm se hizo añicos. El dolor cesó.

"A veces", murmuró, limpiándose la sangre de él en su falda, "pienso que las cosas serían infinitamente mejores si simplemente no existieran las Tarjetas de la Providencia".

Elm exhaló temblorosamente. "Serías una Reina tan perfecta".

Ella se rió de eso. No una risa real, sino fría e insensible. "Simplemente no es una reina Rowan perfecta".

"¿Qué significa eso?"

"Elspeth", dijo claramente. "Nunca podría usar la corona que mataría a Elspeth o a cualquier persona infectada. Ni siquiera ahora, cuando no siento nada. Es por eso que quería ser Reina en primer lugar. Tener poder real. Para *cambiar* las cosas". De nuevo esa risa burlona. "Fui un tonto."

Elm parpadeó. Y quedó dolorosamente claro lo que tenía que hacer. Tomó la mano de Ione, entrelazó sus dedos y la condujo por el pasillo, lejos de la música que flotaba entre las columnas. Por primera vez desde que estuvo en ese puente levadizo y vio a Ravyn alejarse,

Elm se sintió ligero. Como si alguien hubiera hecho un agujero en los antiguos muros de Stone y dejado entrar el día.

Cuando llegaron a las altas y fortificadas puertas de la sala del trono, asintió con la cabeza a los centinelas.

Las puertas se abrieron con un estruendo siniestro. Elm empujó a Ione hacia el interior. "No dejen entrar a nadie", dijo a los centinelas.

Los hogares no estaban encendidos. La habitación estaba a oscuras. Estaban solos en ese lugar frío y sin corazón. Solo, solo ella, él...

Y el trono.

La voz de Ione pasó por los oídos de Elm. "¿Qué estamos haciendo aquí, Príncipe?"

Miró la silla. Ese monstruo antiguo, forjado con árboles de serbal. "Elm", le recordó. "Llámame olmo".

"¿Qué estamos haciendo aquí, Elm?"

Bautizo. Reclamando. Creando un nuevo Rey. Quizás también una nueva Reina.

"Cambiar las cosas".

Ceniza. Una grieta ancha e irregular en piedra pálida.

Elm e Ione estaban en el lado este de la sala del trono, mirando la boca abierta del hogar apagado. "Mira dentro", dijo Elm, con la sombra de cosas terribles colgando. "Hay una piedra pálida que se levanta".

Ione se agachó. Cuando la ceniza rozó entre sus dedos, respiró hondo. Los músculos entre sus hombros se tensaron y un sonido raspante llenó la sala del trono. Apartó la piedra pálida, revelando un agujero oscuro tallado. En él había dos cosas: un grupo de armas (una cadena, un látigo y un garrote corto y romo).

Y una tarjeta de doncella.

Ione apartó las armas. Los eslabones de hierro de la cadena resonaron y las manos de Elm se cerraron en puños. Tomó la Tarjeta de Doncella y la deslizó en el corpiño de su vestido, luego empujó la piedra hacia atrás.

Cuando se giró, su expresión no reveló nada, ninguna alegría de que lo que había buscado durante tanto tiempo volviera a estar en su poder. "¿Para qué sirven las armas?"

"Una educación en el dolor".

Su mirada se dirigió al rostro de Elm y luego cayó a sus manos, cerradas en puños. C cogió uno, se lo llevó a la boca y presionó sus labios sobre él. "Gracias."

Su voz era áspera. "No me agradezcas todavía. Todavía nos queda una última cosa por hacer aquí".

Elm la lleva al trono. Sus dedos revolotearon sobre el reposabrazos. Lentamente, se sentó en el asiento oscuro.

Ione lo miró. "¿Preparándose para el futuro?"

"Más de lo que sabes." Se inclinó hacia adelante y juntó las manos. "Tengo una propuesta para usted, señorita Hawthorn. Un trueque final entre nosotros".

"Muy formal". Apoyó un hombro contra el trono. "¿Qué estamos negociando, Elm?"

Le gustaba demasiado escuchar su nombre en sus labios. "Esta silla terrible. Y tú estás conmigo".

Las cejas de Ione se juntaron y su mirada saltó entre él y el trono.

"Todavía puedes ser la Reina de los errores, Hawthorn. Si quieres."

Su voz era aguda. "¿De qué estás hablando?"

"Contratos matrimoniales", dijo Elm, ansioso por tocarla. "Un deber real que mi brutal padre nunca ha atendido bien. El último que escribió él mismo (mal, debo agregar) estaba firmado en Equinox. Una Tarjeta Pesadilla, para un matrimonio".

"A Hauth. Un contrato que me unía a Hauth".

Olmo sonrió. "Al *heredero*".

En el momento en que lo leyó, supo que su padre no se había esforzado en que el contrato estuviera bien redactado. La letra del rey había sido difícil de leer. Era la primera vez que Elm agradecía al Espíritu que su padre fuera un borracho. Baldwyn le dio las llaves y fue a buscar el contrato; lo leyó tres veces. *Obligado por este contrato a casarse con el heredero de el trono de Blunder*, seguido del nombre de Ione y la firma del Rey.

Y no había nada que pudiera borrarlo, ahora que estaba escondido a salvo en Castle Yew. Lo que significaba que Ione Hawthorn, si lo deseaba, aún podría ser Reina y casarse con un Rowan. Sólo que ahora no era el brutal Príncipe.

Pero el podrido.

"Reina", dijo Elm. "Encontraremos a tu madre y a tus hermanos; liberaremos a tu tío y a tu padre, si así lo deseas. Puedes ser el gobernante que se suponía que debías ser. Quería serlo".

El rostro de Ione era ilegible. "El Rey nunca permitirá una boda. Mis parientes son traidores. *Infectado*."

"También lo son los suyos", respondió Elm. "Mi padre siempre ha mantenido la infección cerca, mientras le servía. Ravyn, Emory... sus propios sobrinos, infectados. Elm se chupó los dientes. "Hay muchas cosas que el Rey no quiere que se hagan públicas. Si desea que se queden callados, no me cuestionará sobre esto".

Ione rodeó el trono. Elm separó las piernas y ella se paró entre ellas. "¿Y si no te hubiera salvado la vida?" susurró, mirándolo. "¿Eres tan honorable como para casarte conmigo, un extraño que no ha sido más que frío contigo, sólo porque tu padre se saltó algunas palabras en un contrato matrimonial?"

Sus ojos se deslizaron sobre su boca. "Es caritativo de tu parte considerarme honorable".

"Eres."

"Y no eres un extraño".

"No conoces mi verdadero yo".

Elm suavizó su voz. "Sé que hay una calidez en ti que ni siquiera la Doncella puede limitar. Nadie que no sienta *nada* trabajaría tan incansablemente para recuperar sus sentimientos. También sé que amas a Elspeth... y no a pesar de su infección. Simplemente la amas". Pasó el pulgar por el labio inferior de Ione. "Creo que detrás de la Doncella amas muchas cosas, Ione Hawthorn. Incluso este miserable reino".

Cuando dejó escapar un suspiro, Elm se inclinó hacia adelante, pasó la nariz por su mandíbula y le susurró al oído. "Me gustaría conocer tu verdadero yo. Cuando estes listo."

Ione se quedó quieta y no habló. El silencio se apoderó de Elm, sacudiendo su resolución. "No te haré exigencias", logró decir. "Cuando te liberes de la Doncella y descubras que todavía no te importo, nunca necesitaremos..."

"¿Crees que no me importas?"

Se le quedó sin aliento. La miró a los ojos. "¿Tú?"

No había forma de leer su rostro. Pero en ese momento, Elm estuvo seguro de que Ione estaba en guerra con algo. Tal vez fue el frío de la Doncella. O tal vez, sólo tal vez, era lo mismo con lo que estaba luchando.

Esperanza. Delicado y fino como un hilo.

Ione bajó la cabeza y rozó su boca con la de él. "Me gustaría intentarlo".

La opresión se cerró en el pecho de Elm. "Sería tu Rey, pero siempre tu sirviente. Nunca tu guardián". Él se arqueó, arrastrando sus nudillos por su barbilla, haciendo que sus labios se abrieran para él. "Piénsalo, Espino".

Cuando habló, su voz estaba llena de aire. "No quiero pensar ahora, Elm".

Metió la mano en su cabello y sacó el pasador. Oro amarillo, le caía por la espalda. Elm se lo envolvió alrededor del puño como si fuera una venda. "Entonces no lo hagas".

Él la besó, sin pompa. Ione suspiró en esa boca y Elm la subió a su regazo, maravillándose una vez más de cómo llenaba por completo sus manos. Sus rodillas inmovilizaron sus costados, y cuando empujó sus caderas hacia adelante, su suave contra la de él, empujó a Elm más profundamente hacia el trono.

"Te ves bien en esta silla". Ella lo miró a través de las pestañas y la comisura de su boca se torció. "Debajo de mí."

Elm tiró de su cabello, dejándole la garganta al descubierto. Arrastró su labio inferior hacia arriba por la cálida columna y respiró profundamente. "Esa es la idea", murmuró contra su piel.

Ione presionó más fuerte contra él. Hizo rodar su pelvis sobre su regazo.

Los músculos se contrajeron por todas partes. " *Iona*. "

"¿Es esto lo que quieres?" Ambos respiraban con dificultad. "¿A mí? ¿Aquí?"

Fue necesario todo el deshilachado autocontrol de Elm para retroceder. Su cuerpo suplicaba hasta el punto del dolor estar dentro de ella. Pero no pudo. No con la parte de ella

que más deseaba todavía encerrada. Sacudió la cabeza. "Cuando me acueste contigo, Ione, quiero que lo *sientas* ".

Un rubor surgió del tortuoso escote de su vestido, flotando por su garganta hasta su cara. Pero su expresión estaba en blanco.

"Me gustaría conocer tu verdadero yo", dijo Elm de nuevo. La besó lenta e intensamente. "He querido conocerte desde que te vi hace tantos años, cabalgando por el bosque, con barro en los tobillos".

Ione se echó hacia atrás. Lo que sea que vio en el rostro de Elm hizo que sus ojos se agrandaran. Ella se sentó, encontró su mano y entrelazó sus dedos. "Ven conmigo."

Ella abrió el camino fuera de la sala del trono. La corte del Rey todavía estaba en el gran salón, bebiendo y bailando, sin darse cuenta de que su nuevo Gran Príncipe, momentos antes, habría podido rebajarse gustosamente en lo alto del trono.

Ione lo empujó escaleras arriba. Cuando llegaron a su habitación, cerró la puerta y puso el pestillo, empujando a Elm contra la madera. Ella lo besó una vez, con fuerza, y luego se apartó.

"Me va a doler", dijo, "cuando la Doncella me deje ir. Cuando todos los sentimientos que no he sentido vienen corriendo. ¿Estás seguro de que quieres ver eso?"

El momento mantuvo a Elm en su lugar. Incluso su respiración se había vuelto superficial. Ione hundió la mano en el corpiño. Cuando lo retiró, la Doncella estaba entre sus dedos. "¿Tú?"

Sólo logró una palabra. "Por favor."

Sin apartar la mirada, Ione levantó un dedo hacia su Tarjeta de Doncella. Con tres toques, se liberó de su magia.

## Capítulo treinta y siete

### *Elspeth*

En el momento en que Petyr intentó entrar en el bosque de alisos, los árboles le cerraron el paso. Parecía que el Espíritu del Bosque no dejaría entrar a su guarida a nadie que no estuviera ya infectado.

Lo intentó de todos modos. “Te esperaré...” llamó.

Los árboles se cerraron de golpe, dejándolo fuera y a Ravyn, Jespyr (la Pesadilla y a mí) *dentro* .

Más adelante, la risa de Jespyr atravesó la niebla. “Por aquí.”

La Pesadilla había sabido desde el principio que, para entrar en el bosque de alisos, alguien necesitaba perderse en la niebla. Su propia hermana lo había hecho. Él sabía que esto iba a suceder...

Y no dijo nada. No tenía garras ni dientes puntiagudos, pero tenía suficiente ira como para convertir la cámara oscura que compartíamos en una cacofonía de furia. Grité hasta que logré estremecerme, luego grité de nuevo.

*¡Basta, Elspeth!* gruñó, lanzándose detrás de Jespyr a través de una zarza de espinas tan afiladas que cortaron las mangas de su capa. Se protegió la cara con los brazos y las espinas se los clavaron, enrojando su piel.

*No sentí dolor ni lástima por las marcas que tenía, gritando aún más fuerte. Ravyn está moviendo cielo y tierra para encontrar el Tarjeta Twin Alders: para salvar a Emory. Si pierde a una hermana en el proceso, eso lo destrozará.*

*Los tejos no se rompen* , fue la amenazadora refutación de Nightmare. *Se doblan.*

Miré por la ventana hacia el bosque de alisos. La hora era claramente de día. Pero el bosque era tan denso, la niebla tan opresiva, que parecía la parte más negra de la noche.

La madera estaba viva... y voraz. Los árboles y las raíces avanzaron a velocidades aterradoras, aferrándose a Ravyn y Nightmare. Se agarraron al cabello, la piel y la ropa, como si quisieran probar a los intrusos que habían irrumpido en su aterrador refugio.

Peor aún, el aliso habló, y no sólo en la mente de Nightmare. Por la forma en que saltó, con los ojos grises muy abiertos, me di cuenta de que Ravyn también podía oír los árboles.

Sus voces eran como un enjambre de avispas.

*Ten cuidado con el verde, ten cuidado con los árboles. Cuidado con el canto del bosque en tus mangas. Te saldrás del camino hacia la bendición y la ira. Cuidado con el canto del bosque en tus mangas.*

Más adelante, el paso de Jespyr se aceleró hasta convertirse en una carrera de velocidad. Arrancó ramas, zarzas y enredaderas tan gruesas como su antebrazo. Su risa flotaba en el aire denso, antinatural, a la vez tranquila y frenética. “¿Puedes oír al Espíritu? Ella está llamando mi nombre. Llamándome a casa”.

Ravyn tropezó y luego se inclinó, jadeando en busca de aire. “Sigue adelante”, siseó Nightmare, levantándolo por la capucha. "Si la perdemos, nosotros también estaremos perdidos".

Corrieron sin tregua, perseguidos por los alisos.

La maleza crujió desde atrás. La Pesadilla desvió la mirada hacia atrás y resopló aire por las fosas nasales. Parecía que los árboles no eran los únicos que querían medio kilo de carne. Animales con omóplatos afilados y ojos plateados avanzaban acechando. Lobos, gatos monteses. Arriba, las aves rapaces se lanzaban entre los árboles, muy lejos y luego demasiado cerca.

Una paloma halcón, chillando mientras golpeaba con sus garras afiladas a la Pesadilla.

Su espada brilló en el aire. Se escuchó otro chillido terrible y luego llovieron plumas y sangre.

Cerca, un árbol con ramas delgadas y hojas carmesí azotó a Ravyn en la cara. Mil voces disonantes resonaron en el aire salino. *Cuidado con la niebla, no se levanta. El Espíritu caza, siempre a la deriva. Manténgase alejado del bosque, tenga cuidado, sea bueno. El Espíritu caza, siempre a la deriva.*

Ravyn se tambaleó, secándose la sangre de la mejilla. Se agachó, evitando apenas una rama errante que se balanceaba hacia su cuello, pero no la siguiente. La rama, dentada, le atrapó la mano y le rasgó la piel de los nudillos.

*No hay escapatoria de la sal , se llama madera de aliso. La magia está en todas partes: eterna. Para el Espíritu de la Madera, el exactor del equilibrio, nuestras vidas no son más que una mariposa: fugaz.*

Más adelante, la voz de Jespyr se volvió más frenética. “Las voces de los árboles son inteligentes. ¿No es así, Rey Pastor? Son ellos quienes pronunciaron las palabras que escribiste en tu precioso libro. Ellos que os advirtieron contra la magia. Aquellos a quienes no escuchaste”.

La visión de Nightmare se amplió y luego se redujo instantáneamente. El tiempo pasó, su recuerdo se anudó a mi alrededor como una sogá hasta que dejó de ser Jespyr a quien estaba siguiendo entre los alisos...

Pero Ayris.

"Ven, hermano", se rió, su voz era horrible y equivocada. Líneas de oscuridad como la tinta subieron por sus brazos. “El Espíritu del Bosque espera. ¡Nuevos comienzos, nuevos finales! Ella se volvió, sus ojos amarillos fríos, como si ya no me conociera. "Pero nada es gratis".

Un gruñido animal destrozó el recuerdo.

*¡A tu izquierda! Grité.*

Colmillos y aliento caliente y rancio. La Pesadilla maldijo, virando cuando un lobo saltó hacia nosotros. Cortó al animal con su espada. Pero un segundo esperaba al otro lado, tan cerca que podía ver el blanco de la saliva colgada entre sus mandíbulas. Se abalanzó y habría atrapado el brazo de Nightmare y lo habría desgarrado.

Si una daga con empuñadura de marfil no hubiera surcado el aire, golpeando a la bestia en su gran ojo plateado.

El lobo cayó y Ravyn estaba a nuestro lado, arrancando su daga. Le dedicó a Nightmare una breve mirada de disgusto y luego se apresuró a regresar al camino que los erráticos pasos de Jespyr habían abierto.

*La disculpa que le debes , me enfurecí, está más allá de toda medida. Él acaba de salvarte la vida. Nuestra vida.*

*Una humillación de la que ninguno de nosotros debería intentar recuperarse.*

La risa de Jespyr se había vuelto distante. Sonó no sólo desde adelante, sino también desde abajo. Un momento después, supe por qué. A menos de diez pasos de distancia, el suelo del bosque se abría a un valle profundo y escarpado.

La tierra voló cuando Ravyn se detuvo abruptamente. Se tambaleó un momento en el borde del valle. La Pesadilla, acercándose demasiado, se estrelló contra su espalda. "Maldito imbécil."

Tropezaron, tambalearon... cayeron.

La visión de Nightmare parpadeó, sus extremidades se enredaron con las de Ravyn mientras los dos rodaban sobre raíces y rocas hacia el valle. Llegaron al fondo con una ráfaga de maldiciones, rompiendo algo quebradizo.

Frágil y blanco. La Pesadilla se puso rígida. Cuando se levantó sobre sus manos y miró a su alrededor, sofoqué un grito.

Cubierto de niebla, el fondo del valle era un campo de cuerpos.

Algunos eran esqueletos. Otros sólo se descompusieron parcialmente. Tierra, carne, hueso. El olor atravesó la sal del aire. Flotó a través de los senos nasales de Nightmare, pútrido: podredumbre y descomposición. Muerte.

Cada alma que se había perdido en la niebla había venido aquí para morir. Pudrirse.

Ravyn contuvo un grito y un cráneo se rompió bajo su rodilla mientras se ponía de pie. Sus ojos se abrieron como platos y luego arrojó su escaso desayuno al suelo.

Adormecida, era difícil ver a través de la mirada de Nightmare. Aún así, pude discernir lo que nos esperaba al otro lado del valle. Una colina que se avecina. Jespyr estaba ahí, trepando a cuatro patas como una araña, con palabras confusas y gritos guturales.

*No la pierdas , le insté.*

No se movió, destellos de Ayris pasaron por su mente.

*Pesadilla.* Respiré profundamente. Pronuncié las palabras que tantas veces me había dicho, cuando me parecía imposible arrastrarme hacia adelante. *Levantarse. Debes levantarte.*

Dejó escapar un soplo de fuego y se desplegó del suelo, frente a la siniestra colina. "Mira hacia adelante, Yew", murmuró. "Ya casi llegamos".

La pendiente de la colina era traicioneramente empinada. Nightmare dejó que Ravyn fuera delante de él, aunque me di cuenta por el crujir de dientes que su paso no era lo suficientemente rápido para su gusto. Aun así, mantuvo los brazos tensos durante todo el camino, como si se estuviera preparando para atrapar a Ravyn en caso de que cayera.

No lo hizo. Unos dedos callosos encontraron asidero en la tierra y Ravyn se elevó, pie a pie, hasta esa colina alta y monstruosa. Cuando la pendiente llegó a una cima plana, cayó sobre la hierba. Tenía las manos hechas jirones, resbaladizas de sangre. Moretones verdugones decoraban cada parte de la piel que podía ver. Sus respiraciones eran jadeos. Parecía necesitar todas las fuerzas que le quedaban para quedarse allí y respirar.

Mi voz salió hecha pedazos. *Ayúdalo.*

La Pesadilla se detuvo, cerniéndose sobre Ravyn como una sombra. Lentamente se arrodilló. "Mírame."

La mirada de Ravyn parecía lejana y cercana. Se estrelló contra mi ventana.

"El reinado de un rey está plagado de cargas. Las decisiones importantes se transmiten a lo largo de los siglos. Aun así, hay que tomar decisiones". El susurro de Nightmare era como el viento entre los árboles. "Eres fuerte, Ravyn Yew. Lo supe desde el momento en que te vi. Y debes seguir siendo fuerte... Se giró y miró hacia la cima de la colina. "Para lo que viene después".

La corona de la colina era niebla y roca. En el centro había dos árboles, con las raíces entrelazadas como serpientes. Alto, con ramas largas y extendidas, un árbol era pálido, blanco como el hueso. El otro era negro, como carbonizado.

Los reconocí como si los hubieran garabateado sobre mi piel. La misma imagen vivió en la portada de *El viejo libro de los alisos*. Dos árboles, entrelazados desde las raíces. Una clara, la otra oscura.

Los alisos gemelos.

Jespyr yacía boca abajo debajo de ellos. Tenía los ojos cerrados.

Ravyn se levantó del suelo y corrió hacia ella, agachándose al lado de su hermana, rasgando la tela a lo largo de su manga. Largos dedos de oscuridad como la tinta recorrieron el brazo de Jespyr. Un afluente de la magia, instalándose en su nuevo anfitrión.

La infección.

Ravyn maldijo, arañándose a sí mismo por su amuleto extra. Colocó la cabeza de víbora en la mano de Jespyr y cerró sus dedos alrededor de ella. Contuvo la respiración, esperando.

Ella no se movió.

Su voz se quebró. "¿La doncella?"

La Pesadilla apareció detrás de él. "No para esto. Ninguna Carta puede detener la infección ni curar la degeneración".

*Sin embargo* , llegó una voz áspera y vibrante desde arriba.

La colina tembló, haciendo que Ravyn perdiera el equilibrio. Cayó y los alisos lo envolvieron con sus raíces, atrapándolo por las muñecas (los tobillos) y atándolo al suelo.

*¿Qué le están haciendo?* Grité en la mente de Nightmare.

Él no respondió. Sus ojos estaban fijos en la forma inmóvil de Jespyr.

Los árboles se inclinaron sobre Ravyn. No tenían ojos, ni boca, ni rostros. Pero lo vieron. Habló. *¿Quién es?* -llamó la voz temblorosa del aliso oscuro.

Más alto, más disonante, habló el pálido aliso. *Prueba su sangre.*

Las raíces alrededor de las muñecas de Ravyn se tensaron. Cuando la sangre goteó de los cortes en sus manos, la cima de la colina se estremeció. *Tejo* , dijeron los árboles juntos.

*El aliso pálido se acercó a Ravyn. El tejo es astuto y su sombra es desconocida. Se dobla sin romperse, sus secretos son suyos.*

*Mira más allá de las ramas retorcidas , llamó el aliso oscuro, excava profundamente hasta sus huesos. ¿Lo que buscas son los Alisos Gemelos o es el trono?*

Las manos de Nightmare estaban rígidas, como garras, a sus costados. "Respóndeles", le dijo a Ravyn.

Ravyn respiró entrecortadamente. "Busco la Carta de Alisos Gemelos para unir el Deck".

*Para levantar la niebla* , dijo el aliso oscuro.

*Para curar la infección* , dijo el otro.

Ravyn asintió.

*Entonces debéis pedirselo al Espíritu mismo.*

Las raíces que rodeaban las muñecas de Ravyn se aflojaron y otro estruendo atronador estremeció la colina. Los alisos se movieron. Lentamente, comenzaron a separarse, arrastrando sus raíces con ellos. Cuando estuvieron a cierta distancia el uno del otro se detuvieron.

Me quedé mirando el espacio entre ellos. Parpadeó y luego volvió a parpadear. No estaba mirando a través de los árboles al otro extremo de la cima de la colina. Estaba mirando a través de una *puerta* . Una apertura a otro lugar, entre los alisos.

Una orilla larga y pálida.

Ravyn se puso de pie. "¿Es ahí donde está la tarjeta Twin Alders?"

*Es donde el Espíritu del Bosque te hablará.*

Ravyn se arrodilló y tiró del brazo de Jespyr.

*Las raíces del aliso sobresalían sobre ella, enjaulándola en el suelo. Ella se queda con nosotros. Si ella no nos alimenta con su podredumbre, nosotros la alimentaremos con nuestra magia.*

La voz de Ravyn tembló de odio. “¿Es por eso que la gente acude aquí cuando el Espíritu los atrapa en la niebla? ¿Para alimentarte?”

*El aliso oscuro extendió una rama. Alimentar. Y como combustible. Lo que consumimos, lo volvemos a verter en la niebla. Lo que ustedes llaman infección, lo declaramos un regalo. La rama trazó la frente de Ravyn. Creo que tú, más que nadie, entenderías eso.*

Ravyn retrocedió. “Mi magia no es un regalo. No es casi nada”.

El árbol retrocedió. Y aunque no tenía ojos, estaba seguro de que había dirigido su mirada a Nightmare. *Parece que todavía tienes mucho que aprender. Ahora ve. El Espíritu no esperará para siempre.*

Ravyn miró entre los árboles a esa pálida orilla. Las raíces ya no lo mantenían en su lugar, pero sus piernas no se movían.

*Adelante, siempre adelante, se burló el pálido aliso. ¿No es ese tu credo, Ravyn Yew?*

Un ceño fruncido cruzó las cejas de Ravyn. Miró a su hermana, luego de nuevo a Nightmare... a mí. “No voy a ir a ninguna parte sin ellos”.

*Entonces tu viaje fue en vano.*

La Pesadilla siseó. Sus pensamientos me envolvieron en la oscuridad. Quinientos años se convirtieron en nada, Jespyr cambió a la cara de Ayris, inmóvil entre los alisos gemelos.

Y entendí, mejor que nunca, cómo se había convertido en un monstruo.

Su vida había sido un trueque interminable. Él había dado su tiempo, su concentración, su amor, por la magia. Lo había ejercido con gran autoridad. Pero era *magia* la que se había apoderado de su reino, de su familia, de su cuerpo, de su alma.

Era equilibrio, pero no era justo. Y ahora estaba lleno de agonía, reducido a algo irregular: un diente, una garra.

*Sé lo que estás pensando, le dije.*

*¿Tú?*

*Es lo mismo que has pensado durante siglos, ¿no? Que nada de esto habría sucedido si simplemente hubieras jugado en el bosque con Ayris cuando eras niña y nunca le hubieras pedido al Espíritu sus bendiciones. Nunca habrías conseguido la espada. Nunca sangró sobre la piedra. Es posible que haya apreciado tanto a sus hijos como a sus cartas.*

*Suavicé mi voz. Porque si lo hubieras hecho, nunca habría existido ninguna Carta. Y nada de esto hubiera sucedido.*

*Él se rió, un sonido amargo. Y ahora sabes que todo lo terrible que sucedió en Blunder tuvo lugar mucho antes de que le entregara una guadaña a Brutus Rowan. Sucedió porque, hace quinientos años, un niño llevaba una corona (tenía toda la abundancia del mundo) pero siempre pedía MÁS.*

Más adelante, los alisos se agitaron. Se acercaron el uno al otro. La puerta que los separaba de la pálida orilla (al Twin Alders Card) estaba empezando a cerrarse.

La voz de Ravyn estaba tensa. "Por favor. Hablaré con el Espíritu y pagaré cualquier precio". Agarró el brazo de Jespyr, tratando de sacarla de su jaula de raíces. "Pero no mi hermana".

Los árboles no le hicieron caso y la brecha entre ellos se hizo aún más estrecha.

*Hay una razón por la que estás aquí por segunda vez , le dije a Nightmare, mi voz era urgente. Puede que hayas perdido a una hermana a causa de la magia, pero no debes hacer que Ravyn corra la misma suerte. Eres el Rey Pastor, el autor de todo lo que he conocido. Tú escribiste la historia de Blunder, Aemmory Percyval Taxus. Ahora reescríbelo.*

Los alisos se estaban cerrando, la pálida orilla desaparecía, nuestra única oportunidad de conseguir la Carta de los Alisos Gemelos... desaparecía.

Ravyn arrancó las raíces con las manos ensangrentadas. Pero no pudo sacar a Jespyr. Se volvió hacia la Pesadilla. Gritó una súplica entrecortada. "Ayúdame."

Nuestra visión compartida salió adelante. Y aunque no tenía control sobre mi cuerpo, juraría que fui yo quien apretó con más fuerza el agarre de Nightmare sobre su espada.

Se pasó la espada por la mano, se cortó un corte fino en la palma y caminó hacia los alisos gemelos. Cuando dejó la huella de una mano ensangrentada sobre el aliso pálido, la colina no sólo se estremeció. Tembló.

Los árboles hablaban como uno solo, sus voces una armonía disonante y miserable. *Taxo.*

La Pesadilla fijó los alisos en su mirada y se dirigió a ellos con una malicia tan antigua que cubrió mi mente de azufre. "Hay muchos círculos que se dibujan en el tiempo", dijo. "Muchos acontecimientos reflejados, muchos bosques que inevitablemente nos llevan al mismo lugar. Gran parte de lo que ocurrió hace quinientos años ha vuelto a suceder". Sus ojos se entrecerraron. "Pero no esto. No harás de él un monstruo como hiciste conmigo, obligándolo a renunciar a una hermana. Suelta a Jespyr Yew. O arrancaré tus raíces de esta tierra".

Los alisos se pusieron rígidos, sus raíces resbaladizas y sus ramas retorcidas se detuvieron en una inquietante quietud. Luego, tan abruptamente que no tuve tiempo de gritar, agarraron a Ravyn y lo arrancaron de Jespyr. Gritó, se retorció, pero fue arrojado con abandono a través de la puerta hacia la pálida orilla. Los árboles volvieron sus feroces ramas hacia la Pesadilla.

Pero su espada los encontró primero.

Se dirigió a las raíces y liberó a Jespyr con furiosa precisión. La colina tembló, la abertura entre los alisos era tan estrecha como la puerta de mi dormitorio en Spindle House.

*Sigue adelante , lo insté.*

Levantó el cuerpo inerte de Jespyr de la tierra y se la echó sobre los hombros. Los dos fueron golpeados una y otra vez por ramas que se agitaban. Ravyn extendió la mano, el espacio entre los alisos ahora era tan estrecho que no podía salir. "¡Toma mi mano!"

La Pesadilla se lo llevó. Cuando Ravyn tiró de él hacia adelante, la puerta entre los alisos gemelos se cerró de golpe. Los árboles y la cima de la colina habían desaparecido. Lo único que quedaba ahora era una playa pálida, acompañada por el sonido de las olas.

Y el opresivo olor a sal.

## Capítulo treinta y ocho

### *Olmo*

Al tercer toque de la Tarjeta rosa, la impecable, sobrenatural e inalcanzable, Ione Hawthorn había desaparecido. La *verdadera* Ione estaba allí en su lugar.

Pecas. Lo primero que vio Elm fueron sus pecas. Estaban concentrados a lo largo del puente de su nariz, luego escasos sobre sus mejillas, frente y barbilla, y unos últimos descansando en el arco de Cupido. Había un pliegue vertical en el centro de su labio inferior, líneas en las comisuras de su boca y ojos.

*Líneas de sonrisa , recordó. Esta Ione sonrío.*

Había piel texturizada, parte irritada, alrededor de su nariz. Sombras en forma de media luna debajo de sus ojos. Las pestañas volvían a ser parcialmente rubias y el pequeño espacio entre sus dos dientes frontales había regresado. El cabello a lo largo de su frente no caía con una elegancia tan antinatural como antes. Había enredos, rizos rebeldes. Desorden e imperfección. Parecía tan... humana, como la chica que había visto cabalgando por el bosque.

No había suficientes páginas en todos los libros que Elm había leído, en todas las bibliotecas por las que había vagado, en todos los cuadernos que había garabateado, que pudieran medir (denotar o describir) lo hermosa que era.

"Ahí tienes."

La escarcha y la indiferencia en los ojos color avellana de Ione se habían desvanecido, los colores vibrantes de la tierra, el fuego y el bosque estaban completamente desenfrenados.

Un pequeño sonido fracturado salió de ella. Ella se acercó a él, pero no dio dos pasos antes de que sus rodillas se doblaran, y luego Elm la atrapó, sujetándola mientras se hundían en el suelo.

Con el cuerpo tembloroso y los ojos cerrados, Ione abrió la boca contra su pecho. Su grito fue silencioso al principio, luego tan fuerte que llenó los oídos de Elm. Las lágrimas cayeron por su rostro y su respiración se hizo entrecortada, sus pulmones rogaban por aire, negado una y otra vez por su interminable gemido.

Había soportado un matrimonio intercambiado con Hauth, un bruto, que la emborrachó y usó su guadaña contra ella, encerró su corazón con tres golpecitos indiferentes. La arrastró hasta el precipicio de esa ventana en Spindle House y la empujó

hasta la muerte. Ella yacía allí sobre su propia sangre, mirando a la luna, pensando que sería la última vez que vería el cielo nocturno.

Desgarró a Elm, pensando que lo había soportado sola. Que su incondicional oponente, la Carta de la Doncella, la había curado tan bien que se había ahorrado sentir una sola parte de lo que le había sucedido.

Hasta ahora.

Elm presionó su rostro contra su hombro, susurrando el único consuelo que se le ocurrió ofrecer. "Lo lamento. Lo siento mucho."

Sus dedos se clavaron en su túnica. Luego ella empujó, obligándolo a alejarse de ella. Cuando Ione lo miró a la cara, había tanto dolor en esos ojos color avellana que Elm pensó que podría morir.

Ella retrocedió más. "Dame un momento."

"Iona."

Se dobló sobre sí misma y abrazó sus brazos sobre su pecho. "Ve, Príncipe".

*Príncipe.* Como su hermano. Elm se pasó una mano por los ojos, dijo: "Lo siento, Ione" y se fue.

Pasó el pulgar por la carta Nightmare. Cuando llegó a la habitación de Hauth, no se molestó en llamar.

Era tarde. Sólo había un médico de guardia, de pie cerca de la esquina de la habitación, clasificando tinturas y viales. Saltó cuando entró Elm. Pero la otra figura, sentada junto a la cama de Hauth, no se sobresaltó tan fácilmente.

Linden vio entrar a Elm, con el ceño fruncido por una profunda mueca. "¿Qué diablos quieres?"

Elm no miró a Hauth. No servía de nada romper cosas que ya estaban rotas. Pero una vieja y familiar rabia había subido por su garganta por cada segundo que había vivido en los recuerdos de Ione. No sólo quería romper cosas.

Quería lo que había conseguido el Rey Pastor. El privilegio de tener la vida de Hauth Rowan en sus manos y verla perdida.

Elm abrió el cofre al final de la cama y arrojó la Tarjeta Nightmare dentro de él. "No vale la pena", dijo, ni a Linden ni a sí mismo, no lo sabía. "Él no merece ni un momento más de tu tiempo".

Regresó a la puerta de Ione, se deslizó hacia abajo y se sentó, escuchando el sonido de sus gritos a través de la madera. Se obligó a escuchar. Se obligó a sentirlo.

Su mano se deslizó en el bolsillo de su túnica, buscando comodidad a lo largo del borde de terciopelo. Elm sacó la guadaña y la examinó, girándola entre sus dedos. Rojo: la carta Rowan. Su salvador. Su muleta. ¿Sabía siquiera quién era sin él? ¿Su padre? ¿Tenía Hauth?

Los sollozos de Ione atravesaron la puerta. Elm cerró los ojos y apoyó la cabeza contra la madera, sus hombros temblaban mientras las lágrimas caían por su rostro.

La puerta se abrió y Elm cayó hacia atrás, golpeándose la cabeza contra el suelo.

Ione lo miró. Con sorprendente fuerza, lo puso de pie, cerró la puerta detrás de ellos y lo llevó a la cama.

Elm yacía de lado y miraba hacia la pared, ahuecada. El colchón se movió y dos manos lo rodearon. Ione presionó su cuerpo contra su espalda, fundiéndose a su alrededor. Elm cerró los ojos, las lágrimas que pensó que se habían gastado le picaban una vez más. “¿Me odias, Hawthorn?”

Sus brazos lo rodearon con más fuerza. “No, Olmo. No te odio en absoluto”.

Durmieron. Cuando Elm despertó horas más tarde, con la pálida luz del día brillando en la ventana, Ione todavía lo sostenía. Memorizó el mapa de sus brazos sobre su pecho, líneas perfectas, ella el lápiz y él el papel.

Su voz revoloteó junto a su oído. “¿Estás despierto?”

Se volvió. La luz de la mañana besó su cabello, su oreja, las partes altas de su rostro. Tenía los ojos hinchados de tanto llorar.

Elm le pasó la mano por la mejilla. “Tona.”

Ella tiró de él hasta que estuvieron presionados, su boca pegada al hueco de su garganta. Durante un largo rato no hicieron más que respirar, tan cerca uno del otro que sus inhalaciones y exhalaciones coincidían, a un ritmo lento y constante. “¿Cuándo me viste montando?” dijo ella, su voz un suave zumbido contra su piel. “¿Con barro en los tobillos?”

Elm le pasó los dedos por el pelo con movimientos largos y tiernos. “Tenía dieciséis, tal vez diecisiete años, y patrullaba el camino forestal con Jespyr. Se suponía que debíamos estar atentos a los bandoleros, pero estábamos jugando a las cartas. Pasó un caballo. Más rápido de lo que van la mayoría de los ciclistas. No nos viste. Te reías, una especie de carcajada sibilante. Le frotó la nuca. “Me gustó tu risa. Tu cabello.”

Ione permaneció en silencio durante mucho tiempo. Elm pensó que tal vez se había quedado dormida otra vez. Luego, “Pensé que eras hermosa. Un hermoso y terrible pinchazo”.

Una risa retumbó en su pecho.

“Cuando era niña, imaginaba que pertenecías a un libro de cuentos; ningún Príncipe tenía derecho a ser tan guapo a menos que viviera en una página. Pero no eras encantador como el Príncipe de un cuento. Y dejaste muy claro que no había nadie, aparte de los tejos, digno de tu tiempo. Ella tiró de su manga. “La ropa negra no te hacía parecer accesible exactamente. Entonces no sabía que Hawth estaba... lastimándote.

Elm tragó. “¿Fui grosero contigo?”

“Eso habría requerido que hablaras conmigo”.

“No hablé mucho. Pero te vi... me gustaste. Él habló en su piel. “Parecías sin carga. Tan feliz y libre estabas exquisita. Te envidiaba”.

“¿Te gusto... por envidia?”

Su brazo la rodeó con más fuerza. “Soy una cosa podrida, Ione. Estoy aprendiendo sobre la marcha”.

Otra pausa. “El día de mercado, cuando Hauth envió a esa pobre gente a la niebla, tú te enfrentaste a él. Lo desafió, delante de todos. Y vi la misma rabia y rencor hacia él que estaba empezando a comprender”. Su voz se calmó, su tono confesional. “ *Te envidiaba* ” .

Ella tragó. “Hay mucho de mí que aún no he compartido contigo. Lo que hizo Hauth: todos los sentimientos que me robó. Estoy amargamente enojado”.

“Entonces enojate, Ione”. Elm presionó su boca contra su frente. “Te queda bien”.

Ella hizo un pequeño ruido de aprobación y sus palabras se reflejaron en ella. “Digo cosas rencorosas cuando me hieren los sentimientos. Guardar rencor. Y los bandoleros... no me arrepiento de lo que les hice. Ni siquiera un poco. Fue aterrador y horrible, y lo volvería a hacer sin pensar para evitar que te lastimes”. Ella respiró profundamente. “Pienso en lo fácil que sería hacer cosas horribles si sintiera que tengo una buena razón”.

“Yo también.”

“Me gustó la idea de poder ser Reina algún día. Me gustó cómo la Doncella moderó las cosas, cómo dejé de sentir arrepentimiento, preocupación y miedo. Se parecía mucho al poder”. Ella inclinó la barbilla hasta que sus labios estuvieron casi apretados. “Tal vez yo también te gusto de esa manera”.

“Me gusta que finalmente puedo leer tu rostro y que hayas elegido mostrármelo. Puedes contarme tus terribles verdades, Ione. No voy a ninguna parte.”

Elm se sentó, despierto, hambriento. Y, por primera vez en mi memoria, feliz, el día apenas comenzaba. “¿Todavía te gusta montar?”

Se vistieron rápidamente. Esta vez, Elm se aseguró de que Ione tuviera zapatos y una maldita capa.

Fortalecidos contra la niebla con sus hechizos, encontraron el caballo de Elm en el establo y luego un palafrén castaño para Ione. Cuando Elm la entregó a la silla, se sorprendió preguntándose una vez más si el Espíritu del Bosque realmente incursionaba en las vidas de los hombres. Si ella se había compadecido de él ese día, cabalgó con Destriers hasta Hawthorn House. Si hubiera sentido toda la podredumbre dentro él y le regaló a él, el Príncipe arruinado, este momento con Ione para superar su oscuridad.

Salieron corriendo del patio y cruzaron el puente levadizo. El viento agitó el cabello de Ione detrás de ella como mil cintas atrayentes, y Elm dejó escapar un suspiro. Siempre se sentía limpio, alejándose de Stone.

El otoño estaba pasando y la escarcha tardaba en derretirse. Pronto, no se derretiría en absoluto. Siguieron por la carretera principal durante un cuarto de milla y luego, tan rápido que Ione tuvo que tirar de las riendas, Elm giró su caballo hacia el oeste, por un terraplén. Cuando tocaron fondo, tomó el camino que había memorizado hacía mucho tiempo. Luego, a través de una llanura cubierta de hierba, Elm desató su caballo.

Galoparon por el campo abierto, separando la niebla con su velocidad.

Ione espoleó a su caballo y lo atrapó hasta que cabalgaron codo a codo. Tenía los ojos muy abiertos y el pelo amarillo como una tormenta. Pero justo cuando Elm comenzó a preocuparse de que la velocidad fuera demasiada, echó la cabeza hacia atrás, carente de toda pompa...

Y se rió.

El sonido recorrió su cuerpo hasta Elm, deshaciendo su último ladrillo, su última púa. El rostro de Ione estaba completamente abierto, sin una pizca de hielo o moderación. Tenía los ojos arrugados y la nariz pecosa arrugada; el espacio entre los dientes frontales era visible mientras sonreía. Elm la observó, la memorizó, y rezó para poder llegar a su cuaderno de bocetos antes de que las líneas de su sonrisa se desvanecieran de su memoria.

Dudaba que alguna vez lo hicieran.

Debió haber sentido su mirada, porque cuando Ione se movió en la silla y lo miró, su mirada estaba expectante.

Elm se acercó y agarró las riendas. Era imposible besar a caballo, pero él se inclinó, rozó su boca con la de ella y la besó de todos modos.

Ione tiró de las riendas. Cuando los caballos se detuvieron, Elm desmontó y se tomó la cintura. Ella se deslizó de su silla hasta sus manos, chocando su boca contra la de él. "Gracias por esto, Elm", susurró ella en sus labios. "Para todo."

Nunca se acostumbraría a lo que se sentía al oírla decir su nombre. Embriagadora, dulce, melancólica.

Llegaron a un bosquecillo de árboles antes de tumbarse en la hierba, jugueteando con la ropa del otro. La sal picó el aire. Elm mantuvo su amuleto de crin bien tejido alrededor de su muñeca y Ione el de ella en la cadena remendada alrededor de su cuello.

Rodaron, enjaulados uno en brazos del otro. Elm la sujetó al suelo y puso una rodilla entre sus piernas, guiándolas para abrirlas, susurrando palabras de adoración en su boca, palabras como *cálido y divino* y *no puedo respirar cuando me miras, Ione*.

La mano de Ione se deslizó debajo de su túnica y subió por su espalda, presionando los músculos magros a lo largo de su columna y hombros, los lugares donde había recibido palizas cuando era niño. Cuando lo liberó de su túnica, sus ojos recorrieron su pecho desnudo, estudiando sus contornos. Los dedos se entrelazaron en su desorden de cabello castaño rojizo. Su voz era baja, cubierta de asombro. "Eres hermosa."

"No. Esa palabra es sólo para ti". Elm se reclinó y la sentó en su regazo como lo había hecho en el trono. Sólo que ahora no había ninguna sombra forjada por los serbales cerniéndose sobre ellos. Había aire fresco, niebla. Las palomas huilotas arrullaron. Una brisa de gasa llegó en oleadas. Se cubrió sobre Elm, empujando los pelos salvajes de la frente de Ione hacia su cara. Todo era tierno, suave.

Delicado.

Elm encontró el nudo al final de su corpiño. No habría cuchillo. Sin desgarros de la tela. Se tomó su tiempo, sus dedos lentamente mientras le aflojaba los cordones.

Ione no lo apresuró. Estaba demasiado ocupada memorizando su rostro. Pasando sus dedos sobre él. Buscando, midiendo. Cuando su corpiño cayó, arrastrando su vestido hacia abajo y dejándola desnuda hasta la cintura, sus ojos color avellana todavía estaban fijos en él.

"La forma en que me miras", dijo, tomándole la barbilla, "me aterroriza".

"¿Por qué?" Ella pasó una mano por su cuello, su pecho, la línea entre los músculos de su abdomen. "¿Nadie te amó antes, Elm?"

"Así no." Cerca. La necesitaba más cerca. "Nunca ha habido algo como esto".

Elm yacía boca arriba sobre su capa. Le quitó las mallas a Ione y ella se montó a horcajadas sobre él, con la luz flotando sobre su cabello amarillo. Se deleitaba con lo cálida que estaba, lo perfecto que era su peso contra su cuerpo, lo delicioso que se sentía cuando ella lo liberaba de sus pantalones.

Sus ojos se abrieron como platos. Ella dejó caer la mano y lo midió de nuevo. " *Olmo.* "

Él siseó entre dientes y presionó una mano sobre sus labios. "Cuidado con lo que dices. Me consumirás demasiado pronto con esa boca malvada tuya. Él la empujó hacia abajo y la besó lentamente. "Quiero que esto dure, Ione".

Ella se apoyó en su pecho y, cuando comenzaron, fue agonizantemente lento. Elm observó su rostro, buscando dolor, listo para detenerse en el momento en que lo viera. Pero Ione se acercó a él, moviendo las caderas de un lado a otro, encontrando su consuelo, que también se convirtió en el consuelo de Elm. Centímetro a centímetro, descendió. Y todos los recuerdos de placer que Elm alguna vez había tenido se fracturaron en su mente, reemplazados por esto. Por ella.

Él sostuvo sus caderas. Cuando él se arqueó hacia ella, Ione contuvo el aliento. Se quedó helado. "Hiciste eso... ¿Estás...?"

"No me harás daño. No habrá ningún dolor entre nosotros". Ella pasó el pulgar por su labio inferior. Elm lo mordió y ella sonrió. "A menos que estemos de humor para ello".

"Será tiempo para todo tipo de cosas sórdidas, señorita Hawthorn. Por ahora, sólo... Su voz se calmó. "Sólo sigue mirándome".

Cuando Elm empezó a moverse dentro de ella, no podía pensar. No pude concentrarme. El pelo amarillo se derramaba por todas partes y el rostro de Ione estaba sonrojado y tan vulnerable, sus ojos color avellana lo buscaban, que sintió que se le contraía el pecho.

La lentitud no duró. Había demasiada necesidad, demasiada novedad, entre ellos. Elm acarició su sexo con el pulgar, sus dedos se clavaron en su trasero y sus caderas mientras se movía con ella, atrapado entre saborear el momento y la insaciable necesidad de más.

Él se levantó y la agarró por la nuca. "¿Qué sientes, Ione?"

Como un batir de alas, suspiró. " *Todo.* "

Elm empujó con más fuerza, arrastrando su boca sobre su mandíbula y su garganta. "Soy tuyo. Incluso si no quieres ser reina, yo soy tuya.

Los párpados de Ione se agitaron y su paso se aceleró. Elm le palmeó los pechos y encontró con su boca el zumbido de los latidos de su corazón. Ella cayó sobre su ropa, puso a Elm encima de ella y envolvió sus piernas alrededor de su cintura. Su respiración se hizo más rápida, laboriosa, y luego dejó de respirar en absoluto, tensándose a su alrededor.

Elm miró hacia abajo a través de la niebla. El ceño de Ione se frunció, sin dejar de mirarlo. Ella abrió la boca y dejó escapar un grito agudo.

Presión, tanta presión, que Elm sintió que cada músculo se contraía y luego se relajaba con fuerza. Su cabeza chocó contra su pecho. Enseñó los dientes y se le escapó una maldición...

Y vi estrellas.

Ione lo abrazó. Cuando dejaron de jadear, compartieron besos perezosos, de placer. Y ese momento con ella fue tan desgarradoramente perfecto que Elm le contó todo.

Sobre su infancia, la muerte de su madre, los horrores de lo que pasó después. Sobre odiar a Hauth y su padre. Sobre querer morir hasta que los Yews lo acogieron. Él le habló de convertirse en Destrier. Sobre la infección de Emory y su lenta degeneración. Sobre Providence Cards y cómo el Rey había planeado derramar la sangre de Emory para unir el Deck.

Sobre Elspeth. Su magia. La voz, el Rey Pastor, que llevaba en su mente.

Sobre los Alisos Gemelos y cómo Ravyn y Jespyr habían ido a buscarlos. Y cómo Elm, el nuevo heredero, haría todo lo que estuviera en su poder para luchar por ellos cuando regresaran.

Mientras él hablaba, Ione permaneció en silencio, apretándolo con más fuerza. Cuando terminó, ella le puso una mano en el corazón. "Así que eso es lo que has estado haciendo todo tu tiempo".

"Mentiría si dijera que no estoy muy cansado por todo esto".

"Pensar que podrías reunir todo el mazo ante las narices del Rey, incluida una carta que se ha perdido quinientos años, es la cosa más arrogante, más *Elm*, que he oído jamás".

Él se rió entre dientes y enroscó un mechón de su cabello alrededor de su dedo. "No fui el único autor intelectual".

"¿Qué pasa con mi madre y mis hermanos? ¿Las chicas Spindle? Pensé que sabrías adónde habían ido. Pero cuando pregunté, con el Cáliz...

"Era importante que no lo supiera. De esa manera, ni siquiera un Cáliz podría obligarme a compartir su paradero".

Sus ojos se abrieron como platos. "¿ Los sacaste?"

La Guadaña nunca estuvo lejos. Elm lo encontró en el bolsillo de su capa y lo movió entre sus dedos, girándolo hasta que los bordes borroso. "Jespyr advirtió a tu madre y a tus

hermanos, y obligué a los Spindle a huir. Intenté sacarte a ti también. No tenía idea de que no estabas en Spindle House. No tengo idea de lo que había hecho Hauth”.

Lágrimas gemelas cayeron de los ojos de Ione. "¿Por qué?"

Elm se sentó y le tomó la cara entre las manos. "Porque no creo en eso, Ione. Cualquiera de eso. Quinientos años de ley Rowan... no significan nada para mí. Es mejor que todos abandonemos nuestros encantos y dejemos que el Espíritu nos consuma que vivir en un lugar que castiga a las personas por magia que no es obra suya. Preferiría quemar a Stone antes de ver a una mujer y a sus hijos castigados por ocultar a una sobrina infectada". Él secó sus lágrimas. "Tu familia estará a salvo algún día. Voy a cambiar las cosas. Voy a ser el peor Rey Rowan en quinientos años". Las puntas de sus labios se curvaron. "Quizás incluso lo disfrute".

Las lágrimas de Ione se detuvieron. Ella lo estaba mirando de la misma manera que cuando lo llamó hermoso. Ella empujó hacia él y le rodeó el cuello con los brazos. "Entonces déjame disfrutarlo contigo", murmuró ella en su boca.

La guadaña cayó al suelo, completamente olvidada.

Decidieron anunciar el contrato matrimonial esa noche: poner una estaca en el corazón del boato y terminar las fiestas un día antes.

Ya era bastante después del mediodía cuando regresaron a Stone. En algún lugar profundo del castillo, sonaba una campana. Ione miró hacia las altas e imponentes torres. "¿Qué es eso?"

Elm le entregó las riendas al mozo de cuadra y le tomó la mano. "No estoy seguro."

Baldwyn no estaba allí para preguntar. Filick tampoco. Una cuerda tiró del pecho de Elm. Pensó que tal vez Ravyn había regresado antes.

Con los dedos entrelazados con los de Ione, Elm subió las escaleras hasta el corredor real y entró en su habitación. Una sombra se levantó en un rincón de la habitación. No era Ravyn esperándolo.

Era Hauth.

PARTE TRES

Para doblar

## Capítulo treinta y nueve

### *Elspeth*

La costa del Espíritu del Bosque era muy parecida a la que yo había ocupado en la mente de Nightmare. Un espacio apático e infinito. Sólo esta playa estaba pálida. El cielo, las olas, la arena fina, todo de un gris pálido y sin vida.

Ravyn estaba sentado en la arena, con Jespyr en sus brazos. No podía alcanzarla, ni con su Nightmare Card, ni con su voz. No importaba cómo la sacudiera o gritara su nombre, ella no despertaba.

No sé cuánto tiempo estuvimos sentados en esa playa, esperando al Espíritu del Bosque. La Pesadilla se mordió una uña, mirando a los hermanos Yew por el rabillo del ojo.

La voz de Ravyn era entrecortada. “¿Cuánto tiempo tendremos que esperar?”

“El Espíritu mantiene su propio tiempo”.

Decenas de cortes de ramas y espinas estropearon el rostro de Ravyn. Parecía tan cansado. Cuando presionó un dedo calloso contra el cuello de su hermana, un sonido de dolor salió de su boca. “Su pulso se está desacelerando. La fiebre la está matando”.

*Haz algo , supliqué en mi habitación oscura. No dejes que pierda la esperanza.*

“Tu familia está impregnada de magia”, respondió Nightmare, más dura de lo que debería. “Ella vivirá”.

Ravyn cerró los ojos con fuerza y no dijo nada.

“No has venido hasta aquí para ceder a la desesperación”.

Ravyn no respondió. Pero otra voz lo hizo.

Provino del mar, profundo y vasto. Llenó mi habitación oscura, haciendo eco cerca y lejos. “El Rey del Error”, decía, “viene a hacer trueque una vez más”.

Cuando el agua se abrió, una criatura con garras, orejas puntiagudas y ojos plateados salió de ella. Y supe, en lo profundo de la negrura como la tinta de mis venas, quién era ella.

El espíritu de la madera.

“Bienvenido de nuevo, Rey Pastor. Bienvenidos, Ravyn y Jespyr Yew”. Sus ojos sobrenaturales se encontraron con mi ventana. Ella sonrió. “Bienvenida, Elspeth Spindle”.

## Capítulo cuarenta

### *Olmo*

Un destello rojo. "No te muevas", llegó la voz de Hauth. "Ni siquiera hables".

La sal picó los sentidos de Elm. Su mente se detuvo, bloqueando sus músculos junto con ella. Estaba congelado, con una mano en el bolsillo y la otra entrelazada con la de Ione.

Hauth estaba delante de ellos. Alto, amenazador y completamente impecable. Las cicatrices (moretones y marcas de garras) habían desaparecido y su piel estaba impecable. Llevaba una túnica dorada y un jubón de color carmesí intenso, con el pecho ancho mientras se enfrentaba a Elm. Llevaba un par de dagas sujetas al cinturón.

Parecía más joven. Pero eso fue sólo porque las líneas de expresión profundamente arraigadas en su frente se habían suavizado. Hauth miró hacia abajo y sus ojos verdes recorrieron las manos entrelazadas de Elm e Ione. "No debería sorprenderme", dijo, en tono inactivo. "Siempre has sido un enano engreído".

La última vez que Elm había visto a su hermano, Hauth estaba tendido en un charco de su propia baba. No había cataplasma, ni medicina, ni magia, en el mundo que pudiera haberlo curado tan bien.

Salva uno.

Hauth se sentó encima del arcón de ropa de Elm. "Te veo pensando, Renelm. Tratando de resolverlo todo en esa pequeña mente de comadreja. Sus ojos se posaron en Ione. "¿Ella te lo dijo? ¿Sobre esa noche en Spindle House? ¿Sobre lo que le hice?"

La rabia cubrió la garganta de Elm. Intentó abrir la boca, pero tenía la mandíbula trabada.

Los ojos de Hauth recorrieron el cuerpo de Ione. "Qué diferente te ves, querida, del caparazón ensangrentado de una mujer que yace debajo de mi ventana en Spindle House. Cuando abrí los ojos hace dos noches y te vi, tan perfectamente completo, lo supe. Incluso cuando no entendía nada más, lo sabía". Las palabras se deslizaron entre sus dientes. "La Carta de la Doncella te curó, Ione".

La mano de Ione estaba fría en la de Elm, resbaladiza de sudor.

"Cuando mi padre tocó la Tarjeta Pesadilla y entró en mi mente, traté de decírselo. Pero el tonto estaba demasiado borracho, demasiado desconcentrado. No me escuchó". Un toque de satisfacción cruzó el rostro de Hauth. "Pero una noche después, Linden lo hizo".

La puerta se abrió detrás de él. Y entonces Linden estaba allí. Sólo que ahora su rostro estaba claro, su piel sin imperfecciones y sus cicatrices habían desaparecido.

“Toma su guadaña”, dijo Hauth, asintiendo con la cabeza hacia Elm.

Unas manos brutales se metieron en los bolsillos de Elm. Linden lo miró con desprecio. Arrancó la guadaña de Elm. Luego, por si acaso, le dio un puñetazo en el estómago.

El aliento se le escapó y las náuseas se apoderaron de él. Pero ni siquiera podía doblarse. La correa del Scythe que lo mantenía en su lugar estaba demasiado apretada.

El viejo pánico que Elm había ocultado detrás de las paredes había vuelto. Le salió del pecho, subió por la garganta y entró en la boca, rogándole que gritara. Era un niño otra vez, atado por la guadaña de su hermano.

Esperando el dolor.

Hauth extendió la mano y Linden dejó caer en ella la guadaña de Elm. “Cuando devolviste la Tarjeta Nightmare anoche, Linden la usó. Él me encontró. Y reconstruyó lo que mi padre no pudo”.

“Doncella”, dijo Linden, mirando ceñudo a Elm y luego a Ione. “Eso es lo que le oí decir en mi mente. Una y otra vez. 'Tarjeta de doncella.' Luego, 'Ione’”.

Linden se paró frente a Elm. Lo miró de arriba abajo con una mirada lasciva desenmascarada. “Hauth me dijo hace algún tiempo dónde había hecho que la señorita Hawthorn colocara su tarjeta. Pero cuando fui al salón del trono, no estaba debajo de la piedra del hogar. Pensé que tal vez lo había recuperado. Fui a su habitación a buscar. Su puerta estaba cerrada con llave”. Buscó su cinturón. “Pero el tuyo, príncipe Renelm, no lo fue”.

Se escuchó un ruido metálico. Linden sacó un manajo de llaves (el manajo de llaves de Elm) y lo colgó delante de él. “Realmente deberías tomarte tus deberes más en serio, Príncipe. Me tomó menos de cinco minutos abrir la puerta y encontrar a su Doncella. Le di tres golpecitos y luego... Se pasó una mano por la cara, donde antes le habían cortado la piel. “Mis cicatrices desaparecieron. Fui sanado”.

Elm tenía que hacer algo. De lo contrario, él e Ione nunca podrían escapar de esta habitación. Pero no pudo. Maldito. Mover.

Una sonrisa apareció en las comisuras de la boca de Hauth. “No eres tan duro sin Ravyn, ¿verdad, hermano?” Dio un paso adelante y agarró a Elm por el cuello. “¿Dónde están Ravyn y Jespyr? Dime.”

Otra ola de sal golpeó los sentidos de Elm. Le dolía la mandíbula. Cuando lo abrió, el veneno se acumuló y la guadaña de su hermano le sacó la verdad de la boca. “Se fue por los Alisos Gemelos”.

“¿Dónde?”

“No sé.”

Hauth arrancó el manajo de llaves de la mano de Linden y golpeó a Elm en la cara con él. “¿Cuándo volverán?”

“No sé.”

Otro golpe.

Ione hizo un ruido con la garganta.

“¿Qué te pasa, Renelm?” Otro golpe. “¿No hay nada inteligente que decir?”

La boca de Elm se llenó de sangre. Escupió, pintando de rojo las botas de Hauth. “Puede que estés curado, pero tu tiempo está marcado, *hermano* . Sé a quién despertaste cuando golpeaste la cabeza de Elspeth Spindle contra la pared. Miró profundamente los ojos verde Rowan de Hauth. “Y ni siquiera una Tarjeta de Doncella podrá salvarte cuando regrese”.

El miedo apareció en ese rostro perfecto y brutal. Los dedos de Hauth se apretaron alrededor del anillo de llaves. Elm contuvo el aliento, esperando otro golpe.

No llegó.

Hauth metió la mano en el bolsillo. “Linden”, dijo, manteniendo su mirada fija en la de Elm. “Devuélvele a Ione su Tarjeta de Doncella”.

La frente de Linden se frunció. Pero hizo lo que le dijeron. Cuando tocó a la Doncella, liberando a Hauth de su magia, las líneas crueles y familiares del rostro del hermano de Elm regresaron.

Linden desliza la tarjeta rosa en la mano de Ione.

“Tócalo”, le ordenó Hauth.

La Guadaña no le dejó girarse; Elm sólo podía ver a Ione en su periferia. Escuchó el suave sonido de su dedo contra la Tarjeta de Doncella. *Toca, toca, toca*.

“Mejor.” Hauth se alejó de Elm, moviéndose con amenazadora lentitud hasta situarse frente a Ione.

Sacó una daga de su cinturón.

Las entrañas de Elm se agarrataron. “¿Qué estás haciendo?”

“Realizando un experimento”.

Ni siquiera le dio a Ione la capacidad de hablar. Hauth simplemente inclinó la cabeza hacia ella, haciendo una reverencia burlona, y dijo: “Intentemos esto una vez más, prometido”. Levantó su daga.

Y lo hundió hasta la empuñadura en el pecho de Ione.

El aire salió de ella, un suspiro largo y entrecortado. La mano de Ione se aflojó en la de Elm, luego ella cayó fuera de su línea de visión, fuera de su alcance.

El mundo se oscureció en los bordes. El grito que brotaba de Elm se liberó. Linden lo golpeó en la cara, pero él no dejó de gritar. Las luces estallaron detrás de sus ojos, hasta el último músculo se gastó luchando contra el agarre de la Tarjeta roja.

Al final, fue la mano brutal de Hauth la que hizo girar la cabeza de Elm. “Veamos qué tan bien resiste la Tarjeta Rosa un golpe fatal”.

Había tanta sangre. Rojo como la baya de serbal, como la guadaña. Rojo en el vestido, la piel y el cabello de Ione, rojo en todo el suelo de su dormitorio.

Había sobrevivido a la caída de Spindle House. La Doncella la había mantenido con vida entonces. Ella podría sobrevivir a esto. *Tuve que sobrevivir a esto*.

Pero la sangre... era la sangre del corazón. Oscuro. Completo. Del tipo que Elm vio en la caza, cuando se aseguró de que el ciervo tuviera una muerte rápida y limpia.

La luz de esos ojos color avellana se estaba apagando. La boca de Ione se abrió, las lágrimas resbalaron por sus mejillas y el miedo se dibujó en su rostro. Y Elm lo entendió. Así fue cuando Hauth la hizo caer la última vez. Cuando estuvo segura de que moriría. Sólo que esta vez, Ione no estaba mirando a la luna indiferente, esperando que la gran quietud la reclamara.

Ella estaba mirándolo.

Sus manos eran del color de la nieve, sin sangre. Se alzaron hasta la daga en su pecho, pasando por encima de la empuñadura. Sus labios, de un gris enfermizo, se movieron, pero no salió ninguna palabra.

"Déjala hablar", gritó Elm, suplicó.

La risa de Hauth atravesó la habitación. "No creo que lo haga".

La mirada de Ione permaneció fija en Elm, sosteniéndolo en aquellos pozos color avellana. Sacó la daga de su pecho y la dejó caer al suelo. Cerró los ojos.

Y dejó de moverse.

Veinte segundos.

Cuarenta.

Un minuto.

Hauth hizo un ruido indiferente en su garganta y miró a la Doncella en la mano de Ione. "Parece que, después de todo, la Tarjeta rosa tiene límites".

Dos minutos y Ione seguía sin moverse. Elm gritaba tan fuerte que su hermano se estremeció. Hauth lo empujó al suelo, lo pateó y luego volvió a estremecerse.

Una gota de sangre se deslizó de la fosa nasal de Hauth. Sacó su guadaña de su bolsillo y la golpeó. "Quédate abajo", le dijo a Elm. "O te arrepentirás".

Cuando la sal finalmente abandonó los sentidos de Elm, no escuchó lo que Hauth y Linden se decían. A él no le importaba. Se estaba arrastrando a través de la sangre, gastando todas sus fuerzas en evitar que se rompiera el último hilo de esperanza que llevaba dentro de sí.

Acunó la cabeza de Ione entre sus manos. Estaba muy pálida, no había rastro de rosa en ninguna parte. "¿Espino?"

Nada.

Presionó su frente sobre la de ella. "Por favor, Ione."

Cuando ella permaneció inmóvil, Elm cerró los ojos y apretó los dientes. Pero ningún esfuerzo pudo contener las lágrimas que ardían por sus mejillas.

Entonces, como un batir de alas...

"Olmo."

Levantó la cabeza.

Ione se estaba moviendo. Sólo un dedo. Luego una mano, que se posó sobre la herida de su pecho. Entonces ese pecho se elevó con un suspiro profundo y desesperado. Sus párpados temblaron, luego se abrieron y Elm la miró a los ojos.

Hazel: calor y vida.

Él la rodeó con sus brazos y la atrajo hacia su pecho. Cuando finalmente un sollozo se separó de él, se preguntó amargamente si había sido ella quien había estado a punto de morir o él.

Como nubes venenosas, Hauth y Linden surgían desde arriba.

"Increíble", reflexionó Linden. "Una espada atraviesa el corazón y aún así la Doncella la deja vivir".

La voz de Hauth era lenta. Atemorizado. Voraz. "Invencibilidad."

La oscuridad se acumuló en Elm. No importaba que estuviera desarmado, desnudo y sin su guadaña. Aún así miró a su hermano a la cara y dijo, sin la menor duda: "*Te mataré por esto.*"

La puerta se abrió de golpe.

Filick Willow estaba en el umbral, con sus libros y sus perros, con los ojos muy abiertos mientras contemplaba la habitación. Hauth y Liden, de pie junto a Elm e Ione. Sangre en el suelo. Su mirada encontró el rostro de Elm, rastreando los moretones en ciernes, las lágrimas en sus ojos. "Perdóname, Príncipe", dijo. "Debería haber llamado más fuerte".

Elm podría haber besado el suelo. Asintió hacia Ione en sus brazos. "Llévala", dijo, con la voz quebrada. "Ayudarla."

Cuando Filick entró en la habitación, Hauth enderezó la columna. "No es necesario, médico".

Los perros gruñeron. Filick los detuvo con mano firme. "Príncipe Hauth. Tú... no estabas en tu habitación. Tocamos el timbre".

"Lo escuché." Hauth movió su tarjeta Scythe entre dedos desafilados. "Pero, como ves, nadie me robó de mi cama. Estoy bastante bien. Tu puedes ir."

Filick no se movió. Sus ojos estaban fijos en Ione. "Ha perdido mucha sangre".

"Soy consciente."

Se oyeron pasos por el pasillo. Alguien corría y entonces el Rey estaba allí, empujando a Filick y pisoteando la sangre de Ione en su camino hacia Hauth. Cuando abrazó a su hijo mayor, su voz salió fracturada. "Mi hijo. Estas vivo."

Elm miró el pecho de Ione. Ella todavía estaba cubriendo su herida. "Déjame ver", susurró.

Ella estaba reticente, su mano presionaba con tanta fuerza sobre su pecho que sus uñas habían dejado marcas en forma de media luna. Ella se lo llevó lentamente.

La herida se estaba reduciendo, alcanzando la mitad del tamaño de la hoja que la había causado. La Doncella, todavía agarrada en la otra mano de Ione, la estaba curando.

Elm levantó los ojos hacia el techo y, con todo su ser, agradeció al Rey Pastor su horrible y maravillosa Carta de Doncella.

La mano de Ione le rozó la manga. "Pensé que había traspasado el velo. Estaba cabalgando por el bosque, con barro en los tobillos". Una pequeña sonrisa apareció en sus labios incoloros. "Contigo."

Elm enterró la cara en su cuello. "Algún día. Pero primero quiero cien años contigo".

Por encima de ellos, la voz del Rey llegó en oleadas. "¿Cómo?" él preguntó, con la voz entrecortada mientras ponía una mano callosa en la mejilla de Hauth.

La propia voz de Hauth era tranquila. Le dio unas palmaditas en el hombro a su padre. "He oído que has estado organizando banquetes. El anfitrión de esta noche es en mi honor y te lo contaré todo."

## Capítulo cuarenta y uno

### *ravin*

*El último trueque espera en un lugar sin tiempo. Un lugar de gran dolor, derramamiento de sangre y crimen. Ninguna espada allí podrá salvarte, ninguna máscara ocultará tu rostro. Volverás con los Alisos Gemelos...*

*Pero nunca abandonarás ese lugar.*

Ravyn escuchó el crujido de huesos. El Espíritu del Bosque hizo girar sus hombros irregulares, agitó su cola en el aire y hundió sus garras en la arena. Sus orejas eran largas y puntiagudas, y cuando sonreía, detrás de sus labios asomaban dientes cortos y dentados, parecidos a colmillos.

Ella no era humana ni una bestia, sino algo intermedio, como el monstruo representado en la Carta de Pesadilla, solo que sus ojos eran plateados. Marcó a Ravyn con ellos, sin pestañear. Luego apuntó las puntas de sus garras a su propio torso.

Y los enterró en su estómago.

La sangre plateada se derramó por su pelaje y cayó en la arena. El mar lo lamió voraz.

Ravyn se quedó mirando con los ojos muy abiertos por el horror.

El Espíritu exhaló un suspiro y la hemorragia se detuvo. Se hundió en su propio estómago, como si toda esa sangre se hubiera desprendido. algo profundo dentro de ella. Cuando su mano regresó, cubierta de plata, algo estaba envuelto en sus garras. Pequeño, rectangular, con ribete verde esmeralda.

La duodécima Carta de la Providencia. Los Alisos Gemelos.

Las garras del Espíritu se desplegaron.

"Ella quiere que lo uses", dijo Nightmare detrás de Ravyn.

Ravyn dejó a Jespyr, que no se había movido, en la arena y se puso de pie. "¿Qué pasará cuando lo toque?"

"Un encuentro de mentes".

"¿Te gusta la tarjeta Nightmare?"

"No puedo decir. Nunca he usado Twin Alders".

"¿Y si lo uso por mucho tiempo?"

La voz de Nightmare se calmó. "Perderás toda noción del tiempo".

Ravyn encontró los ojos del Espíritu. Plateado, sin parpadear y sin pupilas. Se estremeció y agarró el borde aterciopelado de la tarjeta Twin Alders. Pero cuando intentó sacarlo de su agarre, las garras del Espíritu se cerraron sobre su mano.

Ravyn gritó. Cuando volvió a encontrarse con esa espeluznante mirada plateada, lo entendió. Ella no se lo había ofrecido para que lo tomara, sólo para que lo usara.

Todavía quedaba un último trueque por hacer.

Ravyn aflojó su agarre sobre el borde de terciopelo. "No lo robaré".

Sus garras se retrajeron y la piel de Ravyn se puso roja. Cuando él tomó su mano por segunda vez, fue solo con un dedo tembloroso. Se cernía sobre la Carta de la Providencia perdida durante quinientos años. Cerró los ojos, aspiró una bocanada de sal y dio unos golpecitos en los Alisos Gemelos.

Una vez.

Dos veces.

"Mide tus palabras cuidadosamente con ella", advirtió Nightmare. "Pueden ser los últimos".

Tres veces.

El viento azotaba el borde salado del mar. Estalló en la cara de Ravyn, cegándolo. El Espíritu habló una vez más con su voz vasta y tormentosa. "Te observé en la niebla, Ravyn Yew. Probé tu sangre. Te despojaste de tu armadura de piedra". Su mirada se movió entre él y Nightmare. "Has viajado hasta el corazón de mi bosque, al borde del cayado de Taxo, como un cordero al matadero".

La mandíbula de Ravyn se tensó. "No soy un cordero".

Sus ojos plateados lo siguieron, lo conocieron. "Sin embargo, estás decidido a morir como tal, cuando llegue el solsticio".

Detrás de ellos, Nightmare dejó escapar un agudo silbido. "¿Qué quiere decir ella?"

Cuando Ravyn volvió a mirar los ojos amarillos de Nightmare, supo que, de alguna manera, también estaba mirando los de Elspeth. "Debes saber", dijo, "que nunca iba a permitir que el Rey derramara su sangre para unir la Cubierta".

La Pesadilla todavía duró mucho tiempo. Luego, en un silencio tan silencioso que parecían olas en la orilla, dijo: —¿Sangrarías en lugar de Elspeth? ¿En *mi* lugar?

Ravyn enderezó los hombros y habló con suficiente convicción como para abarcar cada uno de los quinientos años de la Pesadilla. "Sí."

Se volvió hacia el Espíritu del Bosque. "La sangre es el precio para unir el Deck. Para levantar la niebla y curar la infección. *Tu* precio. Y lo pagaré con mucho gusto. Muere con gusto. He estado muriendo poco a poco desde que Emory enfermó". Su garganta se contrajo. "He muerto diez veces desde que Elspeth desapareció. Y ahora tu niebla se ha apoderado de mi hermana. Así que no me hables de costos, Espíritu". Sus ojos se posaron en los Alisos Gemelos en su garra. "Me voy de aquí con esa Tarjeta. O no me iré en absoluto".

Sus labios se pelaron sobre dientes dentados. Inspiró y el sonido del agua en la orilla desapareció, como si lo hubiera absorbido la boca.

Todo estaba en silencio.

El Espíritu sostuvo a Ravyn en su mirada plateada sin parpadear, luego se abalanzó hacia adelante y su garra atrapó su mano. Con una fuerza increíble, lo sacó de la orilla hacia el mar helado. A Ravyn solo se le permitió echar un breve vistazo a Nightmare y Jespyr antes de que el Sprint lo hundiera bajo el agua y la marea salada se deslizara sobre su cabeza.

Cuando Ravyn abrió los ojos, no estaba bajo el agua, ni siquiera estaba mojado. Estaba parado en un campo de nieve. Jespyr y Nightmare habían desaparecido. Era sólo él, solo, con el Espíritu del Bosque.

Los pájaros cantaban en lo alto. No el graznido de cuervos o grajos, sino pájaros cantores. La dulce melodía de las alondras. Las alas revoloteaban sobre un prado cubierto de nieve. Cuando Ravyn miró hacia arriba, se quedó sin aliento.

Era claramente invierno. Pero nunca había visto el cielo tan azul, la luz tan fuerte, completamente libre de niebla. Le robó el aliento, su belleza.

"¿Dónde estamos?"

"Hace ochocientos años", fue la respuesta disonante del Espíritu.

"¿Por qué?"

Ella soltó su mano y caminó por la nieve. "La magia no sirve de mucho tiempo. Camino a través de los siglos como si fueran mi propio jardín". Sus ojos se fijaron en Ravyn por encima del hombro. "La vida humana es corta. No eres como un árbol, estoico e inflexible, sino una mariposa. Delicado, fugaz. Inconsecuente."

Ravyn negó con la cabeza. Cordero, mariposa. El Rey Pastor había descrito el Espíritu del Bosque en *El Antiguo Libro de los Alisos* como ni parientes, enemigos ni amigos. Podría haber ahorrado tinta y haberla llamado como realmente era. Un verdadero idiota.

Su cola se agitó, como si conociera sus pensamientos. Ella abrió sus garras. Además de los Alisos Gemelos, aparecieron en su palma otras once Tarjetas de Providencia. Flotaron frente a Ravyn, suspendidos en el aire, girando con los lentos movimientos del dedo del Espíritu. "Las cartas. La niebla. La sangre", dijo. "Todos están entretreídos y su equilibrio es delicado, como una red de seda".

"Lo que te convierte en la araña".

Ella sonrió ante eso. "El Rey Pastor era inteligente e imaginativo. Ningún alma ordinaria podría haber creado un Deck tan variado e intrincado. No conocía virtud ni amor mayores que su necesidad de estas Cartas". Chasqueó los dedos y las cartas volvieron a sus garras. "¿Eres tú el mismo, Ravyn Yew?"

*Mide cuidadosamente tus palabras con ella. Quizás sean los últimos.*

Ravyn respiró hondo. "Soy un ladrón. Un mentiroso. La mayoría encontraría que mi virtud es deficiente".

"¿Y tu amor?"

El pecho de Ravyn se apretó. Si cerrara los ojos, sabría lo que vería. Los rostros de sus padres, inclinados mientras leían libros en silencio junto al fuego de la biblioteca. Elm, Jespyr y Emory, cabalgando por el camino forestal. Elspeth, sentada frente a él en la mesa de Castle Yew, con las mejillas rosadas mientras le sonreía detrás de una taza de té. “Tengo algo de amor en mí”.

Con otro chasquido de los dedos del Espíritu, la Cubierta desapareció, dejando solo a los Alisos Gemelos en sus garras. “Entonces te haré una oferta. Déjame esta tarjeta y salvaré a las personas que amas. Tus hermanos estarán libres de la infección. Elspeth Spindle será liberada del Rey Pastor, en cuerpo y mente”. Sacó una garra a través de la nieve. “Y el Príncipe Rowan se salvará de su casi seguro y ruinoso destino”.

Los pájaros todavía cantaban y el sol todavía daba en el rostro de Ravyn. Pero tenía frío por todas partes y el único sonido que le llegaba era el latido de su pulso inestable. “¿De qué destino debería salvarse a Elm?”

El Espíritu no hizo más que mirarlo a través de sus ojos plateados sin parpadear.

“Debería saber lo que estoy aceptando”.

El silencio fue su única respuesta.

El siempre presente temblor en las manos de Ravyn se aceleró. Cuando habló, sus palabras se le pegaron a la nuca. “Entonces no tengo más remedio que salvarlos yo mismo cuando llegue el solsticio. *Con la tarjeta Twin Alders*”.

El pelaje oscuro y los ojos grandes e inflexibles hacían difícil discernir las emociones en el rostro del Espíritu del Bosque. Pero por el movimiento momentáneo de sus orejas, el movimiento de su cola, Ravyn estuvo seguro de que no estaba contenta con su respuesta.

—Una vez hablaste de mí —murmuró. “Estabas caminando por la Selva Negra camino a robar la tarjeta Iron Gate de Wayland Pine. Lideraste el grupo, pero tu mirada estaba desviada. A Elspeth Spindle.

Ravyn apretó los labios. “Recuerdo. “

“Le dijiste: ‘La magia se balancea, como el agua salada en una marea’. Creo que el Espíritu es la luna, que domina la marea. Ella nos atrae, pero también nos libera. Ella no es ni buena ni mala. Ella es magia: equilibrio. Eterno.”

El viento arreció en el prado. La voz del Espíritu se hizo más fuerte. “Yo haría que todo Blunder creyera lo mismo. Y entonces, Ravyn Yew, mi segunda oferta para ti es el trono”.

Cuando Ravyn no habló, un gruñido tocó el borde de su voz. “Tienes las cualidades de un gran Rey. Medido, cuidadoso. Cuidado con el equilibrio. No es necesario que vuelvas con Stone y te inclines ante tu tío; ya no tendrás que mentir, robar ni fingir. Encuentra tu propia virtud, guarda tus propias reglas”. Ella asintió hacia el Tarjeta en sus garras. “Déjame la carta de Twin Alders y te nombraré Rey de Blunder en lugar de Quercus Rowan”.

“No tienes el poder para hacer eso”.

Estaba a unos pasos de distancia y luego, de repente, demasiado cerca. Sus ojos plateados llenaron la visión de Ravyn, sus garras presionando su pecho.

“¿Estás aquí, hace cientos de años, y me hablas de poder?” El olor a sal estaba por todas partes. “El Rey Pastor nació con fiebre porque así lo consideré . *A sus hijos les regalé magia* . Brutus Rowan subió al trono porque *yo* no intervine. Se pueden crear reyes y monstruos, y se pueden aplastar mariposas. Todo lo que sabes, lo he creado. Soy Blunder: su infección, sus árboles, su niebla. Estoy *lleno de magia*”.

"Y sin embargo, haces trueques con un mentiroso y un ladrón, sólo para seguir siéndolo". Ravyn se inclinó hacia adelante, dejando que las puntas de sus garras presionaran con más fuerza contra su pecho. “Eres eterno. Y eres mágica. Pero sé tan bien como tú que la magia es la paradoja más antigua. Cuanto más poder te da, más débil te vuelves. El Rey Pastor me enseñó eso”.

Un sonido grave y chirriante resonó en su garganta. Ella retrocedió. “¿Estás decidido, entonces, a pasar por alto mi generosidad y recuperar la tarjeta Twin Alders?”

"No tengo ninguna ambición por el trono".

Su voz tenía cierta tensión. "Quizás deberías."

Ravyn mordió. “El tiempo es precioso para mí, Espíritu. Nombra tu precio para los Twin Alders. Me gustaria ir a casa."

Sus ojos plateados se entrecerraron y su lengua oscura se deslizó por las puntas de sus dientes. "Entonces respóndeme esto". Ella respiró entrecortadamente. “El pájaro oscuro tiene tres cabezas. Salteador de caminos, Destrier y otro. Uno de edad, de derecho de nacimiento. Dime, Ravyn Yew, después de tu largo paseo por mi bosque, ¿sabes finalmente tu nombre?

Un recuerdo atrajo a Ravyn. Había escuchado esas palabras antes.

Emory se las había susurrado a Stone.

“Ese es mi precio”, continuó el Espíritu, con una sonrisa serpenteando en sus labios. “Mi trueque, mi costo. Si respondes correctamente, te otorgaré la Tarjeta Providencia definitiva. Si no puedes, queda conmigo”. Su garra se apretó alrededor de los Alisos Gemelos. “Tu nombre, Ravyn Yew. Dime tu nombre."

El acertijo avanzó a medio galope en la mente de Ravyn, dejando tras de sí una sensación de temor. Se sentía como si estuviera sentado a una partida de ajedrez con Elm. Que, simplemente por estar allí, ya lo habían superado por completo.

"Me ofreciste dos cosas", dijo lentamente. “Les negué a ambos. Para moderarme y mantener el equilibrio, pido dos pistas.

"Te diré lo que le dije al Rey Pastor cuando me visitó hace mucho tiempo". El viento arreció y su voz se hizo más fuerte. “Los doce se llaman unos a otros cuando las sombras se alargan, cuando los días se acortan y el Espíritu es fuerte. Lllaman al Deck y el Deck les devuelve la llamada. Únenos, dicen, y expulsaremos a los negros. En el árbol homónimo del Rey, con la sangre negra de la sal. Los doce, juntos, pondrán fin a la enfermedad. Aligerarán la niebla desde la montaña hasta el mar. Nuevos comienzos, nuevos finales...”

“Pero nada es gratis”, finalizó Ravyn.

“En el Solsticio”, dijo el Espíritu, con su mirada plateada implacable, “la Baraja de Cartas se unirá bajo el árbol homónimo del Rey. Ese árbol no es un serbal. *Esa es tu primera pista*”.

Sus palabras sonaron en los oídos de Ravyn, sin armonía. Golpeó con los dedos la empuñadura de marfil de su cinturón. “¿Y el segundo?”

“Eso, no te lo diré”. Su sonrisa era todo dientes. “Yo te mostraré.”

El mundo se inclinó. Cuando se enderezó, todavía estaban en el prado, nieve a su alrededor. Sólo que ahora estaban bajo la sombra de los tejos.

En la cúspide de la pradera había una cámara de piedra, con una ventana oscura.

Ravyn se giró, buscando entre la línea de árboles las torres del Castillo Yew. Ellos no estaban allí. Un castillo diferente se alzaba ante él.

Uno que sólo había visto en ruinas.

“¿Qué tan lejos estamos ahora en el pasado?”

“Quinientos años. No seremos vistos ni oídos”. El Espíritu del Bosque señaló con una garra nudosa hacia el castillo. “¿Entramos?”

El castillo estaba lleno de vida. Los músicos tensaron las cuerdas de sus instrumentos. Los sirvientes corrían por los pasillos y subían escaleras con bandejas de plata repletas de comida, niños de cabello oscuro zigzagueando entre ellas, cogiendo trozos de pan dulce y frutas especiadas. Acebo y muérdago adornaban todas las puertas. Entre los brazos de hierro de las lámparas de araña colgaban cordones de terciopelo rojo, verde y amarillo.

Solsticio, se dio cuenta Ravyn.

Cinco largas mesas ocupaban el gran salón, con sus bancos llenos de cortesanos, riendo y bebiendo. No había estrado al final del salón, pero sí un trono. De madera, formada por ramas gruesas y entrelazadas.

Sobre él estaba sentado un hombre.

No estaba atrapado en la juerga que lo rodeaba. No habló con nadie, con el rostro gacha sobre un libro abierto en su regazo. *El Libro Antiguo de los Alisos*.

Había líneas en su piel cobriza, su rostro anguloso y su boca dibujada. Tenía una nariz larga y aguileña. Cuando levantó la mirada, Ravyn vislumbró sus ojos.

Amarillo.

“Es eso-”

“El Rey Pastor, encarnado”, susurró el Espíritu.

Una corona descansaba sobre su cabeza, enredándose en su cabello oscuro y ondulado. Un círculo dorado de ramas retorcidas y verdes.

Ravyn había visto esa corona antes. Esperó en la cámara de piedra al borde del prado, quinientos años en el futuro.

Mantuvo sus ojos en el Rey Pastor. Parecía un sueño ver el rostro detrás de la voz. Los susurros resbaladizos, los gruñidos chirriantes y los silbidos. Esos eran los adornos de un monstruo. Pero éste... éste era sin duda un hombre.

Había algo extrañamente familiar en su rostro. Pero antes de que Ravyn pudiera señalar qué era...

El humo llenó el aire.

Provenía de cada puerta, oscura y opresiva. Los cortesanos saltaron de sus asientos, los gritos llenaron el gran salón mientras se pisoteaban unos a otros para salir. Los guardias del castillo se separaron de las paredes y guiaron a hombres, mujeres y niños frenéticos fuera del castillo. *El Antiguo Libro de los Alisos* cayó del regazo del Rey Pastor. Se levantó-

Pero una mano enguantada lo detuvo.

Un hombre salió de detrás del trono. Su cuerpo era ancho y su rostro afilado con ángulos, líneas de ceño talladas profundamente en su frente. En la otra mano sostenía dos Tarjetas de Providencia. El caballo negro y la guadaña.

Había sangre en su labio superior, goteando lentamente desde su fosa nasal izquierda. Pero Ravyn estaba concentrado sólo en sus ojos. Verde, como el de su tío. Como los de Hauth y Elm.

Bruto Rowan.

Se guardó las cartas en el bolsillo, se inclinó sobre el trono y le dijo a su rey palabras que Ravyn no pudo oír. Cogió su cinturón y sacó una daga...

Y se lo clavó en las costillas del Rey Pastor.

Hombres con capas negras se adentraron en el humo, con los ojos desenfocados, fijos en Brutus Rowan. "Encontrad a su hija", les ordenó. "No dejes que ella lo cure. Entonces tráeme a los otros niños".

El Rey Pastor se encabritó. La parte posterior de su cabeza chocó con la mandíbula de Brutus y gritos fuertes y feos llenaron la habitación.

Ravyn tosió por el humo y se frotó los ojos. Cuando los abrió, el Rey Pastor y Brutus Rowan ya no estaban.

"Ven", dijo el Espíritu del Bosque, tomando su mano entre sus garras. "Está casi terminado".

Ella lo llevó afuera. Ya era de noche. El cielo estaba negro y la luna creciente estaba enmascarada por el humo. Las llamas anaranjadas lamieron las torres del castillo, y el último de los cortesanos que gritaba huyó hacia la noche.

Todo el cuerpo de Ravyn se tensó cuando el Espíritu del Bosque lo llevó a través del prado. Sabía adónde iban. Había dado esos pasos mil veces. La cámara del Rey Pastor.

Y su tumba.

"No sé si puedo soportar esto".

Su cola se agitó en el aire lleno de humo. "¿Te gustaría que esto terminara?"

Unas figuras pasaron rápidamente junto a ellos, corriendo a través de la nieve. El Rey Pastor, seguido de cuatro niños. Tilly estaba en sus brazos. Ravyn supo por la forma en que su cuello y sus extremidades cayeron (sus ojos abiertos y sin ver) que estaba muerta.

Dejaron un rastro de sangre en la nieve mientras corrían hacia la cámara de piedra.

Las manos de Ravyn temblaron. "Todos van a morir, ¿no?"

La voz del Espíritu del Bosque no contenía amor, ni odio, ni piedad. "Sí."

Cuando el Rey Pastor y sus hijos llegaron a la cámara de piedra y desaparecieron por la ventana, el Espíritu instó a Ravyn a seguir adelante. "Ve adentro."

La cámara estaba a oscuras. Pero las llamas del castillo en llamas entraron por la ventana, revelando una forma en la esquina de la habitación. Un hombre.

Bruto Rowan. Espera.

Se había puesto una capa. Oro, con la insignia del serbal bordada. Con un golpe rápido y brutal, le quitó la espada del Rey Pastor y la apartó de una patada.

"Los árboles no pueden ayudarte ahora".

El Rey Pastor se interpuso entre Bruto y los niños. "No sabía que el Espíritu se llevaría a Ayris. No era mi intención que ella muriera".

"No te creo. Eres un mentiroso, mi viejo amigo. La magia te ha convertido en un desgraciado sin alma, te ha retorcido más allá de todo reconocimiento. Apuntó con su espada al pecho del Rey Pastor. "Ya no eres apto para gobernar".

"¿Entonces tomarías mi trono? ¿Matar a mis hijos?"

La mandíbula de Brutus se tensó. "Me dolerá. Perder tu amistad me dolió. Perder a Ayris me *dolió*. ¿Pero qué fue lo que me dijiste una vez? Su agarre se hizo más fuerte sobre su empuñadura. "Dominar la guadaña es dominar el dolor. ¿Qué es mandar un reino a eso?"

Los hombres entraron en tropel en la cámara. Once de ellos, cada uno empuñando un Caballo Negro.

"Dime dónde encontrar la tarjeta Twin Alders", dijo Brutus, su voz más fuerte ahora con los hombres a su espalda. "Haré lo que tú no pudiste y levantaré esta vil niebla".

El Rey Pastor puso su mano en el lugar donde lo habían apuñalado. Cuando lo retiró, estaba cubierto de sangre. Se tambaleó y una risa salió de su boca. "No."

Como un cazador, Brutus avanzó. Cuando el Rey Pastor no accedió, Bruto lo tomó por el cuello y lo estrelló contra la piedra.

Y enterró su espada en su pecho.

Los niños gritaron, pero el Rey Pastor no emitió ningún sonido, salvo un largo y grave silbido. Cayó de la piedra a la tierra debajo de ella y la corona se le resbaló de la cabeza. Extendió una mano ensangrentada a sus hijos.

"Te encontraré al otro lado del velo", murmuró. Su mirada se volvió hacia Brutus. Amarillo, malvado

Infinito.

"Porque incluso muerto, no moriré. Soy el pastor de la sombra. El fantasma del susto. El demonio en el sueño. La pesadilla de la noche".

Yacía sobre el suelo al pie de la piedra. Sangró la sangre de su vida. No se movió.

Brutus lo miró con los dientes al descubierto y lágrimas cayendo de sus ojos. Cuando los secó, su mirada era fría. Golpeó su guadaña tres veces. "Mátenlos", dijo a los hombres que tenía detrás.

Ravyn se abalanzó sobre él. Cayó a través de él.

"Espera", vino la voz tormentosa del Espíritu. "Mirar."

Cuando los gritos llenaron el aire, Brutus se arrojó fuera de la cámara. El castillo en llamas estaba ante él, un infierno de color naranja y negro.

Un niño estaba en el prado, enmarcado por el fuego y el humo.

Se parecía a su padre. Cabello oscuro, alto, anguloso. Una nariz distintiva en forma de pico. La única diferencia eran sus ojos. No eran amarillos

Eran grises.

"Traidor", dijo su voz gruñona. Sacó una espada de su cinturón. "Te mataré por lo que has hecho".

"No lo harás", dijo Brutus, sosteniendo la tarjeta roja entre ellos. "Vas a caminar hacia mí, Bennett. Y, al igual que tu padre, sentirás mi espada en tus entrañas".

El chico palideció. Pero él no se movió.

La voz de Brutus se hizo más fuerte. "Ven aquí."

Bennett inclinó la cabeza hacia un lado. Sus ojos se posaron en Scythe. "No."

Bruto empezó a gritar. Se acercó. Lo detuvieron y con tres golpes, el hombre mucho más grande le quitó la espada de la mano al niño. Levantó su espada para un golpe final.

Bennett acertó la distancia entre ellos y arrancó la guadaña de la mano de Brutus. Luego, como si en realidad no fuera más que papel y terciopelo, tomó la indomable Tarjeta roja y sonrió a Brutus...

Y partió la guadaña por la mitad.

Los ojos de Brutus se abrieron como platos. Dio un paso atrás y luego levantó su espada una vez más. Pero antes de que la espada pudiera encontrar a Bennett, el niño buscó en su bolsillo. Extraí una tarjeta espejo.

Desaparecido.

El mundo cambió.

Ravyn y el Espíritu estaban en una calle sucia de la ciudad. Observaron a Bennett, encapuchado, pidiendo comida. Lo vimos en el camino forestal junto con un grupo de bandoleros para robar una caravana. Observé cómo los Destriers cazaban por las calles, carteles con toscos retratos del rostro de Bennett decorando postes de enganche a lo largo de Blunder.

Bennett, ahora un hombre de mediana edad, abrazó a una mujer de cabello negro ondulado y ojos marrones. Estaba con ella bajo árboles altos y retorcidos. Dichos votos matrimoniales.

La visión terminó donde comenzó: en el prado.

Los tejos que rodean la cámara de piedra del Rey Pastor eran altos. Ellos, junto con la cámara que custodiaban, fueron los únicos que quedaron ilesos del incendio. Bennett caminó, ahora encorvado por la edad, entre las ruinas. Subió a la cámara y sangró en la piedra.

El abismo se abrió y dejó caer sus Cartas de Pesadilla y Espejo en él. "Tenga cuidado, padre", susurró. "Sé inteligente. Sé bueno."

Luego se fue.

Ravyn y el Espíritu del Bosque estaban solos en el prado una vez más, con la nieve a sus pies.

Por primera vez desde que el Rey Pastor tomó el mando del cuerpo de Elspeth, las manos de Ravyn no temblaron. Se quedó perfectamente quieto, quinientos años invadiéndolo.

"Ese chico", murmuró. "Bennett. La guadaña. ¿Lo destruyó?"

"Se hicieron cuatro cartas de guadaña", respondió el Espíritu. "Sin embargo, nadie ha visto a los Rowan usar más de tres".

"Pero las Providence Cards no tienen edad. Su magia no se desvanece. No se pudren con el tiempo. No *pueden* ser destruidos. El Rey Pastor así lo declaró".

"Y él, como tú, es ciertamente un mentiroso". El viento susurraba entre las ramas. "Se te acabó el tiempo, Ravyn Yew", dijo el Espíritu. "Tendré tu respuesta ahora. Dime... ¿cómo te llamas?"

Se le hizo un nudo en la garganta. Sus ojos recorrieron el prado y las puntas de los árboles. Árboles de los que él, Jespyr y Emory se habían balanceado cuando eran niños.

Tal como lo hizo Tilly, esperando a su padre.

El aliento salió de la boca de Ravyn en el aire fresco. Tantas veces estaba empeñado en seguir adelante (siempre adelante) que no se permitía mirar atrás. Pero el pasado le había sido mostrado. Escrito para él. Desnudo a sus pies.

Las ramas talladas en la corona del Rey Pastor (su empuñadura. La hoja, balanceándose en el aire, reorganizando la madera. Un nombre, susurrado contra el nudoso tronco de un tejo.

*Y nombre antiguo. Por un árbol viejo y retorcido.*

El rostro del Rey Pastor. Los ojos grises de su hijo Bennett.

La guadaña no había funcionado con Bennett. Así como no funcionó con Ravyn.

*No me parezco en nada a ti.*

*Pero tu eres. Más de lo que sabes.*

Ravyn se encontró con la mirada plateada del Espíritu del Bosque. Cuando finalmente dijo esas palabras, supo, con cada parte de sí mismo, que eran ciertas. "Taxus. Mi nombre es Taxo.

## Capítulo cuarenta y dos

### *Olmo*

De todas las personas en el gran salón, el monstruo era el más agradable a la vista.

Hauth estaba sentado en la silla que le correspondía con un jubón dorado adornado con piel de zorro blanco. Jugó con el amuleto de crin en su muñeca y no sonrió, pero su risa hizo eco mientras aceptaba los elogios de los cortesanos. No mencionó la Tarjeta de Doncella que le había quitado a Ione; no atribuyó su repentina recuperación a nada más que a él mismo. Pero es innegable que lo estaba usando. Su rostro era demasiado perfecto y sus rasgos demasiado firmes.

Levantó su copa por quinta vez, un falso brindis por la resistencia y la salud de Rowan, y bebió.

Mientras tanto, mantuvo a Elm sujeto bajo la correa de su Scythe.

Empujado a la esquina del estrado, nadie le prestó atención a Elm. Ahora que Hauth había regresado, era de poco interés para la corte de Blunder, los moretones recientes en su rostro eran sólo otra razón para que no lo miraran.

Hauth se sentó junto al rey de ojos rojos, Ione en su silla habitual al otro lado. Linden rondaba cerca, con los brazos entrelazados a la espalda y satisfacción en las líneas recién inmaculadas de su rostro.

El pulso de Elm latía con fuerza en su cabeza. No pudo oír lo que Hauth le dijo al rey en voz baja. Pero por la forma en que los ojos del Rey se abrieron, quedó claro que estaba fascinado. Cuentos de la magia imprevista de la Tarjeta rosa, tal vez.

Elm no los miró por mucho tiempo. Sus ojos pertenecían a Ione. Estaba otra vez con uno de esos horribles vestidos grises. Esta vez, fue Hauth quien la obligó a usarlo. No le había dado tiempo para lavar completamente la sangre de la herida que le había causado, y el cuello del vestido era el único lo suficientemente alto como para ocultar la mancha roja en su piel.

Ione estaba sentada rígida en su silla, con sus ojos color avellana nublados por cualquier orden que Hauth le hubiera dado con su guadaña. Lo más probable es que se quede sentado y en silencio. Nadie preguntó por ella, ni por qué estaba tan pálida, por qué parte del cabello amarillo anudado en su nuca tenía sangre. Al igual que Elm, Ione recibió pocas miradas.

Cuando la fila de simpatizantes a lo largo del estrado disminuyó, Hauth tomó su copa y se puso de pie. La voz de Baldwin resonó. "Su segundo realeza, Hauth Rowan, gran príncipe, heredero del error, corcel y guardián de las leyes".

El eco del raspado de las sillas llenó el salón, y luego la corte se puso de pie, con los ojos fijos en su perfecto Príncipe Rowan.

La sonrisa de Hauth no llegó a sus ojos. "Como vuestro Gran Príncipe y Corcel, mis días están divididos por el deber. Estoy orgulloso de decir que protejo bien a Blunder de la infección. Mantengo las leyes de mi padre, sus mandamientos". Puso una mano en el respaldo de la silla de Ione. "Incluso acepté casarme, para que mi padre pudiera agregar la escurridiza Nightmare Card a su colección. Que él, algún día, podría ser el Rey Rowan que finalmente recogerá la baraja y levantará la niebla".

Hauth pasó un dedo por la nuca de Ione. Parecía un gesto de afecto, pero Elm lo vio tal como era.

Una amenaza.

"Pero me lesioné", continuó Hauth. "Gravemente. No sabía cuán plena era mi vida hasta que casi la pierdo". Se volvió hacia el Rey, que observaba a su hijo con atención cautivada. "Y ahora que estoy curado, hay cosas además del deber y el honor que ya no deseo dar por sentado". Puso una mano en el hombro de su padre. "Los lazos familiares, por ejemplo".

Un murmullo de agradecimiento resonó en el pasillo.

"Me alegra", dijo Hauth, con algo más oscuro escondido en las notas bajas de su voz, "escuchar lo bien que aceptaste a mi hermano en mi ausencia". Sus ojos se fijaron en Elm. Cuando apareció sangre debajo de su fosa nasal, la limpió antes de que nadie pudiera verlo. "Únete a nosotros, Renelm. Rellenar nuestras copas. Bebe con nosotros".

La sal volvió a picar a Elm. Linden se acercó a él y le puso una copa y una jarra de vino en las manos. Elm intentó mirar a Ione, pero la guadaña lo mantuvo rígido, obligándolo a avanzar y llevándolo hacia el centro del estrado.

Hauth acercó su propia copa y miró la vacía del Rey. "Llenarlo."

Elm inclinó la jarra y el vino fluyó hacia la copa de su padre. La boca de Hauth se arqueó. "A la familia", llamó, levantando su copa.

El gran salón respondió de la misma manera. "A la familia".

Elm no bebió y no pudo hacer nada más que quedarse quieto y respirar. Cuando el Rey apuró su copa, la sonrisa que provocaba la boca de Hauth se ensanchó. Le dio la espalda al salón, frente a Elm y el Rey. "Sobre el tema de la familia", dijo en voz baja que sólo ellos podían oír, "tengo entendido que Ravyn y su grupo regresarán en breve. Junto con la mujer que me atacó". Sus ojos bajaron hacia el Rey. "Una mujer que debería estar muerta. O pudrirse en una celda".

El rey Rowan se enderezó en su silla, con el rubor coloreando su cuello. "Elspeth Spindle tiene conocimientos antiguos. Necesito que encuentre a los Twin Alders".

"Es cierto que es un conocimiento antiguo", murmuró Hauth en el borde de su taza. "Eres un bruto y un borracho, padre. Pero nunca te tomé por tonto".

El rubor del Rey subió a su rostro. Su voz era un gruñido, una advertencia. "Alto".

Continuó, en silencio mientras se inclinaba hacia adelante. "Toda tu vida te has preocupado por la Carta de los Alisos Gemelos, por levantar la niebla y por curar la infección. Cuando en realidad es la niebla (la infección) la que alimenta el trono. La gente *teme* a la niebla. Temen a los médicos y corceles que acuden a sus puertas para erradicar la infección. Nadie ha desafiado a un Rowan en quinientos años por *miedo*. Y ahora le diste a Ravyn Yew una manera de deshacer todo eso. Es más, tu amado Capitán infectado regresará con algo más que la Tarjeta Twin Alders". La boca de Hauth se formó en una línea apretada. "Regresará con el maldito Rey Pastor".

La tos del rey fue un fuerte ladrido estrangulado.

"Y serás tú, *hermano*", dijo Elm entre dientes, "quien tendrá que enfrentarlos cuando regresen".

"Por eso estás aquí, Renelm. Tú e Ione Hawthorn. Nunca quise a ninguno de los dos, pero de todos modos serán excelentes monedas de cambio. Hauth se rió para sí mismo. "Esperemos que el fuego de vuestro incipiente romance no se apague en el calabozo".

El vaso del Rey se estrelló contra el estrado. Hizo un ruido ahogado y sus dedos gruesos y brutales se arañaron la garganta. Su cara se había puesto roja, moteada. La sangre le brotó de los ojos. Agarró la manga de Hauth, sus palabras estaban húmedas y confusas. "Ayuda..."

"¿Qué ocurre?" Elm miró la jarra que Linden había Empujado en sus manos, luego la copa vacía del Rey, sin el vino *que había* servido. Su mirada se dirigió a Hauth. "¿Qué has hecho?"

Las cabezas se volvieron. Algunos cortesanos se levantaron de sus asientos, mientras otros permanecían inmóviles, con la atención fija en el estrado.

Hauth respiró hondo. "Ignora al Rey", dijo en voz baja.

El rey Rowan hackeó. Sus ojos estaban desorbitados ahora, la saliva en sus labios morados se estaba volviendo espuma. Nadie se movió para ayudarlo. Ni sus sirvientes ni sus Destriers, ni Baldwin ni los señores y damas de Blunder que se habían apresurado a ir a Stone para participar en sus banquetes. Su opinión sobre él, sobre su legado Rowan, lo había convertido en el Rey que era. Y ahora que se estaba ahogando, muriendo ante ellos...

Ni siquiera lo mirarían. Todos ellos, obligados por la guadaña de Hauth a negarle su atención.

Hauth observó a su padre luchar por respirar con fría indiferencia, con las fosas nasales cargadas de sangre.

Elm estaba gritando. "¡No hagas esto!"

"No fui yo", dijo Hauth, señalando la jarra en la mano de Elm, "quien envenenó al rey".

Elm miró a su padre, ese hombre insensible e implacable, y sintió una lástima terrible y desgarradora. De la boca del rey goteaba sangre, el gran oso de un hombre atravesando el velo.

Pero incluso con los perros de la muerte acosándolo, el oso tenía dientes. El Rey se abalanzó hacia delante y derribó a Hauth. Con dedos desafilados, arrancó la túnica dorada de Hauth, arrancando su Carta Guadaña y arrojándola al suelo.

Salt huyó de los sentidos de Elm. Dejó caer la jarra.

Hauth se agitó bajo el peso del rey, empujándolo y pateándolo—tratando de liberarse. Quercus Rowan levantó la vista por última vez. Su mano hinchada ahora jugueteaba con su propia ropa. Sacó algo de su jubón. Rojo como la baya de serbal, como vino envenenado. La carta de la guadaña del rey.

Se lo lanzó a Elm. "Tómalo." Sus ojos se pusieron en blanco y respiró hondo, entrecortadamente, y luego se quedó quieto. Su corona dorada de ramas retorcidas de serbal se deslizó de su frente.

El Rey del Error estaba muerto.

Todos se movieron a la vez. Los gritos llenaron la habitación, una oleada de ruido. Libres de la guadaña de Hauth, la mitad de los cortesanos tropezaron entre sí para salir del gran salón mientras la otra mitad avanzaba para ver mejor. Los corceles surgieron de las sombras, atrapados en el tumulto mientras se apresuraban hacia el estrado.

Hauth gritó por encima del caos, luchando aún por liberarse del peso de su padre. "Arresten al Príncipe Renelm; ha usado su guadaña contra nosotros; ¡ha envenenado al Rey!"

Más gritos. Miradas temerosas se volvieron hacia Elm.

Se oyeron pasos detrás de él. Con los dedos temblorosos, Elm golpeó la guadaña de su padre tres veces y cerró los ojos. La estatua de hielo esperaba en la oscuridad. Lo empujó con una marea de sal, tal como lo había hecho en la sala del trono. Hielo. Piedra. Quietud. Silencio. "Quédense quietos", dijo, dirigiéndose a todos en el gran salón: guardias del castillo, cortesanos, Destriers, todos. *Estate quieto.*

Cuando abrió los ojos, el gran salón estaba inmóvil. Cientos de personas, congeladas en el lugar.

Fino como una aguja, un dolor comenzó en un rincón de su mente.

Encontró a Linden, arrancó su guadaña robada del bolsillo del Destrier y lo empujó al suelo. Ione todavía estaba en la mesa, congelada, medio levantada de su silla. Elm corrió hacia ella, le presionó el hombro con la frente y le respiró. "Ven conmigo."

El patio estaba vacío. Incluso los mozos de cuadra, los guardias del torre, estaban congelados. Elm encontró su caballo. "¿Puedes montar sin silla?"

Ione asintió. Ella se acercó hasta debajo de su nariz. Cuando retiró la mano, su sangre estaba manchada.

Galoparon hacia la noche. Y con cada golpe de cascos en el camino, Scythe arrastraba un cuchillo por la mente de Elm. Su visión se volvió borrosa y sus manos temblaban sobre la crin de su caballo. "Estamos lo suficientemente lejos", dijo Ione. "Suelta la guadaña, Elm".

"Los Destriers nos alcanzarán. Necesitamos llevarte más lejos". Pero un gemido agudo sonó en algún lugar de su cabeza, el dolor lo perforó hasta que no pudo ver.

Respiró hondo, se desplomó y se cayó del caballo.

La gravilla voló y pasó velozmente junto al rostro de Elm mientras yacía en el camino. Su caballo relinchó y entonces apareció Ione, arrodillada junto a él.

Elm alcanzó su cuello, comprobando que todavía conservaba su encanto. "No tomen las carreteras principales", logró. "Encuentra a los demás. Ravyn. Jespyr. El Rey Pastor. Si no puedes, mantente en la niebla, fuera de la vista. Mantuvo su mano enjaulada alrededor de la guadaña de su padre. Pero el otro, el suyo que le había reclamado a Linden, se lo tendió. "Si alguien te mira mal, usa esto".

Ione no se movió. "¿No vendrás conmigo?"

Con cada respiración, el dolor, como el cristal, se hunde más profundamente en la mente de Elm. "Hauth necesita alguien con quien negociar cuando Ravyn regrese. Y no puedo permitir que seas tú". Su voz se endureció. "No voy a huir de él esta vez".

Entrelazó sus dedos con los de Ione y empujó su guadaña en su mano. "Ojalá hubiéramos tenido esos cien años, Hawthorn. Ojalá hubieras podido ser reina".

"No me importa ser Reina". Ella lo acercó y presionó sus labios temblorosos contra su boca. "Tú no eres Hauth, y No eres el chico al que atormentó. Sería terriblemente imprudente morir sólo para demostrarlo. Por favor, Olmo. Ven conmigo."

Su beso sabía a lágrimas. Elm estaba perdido. Él retrocedió. "Sube al caballo y vete, Ione".

Cuando sus ojos color avellana se volvieron borrosos bajo el mando de su Scythe, fue necesario que todo Elm no apartara la mirada. Ione montó en su caballo, lo espoleó, su cabello reflejaba la luz de la luna, una cinta amarilla de ensueño al viento. Ella gritó, pronunciando su nombre, destrozando el último pedazo entero de su corazón podrido.

*Vete , ordenó. No mires atrás.*

Ella luchó contra ello. Maldita sea, luchó por mirar atrás. Las lágrimas ardieron en los ojos de Elm. "Nos vemos en el bosque", murmuró. "Barro en mis tobillos".

La sangre se deslizó por sus fosas nasales y goteó hasta su boca. Se sentó en el camino y soportó el dolor como siempre lo había hecho. Veinte minutos más tarde, finalmente tocó la guadaña de su padre.

Cuando los Destriers lo encontraron, Elm estaba mirando la luna, brillante e indiferente, buscando su camino a través del cielo.

## Capítulo cuarenta y tres

### *Elsbeth*

La Pesadilla permaneció en silencio en la orilla. Ravyn no había regresado. Y Jespyr... la oscuridad anidada en sus venas se había detenido. Pero sus ojos permanecieron cerrados y su respiración era lenta. Trabajado.

La Pesadilla la miró. Luego, encorvado sobre sí mismo, se acurrucó lentamente en la arena y tomó a Jespyr en sus brazos como si fuera una niña. Él la miró a la cara y su susurro no fue más fuerte que las olas en la orilla. “Cuando la miro, no sé si me recuerda más a Ayris o a Tilly”.

Al igual que la corona dorada que una vez había llevado sobre su cabeza, el tiempo era un círculo. Ravyn, Jespyr—Taxus, Ayris. Quinientos años no fueron nada allí, en aquella playa pálida y apática.

Ya sabía la respuesta. Aún así, pregunté. *¿Murió tu hermana en Alderwood?*

*Sí. Su voz era baja, empapada de arrepentimiento. Intenté llevar su cuerpo a casa. Llegué a la mitad, pero estaba muy cansado. Quería preservar mis fuerzas, recordar todo lo que el Espíritu y los árboles me habían dicho sobre cómo unir el Deck y hacer un amuleto. I-*

*No dijo nada durante mucho tiempo. Dejé a Ayris en una cañada tranquila. Se alejó.*

*¿Qué hizo Brutus Rowan cuando usted regresó y su esposa se fue ?*

*Me rompí la nariz. Esperó tres meses.*

*Luego te mató a ti y a tus hijos.*

*Sí.*

No sabía qué decirle, ahora que todos sus secretos finalmente habían llegado a mí. Él siempre había sido el guardián de la gran magia, del conocimiento, y yo su pupilo indigente, ávido de cualquier migaja que pudiera compartir conmigo.

Pero la marea siempre cambia y la verdad siempre sale a la luz. Él mismo lo dijo una vez. No tenía forma de retenerlo. Pero presioné mi conciencia contra la pared de nuestra mente compartida. Le susurró. *No más acertijos, amigo mío. ¿Qué es lo que realmente quieres?*

*Para seguir reescribiendo cosas , dijo. Te quité once años, Elspeth Spindle. Cuando me vaya, mi objetivo es dejarles un error mejor que el que forjé como Rey.*

*Di vueltas a mi nombre en mi boca. Elspeth husillo. No estoy seguro de quién es sin ti.*

*Aprenderás. Te encontrarás contigo mismo, sin mí, muy pronto.*

No sabía por qué, después de tantos años de desear que se fuera, sus palabras me infundieron tristeza. *¿Cuándo?*

*Después de unir el Deck, llega el Solsticio.*

*No se unirá con la sangre de Ravyn , dije. No morirá sangrando sobre tus cartas. No permitiré eso, Nightmare.*

*Yo tampoco lo haré.*

*Entonces, ¿la sangre de quién unirá la baraja?*

*Tengo un plan.*

Sondeé la oscuridad de su mente y no encontré nada. Sólo imágenes, y todas ellas borrosas. La cara de Ravyn. El de Elm también. Luego, más claro que ambos, el de Brutus Rowan.

*¿Bien? exigí. ¿Te importaría iluminarme?*

*Sus dientes chasquearon al ritmo de una canción de cuna familiar. Me resulta extrañamente reconfortante, incluso con nuestras mentes entrelazadas, tener que explicarte cosas sin cesar, Elspeth.*

*Tal vez si no hablaras con medias verdades e insinuaciones, no te MOLESTARÍA tanto.*

*Me molestarías sin importar lo que dijera o pensara.*

*Suspiré. Me desagradas mucho.*

*¿Pero confías en mí?*

*¿Tengo elección?*

Me dijo lo mismo que me había dicho en mi habitación en Spindle House, justo antes de apoderarse de mi mente. *Querida, siempre has tenido una opción.*

El silencio se apoderó de la playa.

Nightmare lo notó y puso una mano protectora sobre Jespyr. El viento arreció y la marea retrocedió.

Cuando una ola alta y creciente se levantó, Ravyn estaba en ella. Salió a la superficie del agua y empujó hacia la orilla, su pecho subía y bajaba con respiraciones hinchadas.

El mar pesaba sobre él y tenía la ropa empapada. Cuando se apartó el pelo mojado de las cejas y salió a la playa, sus ojos grises brillaban. Parecía más alto que antes de irse. Menos cansado. Dondequiera que hubiera ido, cualquier cosa que hubiera visto, lo había fortalecido.

La Pesadilla lo encontró en la orilla del agua. "¿Bien?"

Ravyn se alzaba sobre él, con los hombros anchos. "¿Es Jespyr..."

"Vivo. ¿La carta de los Alisos Gemelos?"

Ravyn le tendió la mano. Una brillante luz verde apareció, emanando entre sus dedos callosos.

Dejé escapar un grito ahogado. *Lo ha hecho.*

La voz de Nightmare se hizo baja. "¿Tu trueque?"

"Lo único que me costó fue mi nombre".

"¿Su nombre?"

"Ya lo sabes". Ravyn miró profundamente a los ojos de Nightmare. "Es tuyo, después de todo".

La cámara oscura que ocupaba quedó completamente en silencio.

Ravyn se aclaró la garganta, su voz más tranquila, como si se esforzara por suavizarla. "Es posible que me hayas dicho que las Tarjetas Espejo y Pesadilla que guardo en mi bolsillo pertenecían a tu hijo, *Taxus*".

Parecía que había algunos secretos que no se le habían escapado después de todo. *Pesadilla*, dije, en un susurro cruel. *¿Qué quiere decir?*

Su voz se atenuó, como humo en una chimenea. Con la mirada entrecerrada, miró a Ravyn. "Parece que eres menos estúpido de lo que pensaba".

"Y eres tan horrible como siempre".

La comisura del labio de Nightmare tiró. "Sí, bueno, me tomó más tiempo del debido reconocerte. Me imagino que fue Bennett quien revisó nuestro apellido. Pero la magia y la degeneración corren por linajes. Tu incapacidad para usar las Tarjetas... eso lo reconocí. El calor se apoderó de su mente. "Junto con tu nariz".

El pasado y el presente se marcaron ante mis ojos. Siempre había habido algo terriblemente familiar en Bennett, perdido en la oscuridad de los recuerdos del Rey Pastor. Bennett, que me había mirado a través de ojos grises, no amarillos. Bennett, que estaba en la biblioteca de su padre, con la forma en que inclinaba la cabeza como un pájaro, las mismas cartas que Ravyn tenía en su bolsillo girando entre sus dedos. Lo vi ahora: la verdad aferrándome a la garganta.

Bennet. Parecía Emory, como Ravyn.

*Las familias de errores siempre han tomado los nombres de los árboles, susurré. Pero nunca había oído hablar de un árbol llamado Taxus.*

*Eso es porque es un nombre antiguo, fue su untuosa respuesta. Por un árbol viejo y retorcido.*

Como la última línea de un poema, la verdad encajó. *Un tejo.*

Ravyn buscó los ojos de Nightmare. "¿Elspeth lo sabe?"

"Sólo por poco".

"¿Por qué no nos lo dijiste?"

"¿Me habrías creído, monstruo y mentiroso que soy?"

La pausa de Ravyn fue respuesta suficiente. "El Espíritu me mostró tu muerte". Él lanzó un suspiro. "Puedo adivinar qué es lo que quieres de mí, *Taxus*. Pero no soy el pájaro oscuro de tu venganza. No seré otro Capitán que robe el trono. Uniré el Deck, pero nunca seré el Rey de los Errores".

Observé a Ravyn, sopesando las palabras que él, un hombre que pronunciaba tan pocas, había ofrecido.

“Nuestro paseo por el bosque”, respondió Nightmare, “fue sobre algo más que la Tarjeta Twin Alders, Ravyn Yew. Había quinientos años de verdad por desentrañar. Y ahora que Elspeth y tú lo sabéis... Su risa aguda resonó en el agua. “Aún no lo entiendes. Mi venganza no es simplemente una espada. Es una escala. Es *equilibrio* . Recuperaré el trono de Blunder. Pero no para ti.” Enderezó su columna, fijando a Ravyn en su mirada inquebrantable. “Para Elm”.

Los ojos de Ravyn se tensaron ante el nombre de su primo, la emoción se posó sobre ellos como el cristal.

“La guadaña que creé se ha utilizado para crímenes atroces. Los niños infectados han sido cazados y asesinados. Los médicos han recurrido a los asesinos. Rowans ha profanado *el Antiguo Libro de los Alisos para justificar todos sus caprichos. El dolor* es el legado de Blunder. Ha perforado el reino durante siglos, y continuaría haciéndolo si su familia (mis herederos legítimos) lo recuperara por la fuerza. Habría disturbios terribles. Tú y yo somos el ajuste de cuentas de Blunder, Ravyn Yew. No es su paz”.

Su voz se suavizó, como si estuviera ayudando a un niño a descansar con un historia. “Tuve quinientos años para imaginar mi venganza. Hauth Rowan lo probó esa noche en Spindle House. Pero la poesía es tan sensata como la violencia. ¿Y no sería poético deshacer a los Rowan desde dentro? ¿Tomar ese legado de dolor y ver a uno de los suyos aplastarlo bajo su talón? ¿Para abrirle el camino a un Príncipe que nunca usó la Guadaña con fines violentos? Tu primo Elm ha hecho más de lo que Brutus Rowan o yo jamás pudimos hacer. Ha mirado al dolor a los ojos y se ha negado a permitir que eso lo convierta en un monstruo”.

El aire se hizo más tenue. Antes de que Ravyn o yo pudiéramos hablar, resonó un trueno.

El cielo se volvió negro como la tinta y el Espíritu del Bosque regresó. Caminó sobre el agua hasta la orilla, con los labios entreabiertos en una mueca de desprecio. “Eres inteligente, Rey Pastor”. Su mirada plateada se volvió hacia Ravyn. “Como eres tú. Pero si deseas reescribir la historia y unir el Deck, despojar a Blunder de mi fiebre, de mi *niebla* , debes hacerlo rápido”. Cuando sus ojos se posaron en la Tarjeta Twin Alders en la mano de Ravyn, su desprecio se convirtió en una sonrisa. “Has estado usando esa Tarjeta Providence durante mucho tiempo”.

Los rincones de mi cuarto oscuro se agarrotaron. El rostro de Ravyn perdió el color. Buscó a tientas... tocó los Alisos Gemelos.

El mundo tiraba de las costuras, la pálida costa temblaba y luego se filtraba hacia la oscuridad. Nightmare se abalanzó sobre Jespyr y la atrapó en sus brazos.

Luego estaba cayendo.

Su cabeza golpeó algo duro. Cuando el mundo volvió a enfocarse, miré hacia arriba a través de la mirada de Nightmare, las ramas de dos árboles enredadas sobre él. Uno pálido, el otro oscuro.

Ընծ առ լաճ դարձաճ

Estábamos de vuelta en el bosque de alisos. Solo ahora-  
Había nieve en el suelo.

## Capítulo cuarenta y cuatro

### *ravin*

Las protuberancias de la columna vertebral de Ravyn chocaron con las raíces de los árboles. Resopló y escupió una maldición, su visión se volvió borrosa. Cuando se centró, los alisos gemelos se alzaron sobre él. Se giró sobre las costillas magulladas y escudriñó la cima de la colina en busca de Jespyr.

Ella yacía a varios metros de distancia, enjaulada en los brazos de Nightmare.

"¿Estás bien?"

La Pesadilla no respondió. Estaba arrastrando la punta de su bota por el suelo, sobre una nueva capa de nieve blanca y polvorienta. Sólo entonces Ravyn notó lo frío que hacía. Mucho más frío que cuando entraron en el bosque de alisos.

La Pesadilla dejó a Jespyr en el suelo y desenvainó su espada. Deslizó su palma sobre el borde de la hoja. Cuando el corte sangró, lo pasó sobre ambos alisos. "¿Qué día es hoy?"

*El día de la larga noche*, fue su horrible y disonante respuesta.

La mirada amarilla de Nightmare se estrelló contra Ravyn. "¿Cuánto tiempo estuviste usando la tarjeta Twin Alders?"

"No sé." Ravyn miró hacia el cielo, los copos de nieve rozaban su rostro. Era de noche. Pero no podía decir la hora. Se puso de pie y el pánico apagó su voz. "No es... *no puede* ser el Solsticio".

*Más que nunca*, dijo el pálido aliso.

*Cada vez menos*, dijo el otro.

Ravyn se sintió enfermo. "¿Cuánto tiempo estuvimos en esa orilla?"

*Veinticuatro vueltas del sol. Vuelve rápido a tu habitación, Taxus*, dijo el aliso oscuro.  
*Tienes hasta medianoche para unir el Deck.*

La Pesadilla rechinó los dientes. Con un estruendo, alcanzó a Jespyr, la arrojó sobre su hombro y huyó de la colina.

Ravyn los persiguió.

Su descenso fue imprudente. Tropezó dos veces en la ladera rocosa y se sostuvo con un esfuerzo contundente. Cuando llegó al fondo y al valle que lo esperaba, la niebla floreció con huesos y cadáveres.

Adelante, siempre adelante.

Fuera del valle podrido, hacia el bosque voraz. Los árboles se balanceaban hacia ellos y las espinas ansiaban un mordisco, el canto del bosque era una llamada discordante del

viento, chirriando entre las ramas. Los animales acechaban y arremetían. Treparon sobre raíces y blandieron sus espadas contra las bestias de presa. Nightmare mantuvo a Jespyr en sus brazos y Ravyn los protegió, recibiendo la peor parte de las ramas que lograron asestar sus golpes.

Ravyn no había comido durante lo que le pareció una eternidad, pero no tenía hambre. Le habían concedido siglos: caminó con el Espíritu del Bosque a través del tiempo. Y ahora que había regresado, sólo conocía un impulso.

Para adelantar al reloj.

La madera los persiguió durante la noche. Entonces, como una vela en la habitación más oscura, una luz pálida brilló delante. Nightmare también lo vio y aceleró el paso. La luz provenía de un pequeño hueco entre los árboles. Atrajo a Ravyn con tanta fuerza como la niebla había atraído a Jespyr hacia el bosque de alisos.

Amanecer.

*Nada es gratis , los llamaban los árboles. Nada es seguro. La magia es amor, pero también es odio. Tiene un costo. Te encuentran y te pierdes. La magia es amor, pero también...*

"Por el amor de Dios". La Pesadilla escupió flema en las raíces. "Cierra la puta boca."

Salieron disparados del bosque de alisos hacia una pálida luz gris. Cuando Ravyn miró hacia atrás, el hueco entre los árboles se había cerrado. Respiró hondo, el aire carecía de podredumbre. Bajó por sus pulmones, tan puro que le hizo toser. Estaban en el bosque de álamos donde habían dormido la noche anterior. Sólo que no había sido anoche. Había sido hace casi un *mes* .

Entonces Ravyn se acordó de Petyr.

Su mirada se dirigió hacia la izquierda y luego hacia la derecha. Llamó el nombre de su amigo. "Petyr. ¡Petyr!"

"No habría esperado tanto". Nightmare jadeó, con sus brazos todavía firmemente alrededor de Jespyr. "Un hombre inteligente, lo cual es darle demasiado crédito, habría regresado a Castle Yew". Se apresuró hacia el oeste. "Y nosotros también debemos hacerlo. Y rápido."

El estómago de Ravyn se hundió en sus botas. "Las Cartas", jadeó. "Incluso si llegamos al Castillo Yew antes de la medianoche, no podremos unir la Cubierta. Yo—yo no tengo todas las Tarjetas".

La Pesadilla se detuvo tan abruptamente que Jespyr cayó de su hombro. La atrapó antes de que su cabeza pudiera tocar el suelo. Ella gimió y parpadeó.

Ravyn se tambaleó hacia adelante y puso su mano sobre la frente caliente de su hermana. "¿Jesús?"

Se abrieron unos ojos marrones y llorosos. Jespyr alcanzó a Ravyn y le rozó la cara y la nariz hinchada con los dedos. "¿Qué pasó?"

Le dolía el lugar donde sus dedos se arrastraban. Un dolor agudo y devorador tocó el rostro de Ravyn. Él retrocedió. "Te explicaré todo pronto. Pero tenemos que volver a casa".

"A casa", dijo Jespyr, con los párpados caídos una vez más. Apoyó su cabeza contra el pecho de Nightmare. "Dile al Rey Pastor... que necesita un baño".

Ella quedó inconsciente y Nightmare la presionó sobre su hombro una vez más. Cuando volvió a mirar el rostro de Ravyn, sus ojos amarillos se abrieron como platos.

Por instinto, Ravyn tocó hacia donde miraba Nightmare. Su nariz.

"¿Qué quieres decir con que no tienes todas las cartas?" exigió la Pesadilla.

Ravyn siguió pasándose la mano por la cara, buscando alguna lesión. No sintió nada: ni hinchazón, ni dolor, sólo un cosquilleo persistente donde los dedos de Jespyr habían rozado su piel. "El Deck se divide entre las Cartas escondidas en la piedra de tu cámara y las que tengo en mi bolsillo. Tenemos todo menos la guadaña, que está con..."

"El Príncipe". Con el silbido de una serpiente, la respiración de Nightmare se aceleró. "Entonces debemos encontrarlo. Esta es la única oportunidad que tenemos. Emory no vivirá para ver otro solsticio".

"Lo sé bastante bien". Ravyn alcanzó a Jespyr. "Aquí, déjame..."

"No", gruñó. "Yo la llevaré".

Los cuervos graznaban en lo alto. Ravyn y Nightmare continuaron hacia el oeste. Encontraron un pequeño arroyo y bebieron profundamente, solo para que Ravyn escupiera la mayor parte del agua mientras corría a través de una cañada.

Nightmare nunca soltó a Jespyr. Incluso cuando habló con los árboles, preguntándoles el camino, nunca la dejó en el suelo. Nunca la dejes ir.

El amanecer se convirtió en día y luego en el anochecer. El camino no fue fácil. A veces no había ningún camino, sólo rocas, espinas y una densa maleza.

Ravyn tropezó, jadeando. "Necesidad... de parar".

La Pesadilla siguió adelante, respirando entrecortadamente. "Elsbeth dice que si no te levantas, nunca más te besará".

"Eso no es lo que ella dijo".

"Levántate, Ravyn". La voz aceitosa de Nightmare resonó a través de la madera. "*Levantarse.*"

Ravyn se puso de rodillas y lo siguió. Nunca se había esforzado tanto, no en una década de entrenamiento. Ni siquiera cuando sus oponentes estaban equipados con Caballos Negros y él solo podía confiar en su fuerza. Nunca había necesitado tanto seguir adelante.

La maleza había desaparecido y, de repente, sus botas se atascaron de barro. Ravyn miró hacia arriba.

El lago.

Había caído la noche y la oscuridad presionaba la inquietantemente tranquila superficie del agua. La última vez que cruzaron, el lago era de un color plateado pálido. Ahora tenía el color de la tinta más negra.

Ravyn se paró junto al Nightmare en el borde fangoso de la orilla y se metió la mano en el bolsillo. Sus dedos rozaron el terciopelo de cinco Cartas de la Providencia: Caballo Negro,

Doncella, Espejo, Pesadilla y Alisos Gemelos. Si se ahogaba, las Cartas se perderían en el fondo del lago.

"¿Habrá más monstruos en el agua?"

"No. Ese trueque ya fue pagado". La Pesadilla apretó con más fuerza a Jespyr. Se metió en el lago hasta las rodillas. "Apurarse."

El agua llenó las botas de Ravyn. Pero antes de que cualquiera de ellos pudiera sumergirse...

Salt se llenó la nariz, sólo para retirarse un momento después. Ravyn conocía ese sentimiento. Alguien había intentado utilizar en su contra una Tarjeta Providence a la que era inmune.

Su mano cayó sobre su daga. Un momento después lo escuchó: el sonido atronador de un caballo al galope.

Venía del camino detrás de ellos, llevando dos jinetes. Ravyn reconoció al instante el caballo, blanco con motas grises. Era el caballo de Elm.

El primer jinete desmontó con una maldición atronadora antes de que el animal pudiera detenerse por completo. "¿Dónde *diablos* habéis estado?"

Petyr corrió a toda velocidad hacia Ravyn. "Nunca me había alegrado tanto ver tu fea cara".

El viento salió disparado de sus pulmones, los brazos de su amigo le rodearon el pecho. "Igualmente", logró decir Ravyn. Miró por encima del hombro de Petyr y abrió mucho los ojos.

Ione Hawthorn llevaba un vestido gris andrajoso y estaba de pie junto al caballo de Elm. Su pecho se agitaba, sus ojos iban de Ravyn a Jespyr y a Nightmare, deteniéndose en este último. "¿Elsbeth?"

"Ella está conmigo." La Pesadilla puso los ojos en blanco. "Y ella es muy ruidosa con su entusiasmo por verte, chica amarilla".

Petyr retrocedió. "¿Qué diablos pasó? ¿Jes está bien?" Tropezó consigo mismo y llegó a Nightmare. Alcanzó a Jespyr.

"La estoy cargando..."

"Lárgate, viejo charlatán". En una maniobra impresionante, Jespyr quedó en brazos de Petyr. "¿Sigues con nosotros, princesa? ¿Quieres quedarte con mi moneda de la suerte?"

Ella se agitó en sus brazos. Hizo una mueca. Sus ojos marrones se abrieron un poco. "Hueles peor que él".

Petyr soltó una carcajada. "Por alguna razón, no he querido acercarme a cuerpos de agua extraños". Miró a Ravyn. "Te has ido hace una eternidad." Él asintió con la cabeza hacia Ione y las líneas se dibujaron en su rostro curtido. "Han pasado muchas cosas".

Los ojos de Ravyn todavía estaban fijos en el caballo. Cada vez que respiraba, el miedo le retorció el estómago. "¿Dónde está Elm?"

El rostro de Ione se arrugó. Ravyn olvidó su cansancio. "¿Dónde está?"

Ione abrió la mano. En los pliegues de su palma había una tarjeta Scythe. "Está en Stone". Sus ojos color avellana se elevaron hacia el rostro de Ravyn, cargados de furia. "Con Hauth".

Había sucedido semanas atrás.

Hauth, curada por la Carta de la Doncella.

El Rey, asesinado.

Elm, incriminado y presumiblemente mantenido con vida para que Hauth pudiera cambiarlo por Twin Alders. Pero en cuanto a las condiciones en las que lo mantuvieron...

Ravyn sólo podía adivinar.

Con los dedos cerrados en puños, su mente se dirigió a un lugar tan oscuro y terrible que tuvo que apartar la mirada mientras Ione les explicaba lo que había sucedido. Todo lo que realmente escuchó fue *Elm . Elm estaba solo en Stone.*

*Con Hauth.*

La piel de Ione estaba completamente roja, las lágrimas y la rabia marcaban su rostro. Les contó cómo Elm la había obligado a huir y se había quedado atrás para enfrentarse a su hermano. Había cabalgado hasta Castle Yew, llamó a la puerta a medianoche y rogó saber dónde habían ido Ravyn, Jespyr y el Rey Pastor.

Fenir se había preparado para ir con ella al bosque, pero Ione no lo había esperado. "Disparé al bosque detrás de Castle Yew como una flecha y me perdí de inmediato", dijo, mirando hacia el lago. "Caballé toda la noche y hasta la mañana, llamando. Nadie estuvo allí. Pero luego encontré un camino. Era como si los árboles... Su frente se frunció. "Como si los árboles se hubieran movido. Sé que suena extraño".

"No es así", dijo Ravyn, animándola a seguir.

"Monté hasta el lago y luego crucé. El caballo se asustó y corrió por el agua, como si le tuviera miedo. Llegamos al otro lado, pero no tenía idea de adónde ir. Me perdí de nuevo. Sólo que esta vez me costó días". Una leve sonrisa apareció en su boca. "Cuando los cuervos me encontraron, pensé que me iban a comer. O que pudiera intentar comérmelos, tenía tanta hambre. Pero menos de una hora después salieron de entre los árboles mujeres con máscaras de hueso". Sus ojos se pusieron vidriosos. "Mi madre y mis hermanos estaban con ellos".

"Me encontró dos días después", finalizó Petyr. "Había vuelto a..." Su voz se atascó. "Para enterrar a Wik. Estaba deambulando, esperando que todos ustedes salieran de ese bosque. Y ahora que tienes... Tragó. "¿Sabes que día es hoy?"

"Solsticio." Nightmare ladeó la cabeza y sus ojos se posaron en la guadaña en la mano de Ione. "Estoy muy contenta de que estés aquí, niña amarilla. Por ahora tenemos las doce Tarjetas".

"Todavía no", le recordó Ravyn. "Seis esperan en la cámara. Necesitamos regresar antes de medianoche, entonces podremos unir la cubierta". Apretó la mandíbula y no pronunció las palabras que atormentaban su lengua. *Con mi sangre.*

La mirada cómplice de Nightmare recorrió su rostro. Se miraron, dos mentirosos luchando con la verdad. "Con respecto a eso y al Príncipe, tengo un plan. Pero el tiempo...

"Es corto." Ravyn miró hacia el lago. "Habla sobre tu plan. Pero primero nadamos".

Pusieron a Jespyr en el caballo de Elm y se adentraron en el agua. Hacía mucho más frío que la última vez que nadaron. La Pesadilla siguió adelante, e Ione sostuvo la cara del caballo y habló por su oreja y lo condujo a través del agua, mientras el aliento salía de su boca. Petyr estaba pálido como un muerto, murmurando para sí mismo que nunca volvería a salir de casa.

Ravyn nadó el último. Ni siquiera su ardiente furia por lo que le había sucedido a Elm pudo mantenerlo caliente contra el mordisco del agua.

Ningún monstruo del lago vino a reclamarlo. Lo único que luchaba contra Ravyn ahora eran sus propios músculos tensos. En algún lugar cerca del medio del lago, tenía un calambre en la pierna izquierda. Compensó con su derecha y siguió adelante. Pero justo cuando se acercaba a la orilla, su pierna derecha también se trabó. Ravyn se sumergió en la oscuridad, un camino de burbujas huyendo de su boca.

No. Había ido al infierno y había regresado. Encontré una Carta de la Providencia perdida hace quinientos años. Destruyó partes de sí mismo para conseguirlo. No iba a ahogarse en Solstice, a pocos kilómetros de casa.

Había fingido durante mucho tiempo ser fuerte... pero ya no lo estaba fingiendo. Con brazos poderosos, Ravyn atravesó la superficie del agua y contuvo el aliento. Sus piernas encontraron barro resbaladizo y se arrastró hasta la orilla, respirando profundamente hasta que el tambor de guerra en su pecho se calmó y se convirtió en una marcha rítmica.

Era de noche. No había luz para ver el camino a casa. Pero Ravyn había entrado en el bosque como un Destrier, un bandolero. Estaba acostumbrado a viajar en la oscuridad. Con pie tembloroso, entró con los demás en el bosque.

La madera estaba tal como la había dejado la Pesadilla: partida. El camino estaba abierto para ellos, envuelto por la niebla.

Cuando la luz de la luna atravesó el borde del bosque, Ravyn dejó escapar un suspiro tembloroso. No eran árboles en el horizonte, sino las torres del Castillo Yew.

Hogar.

Se adelantó a los demás y salió del bosque al prado...

Y olía a humo.

La Pesadilla tiró de él hacia atrás, poniendo una mano sobre la boca de Ravyn. Levantó un dedo y les hizo un gesto a los demás para que se detuvieran.

Más adelante, justo al otro lado de los árboles, se oyeron voces en el prado. Uno era más fuerte que los demás y resonaba con una claridad áspera, brutal y fría a la vez. La piel de Ravyn se puso húmeda y luego muy caliente. Él conocía esa voz.

Pertenecía a su primo Hauth.

Una sonrisa atormentaba el sedoso timbre de Nightmare. “Qué poético. No podría haber pedido un solsticio mejor”. Puso su boca en la oreja de Ravyn. “Ahora, pájaro estúpido, ¿escucharás mi plan?”

## Capítulo cuarenta y cinco

### *Olmo*

Elm no estaba solo en el punto más vulnerable de Stone. Erik Spindle y Tyrn Hawthorn estaban allí con él. Separados por rejas de hierro, eran los únicos tres prisioneros de su fila.

Las antorchas que había fuera de sus celdas habían sido descuidadas... u olvidadas. Estaba tan oscuro que la mente de Elm le jugó una mala pasada. Formas incorpóreas danzaban ante sus ojos y voces resonaban en sus oídos. Parecían niños llorando. Como él de niño, llorando.

Cada trozo de piel, cada folículo piloso, se sentía como un diente podrido: un nervio en carne viva expuesto. Tenía un frío que parecía físicamente imposible.

Nadie vino durante días. Ni Hauth, ni un corcel ni un guardia, salvo el que tenía agua y pan podrido, e incluso él llegó con una consistencia tan errante que Elm no tenía una forma precisa de medir el tiempo.

Pensó que Hauth vendría, que habría algún tipo de ajuste de cuentas entre ellos. Que se pondrían de pie, ojo verde con ojo verde, y sólo uno se marcharía.

Pero la noche en que el rey murió, Elm estaba tan destrozado, tan desesperado por salvar a Ione de Stone, que utilizó el Guadaña demasiado tiempo. Se había perdido en la agonía, el dolor haciendo algo que nunca antes había hecho.

Haz el ridículo con él.

Debería haber ido con ella, debería haber huido. Se suponía que era inteligente. Los hombres inteligentes no se mueren congelados por orgullo, pensando que podrían reescribir viejos errores. Ciertamente no murieron, creyendo que su hermano mayor, que no había sido más que un bruto, de repente pelearía justamente.

Los hombres inteligentes morían según sus propios términos. Y si eran cautelosos, inteligentes y buenos, tal vez murieran en paz.

Él, aparentemente, no era ninguno de los tres.

Una tónica y una manta pasaron entre los barrotes. "Mantente fuerte", susurró Filick Willow. "Ravyn vendrá por ti".

Elm bailó al borde de la conciencia. "No esta vez."

En el noveno (décimo, quizás) día de cautiverio, los ecos resonaron en el pasillo. Erik ladeó la cabeza, su voz oxidada por el desuso. “Ya vienen, Príncipe. No vaciléis”.

Los Destriers no fueron amables. Cuando terminó la paliza, alguien puso una tosca taza en las manos de Elm. El vino era amargo y se depositaba en todos los lugares secos de su boca.

Linden se paró frente a él y tocó la Tarjeta del Cáliz. “¿Adónde fueron Ravyn y Jespyr para recuperar los Alisos Gemelos?”

Elm no tuvo respuesta. “No sé.”

Horas más tarde, después de terminar la paliza, Linden regresó con más vino y golpeó el Cáliz tres veces más. “¿Dónde está Ione Hawthorn?”

Elm cerró los ojos. “No sé.”

Otra Carta se había unido al Cáliz. Elm inmediatamente reconoció la sensación de una guadaña. Una mano fría le acarició la mandíbula. Elm miró a los ojos verdes.

El rostro de Hauth, tallado por la magia de la Doncella, era maravillosamente impío. “Tuviste tu oportunidad de huir con ella, pero no lo hiciste. ¿Por qué?”

La cabeza de Elm giró. La sangre goteó de su boca hacia el suelo del calabozo. “Nunca te preocupaste por ella. Si deseas hacer un trueque con Ravyn, soy suficiente rehén”. Él se rió y luego tosió. “Y quería quedarme y matarte”.

En cualquier otro momento, su hermano habría respondido con su propia risa y luego con un puño. Pero Hauth era inexpresivo, casi desinteresado, y los efectos nocivos de la Doncella lo enmascaraban con un escalofrío. “Tienes razón”, dijo. “Nunca me preocupé por ella. Aun así, la cazaré. Recupera la guadaña que sostiene. Esta vez, no habrá ninguna Doncella que la salve. Lo único que has hecho es ganarle tiempo y convertirte en un traidor aún más.

Elm escupió sangre al suelo. “Te he estado traicionando durante años”, dijo entre dientes. “Yo estaba allí en el camino forestal el día que te partieron la cara. Yo era un bandolero y estaba allí para robar la Puerta de Hierro de Wayland Pine. Ayudé a recoger el Deck justo delante de tus narices”. Respiró lenta y roncamente. “Lo haría todo de nuevo, sólo para verte estremecerte”.

La mano de Hauth apretó la garganta de Elm. “No me inmutaré ahora. Y en cuanto a matarme, hermano... Sus ojos verdes eran fríos. “No puedes. *Nada* puede.”

Dejó caer a Elm al suelo y salió de la celda, con Destriers pisándole los talones.

La oscuridad se llevó a Elm.

“¿Estabas en el camino forestal cuando robaron la Puerta de Hierro de Wayland Pine?”

Elm saltó. No recordaba haberse quedado dormido ni cuánto tiempo había dormido. Había bandejas de comida en su suelo. Tres de ellos, intactos.

Erik Spindle lo observó a través de los barrotes entre sus celdas.

"Yo..." Elm hizo una mueca. Me dolía incluso hablar. "Yo estaba allí. En realidad, casi me atropellas. Pasó un dedo por la división de su labio inferior. "Tu hija también estaba allí".

El vapor se elevó en su periferia. La voz de Erik Spindle era entrecortada. "¿Elspeth? ¿Por qué?"

"Ella nos estaba ayudando a recoger el Deck. Quería curar la degeneración de Emory y la suya propia también. Ella me salvó de tu espada". Dejó escapar un débil suspiro. "Y le devolví el favor con desconfianza y desprecio".

Alguien tosió en la celda contigua. Un sonido débil y tembloroso. Tyrn. "M-mi Ione. ¿Ella escapó? ¿Está a salvo?"

"No sé." Elm se llevó las manos a la cara. "Ora para que te perdone por cambiar esa Nightmare Card por un matrimonio con Hauth. Porque nunca lo haré".

Despierto, Elm soñaba en amarillo.

Hierba de verano y un vestido de muselina atrapado entre sus dedos. El pelo le cubrió la cara y un suspiro, como un aleteo, en su oído. No había niebla, ni sal, ni rojo Rowan. Todo fue lento, suave. Delicado.

Pero no pudo escapar del frío. Se despertó con el sonido de sus propios dientes castañetear y los escalofríos le recorrieron el cuerpo.

"No deberías dormir tanto", llegó la voz de Erik. "Levantarse. Mueve tus extremidades".

Una risa enloquecida salió de Elm. Miró sus dedos congelados que se habían vuelto negros. Algunos hasta los nudillos. "Lo siento, Capitán, no creo que esté preparado para una sesión de entrenamiento".

Erik se agachó en su lado de las barras compartidas, finalmente lo suficientemente cerca como para ser más que un vago contorno. Su rostro estaba pálido, su piel desgarrada por la congelación y moteada de viejos moretones. Su barba había crecido mucho y su ropa estaba hecha jirones, manchada de sangre. Cuando habló, su voz era solemne.

"La madre de Elspeth estaba infectada", dijo. "Ella trató de ocultármelo. Ella degeneró, sufrió terriblemente, en silencio. Todo porque yo era el Capitán de los Destriers. Iris sabía que si me imponían un Cáliz, su secreto sería mi muerte. Entonces ella no dijo nada. Y yo"—se pasó la mano por la cara—"no hice nada. Ella murió. Y cuando Elspeth también contrajo la infección..."

El gran árbol de un hombre se astilló y su expresión firme finalmente dio paso al dolor. "Comencé a odiarme a mí mismo. Odiar a mis Destriers y las leyes que defendíamos. En mi corazón, yo era un traidor". Él respiró hondo. "Cuando el chico Yew tomó mi lugar y quedé libre de mi cargo, pensé que mi odio podría disiparse. No fue así. Y Ravyn Yew... era tan fuerte como yo. Tan fría e implacable como había sido yo. Sabía que mientras hombres como él y yo fuéramos Capitán, Blunder nunca cambiaría".

Su voz se suavizó. "Pero luego lo vi el día de mercado. Sosteniendo a mi hija. Envolviéndola en sus brazos de la misma manera que una vez tuve a Iris en los míos. No era

el mismo hombre que había ocupado mi lugar como Capitán”. Erik negó con la cabeza. “Porque ese Capitán de los Destriers no es un hombre, sólo una máscara. Una demostración del poder de Rowan. Y siempre habrá cosas más fuertes en este mundo que Rowan.

Elm cerró los ojos. “¿Porqué me estas diciendo esto?”

“Nunca he dicho nada de eso en voz alta. Para ser honesto, quería ver a qué sabía”.

“¿Y?”

“Amargo.”

La comisura de la boca magullada de Elm se levantó. “No se preocupe, Capitán. Pronto me llevaré tus confesiones a la tumba.

El sonido de una tos llegó desde la celda de al lado. “No puedo soportar esta porquería con la que nos alimentan”, se lamentó Tyrn Hawthorn.

Erik caminaba de un lado a otro, juntando sus botas de vez en cuando para mantener vivos los dedos de sus pies. “Así que muere de hambre”.

El plato de comida de Tyrn rebotó en los barrotes, un feo toque que resonó por toda la mazmorra. “Crees que soy débil”.

“Lo sé”, respondió Erik.

“¿Te sorprendería que haya matado a un hombre?”

Elm arqueó las cejas. Él también había intentado caminar de un lado a otro, pero después de una hora, le dio sueño. “Un poco.”

La voz de Tyrn se hizo débil. “Era un bandolero. Fue una casualidad que él y yo recorriéramos el camino forestal al mismo tiempo. Cuando vi el terciopelo color burdeos de la Nightmare Card, asomando por su manga, no pensé: simplemente lo atravesé y lo robé”.

Él tosió con voz áspera. “Pensé en él mientras ideaba una forma de que la Tarjeta se ganara el favor de mi familia. Pero incluso cuando así fue e Ione estaba comprometida con el Sumo Príncipe, no sentí ninguna alegría, sólo miedo de perder todo lo que había ganado. Traicioné a Elspeth porque tenía miedo de que... Su voz empezó a temblar. “Que si Ione no se convirtiera en reina, sería una asesina en vano”.

Erik dejó de caminar.

“Entonces tienes razón”, dijo Tyrn. “Soy debil. Mi esposa y mis hijos lo saben. Todos lo saben. Estoy débil y completamente manchado de sangre”.

Elm iba a la deriva, cerca y lejos. “Bienvenido al club.”

El ruido de una espada contra los barrotes de la celda arrancó el sueño de Elm. La puerta de la celda se abrió de golpe. Le ataron las manos a la espalda y lo arrastraron junto con Erik Spindle y Tyrn Hawthorne fuera del calabozo por las largas y sinuosas escaleras en un mar de capas negras. Reconoció vagamente a los hombres cuyos dedos se clavaron en su piel. Cortines. No sólo aquellos con los que había entrenado, sino también los mayores.

La forma en que sus puños golpearon el estómago de Erik lo confirmó. “Traidor”, le escupieron.

Erik no dijo nada. Inmóvil, inquebrantable. Incluso Tyrn tuvo la decencia de no gritar cuando un Destrier empujó su cara contra la puerta del castillo.

La luz gris de la mañana hizo que Elm hiciera una mueca de dolor y sus ojos tardaron en enfocar. Cuando lo hicieron, vio que había nieve sobre el suelo.

Los corceles, viejos y nuevos, estaban sentados sobre sus monturas en el patio, esperando.

A la cabeza, alto, ancho y hermoso, Hauth llevaba la corona de su padre y un jubón de color azul intenso con un serbal dorado bordado en el pecho. Hizo girar su guadaña entre sus dedos y examinó a los prisioneros por su nariz. Cuando sus ojos verdes se posaron en Elm, asintió. “Tu miseria casi ha llegado a su fin, hermano. El bandolero se encuentra con el verdugo. Pero primero... ¿qué tal si nos llevamos a la ciudad?”

Lo ataron a un caballo como si fuera un ciervo recién sacrificado. Elm sólo podía ver el suelo: el camino directamente debajo de las patas del animal.

Casi todo estaba cubierto de nieve.

Sintió que cada rotura, cada hematoma en su piel se expandía durante el viaje a la ciudad. Cuando el camino de tierra terminó y el ruido de los cascos contra el adoquín llegó a sus oídos, supo que estaban en Market Street.

Se esforzó contra sus ataduras y trató de mirar hacia arriba. Había cintas rojas y doradas esparcidas sobre los marcos de las puertas y los postes de las farolas. “¿Qué día es hoy?”

Linden cabalgó junto a hm. Se agachó y golpeó a Elm en la nuca con un garrote. Su voz era una mueca de desprecio. "Solsticio."

La visión de Elm se hizo un túnel, un calor pegajoso deslizándose por su cabello.

Cuando volvió en sí, los caballos se habían detenido. Unas manos ásperas lo desataron, lo arrancaron de la silla y lo dejaron con las piernas débiles y los pies congelados y gritando.

Las elevadas torres del Castillo Yew se cernían sobre él.

La puerta del castillo estaba abierta, no cerrada como solía mantenerla Jon Thistle. Cuando los Destriers arrastraron a Elm, Erik y Tyrn al interior, el aire estaba frío. Duro.

El nudo que Elm tenía en el estómago subió hasta su garganta. Algo estaba terriblemente mal.

Castle Yew fue abandonado: sus chimeneas desatendidas, la finca vacía de laicos, puertas y ventanas abiertas a pesar del aire frío.

"Echa un último vistazo, Renelm", dijo Hauth. "A medianoche, este viejo y espeluznante lugar se convertirá en una auténtica pira del Solsticio".

Atravesaron la casa y salieron por las puertas orientales hacia los jardines, pisoteando arbustos y zarzas hasta llegar al prado cerca de las ruinas.

Había Destriers, seis más, esperando. Morette y Fenir y Jon Thistle estaban con ellos. También Emory. Cuando vieron a Elm, sus pechos se agitaron y las lágrimas volvieron vidriosos los ojos verdes de Morette.

El alivio de Elm al verlos duró sólo lo que le llevó asimilar sus apariencias. Estaban magullados, pálidos y temblando. No llevaban capas para protegerse del frío. Emory se balanceaba sobre sus pies, sostenido por los brazos de su madre y su padre.

Tenía un corte en la mano izquierda. Largo, profundo, goteando rojo en la nieve.

Elm se atragantó con el aliento. "¿Qué has hecho?"

Hauth caminó entre la línea de Destriers. "Nuestros tíos, con un poco de persuasión por parte de mis hombres, mi guadaña y un cáliz, por supuesto, me han informado que aquí es donde Ravyn, Jespyr y su amiga Elspeth Spindle entraron al bosque en busca de la tarjeta Twin Alders. " Una sonrisa insensible asomó a su boca. "Me contaron una historia fascinante sobre una piedra, escondida en una cámara detrás del castillo".

Metió la mano en su bolsillo y sacó seis Tarjetas Providence. Un profeta. Un pozo. Una puerta de hierro. Un huevo de oro. Un águila blanca. Un Cáliz.

La mirada de Elm volvió al corte en la palma de Emory.

Hauth se chupó los dientes. "Te lo dije, Renelm. No tengo ningún deseo de unir el Deck. La niebla, la infección, mantienen pequeño a Blunder. Aterrorizado. Y las personas aterrorizadas son fáciles de controlar. La pequeña colección de Ravyn (todas sus mentiras y robos) fue simplemente para adornar las bóvedas de Stone con más Tarjetas de la Providencia".

Erik Spindle maldijo y escupió sangre en la nieve.

Hauth no le hizo caso. Sus ojos estaban fijos en la línea de árboles, cerca de la cámara de piedra. "Se ha tomado su tiempo, Ravyn. Mis hombres llevan semanas vigilando estos bosques. Aún así, es posible que aún venga. Tiene hasta medianoche para hacer que esa tarjeta Twin Alders cuente para algo.

Elm se había preguntado, abajo en el calabozo helado, por qué su hermano no había venido todavía por él, Erik o Tyrn. Ahora lo sabía. "Somos tu cebo". Estaba temblando. Había pasado un mes pasando frío. Pero ahora... había un infierno en su pecho, arañándose hasta su garganta. "¿Nos cambiarías por los Twin Alders?"

"Por supuesto que no. Sois todos unos traidores. *Todos* moriréis esta noche". Hauth se mordió la uña con tono aburrido. "Pero Ravyn no lo sabrá, ¿verdad?"

La luz del día se desvaneció en la noche.

Elm contó quince Destriers en total, incluido Hauth, lo que significaba que no todos llevaban caballos negros. Observó sus movimientos, notando los que habían sido reclutados durante su estancia en el calabozo. Avanzaron en silencio a través de la nieve, recogiendo arbustos, zarzas y madera, esparciéndolos en cuatro piras alrededor de la pradera.

Cuando oscureció por completo, encendieron las piras y la nieve reflejó llamas amarillas y anaranjadas. Nadie dijo nada, todos tenían la mirada fija en la línea de árboles, buscando a Ravyn.

Entonces, tranquila como un pájaro, la voz de Emory rompió el silencio. "No ganarás".

Hauth dejó de pasear. Se paró frente a Morette y Fenir, quienes intentaban proteger a Emory a sus espaldas. "¿Qué es eso?" Hauth se llevó una mano burlona a la oreja. "No podía oírte bajo el sonido chirriante de tu último aliento, Emory".

Elm tiró de sus ataduras y sintió el sabor de la sangre en la lengua.

Emory se tambaleó. Luego, más rápido de lo que debería hacerlo un niño moribundo, se abalanzó hacia adelante. Agarró la muñeca de Hauth. Sus ojos se pusieron en blanco su cabeza, y cuando habló, su voz era extraña, suave, como resbaladiza con aceite. "No ganarás", dijo de nuevo. "Porque nada es seguro y nada es gratis. La deuda sigue a todos los hombres, sin importar su petición. Cuando el Pastor regrese, sonará un nuevo día. Muerte a los Rowan". Sus ojos grises se enfocaron, centrándose en Elm. "Larga vida al rey."

Hauth se liberó del agarre de Emory. Aunque estaba inexpresivo, su rostro se había vuelto del color del papel. Levantó una mano y golpeó a Emory en la cara con el puño cerrado.

El niño cayó a la nieve y no se levantó.

—gritó Morette. Fenir alcanzó a su hijo, pero el Destrier a su izquierda le torció el brazo detrás de la espalda. Elm se liberó de sus ataduras, sólo para sentir que las cuerdas se apretaban más en sus muñecas. "Hauth", dijo, mitad maldición, mitad súplica. "No hagas esto. Es sólo un niño".

Hauth miró a Emory. No había nada en sus ojos verdes.

"Movimiento, Alteza", gritó un Destrier, apuntando con su espada a los árboles al otro lado del prado. "Ahí, justo delante".

La mirada de Hauth se desvió hacia adelante. La fila se quedó quieta, tanto los prisioneros como los Destriers contuvieron la respiración mientras contemplaban el bosque.

Al principio no se oyó nada, sólo el susurro del viento. Entonces, tan silenciosa y etérea que podría haber sido el mismísimo Espíritu del Bosque...

Ione Hawthorn salió al prado.

Llevaba el mismo vestido gris que llevaba cuando huyó de Stone, sólo que ahora estaba sucio y mojado. Tenía la cara roja por el frío y el pelo recogido en una gruesa trenza que le caía por la espalda. Elm bebió al verla, y su júbilo se convirtió en temor cuando su mirada se posó en la mano de Ione.

En su palma abierta había tres Cartas de la Providencia. La doncella, la guadaña, y un tercero. Era de color verde bosque y representaba dos árboles, uno pálido y otro oscuro, entrelazados en sus ramas y raíces.

La tarjeta de los alisos gemelos.

Los ojos color avellana de Ione recorrieron la multitud: Hauth y su horda de Destriers, luego la casa de los Yew, su tío y su padre. Cuando su mirada chocó con la de Elm, su pecho se agitó y su frente se suavizó.

Luego ella miró su rostro. El daño que le habían hecho. Ione se puso rígida y el rojo de sus mejillas se desvaneció. Cuando su mirada volvió a Hauth, esos ojos color avellana ardieron.

Hauth salió al prado y le ofreció una breve y burlona reverencia. "Siempre has tenido una habilidad especial para sorprenderme desagradablemente, Ione". Él asintió hacia los Twin Alders que tenía en la mano. "¿De dónde sacaste eso? ¿Te lo dio Ravyn?"

Ella no dijo nada.

Hauth dio otro paso. "¿Dónde está?"

Elm necesitaba que ella lo mirara. Necesitaba que ella supiera que esto no podía terminar así. "Ione", dijo, con la voz entrecortada. "Ir. Por favor, vete."

Ella no se movió ni un centímetro, salvo para plantar los pies más profundamente en la nieve.

Hauth siguió avanzando, mirándola como si fuera un animal herido en el bosque. "¿Vas a usar esa guadaña conmigo, prometido? ¿Sobre *todos* mis hombres? Se chupó los dientes. "Adelante. Pero ten cuidado: será mejor que tengas la habilidad suficiente para obligarnos a todos a la vez. Porque si no lo eres, pues. ¿Recuerdas lo que pasó en la habitación de mi hermano?"

Detrás de Elm, Linden se rió.

"Si me dices dónde está Ravyn, lo haré sin problemas. Pero si luchas conmigo... Hauth sacó su propia guadaña de su bolsillo. "Entonces me tomaré mi tiempo para matarte. Así que, por supuesto, Ione, pelea conmigo. Siempre lo has intentado".

Tyrn Hawthorn lanzó un sollozo terrible. "¡Ve, Ione!"

Ella no escuchó. Estaba mirando al hombre con el que podría haberse casado, su rostro era un libro abierto de odio. "¿Quieres verme morir, Hauth?"

Levantó un dedo sobre su guadaña. "Sería el único disfrute que podrías ofrecerme".

El dedo de Ione fue más rápido. Tocó a la Doncella una, dos, tres veces. "Entonces mátame. Si puedes."

Un cuchillo cantó en el aire.

Hauth se dobló, maldiciendo. La sangre goteaba de su mano y el cuchillo estaba enterrado en su palma. Su guadaña se le escapó de las manos, atrapando el viento y revoloteando sobre la nieve.

El olmo sabía a sal. No el sudor, las lágrimas o la sangre que se había deslizado por su rostro hasta su boca, sino un tipo diferente de salmuera. Un tipo mayor.

Entonces lo escuchó. Lo que había esperado en cada esquina, escuchado en cada pausa.

La voz de Ravyn.

*Olmo.*

Apareció de la nada y se paró frente a Ione, un ave de presa oscura y vengativa. Los ojos de Hauth se agrandaron y dio un paso atrás, el único hombre al que alguna vez había temido estaba frente a él, marcándolo.

Y Ravyn Yew, el pétreo capitán de los Destriers, sonrió. Sacó su espada y sus ojos se movieron de Hauth a Elm. *Te ves terrible.*

*Le dolía demasiado devolverle la sonrisa. Todavía soy más guapo que tú. La respiración de Elm tembló. Hauth sacó las cartas de la cámara. Están en su bolsillo.*

*Voy a recuperarlos.* Ravyn levantó su espada y apuntó hacia la línea de Destriers. "Ya no soy su capitán", dijo. "Mi negocio es con tu nuevo Rey y la Baraja de Cartas. Si deseas vivir, abandona este lugar. Ahora."

Hauth se enderezó. Le arrancó el cuchillo de la palma. Dondequiera que guardara la Tarjeta de Doncella que estaba usando, ya lo estaba curando. "Un reclamo audaz de un hombre (y una puta) contra la guardia del Rey". Sacudió la cabeza y escudriñó la línea de árboles. "Supongo que mataste a Gorse. ¿Dónde están los bandoleros, Jespyr y esa *cosa que* dejaste?

"Cerca", respondió Ravyn. "Muy cerca. Están esperando. Mirando."

"Traidor", llamó un Destrier.

"Bastardo infectado", escupió otro.

Con un clamor, desenvainaron sus espadas y apuntaron a Ravyn.

Hauth miró hacia abajo, la arrogancia iluminaba sus palabras. "Parece que han hecho su elección. Entrégame los Alisos Gemelos, prima. O ver morir a tu familia".

Ravyn miró a sus padres, a Emory en la nieve, con los músculos tensos de su mandíbula.

*No cedas , gritó Elm en su mente. No. Maldito. Producir.*

*Los ojos grises de Ravyn lo encontraron. Sigue a Ione hacia el bosque , dijo. Ve con ella y luego reúnete conmigo en la cámara de piedra. Vamos a terminar con esto, Elm. Todo ello.*

Salt huyó de los sentidos de Elm. Ravyn tocó el hombro de Ione, luego corrió hacia adelante y se volvió invisible.

Ione giró sobre sus talones y corrió hacia el bosque.

"Maten a los prisioneros", ordenó Hauth a los Destriers. Se lanzó hacia la nieve, buscando su Scythe caída. "Y tráeme los Alisos Gemelos".

Las espadas descendieron sobre el cuello de la familia Yew. Elm sintió un cuchillo cerca de su mandíbula, mordiendo justo debajo de su oreja. Cerró los ojos. Hubo un gemido profundo y desgarrador...

Y la tierra empezó a rodar.

La nieve caía de las copas de los árboles y el mundo era una ráfaga de blanco. El terrible gemido provenía de la madera. *Algo* salía de la madera.

Los árboles, se dio cuenta Elm. Los árboles se movían.

Las raíces se arrancaron de la tierra y las ramas azotaron el aire. Girando, los tejos se precipitaron hacia el prado desde todos lados, golpeando—agarrando—a los Destriers.

El primer árbol que hizo contacto atravesó las ruinas, derribando antiguos pilares de arenisca. Atrapó a dos Destriers en sus ramas y se los arrebató a Emory y sus padres. Con un chasquido repugnante, el tejo aplastó a los hombres bajo sus raíces.

Cuando la tierra volvió a rodar, Elm perdió el equilibrio. Chocó contra Erik y Tyrn, los tres eran una maraña de extremidades. Cuando levantó la vista, el prado era un caos de árboles y nieve, iluminado por la luz amenazadora de las piras. Los Destriers eran un remolino de oscuridad, varios de ellos corriendo a través del caos.

Corriendo tras Ione.

## Capítulo cuarenta y seis

### *ravin*

Se practicaron Ravyn y Jespyr. Retorcidos e intrépidos, como las ramas del árbol que les da nombre, ya habían aprendido a mantenerse firmes cuando el Rey Pastor dominaba el bosque.

Cuando la tierra empezó a moverse y los Destriers que estaban cerca de sus padres tropezaron, Jespyr se abalanzó desde las sombras. Todavía estaba demasiado débil para usar su espada, incluso con Petyr y un Caballo Negro como ayuda. Pero sus cuchillos... ella era lo suficientemente fuerte para manejarlos. Dos Destriers cayeron al filo de sus espadas. Cuando un tercero se puso de pie y se abalanzó sobre ella, ella lo esquivó y su espada le rozó la barbilla.

Petyr salió de las sombras y derribó a su agresor. El corcel cayó sobre la nieve y entonces un tejo cayó sobre él y lo arrastró con un chasquido repugnante.

El último Destrier que no había corrido tras Ione fue Allyn Moss. Estaba de pie con la espada desenvainada detrás de Jon Thistle. Pero cuando los árboles retumbantes lo derribaron, Moss permaneció en el suelo, con el miedo bañando sus ojos.

Ravyn apareció de la nada y se arrodilló sobre él y puso una mano en la garganta de Moss. "No quiero matarte". El rostro de Gorse apareció ante sus ojos. "Pero lo haré si es necesario".

El corcel tembló. Sacó su Caballo Negro del bolsillo y lo arrojó a la nieve en señal de rendición.

Ravyn se echó hacia atrás, con un temblor familiar en su mano. "Ir."

Moss huyó hacia la noche. Cuando Ravyn miró hacia atrás hacia el prado, llegó justo a tiempo para ver a Ione desaparecer entre los árboles detrás de la cámara de piedra. Los corceles (contó ocho) la persiguieron. Elm, Erik Spindle y Tyrn Hawthorn iban detrás cojeando.

Todo iba según lo planeado.

Hauth todavía estaba en el corazón del prado, ocupado por tres tejos. Lo rodearon y lo azotaron. Hauth derribó varias ramas con su espada, las esquivó e intentó deslizarse entre los troncos, pero los árboles seguían retorciéndose, doblándose. Guiados por la espada de Nightmare, lo mantendrían a raya, distrayéndolo de recoger su guadaña.

Hasta que Ravyn estuvo listo para lidiar con él.

Pero primero, su familia. Ravyn corrió hacia ellos, sacando un cuchillo a través de las cuerdas que sujetaban a Thistle y sus padres. Jespyr estaba en la nieve, envolviendo a Emory en sus brazos. Ella dejó escapar un suspiro tembloroso. "Todavía está respirando".

"Llévalo de regreso al castillo". Ravyn le entregó el Caballo Negro de Moss a Petyr y luego presionó la palma de su mano contra la mejilla de su madre. "Mantenlo a salvo".

"Podemos ayudar", dijo Thistle, recogiendo una espada Destrier caída.

"Todo está bajo control. Ve adentro."

Fenir encontró una segunda espada en la nieve. "Querrás otro par de manos..."

Las fosas nasales de Ravyn se dilataron. "Si no meten sus traseros en el castillo, se lo diré al Rey Pastor, y luego los malditos árboles los *arrastrarán*. Jespyr necesita descansar". Miró a Emory. "También lo hace él. Empezamos esto para él, y es Casi terminado. Entonces, por favor, finge que no heredé de ti toda una vida de terquedad y consíguelo. Adentro. El castillo."

Lo miraron fijamente, con las mandíbulas abiertas. "Nunca te había oído hablar tanto", murmuró Morette.

"Será mejor que hagas lo que dice antes de que siga diciendo tonterías", dijo Jespyr con un guiño. Pero su rostro estaba demacrado y sus hombros se curvaban por el cansancio. Ella se tambaleó y Thistle la atrapó.

Fenir le dio a Ravyn una mirada estrecha. "¿Nos vemos pronto?"

"Nos vemos pronto."

Llevaron a Emory entre ellos. Petyr dio un paso adelante. "Los escoltaré y luego regresaré". Ofreció una sonrisa torcida. "¿O me vas a gritar a mí también?"

"Probable."

Se tomaron de las manos y luego Petyr corrió tras la familia de Ravyn y Thistle, deslizándose a través de la niebla, con la nieve agitándose a su paso.

Ravyn se volvió y examinó el prado. Estaba más oscuro ahora. Varios de los tejos habían arrastrado sus raíces a través de las piras, dispersando las llamas, sofocando la luz. Pero Ravyn aún podía ver todo lo que necesitaba.

Hauth, enjaulada en el corazón de la pradera por los tejos.

Dio un paso adelante y miró hacia el bosque. No podía verlo, pero sabía que Nightmare estaba allí, guiando los árboles con su espada. Espera. Mirando.

Ravyn metió la mano en su bolsillo y tocó su tarjeta color burdeos. *¿Elsbeth?*

*Ella respondió de inmediato. Ravyn. ¿Está tu familia a salvo?*

*Sí. Ione y los Destriers se dirigen hacia ti.*

*Bien, llegó el timbre aceitoso de Nightmare. ¿El Príncipe?*

*Justo detrás de ellos. ¿Qué hora es?*

*Los árboles declaran que tenemos treinta minutos hasta la medianoche.*

*Elsbeth regresó. Ella hizo un ruido con su garganta. ¿Ravyn?*

Incluso ahora, tensa por la tensión, su voz lo tranquilizó, como un paño cálido presionado sobre sus ojos. *¿Sí, Elspeth?*

*No mueras.*

*No lo haré.*

*Porque si lo haces y nunca obtenemos el tiempo que nos debemos, te odiaré, Ravyn Yew. Te amaré y te odiaré por siempre.*

*La comisura de su labio se arqueó. Todo esto terminará a medianoche, Elspeth. Después de eso, podrás amarme tanto como quieras.*

*La Pesadilla hizo un ruido de arcadas. No quiero acortar este tierno momento, pero el tiempo es algo esencial. ¿Seguro que no quieres que los árboles te ayuden, pájaro estúpido?*

*Puedo manejar a Hauth.*

*Bien. Tráelo a él y a las cartas que lleva a mi habitación. Su risa era embriagadora como el humo. Por cualquier medio.*

Las manos de Ravyn cayeron hasta la empuñadura de marfil de su daga. *Lo haré.*

Los tres tejos que enjaulaban a Hauth se quedaron quietos. Hauth se alejó de ellos; su rostro era ilegible, salvo las venas enojadas que sobresalían de su cuello y frente. Sus ojos estaban bajos, peinando la nieve en busca de la guadaña que aún no había recuperado.

*Atacadlo* , murmuró la Pesadilla.

Ravyn respiró hondo. Y como nunca lo había dicho cuando lo sintió por primera vez, y nunca después de que ella desapareció en el Rey Pastor, habló por última vez en la mente de Elspeth Spindle. *Yo también te amo, Elspeth.*

Y luego estaba corriendo.

Chocó contra Hauth justo cuando los dedos de su primo se cerraron alrededor de su guadaña. Rodaban por la nieve como perros mordedores. Cuando Hauth se recuperó, se metió la tarjeta roja en el bolsillo y cortó el aire con una daga. Ravyn retrocedió, pero no lo suficientemente rápido. Se escuchó un sonido desgarrador, la hoja rasgó el cuero y dibujó una fina línea de sangre en el torso de Ravyn.

Hauth dejó escapar un ladrido triunfante. "El intocable Ravyn Yew, finalmente hecho sangrar".

Ravyn giró, moviéndose sobre las puntas de sus pies. Metió la mano en el bolsillo y tocó su Tarjeta Espejo. Desaparecido.

Hauth rechinó los dientes. "¡Cobarde!"

*Si imaginabas que pelearía justamente después de todo lo que has hecho , dijo Ravyn en la mente de su primo, eres un tonto.*

Hauth palideció y reemplazó su daga con su espada. "¿Una carta de pesadilla? ¿También lo robaste en el camino forestal, bandolero?"

*Ravyn se rió, sus pasos eran ligeros. No esta vez. Esta tarjeta la heredé.*

Reapareció frente a Hauth y le dio un puñetazo en la mandíbula a su primo. Hauth cayó al suelo con un ruido sordo y rodó, esquivando la bota de Ravyn. Era rápido: usaba un Caballo Negro y sus movimientos eran borrosos.

Rápido, pero predecible. Hauth cortó el aire con su espada. Antes de que pudiera lanzar otro golpe, Ravyn acertó la distancia entre ellos. Agarró el brazo oscilante de Hauth y lo dobló hacia atrás.

Hauth gruñó y dejó caer su espada.

Ravyn apuntó su daga al cuello de su primo. "Esto termina esta noche. Tú, yo y el Deck".

Los fríos ojos verdes se volvieron cada vez más fríos. "¿O que? Cualquier daño que me hagas será deshacer por la Doncella. Clavé mi cuchillo en el corazón de Ione Hawthorn, la vi desangrarse y, aun así, sobrevivió. He escondido mi Tarjeta de Doncella en lo profundo de las bóvedas de Stone, Ravyn. No puedes matarme."

Hauth empujó hacia adelante, su cuello presionó sobre la daga de Ravyn hasta que le partió la piel. La sangre manaba de la herida, pero Hauth ni siquiera se inmutó: se lanzó contra Ravyn con la fuerza de un caballo a la carga.

Los pies de Ravyn se arrastraron hacia atrás a través de la nieve, y Hauth le asestó puñetazos en los costados, una y otra vez, impulsado por la fuerza incansable del Caballo Negro. Las costillas de Ravyn absorbieron los golpes. Se doblaron, se doblaron...

En bancarrota.

Gimió, agarró a Hauth por el cuello y lo arrojó contra la nieve. Ravyn inmovilizó a su primo y lo castigó con una década de malicia. Lo había salvado, rezando para que llegara el día en que pudiera liberarlo. Golpe tras golpe pagó a Hauth con el puño cerrado. Uno por matar al Rey. Dos por decirle a Orithe Willow que Ravyn fue infectado cuando era niño. Tres por hacer lo mismo cuando Emory enfermó. Cuatro por el linaje Rowan y la atrocidad que Brutus Rowan había ordenado. Diez para Elm.

Y por lo que Hauth le había hecho a Elspeth, Ravyn tomó su daga con empuñadura de marfil y la clavó en el estómago de su prima.

Hauth tosió, su rostro marcado sólo brevemente por el dolor. Era un desastre de sangre y saliva, pero sus ojos estaban fríos.

"Vienes conmigo a la cámara", gruñó Ravyn. "Entero o en pedazos".

"Dice el hombre que ni siquiera puede empuñar una guadaña". Hauth le escupió en la cara. "¿Quieres obligarme a entrar en vereda, Ravyn? *Hazme.* "

Con los nudillos gritando, rotos y magullados, Ravyn metió las manos en el jubón de su prima. Tocó el terciopelo y lo arrancó.

Todas las cartas que Hauth había robado de la cámara se esparcieron y cayeron sobre la nieve. Huevo dorado. Profeta. Águila Blanca. Puerta de Hierro. Bien. Cáliz.

Ravyn los ignoró. Sólo estaba alcanzando la guadaña de Hauth. Rojo sangre, lo sostuvo entre sus manos.

*Pero las Cartas de la Providencia no tienen edad , le había dicho al Espíritu del Bosque. Su magia no se desvanece. No se pudren con el tiempo. No pueden ser destruidos. El Rey Pastor lo dijo él mismo.*

*Y él, como tú, es ciertamente un mentiroso.*

"Es posible que no pueda usar la guadaña", dijo Ravyn. "Pero puedo deshacerlo". Respiró hondo y apretó la mandíbula...

Y partió por la mitad la indomable Tarjeta roja.

La boca de Hauth se abrió, dos pedazos rojos revolotearon sobre él. La Guadaña cayó al suelo, reducida a nada más que papel y terciopelo.

Una sonrisa floreció en el rostro de Ravyn. Él se rió, el triunfo corría por sus venas.

El dolor se hundió en su costado.

La risa de Ravyn desapareció. Cuando miró hacia abajo, tenía una daga ceremonial alojada entre las costillas. Le pareció extraño la facilidad con la que la espada se había deslizado hasta la empuñadura en su piel. Como si él, al igual que Scythe, no fuera más que papel, frágil como las alas de una mariposa.

Más extraño aún es que la herida estuviera en el mismo lugar que Brutus Rowan había apuñalado al Rey Pastor, hace quinientos años.

La sangre se filtró en la nieve. Ravyn se estremeció. Cayó.

Hauth lo empujó a un lado y se puso de pie. Los lugares donde había sido herido ya estaban sanando. Se inclinó y sus dedos palparon los bolsillos de Ravyn. Retiró las Cartas de Ravyn: su Pesadilla y su Espejo. Las comisuras de los labios de Hauth se torcieron y recogió el resto de las Cartas de la Providencia, esparcidas como pedazos de vidrieras sobre la nieve.

"Lástima que la Doncella no funcione contigo, prima". Cuando Hauth estuvo junto a Ravyn, volvió a estar sin mancha. Brutal, perfecto. Un verdadero Rey Rowan. "Siempre esperé que fuera yo quien te matara". Tocó la Tarjeta Espejo de Ravyn tres veces.

Y desapareció.

## Capítulo cuarenta y siete

### *Elspeth*

podía ver a Ione, pero sus cartas brillaban en la oscuridad del bosque. Emanaban luces rosadas, rojas y verde bosque, y supe que mi prima estaba fuera del prado y entre los árboles, recuperando el caballo de Elm donde lo había dejado. Montaje. Cabalgando de esta manera, tal como lo había planeado Nightmare.

Se encorvó hasta el suelo e inclinó la cabeza hacia ambos lados, rompiéndose las articulaciones del cuello. Con el agarre flojo alrededor de su espada, dejó de mover los árboles después de que hablamos con Ravyn. Su tarea autoimpuesta fue una que había perfeccionado durante siglos.

Él esperó.

Esperó mientras Ione y Ravyn confrontaban a Hauth. Esperó, mientras Jespyr y Petyr se arrastraban entre las sombras sin ser detectados. Incluso mientras guiaba los árboles hacia el prado, había estado esperando. Espera.

Para que vengan los Destriers.

Pero yo no tenía tanta práctica en el arte de la quietud. Mi mente marcaba un ritmo constante, no una campanilla, sino un canto. *Medianoche. Medianoche. Medianoche.*

*Silencio , amonestó la Pesadilla. Puedo sentir tu preocupación en mis dientes.*

*No se puede evitar.* Dejé escapar un largo suspiro, que no hizo nada para aliviarme. *Tienes tan poco tiempo.*

Entonces los escuché. Pasos. Varias parejas, todas corriendo.

Ione cabalgaba ruidosamente, zigzagueando por el bosque. Los Destriers detrás de ella eran mucho más silenciosos, difíciles de localizar. Pero no imposible.

La Pesadilla apretó con más fuerza su espada y la golpeó contra el suelo, su árbol homónimo se deslizó fuera de su boca como un silbido. "Taxus".

*Shepherd King* , fue el coro de su respuesta.

"¿Cuántos Destriers hay en el bosque?"

*Llegan los Caballos Negros, ocho en su fila. Se acercan a la Doncella para perseguirla y flanquearla. Cuida todos tus círculos, guía la madera como quieras. Para cazar a la guardia del Rey, córtalos hasta las rodillas.*

La Pesadilla estaba en toda su altura. Con las venas oscuras por la magia, levantó su espada en el aire. La madera tembló y luego empezó a moverse una vez más. La suciedad, la

niebla y la nieve cubrían sus ojos, así que los cerró, contento de escuchar los ruidos del bosque.

Escuché con él. Escuché el gemido de los árboles, el retumbar de las raíces mientras se dirigían hacia los Destriers. Podía escuchar los latidos del caballo de Ione. Luego, por encima de él, resonaron voces de hombres.

Los Destriers gritaban. Gritando.

Nightmare abrió los ojos e Ione pasó a medio galope, agitando niebla y levantando tierra. El caballo relinchó, esquivando los árboles que se movían. Ione permaneció sentada, haciendo girar al animal en amplios círculos a través de la madera. En cada paso, ella sacaba más Destriers de las sombras, y Nightmare, con movimientos de su espada, los derribaba junto con los árboles.

Cuando quedaron cuatro corceles, Ione hizo girar el caballo. lanzándose una vez más hacia la Pesadilla. Un Destrier estaba tan cerca detrás de ella que la punta de su espada cortó varios mechones de pelo de la cola del caballo. Sacó un cuchillo y se lo arrojó a Ione. Pero con un golpe de su espada, Nightmare ordenó a los árboles que la derribaran del aire... y al Destrier de sus pies.

Ione cabalgó hasta llegar a su lado y desmontó rápidamente. Metió la mano en el bolsillo y agarró la luz roja que había allí. "Quédate quieto", dijo, jadeando. "Estad quietos, corceles".

*Más fuerte, Ione* , llamé en la oscuridad.

"Más fuerte", repitió Nightmare.

Ione cerró los ojos con fuerza. Cuando ordenó a la Guadaña por tercera vez, su voz se convirtió en un trueno mayor que el relincho del caballo o la avalancha de los Destriers que se aproximaban, mayor que el propio bosque. " ¡ *Estate quieto!* "

La sal tocó todo. Incluso yo, aunque Scythe no tenía influencia sobre Nightmare. Cuando miré por la ventana, tres Destriers estaban a unos pasos de distancia, detenidos en absoluta quietud.

La oscuridad emanaba de sus Black Horse Cards. Inmóviles, los Destriers miraron a mi primo, con un inconfundible disgusto brillando en sus ojos.

Ione se paró junto a Nightmare. Midió a los Destriers, observando sus estaturas congeladas y sus miradas de odio. Con la guadaña y su atronadora orden, los había sometido a su voluntad.

Pero sólo hizo falta un susurro fino como una aguja para romperlos. Ione se volvió hacia Nightmare y posó sus ojos color avellana en su espada. "Continúa, entonces."

Su alegría cubrió nuestra oscuridad compartida. Cuando la espada de Nightmare cantó en el aire, los tejos respondieron a su llamada. Con un impacto tan grande que no escuché nada más que un terrible *chasquido* , los Destriers fueron derribados, aplastados por las raíces hasta la nieve, hasta la nada.

Dejé escapar un suspiro tembloroso e Ione hizo una mueca. Una gota de sangre cayó de su nariz. Metió la mano en su bolsillo y soltó la guadaña. “¿Son todos?”

Nightmare cerró los ojos y escuchó la madera.

“¿Bess... vio todo eso? Debe haber sido terrible verlo”.

Nightmare la ignoró y se aclaró la garganta para hablar una vez más con los árboles.

“¿Le dirás que lamento lo de Equinox?” Ione se pasó una mano por la cara. "Me siento mal, pensando que peleamos por el maldito Hauth Rowan..."

“Sabes, chica amarilla, siempre me has gustado más. Pero si no te callas y me dejas *escuchar*, le diré a los árboles que te tapen la boca con sus ramas.

Ione se resistió y yo golpeé la oscuridad. *¿Te mataría ser civilizado?*

*Ya estoy muerto. Pero si. Decididamente.* Abrió los ojos un poco. Miró a Ione. "Elsbeth me está sermoneando".

Vacilante al principio, luego floreciente, una sonrisa se extendió por la boca de mi prima. Ella no pudo verlo, pero yo respondí con el mío. *Oh, dale un abrazo.*

*No seas grotesco.*

Un momento después, la columna de Nightmare se enderezó. Se llevó un dedo a la boca y advirtió a Ione que permaneciera en silencio. Se oyeron nuevamente voces en el bosque. Hombres, gritando.

"Por el amor de Dios, Tyrn", llamó una voz retumbante. "Deja de acobardarte. Son sólo árboles".

Me sobresalté en la mente de Nightmare. *Esa es la voz de mi padre.*

Un segundo respondió, señalando y sarcásticamente. “¿Sólo árboles? ¿Cuándo fue la última vez que ese arbusto nervudo de tu patio se arrancó y envolvió sus ramas alrededor de tu cuello, Spindle?

Mi sonrisa se amplió. Olmo.

La tercera voz era la de mi tío. “Al menos el bosque no parece enfadado con nosotros, eso es algo... oh, Espíritu, otro más”. Toses húmedas resonaron entre los árboles. "No puedo mirar a otro Destrier muerto".

"Eh", dijo Elm. "No me siento así en absoluto."

La Pesadilla puso los ojos en blanco. Golpeó el suelo con su espada. La madera se quedó quieta y la tierra y la nieve se asentaron.

Tres figuras aparecieron a la vista, como barcos en mares tormentosos. Barcos hundidos, por su aspecto. Tenían los hombros caídos y las manos atadas a la espalda. Su piel estaba sangrando, magullada y ennegrecida por la congelación. Ninguno de ellos caminaba sin cojear.

A Ione se le cortó el aliento. Ella corrió hacia adelante.

*No seas tímido, lo reprendí. Ve a saludar.*

Cuando Elm, mi padre y mi tío vieron venir a Nightmare y a Ione, se quedaron con la boca abierta.

Tyrn fue el primero en avanzar. Con las manos atadas, poco podía hacer además de empujar su amplio pecho hacia Ione y Nightmare. Olía a sudor, suciedad y suciedad. "Ione", sollozó. "Elspeth. Lo siento mucho."

La Pesadilla siseó y se alejó. "Aléjate de mí, costra traidora".

*Al menos desátalo.*

Gruñendo, le pasó a Ione su espada, mientras el descontento se deslizaba por su mente. *Podría apuñalarlo si lo hago.*

Ione cortó las ataduras de su padre, luego las de mi padre. Erik Spindle tenía más aplomo que Tyrn: no intentó abrazar a Nightmare. Pero se quedó mirando sus ojos amarillos. "¿Qué te ha pasado, Elspeth?"

"Te lo explicaré más tarde", dijo Elm, sin aliento mientras Ione le cortaba las ataduras. Cuando tuvo las manos libres, las agitó a los costados y Miré a mi primo, un rubor deslizándose por su piel estropeada. "Oye, Espino".

Nightmare tomó su espada y chasqueó un dedo en la cara de Elm. "Concéntrate, Príncipe. El tiempo se acaba. Cúrate con la Doncella; luego debemos llegar a la cámara de piedra. ¿Cuántos Destriers caídos contaste en el bosque?"

Elm apartó la mirada de Ione. "¿Qué?"

La Pesadilla hizo rechinar sus molares. "Cuántos-"

"Cuatro", dijo mi padre. "Pasamos por cuatro Destriers muertos".

Ione se encontró con los ojos de Nightmare, con el rostro afligido. Sabía lo que ella estaba pensando. Ocho corceles la habían perseguido desde el prado hasta el bosque. Cuatro estaban muertos en el suelo del bosque, tres aplastados por los árboles detrás de nosotros. Siete. Siete habían caído.

Lo que significaba el octavo...

*¡Allá! Grité.*

Estaba a unos pasos de distancia, caminando con paso silencioso y provisto de un arco corto. Incluso detrás de la oscuridad que emanaba de su Caballo Negro, lo reconocí. Era el mismo Destrier que me había perseguido a través de la niebla el día de mercado, aquel cuyo rostro había partido la Pesadilla. Royce Linden.

La Pesadilla golpeó su espada contra el suelo. Pero antes de que pudiera controlar los árboles, la flecha de Linden voló. Rozó el brazo de Elm y luego se alojó en el músculo del hombro de Ione.

Ella retrocedió un paso.

The Nightmare saltó hacia adelante al mismo tiempo que Elm. Linden giró y soltó una segunda flecha. The Nightmare lo cortó en el aire y siguió corriendo. Linden arrojó su arco y sacó dos cuchillos. Pero el paso de Nightmare era tan rápido, tan entrenado y lleno de furia, que cuando llegó hasta Linden (extremidades y espadas chocando), su fuerza inquebrantable derribó al Destrier sobre su espalda.

El cráneo de Linden chocó contra las raíces. Levantó la vista, inundado de odio. La Pesadilla respiró hondo y levantó su espada una vez más...

“Dame eso”, dijo Elm, arrancándose la espada de las manos. Con el pelo castaño rojizo en los ojos, colocó la espada sobre el pecho de Linden y habló entre dientes. “Ya sabes cómo va esto, imbécil. Sé cauteloso. Sea inteligente. Sé bueno.”

Cierro los ojos. Cuando los abrí, un golpe fatal había sido asestado en el corazón de Linden. La sangre goteó sobre el suelo del bosque. El Destrier cerró los ojos, jadeando sólo un momento antes de que el gran sueño final lo llamara a través del velo.

Elm lo miró fijamente un segundo más y luego se dio la vuelta. Le devolvió a Nightmare su espada y tuvo el buen sentido de parecer arrepentido. “Estaba cumpliendo una promesa”.

Para cuando él y Nightmare regresaron con Ione, la flecha de su hombro estaba en el suelo; su herida ya había sanado. Sostuvo su Tarjeta de Doncella en la mano y golpeó con el pie, entrecerrando los ojos color avellana sobre Elm. “Eso fue excesivo”.

Dejó escapar una risa entrecortada y luego avanzó. Tomando el rostro de Ione entre sus palmas, Elm se inclinó, chocó su boca contra la de ella y la besó febrilmente. “Lo lamento. Debería haber ido contigo. No soy nada inteligente. Lo siento lo siento.”

*La Pesadilla y yo nos quedamos mirando. Parece que nos hemos perdido algo bastante importante, dije.*

*Pequeñas misericordias.*

Mi tío y mi padre se dieron la vuelta, escarlata. Cuando Ione logró separarse de Elm, un poco aturdida, le pasó la Tarjeta de la Doncella. Elm lo golpeó y dejó escapar un suspiro de alivio cuando sus heridas (cortes, moretones y trozos ennegrecidos de carne congelada) sanaron hasta quedar sin mancha.

Mi padre y mi tío hicieron lo mismo. Sentí mi propio alivio al ver ellos restaurados. Pero el canto en mi mente regresó, más fuerte que antes. *Medianoche. Medianoche. Medianoche.* Me aclaré la garganta y le hablé a Nightmare. *Gracias. Están vivos gracias a ti. Y ahora-*

*Debemos tomar las Cartas y encontrarnos con Ravyn en la cámara.* Pero justo cuando dijo las palabras, la línea de sus hombros se puso rígida. La Pesadilla miró hacia el bosque y vi lo que sintió. Luz, parpadeando en nuestra visión compartida. Una ráfaga de color.

Había Tarjetas de la Providencia en el bosque. Sólo que no se dirigían en dirección a la cámara de piedra, sino todo lo contrario. Y rápido.

Llamé a la nada. *¿Ravyn?*

Sin respuesta.

Mi corazón tocó fondo. *Algo esta mal.*

La Pesadilla puso su mano sobre el hombro de Ione. “Lleva a la Doncella, la Guadaña y los Alisos Gemelos a la cámara de piedra”. Su mirada encontró a Elm. “Todavía tengo planes para ti”.

El corrió. No después del semáforo, sino hacia Castle Yew. *Más rápido* , llamé por encima del tamborileo de su corazón. *Corre más rápido*.

Atravesó la línea de árboles y se enfrentó al prado. La nieve decoraba cada brizna de hierba, pero no estaba pálida.

Que era de color rojo.

Ravyn estaba boca arriba, con una mano presionada contra su costado, su piel cobriza del color de la ceniza. Tenía los ojos abiertos, vidriosos, y su respiración era rápida y entrecortada.

Sangre. En la nieve, en la ropa, en la cara y en las manos. Tanta sangre.

La Pesadilla dejó escapar un gruñido inhumano. Y vi en qué estaba concentrado. La empuñadura de una daga alojada entre las costillas de Ravyn.

Grité.

Nightmare cayó de rodillas al lado de Ravyn. " *No* ," dijo, calmando la mano temblorosa de Ravyn. "No saques la hoja. Detiene la sangre".

Ravyn parpadeó y miró hacia arriba con los ojos desenfocados. Dijo mi nombre, un susurro, entre nosotros. "Elspeth."

Me golpeé contra la oscuridad, contra la nada, tratando de llegar a él. Mi conciencia vibró tanto que Nightmare comenzó a temblar. "¿Hauth Rowan?" Llegó su venenosa pregunta.

Ravyn logró asentir. "Mi espejo, las cartas—él—"

"Lo encontraré."

Ravyn hizo una mueca y trató de concentrarse. "Elspeth", dijo de nuevo. "Dile a Elspeth que no me odie".

Algo se fracturó en el cuarto oscuro que habitaba.

Las manos de Nightmare temblaron sobre su espada. Inquebrantable, con quinientos años de edad, miró a Ravyn, su descendiente perdido, y tembló. "Quería un error mejor para ella. Si mueres, ese error nunca existirá".

"No puede existir a menos que el Deck esté unido", gruñó Ravyn, con sangre en los labios. "Sólo tú puedes ver mis Tarjetas. Encuentra Hauth. Termina como querías, Taxus. Estaré bien."

El sonido de chasquidos (dientes y huesos) llenó mi habitación oscura. Y me di cuenta de que lo que se estaba fracturando, rompiéndose en mil pedazos afilados, era yo. *No puede terminar así* .

La Pesadilla apretó la mandíbula. "Volveré", me dijo a mí, a Ravyn y a sí mismo. "¿Cuánto tiempo puede durar?"

"Llegué diez minutos tarde a Spindle House". Un hilo invisible tiró de la comisura de los labios de Ravyn antes de que el dolor se lo robara. "Llegaré diez minutos tarde a través del velo".

No lo dejaría ir. No pude. *No no no-*

Pero Nightmare ya estaba en marcha. Más rápido de lo que jamás lo había sentido irse. Su espada cantó mientras atravesaba el frío solsticio. aire. Atravesó el prado y nos arrojó de nuevo al bosque.

No pasó mucho tiempo para encontrar a Hauth. Estaba lleno de color: casi todo el mazo estaba metido en su bolsillo. Se liberó de la Tarjeta Espejo y ya no era invisible. Pude ver su espalda ancha, sus brazos agitados.

Nightmare dejó de correr y se agachó, sosteniendo su espada sobre la tierra. Lo golpeó tres veces sobre el suelo endurecido, *clic , clic , clic* . Sus ojos se pusieron en blanco, la oscuridad eclipsó nuestra visión compartida. El espacio a mi alrededor se amplió, como si Nightmare y yo nos estuviéramos expandiendo. No podía verlo, pero sabía que el Rey Pastor con armadura dorada estaba con nosotros. Porque él era la Pesadilla, y la Pesadilla era el Rey, y yo era ambos.

La magia quemó nuestros brazos, poderosa, vengativa y llena de furia.

Miramos hacia el bosque, marcamos Hauth Rowan y pronunciamos el nombre de nuestro rebaño. "Taxus", dijimos en una llamada larga y entrecortada.

La tierra respondió con un estruendo atronador, los tejos despertaron una vez más y se movieron. Sus raíces se arrancaron del suelo, partiendo la madera mientras se lanzaban hacia Hauth.

Miró hacia atrás, con los ojos muy abiertos. Con otro ruidoso movimiento de tierra, Hauth gritó y cayó. Los tejos lo rodearon. Guiamos nuestra espada en intrincados arcos a través del aire, lanzando redes, moviendo ramas y raíces para cortarlo en cada paso.

Los árboles atraparon a Hauth por la mitad. Gritó, maldijo, blandiendo su espada. Pero las ramas aumentaron su agarre, anudándose alrededor de sus tobillos y muñecas hasta que, presionado con la espalda contra un tronco nudoso, Hauth ya no pudo moverse.

Nos levantamos en toda su altura, Rey Pastor—Pesadilla—I. Cuando dimos un paso adelante, el bosque se detuvo para nosotros.

"Deberías haber sabido que no debías huir a mi bosque, Hauth Rowan", bullía la Pesadilla. "Tus Destriers encontraron su fin aquí. Tú también lo harás".

Los ojos verdes de Hauth se entrecerraron al reconocerlo. Escupió mi nombre como una maldición. "Huso. ¿O ahora tienes un título diferente? La fina línea de su boca se torció. "¿Cómo está Ravyn?"

La mano de Nightmare encontró la garganta de Hauth, justo como lo había hecho en Spindle House. Sólo que ahora no era sólo él quien estaba hambriento de sangre, sino yo también.

Grité en la oscuridad. La Pesadilla abrió la boca y mi grito se convirtió en el suyo, un horrible sonido de desesperación, odio y rabia tan completo que sacudió los árboles, apagando la arrogancia en el rostro de Hauth y pintando miedo en él.

Y de repente no era Hauth a quien estábamos mirando, sino a otro hombre de astutos ojos verdes. Bruto Rowan.

La Pesadilla, Taxus, habló en un susurro bajo y amenazador. “Hubo una vez”, dijimos, “en que los serbal y los tejos crecían juntos en el bosque. Hablaban con delicadas rimas, susurraban historias sobre el equilibrio, sobre el Espíritu del Bosque. De magia. Pero el tiempo es tan corrosivo como la sal. Como podredumbre. Y ahora las raíces del serbal están manchadas de sangre y el tejo está retorcido hasta quedar irreconocible. Somos monstruos, nosotros dos”.

La frente de Brutus Rowan se arqueó. Cuando parpadeé, era la cara de Hauth una vez más. “Eso es lo que se necesita”, fue su ácida respuesta, “para ser el rey de los errores”.

La Pesadilla soltó su garganta. Con un movimiento de su espada, los árboles que sostenían a Hauth comenzaron a moverse. Lo arrastraron a través del bosque, siguiendo el tirón de la espada de Nightmare mientras caminaba hacia adelante.

Los árboles llegaron al borde del bosque. Se alzaba sobre la cámara de piedra que el Rey Pastor había construido para el Espíritu del Bosque. Colgaron a Hauth un momento sobre el techo podrido...

Luego lo dejó caer.

Se estrelló contra la cámara. Cuando su espalda chocó con la piedra de abajo, Hauth dejó escapar un feo gemido y se retorció, tendido sobre la piedra como una ofrenda.

La Pesadilla entró en la cámara a través de su ventana. *¿Medianoche?* preguntó a los tejos.

*A minutos de distancia.*

La sal cubrió el aire y la niebla se deslizó sobre nosotros, una ola fresca y plateada: una marea cambiante. Hauth luchó por ponerse de pie, nueve Tarjetas de la Providencia se deslizaron de su bolsillo al suelo de la cámara, un mural de colores vivos en la habitación a oscuras. Pesadilla. Espejo. Puerta de Hierro. Bien. Cáliz. Águila Blanca. Profeta. Huevo dorado. Caballo negro.

Hauth retrocedió contra la pared más alejada de la cámara. Su corona había caído. Lo recogió y se lo volvió a colocar en la cabeza, su pie chocó contra otra corona en el suelo de tierra. Uno con ramas de tejo retorcidas en lugar de serbal.

La corona del Rey Pastor.

La Pesadilla lo recogió y lo colocó en la piedra donde había forjado sus Cartas, donde habían muerto sus hijos, el lugar que se convirtió en su tumba. No hubo tiempo, no hubo tiempo en absoluto. Aún así, vigilando la ventana de la cámara, atrapando a Hauth dentro, esperó.

*Medianoche*, lo insté. *¡Ravyn!*

Y, sin embargo, esperó.

Esperó.

Esperó.

Luego, como seda de araña, su voz se extendió por la cámara. “Eres el último Rowan”, dijo. “El último de tu especie. Sepan eso antes de que el Espíritu los lleve a pudrirse”.

"Estás equivocado", respondió Hauth, su voz llena de desprecio. Los árboles lo habían despojado de armas, pero sus manos apretujados en puños a sus costados. "Puede que te resulte bastante fácil matar a mi hermano, pero te resultará difícil despachar a Rowan, Rey Pastor".

La Pesadilla se rió, malvada e infinita. "Tonto. No voy a matar a tu hermano". Abrió los brazos, un llamado y una promesa. "Voy a coronarlo".

Miró por encima del hombro y esperó una vez más. "Ni Rowan ni Yew, sino algo intermedio. Un árbol pálido en invierno, ni rojo, ni dorado, ni verde. El negro oculta la mancha de sangre, pero lava el reino. El primero de su nombre: Rey de los Olmos.

Entonces los vi. De la oscuridad brillaron tres luces. Rojo, rosa y verde bosque. Nightmare se hizo a un lado y las luces se acercaron.

Elm e Ione subieron a la cámara, con las últimas cartas de la baraja (Guadaña, Doncella y Alisos gemelos) en la mano de Ione. Ninguno de ellos empuñaba a la Doncella. Pero a mí me parecían tan hermosos que resultaban aterradores. Elm miró entre Hauth y Nightmare, entrecerrando sus ojos verdes.

"¿Sabes lo que debes hacer?" le preguntó la Pesadilla.

Olmo asintió.

Nightmare agarró la mano de Elm y presionó la empuñadura de su espada en ella. "Entonces es tuyo. Todo ello."

Elm tomó la espada. Buscó los ojos de Nightmare. "¿No te quedarás?"

"Tengo que volver". Miró por última vez las luces brillantes de las Tarjetas Providencia por las que había vivido, sangrado y muerto. "Me están esperando".

Salió de la cámara.

## Capítulo cuarenta y ocho

### *Olmo*

Yo le había dicho, mientras los dos corrían hacia la cámara de piedra, lo que vendría después. Elm estaba frente a Hauth, los dos nivelados. Uno el cazador y el otro el zorro que se había cansado tanto de ser cazado que había forjado su propia trampa.

La espada del Rey Pastor encajaba perfectamente en la mano de Elm, y la empuñadura grabada se grababa en los surcos de su palma. Fue forjado para un hombre alto y su alcance es más largo que la espada Destrier de Elm. Lo sostuvo en alto, con la punta flotando sobre la piedra que se interponía entre él y su hermano. "Es un hombre inteligente, el Rey Pastor", murmuró. "Extraño, pero inteligente. Mucho más que yo". Su mirada se entrecerró sobre Hauth. "Y ciertamente más que tú".

Hauth no dijo nada, ilegible, intocable.

Elm dio un paso adelante. Giró los hombros. "Antes no estaba preparado", dijo. "Estoy listo ahora."

"¿Para qué?"

"Ser el rey de los errores".

"Para cambiar las cosas", dijo Ione a su lado.

Los ojos del color de las esmeraldas midieron a Elm e Ione. Hauth miró las Tarjetas de Providencia en la mano de Ione, luego el resto. extendido sobre el suelo de la cámara. Una risa baja e insensible brotó de su garganta. "¿Crees que puedes unir el Deck? Será medianoche en unos momentos, si es que aún no ha pasado. Para alguien tan inteligente, el Rey Pastor pasó por alto un detalle bastante importante. Nadie en esta sala está *infectado*".

Ione se agachó y recogió las Tarjetas de la Providencia caídas. Elm estaba de pie junto a ella, manteniendo su espada apuntando a la garganta de su hermano. Una por una, Ione colocó las Cartas en la piedra en el corazón de la cámara, cerca de la corona de oro que descansaba allí. "Todavía."

Cuando colocó la guadaña en la cubierta, los músculos de su mandíbula se tensaron. "Usaste esta Tarjeta para muchas cosas terribles, Hauth. Y no sólo para mí o para Elm". Puso un dedo sobre él. "La primera vez que realmente entendí quién eras fue cuando usaste tu guadaña para enviar personas a la niebla sin sus encantos".

Hauth se burló. "Cualquiera que sea el complot que te haya dado ese monstruo, estaba equivocado". Tocó la corona sobre su cabeza. "Moriré antes de renunciar a esto. Y no lo haré, hermano, porque tengo a la Doncella. *No puedo morir.*"

Se abalanzó sobre Elm. Atrapó la espada del Rey Pastor por su hoja. La sangre se filtró entre los dedos de Hauth mientras sostenía la espada quieta. Con la otra mano, alcanzó... alcanzó... hasta que sus dedos rodearon la garganta de Elm.

Elm sintió la fuerza familiar de la mano brutal de su hermano. Era la primera vez en su vida que no se ponía tenso. Mantuvo la espada quieta con una mano y agarró la muñeca de Hauth con la otra, buscando el brazalete de crin que sabía que estaba allí. Elm miró a los ojos verdes de su hermano. Sonrió.

Y desató su encanto.

La mirada de Hauth se abrió de par en par. Abrió la boca para maldecir... para gritar...

La niebla se precipitó hacia él.

Ardió con tanta fuerza que la sal de la cámara se aceleró, enclaustrando a Hauth. Se sacudió y se pasó las manos por la cara (la nariz y la boca) como si pudiera sacar la niebla de su interior. Todavía era hermoso; la niebla no había hecho nada para borrar el control de la Doncella sobre su cuerpo.

Pero el Espíritu reclamó su mente. Le hundió los dientes. Los ojos de Hauth se pusieron vidriosos y luego inyectados en sangre. Cayó sobre sí mismo, encorvado sobre la piedra en el corazón de la cámara, retorciéndose, gimiendo y tapándose las orejas con las manos, como si no deseara escuchar algo miserable que sólo él podía oír.

Cuando se tomó los brazos y se rasgó las mangas, sus venas eran del color de la tinta. La infección se apoderó de él como una marea salada, sin que nadie se lo pidiera. Oscuro, mágico y final.

Elm retrocedió. Cuando su columna golpeó el pecho de Ione, ella le rodeó la cintura con los brazos. Elm observó a su hermano retorcerse en la niebla. Su lápiz nunca forjaría esta imagen. Pero él quería mirar. Necesario para recordar.

"Ayúdame", le susurró a Ione.

Ella puso su mano sobre la de él, los dos soportando el peso de la espada del Rey Pastor. Tomaron aire al mismo tiempo. Luego, sobre la baraja de cartas, sostuvieron la punta de la espada contra el pecho de Hauth, el mismo lugar donde había apuñalado a Ione.

Y presionado.

Apenas pareció darse cuenta cuando la espada le atravesó el corazón. La niebla, la Doncella (y una educación en el dolor) le habían robado algo vital a Hauth Rowan. Cuando su sangre se derramó, primero lenta y luego con fuerza, sobre la baraja de cartas de la Providencia, saturando los antiguos adornos de terciopelo, Elm apretó los dientes. Contuvo la respiración.

Durante un terrible momento, no pasó nada. Luego, una a una, las Tarjetas Providencia desaparecieron.

Hauth siguió azotándose. La Doncella estaba empezando a curarlo, su carne se cerró alrededor de la hoja en su pecho. Pero todavía estaba perdido. "¡No!" él gritó. "¡No, no iré!"

Ione empezó a temblar. Pero su agarre sobre la espada (sobre Elm) se mantuvo firme.

Con un grito ahogado, Hauth se quedó inquietantemente quieto, con los ojos en blanco hasta que ya no fueron verdes sino blancos, llenos de furiosas venas rojas.

Cuando la niebla comenzó a salir de la cámara, arrastró a Hauth consigo. Se separó el cuerpo de la espada y tropezó junto a Elm e Ione y se arrojó por la ventana de la cámara. Sin un sonido, sin una última palabra, el Rey del Error se fue, desapareció: la última víctima de la niebla y de la trampa voraz del Espíritu del Bosque.

Lo único que quedó de él fue la corona que había dejado caer, un anillo dorado de ramas retorcidas de serbal, sobre la tumba del Rey Pastor.

Cuando Elm e Ione volvieron a mirar la piedra empapada de sangre en el corazón de la cámara, la baraja de cartas había desaparecido. En su lugar se había abierto un abismo. En él quedó una única y desconocida Tarjeta de Providencia.

La voz de Ione se quebró y las lágrimas cayeron por su rostro. "Lo hicimos."

La luz de la luna llenaba la cámara a través del techo podrido. Elm levantó la vista. Sintió que su corazón se expandía. El cielo nocturno de invierno, desprovisto de niebla, era de un color cuyo nombre desconocía. Luna, estrellas, todas ellas tan brillantes que le robaron el aliento, el mundo que las rodeaba sin mancha.

Ione le rodeó la cintura con los brazos y alzó la cabeza hacia el cielo. "Es hermoso."

Elm se llevó la mano a la boca. Estaba seguro de que el Espíritu del Bosque no se ocupaba de las pobres vidas de los hombres. Pero en ese momento, cuando, después de quinientos años, la niebla finalmente se disipó. y se convirtió en Rey de los Errores, Elm miró hacia el cielo nocturno. Sostuvo a Ione Hawthorn cerca. Sabía, en todos los pedazos podridos y rotos de sí mismo, que todo en su vida había conducido a ese momento, como si estuviera escrito en las líneas de los árboles. Un círculo torcido y maravilloso, con su nombre en el centro.

Cogió la Tarjeta en el centro de la piedra. Se lo metió en el bolsillo y salió de la cámara con Ione. Cuando entraron en el prado, todas las piras se habían consumido. Todo estaba en silencio, el mundo que los rodeaba era apacible y limpio.

Todo menos un rastro de sangre carmesí que conducía de regreso al castillo.

## Capítulo cuarenta y nueve

### *ravin*

Dondequiera que estuviera Ravyn, había demasiado ruido para estar al otro lado del velo. Se suponía que la muerte era pacífica, como quedarse dormido. Y esto-

Esto fue una agonía.

Se había arrastrado por la nieve hacia Castle Yew, dejando un rastro de sangre. El dolor en su costado se volvió candente y por un momento su visión parpadeó y perdió el conocimiento. Cuando abrió los ojos, había manos sobre él, voces ásperas llamando en algún lugar por encima de su cabeza.

Fue levantado, transportado.

"Árboles, eres jodidamente pesado".

El cuello de Ravyn cayó, su cabeza arrastrándose por la nieve y luego por el suelo de piedra. Unas manos lo agarraron y lo levantaron. Ravyn parpadeó, sombras bailando en su visión.

Petyr lo sostuvo por debajo de sus hombros y caminó hacia atrás, guiando a los demás (Jon Thistle, Fenir y Morette) a través del castillo. "No nos mueras", advirtió.

La daga de Hauth todavía estaba en el costado de Ravyn, sobresaliendo de él como una rama muerta y venenosa. Su mano temblaba sobre la empuñadura.

"Déjalo", espetó Morette, cargando el peso de sus piernas.

Ravyn intentó hablar, pero su mandíbula era una jaula de hierro y sus dientes rechinaban por el dolor. De sus palabras salió un gemido ahogado.

"Ponlo sobre la mesa", dijo Fenir, respirando agitadamente.

Ravyn miró hacia el techo. De bóveda, con testarudas telarañas en las esquinas. Gran salón del castillo de Yew.

Lo único que podía pensar era que estaba sangrando en la mesa donde desayunaban sus padres.

"¿Dónde guarda Filick sus suministros médicos?" Morette llamó.

"Yo los conseguiré". Jon Thistle derribó sillas mientras salía del gran salón.

Los hermanos de Ravyn aparecieron a su lado. Jespyr jadeó cuando sus ojos se posaron en su herida y su rostro perdió el color que aún conservaba. "Oh, no."

Emory tomó asiento en la mesa y apoyó la cabeza en el pecho de Ravyn. "Todavía no, Ravyn." Su respiración era lenta y desigual. "Aún no."

Ravyn cerró los ojos y las lágrimas se deslizaron por las comisuras.

Thistle regresó, su voz retumbante resonó por el pasillo. "Tengo ropa de cama, suturas, bálsamos y... los árboles saben qué tipo de tintura es esta, huele a madura". Dejó caer los suministros sobre la mesa y la reverberación provocó una descarga de dolor en el costado de Ravyn.

Jespyr maldijo, sus manos temblaban mientras desenvolvía la ropa. "¿Qué—qué hacemos? Si sacamos el cuchillo..."

"Se desangrará en unos momentos", respondió Morette con voz dura.

Discutieron sobre cómo salvarlo. Y mientras sus voces se hacían más fuertes, más llenas de pánico, Ravyn entraba y salía de la conciencia. Quería pedirle a uno de ellos que encendiera el hogar. Tenía un frío terrible. Pero me dolía demasiado hablar, respirar e incluso parpadear. Mantuvo la mirada fija en el techo y, con cada segundo que pasaba, el gran salón se volvía más frío. Más oscuro.

Las sombras lo rodearon, llamándolo por su nombre.

*Ravyn tejo.*

*Ravyn tejo.*

"¡Ravyn Tejo!"

Todos se quedaron quietos. De nuevo, la voz llamó, esta vez más fuerte. "¡ *Ravyn Tejo!* "

La puerta del gran salón se abrió de golpe con suficiente violencia como para arrancar la madera de la bisagra superior. Por un momento, Ravyn no pudo ver nada más que una forma oscura y amenazadora. La forma dio un paso adelante, empujó a Fenir a un lado y se inclinó sobre Ravyn.

Ojos amarillos.

"Taxus", logró decir Ravyn.

La Pesadilla exhaló un suspiro, con las fosas nasales dilatadas. "Entonces todavía estoy vivo".

"Solo", dijo la voz cada vez más débil de Morette.

"Ha perdido demasiada sangre", susurró Petyr.

"Él es frío." La mirada de Nightmare recorrió la habitación. "Encender un fuego."

Jespyr puso una mano sobre el pecho de Ravyn. "¿Qué vas a hacer?"

La Pesadilla la ignoró. Estaba manteniendo una conversación aparte... consigo mismo. "Lo sé, Elspeth. Gritarme no ayudará". Sus ojos volvieron a Jespyr. "¿Perdiste el juicio en el bosque de alisos, Jespyr Yew? *Encender un fuego.* "

Jespyr se lanzó hacia el hogar.

"Tú", dijo Nightmare, chasqueando los dedos hacia Jon Thistle. "Córtale la túnica". Se arremangó. "Voy a necesitar que el resto de ustedes me ayuden a sujetarlo".

"¿Qué suministros necesitas?"

"Lo único que puede salvarlo ahora es la magia".

Morette y Fenir intercambiaron una mirada. "Ravyn no puede usar la mayoría de las tarjetas Providence".

"Soy muy consciente de eso".

"¿Qué magia, entonces?"

Nightmare golpeó la mesa con sus manos, haciendo que Ravyn hiciera una mueca de dolor. "No es culpa mía, Elspeth", murmuró en voz baja, "que esté constantemente rodeado de idiotas". Se volvió hacia Morette y Fenir. "La magia se mueve en las familias. Tienes otros dos hijos con la infección, ¿no?"

Sus miradas se dirigieron a Jespyr en el hogar.

"Yo no..." tartamudeó, "No sé qué magia tengo en el bosque de alisos".

"Estás a punto de descubrirlo", dijo Nightmare.

Una luz ahuyentó algunas de las sombras de la habitación. Se oyó el crujido de la madera, calidez. Mientras tanto, Thistle hizo todo lo posible por no tocar la herida de Ravyn mientras le cortaba la ropa por encima de la cintura.

De alguna manera, la mano de Ravyn encontró la muñeca de Nightmare. Levantó la vista y la luz del fuego iluminó esos misteriosos ojos amarillos. "¿La cubierta?"

El rostro de Nightmare era ilegible. "Lo sabremos muy pronto".

"El fuego se está apagando", gritó Jespyr desde el hogar. "¿Ahora que?"

"Calienta tus manos. Entonces ven y quédate a mi lado".

Jespyr corrió hacia un lado de la mesa un momento después. "Está tan pálido".

"Voy a arrancarle el cuchillo. Y tú, Tilly... La Pesadilla le mordió el interior de la mejilla. "Jespir. Pon tus manos sobre su herida abierta. El resto de ustedes, sostenganlo. Si una cosa tan insignificante como una nariz rota puede hacer que se mueva, esto ciertamente lo hará".

Jespyr se tensó al lado de Ravyn. "¿Quieres que... ponga mis manos en su herida?"

Las sombras alrededor de Ravyn se estaban haciendo más profundas, a pesar del fuego. Tenía frío otra vez y temblaba. Más cansado que nunca.

"Puedo oír cómo su corazón da un vuelco", susurró Emory, con la voz entrecortada. "Él va."

Ravyn emitió un gemido bajo y se estremeció, enviando una nueva ola de agonía por su cuerpo. "Estoy bien."

"Árboles, estúpido pretendiente". La Pesadilla agarró las muñecas de Jespyr y acercó sus manos a la daga en el costado de Ravyn. Su padre y Thistle agarraron las piernas de Ravyn, y su madre y Petyr se subieron a sus hombros. "Listo", dijo Morette.

"Listo", repitieron Fenir y Thistle.

La mirada de Nightmare chocó con la de Ravyn. "Elspeth dice que está completamente harta de ti".

Su voz era débil. "Ella no dijo eso".

"No. Ella no lo hizo". Las palabras salieron de la boca de Nightmare como un fino hilo. "Es hora de ser fuerte, Ravyn Yew. Se te acabaron los diez minutos.

Arrancó la daga del costado de Ravyn y Jespyr presionó sus manos en su herida. Un dolor como Ravyn nunca había sentido lo invadió.

El mundo se volvió negro.

Cuando Ravyn despertó, ya no estaba en el gran salón sino en su dormitorio, sudando bajo varias capas de mantas acolchadas. Intentó sentarse, pero una mano firme sobre su pecho lo mantuvo en el suelo.

Ravyn levantó la mirada y contuvo el aliento, con un nudo en la garganta. "Olmo."

Su prima lo miró, con el cabello castaño alborotado, una sonrisa burlándose de las comisuras de su boca. "¿Ahora quién es el que se ve terrible?"

Ravyn empezó a reír, pero el dolor recorrió su cuerpo, interrumpiéndolo en seco. Puso una mano a su costado. Estaba sin camisa, con todo el abdomen envuelto en un grueso lino acolchado.

Se sentó demasiado rápido. "¿Cuánto tiempo he estado dormido?"

"Dos días."

"¿Está la cubierta... tiene la niebla..."

La sonrisa de Elm se hizo más amplia. Se dirigió a la ventana del dormitorio de Ravyn. Descorrió las cortinas. "Ver por ti mismo."

El cielo azul se topó con el cristal manchado. A Ravyn se le cortó el aliento y la luz del sol entró a raudales en su habitación. Nunca antes había visto el mundo en ese color. Amarillo. Lleno de calidez. De promesa.

"Hermoso, ¿no?"

Ravyn se sintió mareado, vacío. "Olmo."

Su primo levantó la mirada.

"Lo lamento."

La sonrisa de Elm desapareció. "¿Para qué?"

"Nunca debí haberte dejado en Stone". Ravyn se tragó el nudo que tenía en la garganta. "Sabía cuánto odiabas estar allí y te dejé".

Elm apenas había abierto la boca para responder cuando la puerta se abrió de golpe. Jespyr chilló y luego se lanzó hacia la cama de Ravyn. "Oh, gracias a los malditos árboles, pensé que te había matado". Ella le puso la mano en la frente y le agarró las vendas. "Filick ha venido a ver cómo estás. Dijo que fue un milagro que no murieras desangrado..."

"Le estás dando un codazo en la tráquea, imbécil", dijo Elm, arrastrándola. "Imagínate lo humillado que te sentirías si lo mataras después de alardear ante todo el mundo de haberle salvado la vida".

"Eso es genial, ya que has estado haciendo girar esa nueva Tarjeta Providence en la cara de todos durante dos días seguidos".

Discutieron: una vieja canción familiar. Ravyn apenas lo escuchó. Sus ojos estaban fijos en otra figura en la puerta. Uno que se mantenía erguido, con luz en sus ojos grises y calidez besando su piel. Ravyn extendió una mano. "Ven aquí, Emory."

Una sonrisa torcida se deslizó por la boca del chico. Se abalanzó sobre la cama y aterrizó sobre Ravyn con tanta fuerza que le quitó el aire de los pulmones. Él gimió, despeinando el cabello oscuro de su hermano. "Estás mejor".

"Soy. Tres toques de esa nueva Tarjeta y mira... —Emory extendió la mano y presionó su palma desnuda contra la mejilla de Ravyn—, puedo tocar a la gente. Sin visiones. Sin magia. La nada dichosa. En forma como un puto violín.

Jespyr fingió un grito ahogado. "Emory. No puedes hablar así delante del Rey".

Emory saltó de la cama de Ravyn. Hizo una reverencia con una falda invisible y se inclinó ante Elm. "Disculpas, Su Santidad".

"Es Alteza , pequeña..."

Elm se detuvo en seco. Ione Hawthorn pasaba por la puerta, con el pelo amarillo recogido sobre el hombro con una cinta blanca. Se agarró al marco de la puerta y se demoró en el umbral. "Me alegro de que estés mejor, Ravyn". Sus ojos recorrieron a Jespyr, Emory y Elm. "No te preocupes por sus burlas. Han estado deprimidos sin cesar, esperando que te despiertes".

Elm se recostó contra la pared junto a Ione y se pasó un dedo por el pelo. "Estar deprimido", dijo, "es una firme exageración".

Ella apartó su mano de un golpe y continuó por el pasillo, pero no antes de lanzarle a Elm una mirada persistente cuyo significado, incluso medio muerto, Ravyn conocía.

Esperó a que ella se fuera antes de sonreírle a su prima. "Bien entonces."

Los dientes de Elm tiraron de su labio inferior. "Callarse la boca."

Emory y Jespyr se rieron detrás de sus manos, riéndose mientras Elm los empujaba fuera de la habitación. Él cerró la puerta. "Por mucho que disfruto de tu inquietante y culpable conciencia, Ravyn, es en vano para mí. Se suponía que debía quedarme en Stone. Con Ione. Se enderezó y sacó algo del bolsillo. "Esta es la prueba".

Ravyn la miró fijamente: una Tarjeta de la Providencia que nunca había visto antes. No era de un solo color, sino de doce, iridiscentes como vidrieras. En él estaba representado un hombre, con brillantes ojos amarillos y una corona dorada de ramas de tejo retorcidas que descansaba sobre su cabeza. Sobre él había dos palabras.

*El pastor.*

Los ojos de Ravyn ardieron. "¿Dónde está?"

"Recuperando algo en Stone. Volverá pronto". Elm cerró los dedos alrededor de la tarjeta Shepherd. "Te pidió que no usaras esto para curar tu infección hasta que hayas hablado con él".

Ravin asintió. Sus párpados comenzaron a caer. Me dolía permanecer despierto. "Vas a ser un gran Rey, Elm. Todos pensamos que sí. Incluso Taxo.

"¿OMS?"

Ravyn cerró los ojos.

Cuando los volvió a abrir, ya era de noche.

La luz de la luna entraba por la ventana de su dormitorio. El dolor donde Jespyr lo había curado había desaparecido, pero estaba completamente rígido. Ravyn se sentó lentamente, se pasó una mano por la cara y tosió, con la boca seca.

"Aquí", dijo una voz en un rincón de su habitación.

La mano de Ravyn voló hacia su cinturón, que no llevaba puesto. "Árboles. Podrías haber dicho algo antes".

The Nightmare le entregó un vaso de agua. Ravyn lo bebió de tres tragos. "¿Qué estás haciendo aquí?"

"Esperando que te despiertes. Hay algo que debo mostrarte".

"¿Qué es?"

Nightmare hizo una pausa, el único ruido entre ellos fue el apretar y abrir la mandíbula. Luego, lentamente, su mano se deslizó desde detrás de su espalda. En él, forrada de terciopelo color burdeos, había una Tarjeta de Pesadilla.

Ravyn se sentó.

Nightmare inclinó su cuello, observando la Tarjeta en su mano. "Las doce Cartas que unían la Baraja desaparecieron. El resto, disperso por Blunder, permanece. Esta es la única carta de Pesadilla que queda. Estaba escondido en Stone, tal como lo había estado en la biblioteca de Tyrn Hawthorn. Pasó un dedo curvado por el terciopelo y lanzó un suspiro. "Ha pasado mucho tiempo desde que toqué una Tarjeta Providencia".

Cerró los dedos alrededor de ella y se volvió hacia la puerta, demorándose en el umbral. "¿Me seguirás al bosque por última vez, Ravyn Yew?"

No estaba lejos. Ravyn podría haber recorrido el camino con los ojos vendados. Cuando llegaron al prado detrás del Castillo Yew, la cámara del Rey Pastor estaba bañada por la luz de la luna. La brisa atrapó las ramas de los árboles de tejo y las hizo balancearse. Ravyn se preguntó si Tilly y los otros niños estaban allí, justo al otro lado del velo, esperando a su padre. Esperando, como siempre habían hecho.

Ravyn necesitaba ayuda para entrar por la ventana de la cámara. Soltó un suspiro y Nightmare le prestó su fuerza, levantándolo por el brazo.

Se quedaron juntos en la oscuridad, cerca de la piedra. Sobre él descansaban los antiguos adornos de Aemmy Percyval Taxus y Brutus Rowan. Dorado, manchado de sangre. Dos coronas retorcidas.

La Pesadilla alzó su mirada hacia el techo podrido y el tejo que se encontraba encima. "¿Le dirás a tu familia quiénes son realmente? ¿De quién son descendientes?"

"No sé."

"Tal vez te preocupa que se vean a sí mismos de manera diferente".

"Tal vez."

La risa de Nightmare fue un zumbido. Una melodía menor. "Eso es lo que pensó Elspeth. Que nadie se preocuparía por ella si vieran quién... qué... era realmente.

"Sí", dijo Ravyn sin pausa. "Me preocupo por ella".

"Lo sé", murmuró la Pesadilla. Hizo girar la mandíbula, como si le costara mucho decirle a Ravyn la verdad. "Pensé que era el padre que ella merecía. Que podría llevarla a través de este mundo terrible y violento. No lo había hecho bien con mis propios hijos, y cuando desperté en su joven mente, lo primero que sentí, después de quinientos años de furia"—su voz se suavizó—"fue asombro. Tranquilo y gentil. Recordé lo que era cuidar de alguien".

"Ella también me dio eso".

Nightmare bajó la cabeza y encogió la columna. "Elspeth no sanará si toca la Carta del Pastor".

Ravyn se quedó helado. "Ella tiene que."

"La decimotercera Carta sanará a cualquiera que desee curarse de la infección, de forma permanente, tal como la Doncella sana de forma permanente. No se limitará a un usuario a la vez, ni habrá efectos nocivos por usarlo durante demasiado tiempo". Su mandíbula se endureció y las palabras se escaparon de sus labios. "Pero la magia de Elspeth es... extraña. Si toca la Carta del Pastor, la absorberá. Hasta el último trueque, cada pago que hice. Las doce Cartas de la Providencia". Sacudió la cabeza. "Ella no será curada".

Sus palabras destrozaron a Ravyn. Se inclinó y su respiración se hizo cada vez más superficial.

Una mano fría se deslizó sobre su hombro. Ravyn estaba demasiado cansado para quitárselo de encima. "Por favor. ¿No he pagado? ¿No he perdido pedazos de mí mismo al seguirte hacia el bosque? Fue para *ella*". Miró esos antiguos ojos amarillos, las lágrimas amenazaban las suyas. "Dime la verdad. ¿Hay alguna manera de que Elspeth y yo nos volvamos a encontrar en este lado del velo?"

La respuesta fue un silencio frío y ensordecedor.

Ravyn cerró los ojos con fuerza y mordió con tanta fuerza que se le trabó la mandíbula. Se sentía como si estuviera de vuelta en el prado, con un cuchillo en el costado y desangrándose.

Entonces, suave como una brisa entre las ramas de los tejos, respondió la Pesadilla. "Sólo uno."

Ravyn abrió los ojos. La Pesadilla estaba frente a él como si estuviera en su dormitorio. Mano extendida, palma abierta.

Y la carta Nightmare que contiene.

"Destruyelo", susurró. "Sin la última Carta de Pesadilla, mi alma desaparecerá. Su degeneración no tendrá nada a qué aferrarse. Ella volverá. Y yo... Su voz se apagó. "Finalmente descansaré".

Ravyn tomó la Tarjeta Nightmare, con manos temblorosas. "¿Destruir esto y Elspeth regresará?"

"Sí."

Algo caliente tocó el alivio de Ravyn. “¿Me estás diciendo que he tenido los medios para liberarla todo este tiempo?”

La Pesadilla sonrió. "Sí."

"No lo hiciste... ¿por qué?" Se pellizcó la nariz, tragando furia. "Haces que sea muy difícil no odiarte".

“Tenía que coleccionar mi Deck. Historia para revisar y reescribir. Un camino que trazar para ti y el Príncipe, ambos Reyes por derecho propio”. Nightmare se aferró sólo un momento más a su Tarjeta homónima y luego la soltó en la mano de Ravyn. "Y todavía no estaba listo para despedirme de Elspeth".

Ravyn observó de cerca al monstruo. No pretendió entender su conexión: Elspeth y el Rey Pastor. Sabía que estaba profundamente forjado. Magia antigua y aterradora. “¿Pero ya estás listo?”

La Pesadilla asintió. "Ella ha atravesado el infierno conmigo". Su voz se volvió más fría. "Es hora de dejarla salir".

Ravyn no se movió.

Nightmare se giró, su boca era una línea dura. "Hazlo ahora."

"¿No quieres decir adiós?"

“¿A ti, pájaro estúpido?”

Ravyn cruzó los brazos sobre el pecho. “Para ella, parásito”.

Esos ojos amarillos llamearon, malvados, infinitos. Ravyn sostuvo la Carta de Pesadilla con fuerza y salió de la cámara, haciendo una mueca de dolor sobre el alféizar de la ventana. “Adiós, Taxo. Sé cauteloso. Sea inteligente. Sé bueno."

Esperó diez minutos en el prado.

Luego rompió la Tarjeta Nightmare en dos.

## Capítulo cincuenta

### *Elspeth*

Los recuerdos se arremolinaban a mi alrededor. Canciones de cuna, acertijos, rimas.

*Sé lo que sé, mis secretos son profundos, pero los he guardado por mucho tiempo y los guardaré por mucho tiempo.*

*¿Qué criatura es con máscara de piedra? ¿Capitán? ¿Salteador de caminos? ¿O una bestia aún desconocida?*

*Chica amarilla, sencilla, invisible...*

*La baya de Rowans es roja, siempre roja...*

*Eres joven y no tan atrevido. Soy inquebrantable: tengo quinientos años.*

La Pesadilla estaba sentada en la piedra de la cámara, mirando hacia arriba a través del techo podrido. El mismo lugar donde Aemmy Percyval Taxus había vivido, sangrado y muerto. *Aquí estamos, mi querida niña , me susurró. El fin de todas las cosas. La última página de nuestra historia.*

Intenté alcanzarlo como solía hacerlo, pero era yo, no él, el que estaba atrapado en la oscuridad. Esta vez, me alcanzó. *Sólo debes saber que lo siento, Elspeth.* Su presencia fue una mano contra mi mejilla. *Estuve demasiado tiempo en la oscuridad. Y yo también lo siento por eso. Porque te arrastré conmigo.*

*Valió la pena , dije. Para unir el Deck y levantar la niebla. A observar cómo corregir viejos errores. Lo haría todo de nuevo, sólo para conocerte un poco mejor, Taxus.*

*No dijo nada a eso, reticente a aceptar, incluso ahora, que era algo más que un monstruo. "No sé cómo será finalmente atravesar el velo" , susurró. Espero que sea como fue hace once años, cuando me liberaste de Nightmare Card, Elspeth Spindle. Tranquilo. Amable. Lleno de maravillas.*

*Será. Será así.*

*Aflojó la mandíbula y respiró hondo.*

*Te contaré una historia , susurré. Siempre me ayudó a dormir cuando era niño.*

*Él asintió, cruzó las manos sobre el regazo y cerró los ojos.*

*Había una vez una muchacha, inteligente y buena, que se quedaba en la sombra en lo más profundo del bosque. También hubo un rey, un pastor con su cayado, que reinó sobre la magia y escribió el libro antiguo. Los dos estaban juntos, así que los dos...*

*Negué con la cabeza.*

*Elspeth.*

*No, no estoy listo. Aún no.*

*Termina la historia, querido.*

*Mi voz tembló. Los dos estaban juntos.*

*Juntos.*

*Entonces los dos eran iguales.*

*La chica , susurró, miel, aceite y seda.*

*El rey...*

Dijimos las últimas palabras juntos, nuestras voces resonaban, apáticas, en la oscuridad. Una nota final. Una despedida eterna. *Y el monstruo en el que se convirtieron.*

## Epílogo

*Me he sometido al Cáliz, la verdad anunciada para que la escuche todo Blunder. Hawth Rowan cometió regicidio, poniendo así fin al reinado de nuestro rey, Quercus Rowan, que fue enterrado bajo el árbol del mismo nombre en Stone. En el solsticio, cuando la niebla finalmente se disipó, Blunder comenzó un nuevo día. Nuestras fronteras están abiertas, los reinos y reinados más allá de la niebla son bienvenidos a nuestro hogar.*

*Para todos los infectados que deseen una cura, busquen la tarjeta Shepherd en Castle Yew. Para cualquier desplazado, Stone ya no es una fortaleza, sino un refugio. Para aquellos que quieran permanecer como están, bautizados por la fiebre, dotados de magia antigua, estáis a salvo.*

*No tengamos el Antiguo Libro de los Alisos como nuestra ley inquebrantable. Más bien, apreciémoslo por lo que es: la retorcida historia de Blunder. Un libro del tiempo, escrito por un hombre que conocía la magia como su propio nombre y se sometió a su influencia.*

*Pero recuerda, aunque la niebla haya desaparecido, el Espíritu del Bosque permanece, observando, midiendo. Por mi reino, mi error, mi tierra, ten cuidado. Sea inteligente. Sé bueno.*

—*El rey de los olmos*

Las campanas de Castle Yew repicaron en la mañana del equinoccio de primavera. Un repique de júbilo.

Las casas de Blunder respondieron, y el repique de campanas resonó por la calle, hacia lo más profundo de la ciudad. El clamor aumentó, las campanadas altas y bajas, cercanas y lejanas. Sonaban mucho más fuertes ahora que la niebla no limitaba su ruido.

Me puse el vestido rojo de mi madre y me detuve entre las ruinas detrás de los jardines del castillo. El prado era hermoso, cubierto de hierba. Esperé bajo un tejo, porque aunque ya no podía ver la luz violeta de su Tarjeta Espejo, sabía que Ravyn estaba cerca.

Apareció a mi lado un momento después. “Están ahí”, dijo, guardando en su bolsillo la Tarjeta Espejo que Elm le había regalado desde la bóveda de Stone. “Todos ellos. Incluso Ayris esta vez. Incluso Bennett. Todos ellos, con él”.

Asentí y una lágrima cayó por mi mejilla. El calloso pulgar de Ravyn lo apartó. Me envolvió en un abrazo que había sido reacio a romper desde la noche en que destruyó la

Tarjeta Nightmare. "Es hora de irnos", susurró en mi cabello. "Nos matará si llegamos tarde".

Nos reunimos frente a la antigua puerta de Hawthorn House. Mi tía me abrazó y bailó de puntillas, con lágrimas en los ojos. Mis medias hermanas Dimia y Nya corrieron entre los arbustos, seguidas por mis primas jóvenes Lyn y Aldrich. Mi madrastra les siseó que se comportaran, pero su voz fue ahogada por la risa estruendosa de Jon Thistle. Mi padre, severo y severo, le había contado un chiste. Cuando capté su atención, se llevó la mano a la espalda y me ofreció un tallo floreciente de milenrama.

Me lo puse en el pelo.

"Se supone que debes tirarlas *después* de la ceremonia", le dijo Ravyn a Jespyr, quien estaba ocupada con sus propias flores, esparciéndolas primero a lo largo del cuello de Petyr y luego de Emory.

"Sólo los disfrazamos un poco", respondió ella, pellizcando la mejilla de su hermano. "Diablos guapos".

Petyr infló su pecho con orgullo y Emory apartó a Jespyr de un manotazo, murmurando algo sobre humillación abyecta mientras le entregaba a Filick Willow un pañuelo de su bolsillo. "Árboles, Filick, esto ni siquiera ha comenzado todavía y ya estás lloriqueando".

Ione vestía un vestido blanco y no llevaba zapatos. Elm, el rey, no llevaba corona en la cabeza, ni túnicas adornadas, sólo una sencilla túnica negra. No pude probarlo, pero estaba seguro de que era el mismo que llevaba disfrazado de bandolero. Sólo que ahora, la espada del Rey Pastor bautizó su cinturón.

Cuando comenzó la ceremonia, Ravyn estaba al lado de Elm y yo al lado de Ione. Las manos de Ravyn estaban entrelazadas frente a él, sin temblar. Cuando miró en mi dirección, la comisura de su boca se levantó como solía hacer. Sólo que esta vez dejó que su sonrisa floreciera hasta cubrir todo su rostro.

Cardo lloró. Mi tía lloró. Morette y Fenir e incluso mi tío, que había sido relegado al fondo de la sala, lejos de aquellos de nosotros que aún no lo habíamos perdonado por lo que me había sucedido en Spindle House, derramaron lágrimas.

Cuando Filick les entregó sus anillos de oro, Elm miró a Ione a los ojos. "Cien años", le dijo, como si ella fuera la única en la habitación. "Te amaré durante cien años y una eternidad después".

Ione no esperó a que él le deslizara el anillo en el dedo. Ella lo rodeó con sus brazos y lo besó descaradamente, ganándose un grito de júbilo de Emory y muchas más lágrimas del resto de nosotros.

Cuando salieron de Hawthorn House del brazo, Rey y Reina del Error, lanzamos lirios amarillos al aire. Iris, para mi madre. Y amarillo porque... bueno, Elm había sido exigente con eso.

Ione me agarró del brazo y me abrazó con fuerza. Por encima de su hombro, Elm puso su mano sobre la empuñadura del Rey Pastor. Me guiñó un ojo.

"Nada de esto podría haber sucedido sin ti, Elspeth", susurró Ione. "Y ¿no es eso algo tan hermoso?"

Recorrimos juntos el camino forestal.

Me parecía extrañamente poético que alguna vez hubiera pensado que el mundo se acabaría si mi prima Ione se casaba con el heredero del trono de Blunder. Había mucho equilibrio en todo lo que había sucedido desde el último Equinoccio. Era como si todas nuestras vidas, dibujadas en líneas largas y separadas, se hubieran curvado juntas. Se curvaba tanto que todos nos habíamos convertido en círculos entrelazados. Como si hubiéramos estado destinados a estar juntos. Pastoreados juntos.

Todos los árboles estaban en flor. El bosque se llenó de nuestras voces mientras caminábamos hacia la ciudad. Era el mismo tramo de camino que había recorrido hace meses con Ione el día de mi onomástica. El mismo lugar donde conocí a Ravyn y Elm por primera vez. Entonces eran bandoleros. Y yo-

Yo también había cambiado desde entonces.

La risa resonó entre los árboles y la luz del sol iluminó la madera en flor, las plantas y las espinas mucho más grandes ahora que ya no estaban protegidas por la niebla. Alguien tendría que cortarlos pronto, para que la carretera no se viera invadida por vegetación.

Esperaba que fuera invadido. Lo que más me gustó fueron las partes salvajes de Blunder. Me sentí como en casa en el bosque salvaje.

Una ramita se rompió a mi izquierda y mi mirada se dirigió a los árboles. Y debí tardar en comprender, después de toda una vida de niebla gris, lo brillante que era la luz del sol. Porque por un momento, un momento fugaz y maravilloso, creí verlo. Ojos amarillos, mirándome a través de los árboles.

Pero era sólo el sol, brillando a través de un tronco podrido.

Ravyn me esperó en la curva de la carretera.

"¿Estás pensando en la última vez que estuvimos aquí?" dijo, ofreciéndome su mano. "¿Cuándo me tiraste al suelo a golpes?"

Lo acerqué, me puse de puntillas y le susurré en los labios. "Uno de mis mejores recuerdos".

Me besó y sus dedos se entrelazaron en mi cabello. "El mío también, señorita Spindle".

Ravyn no había tocado la Carta del Pastor. No se curó con Emory, Jespyr y los demás que llegaron al Castillo Yew. Había usado su magia para destruir la carta Scythe final. Y aunque sólo me lo había dicho en el silencio de nuestra habitación, no deseaba curarse. Él, a su manera, todavía se aferraba a lo que había sucedido en el bosque de alisos. A su magia, su legado secreto. A Taxo.

Por eso, cuando miré hacia el camino forestal, apretando y aflojando la mandíbula ( *clic* , *clic* , *clic* ) , Ravyn no rehuyó de mí. Él sabía tan bien como yo que la Pesadilla había

desaparecido. Pero Aemmy Percyval Taxus había estado presente en mí durante tanto tiempo que, en algún lugar de la orilla oscura y apática de mi mente, permaneció conmigo. Porque éramos nosotros quienes habíamos dibujado los círculos. Nosotros, que habíamos guiado a los demás hacia sus destinos. Nosotros, que habíamos reordenado el reino como árboles en nuestro propio bosque.

Y aunque me había llevado un tiempo lento y doloroso, sabía quién era sin él. Yo era más que la niña, el Rey y el monstruo de la oscura y retorcida historia de Blunder.

Yo fui su autor.

## Expresiones de gratitud

Es verdad lo que dicen. Los segundos libros son volubles. Incluso un poco monstruoso. Las dificultades de escribir la mía no surgieron en un ataque total. Subió lentamente. Sabía lo que quería para *Two Twisted Crowns* y sabía cómo quería llegar allí. Pero la inevitable despedida de esta duología, de estos personajes, después de tantos años de llevarlos conmigo, hizo que escribir fuera por momentos devastador. Este libro no tenía en cuenta mi corazón blando como un malvavisco. Sin embargo, me ayudó a crecer en atención plena y en habilidades. Me enseñó a levantarme y seguir adelante. Siempre lo apreciaré por eso. Y, por supuesto, no lo superé solo.

A John y Owen. Te amo a ti y a nuestra pequeña y tranquila vida. A veces apenas puedo creer que sea real o que haya tenido tanta suerte.

A mi familia y amigos, gracias por todo su amor y apoyo y por permitirme sentarme y mirar la pared cuando mi cerebro estaba hecho sopa con este libro.

A Whitney Ross, mi increíble agente. Gracias por su sabiduría y por mantener mi caos templado con su incansable coherencia y apoyo. Todavía pienso en ese correo electrónico de hace cuatro años cuando me preguntaste si tenía tiempo para "atender una llamada" y mi alma salió corriendo de mi cuerpo. No podría haber pedido un mejor compañero de equipo y amigo en este viaje.

Al equipo de Orbit. Como editor, como grupo de personas, su arduo trabajo constante y su integridad me dejan boquiabierto. Miro mis estanterías, repletas de títulos de Orbit, y siento un orgullo abrumador. Ha sido un honor y un sueño trabajar contigo en esta duología.

A Brit Hvide, mi editora, mi conspiradora del Equipo Elm. Me encantó cada momento de nuestra colaboración. Su inteligente visión y su aliento hicieron de este libro lo que es hoy.

A mi amiga Kalie Cassidy. Nuestros chats significan mucho para mí. Ha sido increíblemente agradable tener a alguien con quien chillar (y gemir en el vacío).

A Sara García. Sé que estás orgulloso de mí porque exhibes *One Dark Window* encima de esos importantes libros de medicina en tu oficina. Gracias, todavía me río de eso.

Por último (pero no menos importante), a los lectores, críticos y artistas que han aplaudido esta duología. Me has derribado con tu adoración. Se me nublan los ojos al pensar en ello. Gracias. Gracias. Gracias. Tengo mucho reservado para ti todavía.

Ընծաւ զաւրիւնսն

**extras**

## conocer al autor

*Rachel Gillig*

RACHEL GILLIG nació y creció en la costa de California. Es escritora y docente, con una licenciatura en teoría y crítica literaria de UC Davis. Si no está arropada entre mantas imaginando su próxima novela, Rachel está en su jardín o paseando con su marido, su hijo y su caniche, Wally.

Obtenga más información sobre Rachel Gillig y otros autores de Orbit registrándose para recibir el boletín mensual gratuito en [orbitbooks.net](http://orbitbooks.net).

# si disfrutaste DOS CORONAS TORCIDAS

Tener cuidado de

**MEDIA ALMA**

## Cuentos de hadas de la Regencia: Libro uno

por

**Olivia Atwater**

*Es difícil encontrar marido en la Inglaterra de la Regencia cuando eres una joven con sólo media alma.*

*Desde que fue maldecida por un hada, Theodora Ettings no ha sentido miedo ni vergüenza, una condición desafortunada que la deja propensa a sufrir escándalos accidentales. Dora espera ser un alhelí tranquilo y sensato durante la temporada de Londres, pero cuando Elias Wilder, el apuesto, peculiar y absolutamente maleducado Lord Sorcier, descubre su condición, se ve envuelta en peligrosos asuntos de hadas.*

*Si su reputación puede sobrevivir tanto a su maldición como a su repentina conexión con el hombre menos querido de toda la alta sociedad, entonces ella y su familia aún pueden recuperar su lugar normal en el mundo. Pero cuanto más tiempo pasa Dora con Elías, más comienza a sospechar que uno puede enamorarse incluso de media alma.*

## Capítulo uno

Sir Albus Balfour volvió a charlar sobre los caballos de su familia.

Ahora bien, para ser claros, a Dora *le gustaban* los caballos. No le importaba la discusión ocasional sobre el tema de los árboles genealógicos equinos. Pero Sir Albus tenía la forma más singular de drenar todo sustento normal de una conversación con su voz monótona y su insistencia en sacar la primera sílaba de la palabra *pura* raza. Según el conteo ciertamente distraído de Dora, de hecho, Sir Albus había usado la palabra *pura* raza casi cien veces desde que ella y Vanessa llegaron por primera vez a la maldita fiesta en el jardín de Lady Walcote.

Pobre Vanesa. Finalmente había salido del armario a los dieciocho años y ya se encontraba rodeada de pretendientes de la peor calaña. Su delicioso cabello dorado, su tez clara y sin pecas y su comportamiento absolutamente dulce habían atraído hasta ahora a todos los sinvergüenzas, jugadores y ancianos desdentados del condado. Seguramente la encantadora prima de Dora sería igualmente atractiva para pretendientes mucho mejores... pero Dora sospechaba mucho que esos hombres estaban en Londres, si es que se los podía encontrar en algún lugar.

A los diecinueve años, ¡casi casi los veinte! – Dora estaba a punto de ser considerada una solterona, aunque supuestamente había entrado en sociedad junto a su prima. En realidad, Dora sabía que Vanessa sólo había pospuesto su debut durante un tiempo para hacerle compañía. Nadie en la familia se hacía ilusiones sobre el atractivo de Dora para los posibles pretendientes, con su único ojo extraño y su extraño comportamiento.

"¿Alguna vez te has preguntado qué pasaría si cruzáramos un caballo con un delfín, Sir Albus?" Dora interrumpió distantemente.

"¿Yo que?" El mayor parpadeó, sorprendido por la inesperada pregunta. Su bigote canoso se torció y las arrugas en las comisuras de sus ojos se profundizaron, perplejas. "No, no puedo decir que sí, señorita Ettings. Los dos simplemente no se mezclan". Parecía desconcertado porque ni siquiera tenía que explicar la segunda parte. Sir Albus volvió su atención instantáneamente hacia Vanessa. "Ahora, como decía, la yegua era de *pura* raza, pero no iba a ser de ninguna utilidad a menos que pudiéramos encontrar un semental igualmente impresionante..."

Vanessa hizo una mueca imperceptible ante la repetición de la palabra *pura* raza. Ajá. Entonces ella *había* notado el horrible patrón.

Dora volvió a interrumpir.

"—pero ¿crees que tal unión produciría una cabeza de delfín y una extremidad de caballo, o crees que sería al revés?" le preguntó a Sir Albus en tono desconcertado.

Sir Albus le lanzó a Dora una mirada venenosa. "Ahora mira aquí", comenzó.

"¡Oh, qué pensamiento tan divertido!" Dijo Vanessa, con alegría desesperada. "¡Siempre se te ocurren los juegos más maravillosos, Dora!" Vanessa pasó su brazo por el de Dora, apretando su codo un poco más firmemente de lo necesario, luego volvió sus ojos hacia Sir

Albus. "¿Podríamos preguntar como ¿A su opinión experta, señor? ella preguntó. "¿Cuál crees que sería?"

Sir Albus se agitó ante esto, nervioso y perdió el ritmo. Sólo tenía un guión, observó Dora distraídamente, y no tenía absolutamente ninguna imaginación para desviarse de él. "¿Yo... no podría responder a una pregunta tan absurda!" el pudo. "¿La propia idea! ¡Es imposible!"

"Oh, pero estoy segura de que el Lord Sorcier lo sabría", observó Dora a Vanessa. Sus pensamientos se alejaron lentamente del tema y se centraron en otros asuntos. "He oído que el nuevo mago de la corte tiene mucho talento. Derrotó al Lord Hechicero de Napoleón en Vitoria, ¿sabes? Hace al menos tres cosas imposibles antes del desayuno, según tengo entendido. Ciertamente, *podría* decirnos qué fin sería cuál".

Vanessa parpadeó ante eso por alguna razón, como si Dora le hubiera revelado un gran secreto en lugar de un chisme inútil. "Bueno", dijo Vanessa lentamente, "es casi seguro que Lord Sorcier está en Londres, muy lejos de aquí. Y me pregunto si se rebajaría a responder esa pregunta, incluso si fuera *algo* imposible que pudiera lograr". Vanessa se aclaró la garganta y volvió la vista hacia el resto de la fiesta en el jardín. "¿Pero tal vez haya algunos aquí con una comprensión menos *imposible* de la magia que podrían ofrecer su opinión experta?"

El bigote de Sir Albus estaba casi vibrando ahora, ya que no pudo reprimir su indignación por el giro de la conversación hacia él y sus preciados caballos. "¡Mujer joven!" farfulló hacia Dora. "¿Eso es *suficiente* ! Si desea hablar sobre vuelos de fantasía, hágalo en algún lugar lejos de nosotros. ¡Estamos teniendo una conversación seria y adulta!"

La vehemencia del hombre fue tal que una gota de saliva golpeó a Dora en la mejilla. Ella parpadeó lentamente. señor albus Tenía la cara roja y temblaba de malestar, inclinándose hacia ella de una manera vagamente amenazadora. Vagamente, Dora supo que *debería* tenerle miedo; cualquier otra dama habría retrocedido ante un derramamiento de pasión tan violento. Pero cualquier impulso que normalmente hacía que las damas se marchitaran y desmayaran ante cosas aterradoras se había perdido en su mente consciente durante años.

"¡Señor!" Vanessa logró decir con voz sorprendida y temblorosa. "No debes dirigirte a mi prima de esa manera. ¡Tal comportamiento está absolutamente fuera de lo común!"

Dora miró hacia su prima, considerando la forma en que le temblaban los labios y sus manos se apretaban. En silencio, intentó imitar los gestos. Después de todo, su tía le había rogado que actuara *con normalidad* en esta fiesta.

Por un momento, mientras Dora volvía su labio tembloroso hacia Sir Albus, una mirada de reprensión cruzó por sus ojos. "Yo... me disculpo", dijo con rigidez. Pero Dora notó que él dirigió la disculpa a Vanessa y no a ella.

"¿Disculparse por qué?" Dora murmuró distraídamente. "¿Por afectar tus posibilidades con mi prima o por actuar como un grosero?"

Sir Albus abrió mucho los ojos con furia y asombro.

*Oh , pensó Dora con un suspiro. Supongo que ese no era el tipo de cosas que dicen las mujeres normales y asustadas.*

"¡Tus disculpas son aceptadas!" Vanessa soltó rápidamente. Se puso de pie mientras hablaba, arrastrando a Dora firmemente por el brazo. "Pero yo... me temo que debo ir y recuperar la compostura, señor. Tendremos que discutir esto más a fondo en otro momento".

Vanessa cargó hacia la casa con toda la delicadeza femenina que pudo reunir mientras arrastraba a su prima mayor detrás de ella.

"He vuelto a equivocarme, ¿no?" Dora le preguntó suavemente. Una distante punzada de angustia apretó su corazón. Los problemas agudos rara vez parecían preocupar a Dora como deberían, pero las emociones nacidas de problemas más prolongados y agotadores todavía colgaban sobre ella como un sudario. *Vanessa ya debería estar casada*, pensó Dora. *Ella estaría casada si no fuera por mí*. Ya era una idea vieja y siempre la entristecía.

"¡Oh, no, no lo has hecho en absoluto!" Vanessa tranquilizó a su prima mientras entraban a la casa. "Me has salvado de nuevo, Dora. ¡Quizás fuiste un poco atrevido, pero no sé si podría haber soportado escucharlo decir esa palabra ni siquiera una vez más!

"¿Qué, *pura* raza?" Preguntó Dora, con una leve curva en sus labios.

Vanessa se estremeció. "Oh, por favor no lo hagas", dijo. "Es simplemente horrible. Nunca podré volver a escuchar a nadie hablar de caballos sin oírlo de esa manera".

Dora le devolvió la sonrisa gentilmente. Aunque el alma de Dora estaba entumecida y distante, la presencia de su prima seguía siendo una luz cálida y constante a su lado. Vanessa era como una linterna encendida en la oscuridad o un reconfortante fuego en el hogar. Dora no tenía alegría propia, aunque conocía la sensación de satisfacción o una especie de paz placentera. Pero cuando Vanessa era feliz, Dora a veces juraba que podía sentir cómo se le contagiaba, filtrándose en los agujeros donde una vez le habían arrancado su propia felicidad y encendiendo su propia linterna.

"De todos modos, no creo que te hubiera gustado casarte con él", le dijo Dora a Vanessa. "Aunque me entristecería si hubiera ahuyentado a otro hombre que te hubiera gustado más".

Vanessa suspiró profundamente. "No tengo intención de casarme y dejarte sola, Dora", dijo en voz baja. "Realmente me preocupa que mamá te expulse por completo si yo no estuviera allí para insistir en lo contrario". Sus labios se curvaron en un ceño preocupado que todavía era de alguna manera más bonita que cualquier sonrisa que jamás hubiera aparecido en el rostro de Dora. "Pero si tengo *que* casarme, espero que sea un hombre al que no le importe que vengas a vivir conmigo".

"Eso es algo muy difícil de preguntar", reprendió Dora a Vanessa, aunque las palabras tocaron suavemente ese cálido resplandor de brasas dentro de ella. "Pocos hombres desearán compartir a su nueva esposa con alguna prima loca que lleva tijeras de bordar alrededor del cuello".

Los ojos de Vanessa miraron hacia la parte superior del vestido de Dora. Ambos conocían la pequeña funda de cuero que presionaba contra su pecho, y que aún llevaba aquellas tijeras de hierro. Había sido idea de Vanessa. *Lord Hollowvale teme a esas tijeras*, había dicho, *así que deberías tenerlas siempre contigo, en caso de que venga a buscarte y yo no esté cerca para apuñalarlo en la otra pierna*.

Vanessa frunció los labios. "¡Bien!" ella dijo. "Supongo que entonces tendré que ser difícil. Porque la única forma de separarme de ti, Dora, es si te vuelves loca de amor y me abandonas por algún maravilloso marido tuyo. Sus ojos se iluminaron ante el pensamiento. "¿No sería maravilloso si nos enamoramos al mismo tiempo? ¡Entonces podría ir a tu boda y tú podrías venir a la mía!

Dora sonrió plácidamente a su prima. *Nadie se va a casar jamás conmigo*, pensó. Pero ella no lo dijo en voz alta. La idea apenas era una molestia, más bien como esa mosca en la esquina, pero Vanessa siempre se horrorizaba cuando Dora decía cosas de sentido común como esas. A Dora no le gustaba molestar a Vanessa, así que se guardó ese pensamiento para sí misma. "Eso sería muy bueno", dijo en cambio.

Vanessa se mordió el labio inferior y Dora se preguntó si su prima habría adivinado de algún modo sus pensamientos.

"...de cualquier manera", dijo finalmente Vanessa, "creo que ninguno de los dos encontrará un marido adecuado en el campo. madre ha sido Me molesta para ir a Londres a pasar la temporada, ¿sabes? Creo que quiero ir, Dora, pero sólo si me juras que vendrás conmigo.

Dora parpadeó lentamente hacia su prima. *A la tía Frances eso no le gustará nada*, pensó. Pero Vanessa, a pesar de toda su encantadora gracia, encanto y buen comportamiento, siempre parecía salirse con la suya con su madre de mirada severa.

Por un lado, pensó Dora, estaba segura de que sería un obstáculo para las perspectivas matrimoniales de Vanessa en Londres tanto como lo era aquí en el campo. Pero, por otro lado, seguramente también habría muchos Sir Albus cazando por los salones de baile de Londres, esperando abalanzarse sobre su pobre y bondadosa prima. Y por mucho que Vanessa fuera un terror para la nobleza feérica, en realidad era tan mansa como un ratón cuando se trataba de seres humanos normales.

—Entonces supongo que debo ir contigo —convino Dora. "Ojalá no necesites volver a hablar de caballos nunca más".

Vanessa le sonrió encantadoramente. "Tú eres mi heroína, Dora", dijo.

La luz de la linterna dentro de Dora brilló un poco más ante las palabras. "Pero tú eras mía primero", respondió ella. "Así que ciertamente debo pagar la deuda".

Vanessa volvió a tomarla del brazo y pronto los pensamientos de Dora se alejaron mucho de Londres y de cosas como los caballos de pura raza y los imposibles magos de la corte.

A la tía Frances *no* le agradó la idea de que Dora acompañara a su prima a Londres. ¡Necesitará vestidos! fue la primera protesta de la mujer, mientras discutían el asunto durante té. "¡Será demasiado caro vestir a dos de ustedes! Estoy seguro de que Lord Lockheed no aprobará el dinero".

"Puede usar mis vestidos viejos", respondió Vanessa alegremente, como si ya lo hubiera pensado detenidamente. "Siempre te gustó la muselina rosa, ¿no, Dora?" Dora, por su parte, se limitó a asentir amablemente y tomó un sorbo de su taza de té.

¡Ella ahuyentará a tus pretendientes! La tía Frances balbuceó a continuación. "¿Qué pasa con su *extrañeza*?"

"¡Madre!" Protestó Vanessa, mirando a Dora. "¿Debes hablar tan mal? ¡Y justo delante de ella también!"

La tía Frances frunció el ceño sombríamente. "A ella no le *importa*, Vanessa", dijo brevemente. "Mírala. Lograr que esa chica sienta algo es un ejercicio inútil. También podría ser una muñeca que llevas contigo para sentirte cómoda".

Dora volvió a tomar un sorbo de té, imperturbable. Las palabras no lograron pincharla como deberían. No estaba molesta ni ofendida ni tentada a llorar. Sin embargo, hubo una pequeña parte de ella –muy en el fondo– que sumó el comentario a una pila de otros comentarios similares que ya existían desde hacía mucho tiempo. Ese montón le dio una leve sensación de hundimiento que nunca pudo deshacerse del todo. A veces, se encontraba sacándolo y examinándolo en medio de la noche, sin ninguna razón en particular que pudiera discernir.

Vanessa, sin embargo, estaba visiblemente destrozada. Sus ojos se llenaron de lágrimas. "No puedes decir eso, madre", dijo. "¡Oh, *por favor* retíralo! ¡No podré perdonarte si no lo haces!"

La tía Frances puso rígida su postura ante la evidente miseria de su hija. Una cansada resignación cruzó por sus rasgos. "Sí, *está bien*", suspiró, aunque no miró a Dora mientras lo decía. "Ese comentario fue un poco exagerado". Sacó su pañuelo de encaje y se lo entregó a su hija. "¿De verdad deseas ir a Londres, Dora?" ella preguntó. Fue Por su tono quedó claro que esperaba escuchar alguna respuesta vaga y evasiva.

"Sí", le dijo Dora serenamente. La tía Frances frunció el ceño ante eso y miró hacia ella.

*Porque Vanessa me quiere allí*, pensó Dora. *Y no quiero dejarla*. Pero pensó que esta explicación podría complicar el punto, por lo que se lo guardó para sí.

La tía Frances dijo que pensaría en el asunto. Dora sospechaba que esa era su forma de retrasar la conversación y esperar que Vanessa cambiara de opinión.

Pero Vanessa Etings siempre se salía con la suya.

Así fue como pronto partieron hacia Londres, los tres. Lord Lockheed, siempre distante y más absorto en sus asuntos que en su hija, no se dignó acompañarlos, pero la tía Frances había movido los hilos a través del marido de su hermana para asegurarles un lugar donde quedarse con la condesa de Hayworth, que estaba en posesión de una residencia dentro de Londres y muy contento de tener invitados. Como Vanessa había declarado su interés tan tarde, tuvieron que esperar a que las carreteras se limpiaran de barro; cuando dejaron Lockheed para ir a Londres, ya era finales de marzo y sólo quedaban uno o dos meses de temporada.

Después de tanto alboroto, el carruaje hasta Londres no fue en absoluto como Dora se lo habría imaginado. Incluso en su habitual estado de indiferencia, no pudo evitar notar el hedor cuando entraron a la ciudad propiamente dicha. Era una mezcla grosera de sudor, orina y otras cosas, todas juntas en un espacio demasiado reducido. La tía Frances y Vanessa reaccionaron de manera mucho más visible; La tía Frances sacó su pañuelo y se lo tapó la boca, mientras Vanessa fruncía el ceño y estiraba la cabeza para mirar fuera del

carruaje. Dora siguió el ejemplo de Vanessa y miró por encima del hombro de su prima para mirar por la ventana.

Había muchísima *gente*. Una cosa era que le dijeran que Londres estaba bien poblada y otra muy distinta verlo con sus propios ojos. Toda esa gente que corría de un lado a otro por la calle se interponía entre sí y todos parecían un poco enfadados unos con otros. A menudo, su conductor tenía que gritarle a alguien que cruzaba delante de su vagón, agitando el puño y amenazando con atropellarlo.

El ruido habría sido sorprendente si Dora fuera capaz de asustarse. Sin embargo, se instaló en sus huesos más fácilmente que cualquier otra cosa: la mosca más grande hasta el momento estaba en la esquina de la habitación. Dora se encontró frunciendo el ceño ante el caos.

Afortunadamente, tanto el alboroto como los horribles olores se calmaron cuando su carruaje se adentró más en la ciudad, hacia avenidas más amplias y tranquilas. El revoltijo de edificios que pasaban ante ellos poco a poco se volvió más elegante y refinado, y la asfixiante aglomeración de gente disminuyó. Finalmente, el conductor del carruaje los detuvo frente a una casa alta con terrazas y bajó para abrirles las puertas.

La puerta principal de la casa se abrió justo cuando Dora bajaba detrás de su prima y su tía. Salieron una doncella y un lacayo, seguidos por una mujer delgada de cabello acerado que vestía un digno vestido rosa y beige. Los dos sirvientes pasaron rápidamente, ayudando ya a descargar sus cosas, mientras la mujer mayor salió con una sonrisa y tomó las manos de la tía Frances entre las suyas.

"¡Mi querida señora Lockheed!" Declaró la mujer mayor. "Qué placer es recibirlos a usted y a su hija. Ha pasado mucho tiempo desde que casaron a mi última hija, ¿sabe?, y desde entonces he tenido pocas excusas para hacer rondas. ¡No puedo esperar para mostrarte todo Londres!"

La tía Frances le devolvió la sonrisa con inesperada calidez, aunque había una pizca de nerviosismo detrás de la expresión. "El placer es todo nuestro, por supuesto, Lady Hayworth", dijo. "Es muy amable de su parte permitirnos su tiempo y atención". La tía Frances se volvió hacia Vanessa, quien ya había hecho una cortés reverencia, a pesar de que ciertamente todos estaban rígidos y miserables por el viaje. "Esta es mi hija, Vanessa".

"Es un placer conocerla, Lady Hayworth", dijo Vanessa, con la mayor sinceridad en su tono. Uno de los encantos de Vanessa, pensó Dora, era el de poder encontrar siempre *algo* por lo que estar verdaderamente encantada.

"¡Oh, qué hermosa eres, querida!" -gritó la condesa. "Ya me recuerdas a mi hijo menor. ¡Puedes estar seguro de que estaremos luchando contra más pretendientes de los que podremos manejar en poco tiempo! Los ojos de Lady Hayworth recorrieron brevemente a Dora, pero luego continuaron más allá de ella. Dora llevaba un vestido oscuro y resistente que debía hacerla parecer una doncella muy elegante, más que un miembro más de la familia. Lady Hayworth se volvió hacia la casa y les hizo señas para que siguieran adelante. "Debes estar terriblemente cansado por el camino", dijo. "Por favor, entre y pondremos una mesa..."

"¡Esta es mi prima, Theodora!" Vanessa espetó. Extendió la mano para agarrar el brazo de Dora, como para asegurarse de que nadie pudiera confundir el tema de su presentación.

La condesa se volvió con el ceño ligeramente fruncido. Su mirada volvió a posarse en Dora... y luego en sus ojos. Los modales cálidos de Lady Hayworth se enfriaron hasta convertirse en una leve cautela cuando observó los colores que no combinaban allí.

"Ya veo", dijo la condesa. "Mis disculpas. Lady Lockheed mencionó que podría traer a otro primo, pero me temo que lo olvidé por completo.

Dora sospechaba que la tía Frances podría haberle restado importancia. La posibilidad, con la esperanza de que Vanessa cambiara de opinión antes de irse. Pero Lady Hayworth se adaptó rápidamente, aunque no se detuvo para terminar la presentación formal.

Aún así, Lady Hayworth los condujo a una cómoda sala de estar, donde una doncella les trajo galletas y té caliente mientras esperaban que terminaran de preparar la cena. La condesa y la tía Frances hablaron durante bastante tiempo, chismorreando sobre las próximas fiestas y los solteros elegibles que se sabía que asistían a ellas. Dora se distrajo al ver una pequeña mariquita arrastrándose por la rodilla de su vestido. Estaba pensando que debería sacarlo a escondidas antes de que una de las criadas se diera cuenta, cuando Vanessa habló y la sacó de sus cavilaciones.

"¿Y a qué fiestas asistiré el Lord Sorcier?" -le preguntó la prima de Dora a la condesa.

Lady Hayworth parpadeó, sorprendida por la pregunta. "¿El Señor Hechicero?" preguntó, como si no estuviera segura de haber escuchado a Vanessa correctamente. Cuando Vanessa asintió enfáticamente, la condesa frunció el ceño. "Lo admito, no lo sé de improviso", dijo. "Pero cualesquiera que sean las nociones románticas que puedas tener sobre él, me temo que no será una pareja adecuada para ti, querida".

"¿Por qué no?" Vanessa preguntó inocentemente mientras tomaba el té. He oído que es bastante joven para el puesto de mago de la corte, y además muy guapo. ¿Y no es un héroe de guerra? Sin embargo, Dora escuchó una nota sutil y engañosa en la voz de su prima y estudió el rostro de Vanessa cuidadosamente, tratando de distinguir qué estaba haciendo.

"Eso es cierto", admitió Lady Hayworth. "Pero Lord Elias Wilder en realidad *apenas* es un lord. El Príncipe Regente insistió en darle el título de cortesía francés, por supuesto, con todos esos privilegios tontos que los franceses conceden a sus propios magos de la corte. Técnicamente, el Lord Sorcier puede incluso formar parte de la Cámara de los Lores. Pero su sangre es común y sus modales son excepcionalmente toscos. He tenido la desgracia de toparme con él en varias ocasiones. Tiene cara de ángel y lengua de algún asqueroso... *trabajador portuario* .

A Dora le hizo gracia que la condesa aparentemente considerara a los trabajadores portuarios como un complemento apropiado para los ángeles. Se distrajo brevemente con la idea de que el infierno podría estar lleno de legiones y legiones de trabajadores portuarios, en lugar de demonios.

"Suena terriblemente inadecuado", dijo Vanessa de mala gana, recuperando la atención de Dora. "Pero, por favor, si no te importa, me encantaría conocer al Lord Hechicero al menos una vez. He oído historias parecidas sobre él y me sentiría destrozado si me fuera de Londres sin siquiera verlo".

La condesa hizo una leve mueca de disgusto. "Supongo que ya veremos", dijo. Pero, ante todo, deseo verte en el baile de Lady Carroway. Tiene *muchos* hijos excelentes y adecuados, y lo peor sería entrar en la sociedad londinense en una de sus fiestas...

El tema dio vueltas una vez más, hasta que los llevaron a cenar. Aquella noche conocieron de pasada a Lord Hayworth, aunque parecía bastante ocupado con sus propios asuntos y poco interesado en las actividades sociales de su esposa. Una o dos veces, Dora pensó en preguntarle a Vanessa sobre su interés en Lord Sorcier, pero su prima siguió poniendo objeciones y cambiando el tema de conversación, y finalmente decidió que era mejor dejar el asunto mientras estaba con la compañía actual.

Luego, Dora pensó que esperaría para preguntar hasta que se fueran a la cama... pero inmediatamente después de la cena, una criada la llevó y le dio un baño caliente, luego la metió en una hermosa cama de plumas unas habitaciones más abajo. de su prima.

*Mañana* , pensó Dora distante, mientras miraba con interés el techo ajeno. *Estoy seguro de que hablaremos mañana.*

En silencio, sacó las tijeras de hierro de la funda que llevaba alrededor del cuello y las metió debajo de la almohada. Mientras se quedaba dormida, soñó con ángeles en los muelles de Londres, desfilando por el muelle y empujando cajas de té a los barcos.

**si disfrutaste**  
**DOS CORONAS TORCIDAS**  
Tener cuidado de  
**ESTA NOCHE ME QUEMO**

por  
**Katharine J. Adams**

*Espinas, mareas, brasas, tormentas y minerales. Los cinco aquelarres están sujetos a la servidumbre del tirano Alto Guardián de Halstett.*

*Penny Albright es una hija del aquelarre de espinas, obligada a patrullar el velo entre los reinos de la Vida y la Muerte, manteniéndolo seguro y completo. Cada noche, una bruja de las espinas (y sólo una) debe cruzar el velo quemándola en la hoguera. Cada mañana, esa bruja regresa con la ayuda de su salvavidas mágico. No seguir las reglas de la Muerte los pone a todos en riesgo.*

*Pero una mañana, Ella, la hermana favorita de Penny, no regresa. Y esa noche, decidida a encontrarla, Penny rompe las reglas. Ella arde en secreto.*

*Lo que encuentra en Death es una mansión que no debería existir, hogar del devastador Lord Malin, que no debería estar allí. Malin le ofrece a Penny un trato peligroso: la libertad de Ella a cambio de información sobre el Alto Guardián.*

*Pero no todo es lo que parece en Vida o Muerte. El trato de Penny la lleva hasta Alice, una misteriosa profeta cautiva... y hasta una rebelión que se gesta en las sombras de su ciudad. Y mientras el mundo de Penny se divide entre su creciente amor por la etérea Alice in Life y su atracción por la seductora Malin in Death, se enfrentará a una decisión devastadora.*

*Porque no es sólo la vida de su hermana la que está en juego. Es el destino de toda magia.*

*Todo lo que se necesita es una bruja (y una chispa) para prender fuego al mundo.*

Ընծաւ զաւրիւնսն

Ընծաւոր յարգանքս